


ERNEST
HEMINGWAY

Adiós a las armas

Ernest Hemingway

PREMIO NOBEL 1954



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Los Premios Nobel

ADIÓS A LAS ARMAS

ERNEST HEMINGWAY

ADIÓS A LAS ARMAS

EDICIONES ORBIS, S.A.

Título original: FAREWELL TO ARMS

Traducción de Joana M. Vda. Horta y Joaquim Horta

© Charles Scribner's Sons, 1929

© Renewed Ernest Hemingway, 1956

© Luis de Caralt, 1974

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.

Traducción cedida por Luis de Caralt, 1974

ISBN: 84-7530-124-X

D.L.B. 42803-1982

Impreso y encuadernado por

Printer industria gráfica, s.a. Provenza, 388 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts

Printed in Spain

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel año, al final del verano, vivíamos en una casa de un pueblo que, más allá del río y de la llanura, miraba a las montañas. En el lecho del río había piedrezuelas y guijarros, blancos bajo el sol, y el agua era clara y fluía, rápida y azul, por la corriente. Las tropas pasaban por delante de la casa y se alejaban por el camino, y el polvo que levantaban cubría las hojas de los árboles. Los troncos también estaban polvorientos y, aquel año en que las hojas habían caído tempranamente, veíamos cómo las tropas pasaban por el camino, el polvo que levantaban; la caída de las hojas, arrancadas por el viento; los soldados que pasaban, y de nuevo, bajo las hojas, el camino solitario y blanco.

La llanura estaba cubierta de cosechas. Había muchos vergeles y, en el horizonte, las montañas se destacaban pardas y desnudas. En ellas, todavía se combatía y, al atardecer, veíamos los relámpagos de la artillería. En la oscuridad se hubiera dicho que eran relámpagos de verano; sin embargo, las noches eran frescas y no se tenía la impresión de que amenazara tempestad.

Algunas veces, en la oscuridad, regimientos y camiones arrastrados por tractores pasaban bajo nuestras ventanas. Durante la noche el movimiento era intenso. Por el camino pasaban gran cantidad de mulos, llevando a cada lado cajas de municiones en sus albardas, y camiones que transportaban soldados; y en todo este ir y venir otros camiones cubiertos por un toldo circulaban más lentamente. También pasaban durante

el día, arrastrados por tractores, grandes cañones. Estaban totalmente recubiertos de ramas verdes; pámpanos y un espeso follaje cubrían igualmente los tractores. Al norte, en el fondo del valle, podíamos ver un bosque de castaños y, detrás, otra montaña, a nuestro lado del río. También se luchaba en esta montaña, pero sin resultado, y en otoño, cuando aparecieron las lluvias, las hojas de los castaños empezaron a caer y no se vio nada más que ramas desnudas y troncos ennegrecidos por la lluvia. Los viñedos aparecían completamente desnudos, y todo estaba húmedo y pardo, aniquilado por el otoño. La niebla se levantaba sobre el río y las nubes cubrían las montañas, y los camiones hacían saltar el barro sobre el camino, y los soldados, bajo sus capotes, estaban empapados y cubiertos por el lodo. Sus fusiles también estaban mojados y, bajo sus uniformes, llevaban dos cartucheras de cuero, colgadas a sus cinturones, y estas bolsas de piel gris repletas de cargadores de largos y delgados cartuchos de 6,5 milímetros, hinchaban hasta tal punto sus capotes, que todos estos soldados que pasaban a lo largo del camino parecían estar embarazados de seis meses.

Pequeños vehículos circulaban a gran velocidad. Muchas veces un oficial iba sentado al lado del chófer y otras en el asiento posterior. Estos coches levantaban más barro que los camiones, y si uno de los oficiales de detrás era pequeño, tan pequeño que sólo se le podía divisar el casco, y estaba sentado entre dos generales, y su espalda era estrecha, y si el vehículo corría a toda velocidad, entonces había muchas posibilidades de que fuese el rey. Éste residía en Udine y circulaba de este modo casi cada día para ver cómo iban las cosas. Y las cosas iban muy mal.

Al llegar el invierno, una lluvia persistente empezó a caer, y la lluvia trajo el cólera. Finalmente fue contenido y, a fin de cuentas, sólo ocasionó siete mil muertos en el ejército.

CAPÍTULO II

El año siguiente reportó numerosas victorias. Fueron conquistadas las montañas que estaban al fondo del valle, y la colina, con su bosque de castaños. Las victorias se repitieron más allá de la llanura, al sur de la meseta, y en agosto pudimos atravesar el río y alojarnos en una casa de Goritzia, en donde había una fuente, y un jardín, con frondosos árboles, cercado por un muro, y una glicina malva junto a la casa. Ahora se combatía en las montañas vecinas, situadas a menos de una milla. La ciudad era bonita y nuestra casa muy agradable. Por detrás pasaba el río, y la ciudad había sido conquistada brillantemente, pero las montañas de más allá eran inexpugnables, y me alegró extraordinariamente el ver que los austríacos tenían el deseo de, una vez terminada la guerra, habitarla algún día, ya que si ellos la bombardeaban no era para destruirla, sino únicamente con fines estratégicos. Los habitantes continuaban en ella. Había hospitales y cafés, artillería en las calles apartadas, y dos prostíbulos: uno para la tropa y otro para los oficiales. Al final del verano, las noches frescas, los combates en las montañas de detrás de la ciudad, el puente del ferrocarril destruido por las granadas, el derrumbado túnel al lado del río; en donde hasta hacía poco se había combatido, los árboles alrededor de la plaza, la extensa avenida de árboles que conducía a ella, todo esto, sin hablar de las mujeres de la ciudad, del rey que pasaba en automóvil y al cual podía vérselo el rostro, su largo cuello y su barbilla gris, como una barba de chivo; además, la visión imprevista del interior de las casas a las cuales

el bombardeo había dejado, en su mayor parte, sin una de sus paredes, los cascotes y los escombros en los jardines y en las calles, las victoriosas operaciones en el Carso; estos hechos hacían de éste un otoño muy diferente del anterior, cuando vivíamos en el campo. La guerra también había cambiado.

El bosque de robles, en la montaña del otro lado de la ciudad, había desaparecido. Cuando llegamos a la ciudad, durante el verano, el bosque era frondoso, pero ahora aparecía lleno de troncos destrozados y con la tierra llena de hoyos; al final del otoño, un día que me encontraba en el lugar donde aquél había existido, vi cómo una nube avanzaba por encima de la montaña. Iba a gran velocidad y el sol no tardó en volverse amarillo oscuro. Después todo apareció gris. El cielo quedó totalmente cubierto. De repente la nube descendió sobre la montaña y nos envolvió; era nieve.

La nieve cortaba el viento, cubrió la tierra y los troncos de los árboles se destacaron muy negros. También cubrió los cañones y pronto se formaron en la nieve pequeños caminos que conducían a las enramadas de detrás de las trincheras.

Más tarde, hallándome en la ciudad, contemplaba la caída de la nieve desde una de las ventanas del prostíbulo, el destinado a los oficiales. Me encontraba allí con un amigo, dos vasos y una botella de Asti, y mientras veíamos cómo la nieve iba cayendo pesadamente, lentamente, comprendimos que por aquel año todo había terminado. Más allá de la ciudad, las montañas no habían sido ocupadas, así como tampoco las de nuestro lado del río. Para esto se esperaba el año siguiente. Mi amigo vio al capellán castrense que pasaba por la calle, caminando con gran precaución por el barro. Golpeó la ventana para llamar su atención. El capellán levantó la cabeza. Nos vio y sonrió. Mi amigo le invitó a entrar, pero el capellán movió la cabeza y se alejó. Aquella noche, después de los *spaghetti*, que todos comían ávidamente y con gran seriedad —elevándolos con el tenedor de manera que las puntas quedasen colgando y después, bajándolos hasta la boca, los aspiraban con una succión continua, mientras se vertían vino de la garrafa; ésta se balanceaba en un cesto de metal, y era suficiente hacer bajar el gollete

con el índice para que el vino rojo, claro, tónico y delicioso se derramase en el vaso que sostenía la misma mano —, después de los *spaghetti*, el capitán médico de segunda clase empezó a molestar al capellán.

El capellán era joven y enrojecía fácilmente. Llevaba un uniforme parecido al nuestro, pero con una cruz de terciopelo granate sobre el bolsillo izquierdo de su guerrera gris.

El capitán empezó a hablar lentamente y como un niño, para que yo comprendiese todo lo que decía y no me perdiese nada.

—Capellán hoy con mujeres —dijo mirándonos a los dos.

El capellán sonrió y enrojeciendo negó con la cabeza. A menudo el médico le gastaba bromas.

—¿No es cierto? —preguntó el médico—. Hoy yo ver capellán con mujeres.

—No —dijo el capellán.

Los oficiales se estaban divirtiendo con la broma.

—Capellán no con mujeres —siguió el médico—. Capellán nunca con mujeres —me explicó.

Tomó mi vaso y mientras lo llenaba me miró a los ojos, pero sin perder de vista al capellán.

El capellán se tomó la conversación en broma.

—El Papa desea que los austríacos obtengan la victoria —dijo el médico—. Él quiere a Francisco José. Es de allí de donde le viene el dinero. Yo soy ateo.

—¿Has leído alguna vez *El cochino negro*? —me preguntó el ayudante del capitán médico—. Ya te proporcionaré un ejemplar. Mi fe se tambaleó con esto.

—Es una obra repugnante y vil —dijo el capellán—. No puedo creer que realmente le guste.

Dirigí una sonrisa al capellán, el cual, por encima del candelabro, me contestó con otra.

—No lo lea —me dijo.

—Te lo proporcionaré —repitió el ayudante.

—Todos los pensadores son ateos —dijo el capitán—. Sin embargo, yo no creo en la francmasonería.

Alguien entró y a través de la puerta vi cómo la nieve continuaba cayendo.

—Ahora, con esta nevada, no habrá ofensiva —dije.

—Sin duda alguna —dijo el médico—. Tendrías que salir con permiso. Ir a Roma, Nápoles, Sicilia...

—Tendrías que visitar Amalfi —dijo el ayudante—. Te daría cartas de presentación para mi familia, que está allí. Te recibirían como a su propio hijo.

—También sería necesario ir a Palermo.

—Me gustaría que fuese a ver a mi familia en los Abruzos, a Capracotta —dijo el capellán.

—¡Oídle cómo habla de sus Abruzos! Hay más nieve allí que aquí. Él no tiene ganas de ver campesinos. Dejadlo ir a los centros de cultura y civilización.

—Lo que le hace falta son mujeres bien guapas. Le daré direcciones de casas de Nápoles: mujeres bonitas, jóvenes... acompañadas de su madre. ¡Ah, ah, ah!

El capitán médico extendió su mano con el pulgar hacia arriba y los dedos separados, como para hacer sombras chinecas. La sombra de su mano apareció en la pared.

—Os vais como éste —y enseñaba su pulgar— y volvéis así —y señaló su meñique.

Todos se rieron.

—Mirad —agregó, extendiendo nuevamente la mano, y otra vez la luz de la vela proyectó su sombra en la pared. Levantó el pulgar y empezó a enumerar, por orden, los cinco dedos: subteniente (el pulgar), teniente (el índice), capitán (el medio), comandante (el anular) y teniente coronel (el meñique)—. Te vas como subteniente y vuelves como teniente coronel.

Todos se rieron. El médico estaba consiguiendo un gran éxito con el juego de sus dedos.

—Debe partir en seguida —dijo el capitán.

—Me gustaría acompañarte para servirte de guía —dijo el ayudante.

—Cuando vuelva traiga un fonógrafo.

—Traiga buenos discos de ópera.

—Traiga discos de Caruso.

—No, de Caruso, no. Relincha.

—¿No te gustaría relinchar como él?

—Relincha, digo que relincha.

—Me gustaría que usted fuera a los Abruzos —dijo el

capellán—, y aunque haga frío, es un frío seco y claro. Podría vivir con mi familia. Mi padre es un gran cazador.

—Venga —dijo el capitán médico—. Vamos al burdel antes de que cierren.

—Buenas noches —dije al capellán.

—Buenas noches —me contestó.

CAPÍTULO III

Cuando regresé al frente todavía se hallaban en la ciudad. Toda la región que nos rodeaba estaba llena de cañones y la primavera había llegado. Los campos aparecían totalmente verdes y pequeños brotes salían de las viñas; los árboles al borde de los caminos, tenían pequeñas hojas y soplaba la brisa del mar. De nuevo miré la ciudad, su colina de montes y con las montañas de detrás, montañas pardas con las laderas manchadas de verde. En la ciudad había más cañones que antes y, también, más hospitales. Por las calles se encontraban ingleses, y a veces inglesas. Algunas casas habían sufrido recientes bombardeos. Hacía calor; se notaba la llegada de la primavera y continué andando por la avenida de árboles, sofocado por el sol; vi que continuábamos habitando la misma casa, y que nada, desde mi partida, había cambiado. La puerta estaba abierta; un soldado estaba sentado en un banco al sol. Una ambulancia esperaba delante de una puerta lateral y, al entrar, sentí olor a losas de mármol y a hospital. Todo estaba como antes de mi partida, salvo que ahora la primavera había llegado. Miré por la puerta de la gran sala y vi al capitán sentado delante de la mesa de su despacho. La ventana estaba abierta y el sol inundaba la habitación. Él no me vio y yo no me decidía a entrar, para presentarme, o bien subir para arreglarme. Me decidí por subir.

La habitación que yo compartía con el ayudante Rinaldi daba al patio. La ventana estaba abierta. El cubrecama estaba encima de mi cama y todas mis cosas aparecían colgadas en la pared. La

máscara de gases en su caja ovalada de hojalata, y el casco de acero colgado en el alzapuño. Mi baúl estaba al pie de la cama y sobre él mis botas de invierno, con el cuero reluciente de grasa. Mi fusil de tirador austríaco, con su cañón rayado y su magnífica culata de nogal, que tan bien se acoplaba a la mejilla, colgaba sobre las dos camas. Recordé que dentro del baúl tenía su periscopio. El ayudante Rinaldi dormía en la otra cama. Se despertó al oírme andar por la habitación y se levantó.

— *Ciaou!* —dijo—. ¿Te has divertido?

—Extraordinariamente.

Nos estrechamos la mano, y después, poniendo su brazo alrededor de mi cuello, me abrazó.

—Bien —dije.

—Vas sucio —dijo—. Lávate. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? Vamos, cuéntamelo todo.

—He estado por todas partes. Milán, Florencia, Roma, Nápoles, Villa San Giovanni, Mesina, Taormina...

—Hablas como una guía de ferrocarriles. ¿Has tenido buenas aventuras?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Milán, Florencia, Roma, Nápoles...

—Es suficiente. Dime, ¿cuál ha sido la mejor?

—La de Milán.

—Es porque era la primera. ¿Dónde la encontraste? ¿En la Cova? ¿Dónde fuiste? ¿Cómo te sentías? Dímelo, hombre. ¿Pasasteis la noche juntos?

—Sí.

—Esto no es gran cosa. Aquí, ahora, también tenemos mujeres muy bonitas que están en el frente por primera vez.

—¡Magnífico!

—¿No me crees? Ya te lo enseñaré esta noche. En la ciudad hay inglesas estupendas. De momento estoy enamorado de *miss* Barkley. Te la presentaré. Seguramente me casaré con ella.

—Tengo que lavarme e ir a presentarme. ¿Hay trabajo?

—Después de tu marcha sólo hemos tenido congelaciones, sabañones, ictericia, blenorragia, heridas intencionadas, neumonías, chancros blandos y duros. Cada semana nos traen heridos por pedazos de roca, al estallar las bombas en ella. No

hay heridos graves. La próxima semana volverá a empezar la guerra. Así lo dicen. ¿Crees que haría bien si me casase con *miss* Barkley?... Después de la guerra, naturalmente.

—Sin duda alguna —le contesté, mientras echaba agua a la palangana.

—Esta tarde me lo contarás todo —dijo Rinaldi—, ahora tengo que ir a dormir, ya que así estaré en condiciones para ver a *miss* Barkley.

Me quité la guerrera y la camisa y me lavé con el agua fría de la palangana. Mientras me frotaba con la toalla observé minuciosamente la habitación, la ventana, a Rinaldi, que estaba en la cama con los ojos cerrados. Era un muchacho agradable, de mi edad y era de Amalfi. Adoraba su oficio de cirujano y nos apreciábamos mucho. Mientras lo estaba contemplando abrió los ojos.

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—Préstame cincuenta liras.

Me sequé las manos y cogí la cartera del bolsillo interior de mi guerrera colgada en la pared. Rinaldi tomó el billete, lo dobló, sin levantarse de la cama, y lo deslizó por el bolsillo de su calzón. Sonrió.

—Tengo que dar a *miss* Barkley la impresión de que soy rico. Tú eres mi mejor amigo y mi protector financiero.

—Déjame en paz — le dije.

Aquella tarde, en la cantina, me senté al lado del capellán, el cual, al saber que no había estado en los Abruzos, se sintió súbitamente decepcionado. Había anunciado mi llegada a su padre y habían hecho grandes preparativos. Lo sentí tanto como él, y no comprendía por qué no había ido. No obstante, tuve la intención de hacerlo e intenté explicar alguno de mis motivos; finalmente, él se dio cuenta de que le estaba diciendo la verdad y todo se arregló. Con la lengua pastosa, ya que había bebido mucho vino, sin contar el café y el licor, le expliqué cómo algunas veces no llegamos a hacer lo que nos proponemos. No, estas cosas no se hacen nunca.

Mientras hablábamos, los otros discutían. Sí, yo me había propuesto ir a los Abruzos. No conocía ninguno de estos lugares en los que los caminos están helados y duros como el

hierro; donde el frío es seco y la nieve finísima y también seca; donde el rastro de las liebres se puede ver en la nieve; donde los campesinos saludan levantando el sombrero y nos llaman *señor*, y donde la caza es abundante. En vez de estos lugares, yo solamente conocía el humo de los cafés, las noches en que la cabeza nos da vueltas y es necesario mirar un determinado punto de la pared, fijamente, para no seguir girando; las noches, en la cama, borracho, con la creencia de que no existe nada más que aquello, y la extraña sensación que produce el despertarse y no saber quién está a nuestro lado; y, en la oscuridad, el mundo irreal que nos rodea; esto se repite cada noche, es excitante, y uno lo hace con la convicción de que no existe nada más, nada más, y que todo nos es igual. Inesperadamente, algún momento de interés, después el sueño y el despertar por la mañana con la sensación de que todo ha terminado; y todo es tan decisivo, tan duro, tan claro; y de vez en cuando alguna disputa por el precio. Otras veces el placer, la necesidad del amor, del calor; desayuno y comida. Algunas veces la ilusión desaparece, incluso falta la alegría suficiente para salir a la calle. Pero siempre, en perspectiva, un nuevo día y con él otra noche, y la noche siempre es mejor a menos de que el día sea claro y frío; pero no se lo pude explicar mejor, sólo igual que ahora, como yo me lo explico. Pero quien haya experimentado esta sensación lo comprenderá. Él no la había tenido nunca, pero comprendió que yo deseé ir a los Abruzos y también por qué no había ido. Quedamos buenos amigos, como antes, con gustos afines y con muchos otros completamente diferentes. Él sabía desde tiempo lo que yo ignoraba y lo que en caso de saberlo podía olvidar fácilmente. ¡Pero esto entonces no lo sabía! ¡No lo he sabido hasta mucho más tarde! Y a pesar de todo estábamos allí, en la cantina. La comida había terminado, pero la discusión continuaba. Nos callamos, pero el capitán empezó a vociferar de nuevo.

—El capellán no feliz.

—Lo soy —respondió el capellán.

—El capellán no feliz. Quiere que los austríacos ganen la guerra —volvió a repetir el capitán.

Los demás no decían nada. El capellán movió la cabeza.

—No —dijo.

—El capellán no quiere que ataquemos. ¿Verdad que no quiere que ataquemos?

—Sí, ya que estamos en guerra creo que es necesario que lo hagamos.

—¡Es necesario que ataquemos! Di, pues; ¡atacaremos!

El capellán asintió con la cabeza.

—Déjalo en paz —dijo el comandante—. Es un buen muchacho.

—Sí, él no puede hacer nada en este asunto —añadió el capitán. Y todos abandonaron la mesa.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente me despertó el ruido de la batería que estaba en el jardín contiguo, y vi que la habitación se hallaba inundada por el sol; que entraba por la ventana. Me levanté y fui a mirar por ella. La arena de los senderos estaba mojada, y la hierba húmeda por el rocío. La batería disparó dos veces y cada una de ellas, por el desplazamiento del aire, hizo retemblar la ventana a la vez que la parte delantera de mi pijama se agitaba. No podía ver los cañones, pero estaba seguro de que disparaban justamente encima de nosotros. Era desagradable tenerlos tan cerca, y lo único que reconfortaba era pensar que no fuesen mayores. Mientras miraba el jardín oí ruido de un camión que se ponía en marcha. Me vestí, bajé, tomé una taza de café en la cocina y me dirigí al garaje.

Debajo del cobertizo, y uno junto a otro, se alineaban diez coches. Eran ambulancias, de radiador chato y techo sólido, pintadas de gris y construidas como coches de mudanzas. En el patio, dos mecánicos estaban trabajando en una de ellas. Otras tres se hallaban en la montaña, en los puestos de socorro.

—¿Han bombardeado alguna vez esta batería? —pregunté a uno de los mecánicos.

—No, *signor tenente*. Está protegida por el ribazo.

—¿Cómo van las cosas?

—No mal del todo. Esta máquina no vale nada, pero las otras todavía funcionan.

Interrumpió su trabajo y sonrió.

—¿Ha estado con permiso?

—Sí.

Se limpió las manos en su camisa y esbozó otra sonrisa.

—¿Se ha divertido mucho?

Todos rieron.

—Mucho —contesté—. ¿Qué le sucede a ese coche?

—Está inservible. Tiene una avería detrás de otra.

—¿Y ahora qué le ocurre?

—Hay que cambiar los aros de los pistones.

Los dejé con su trabajo. El coche causaba una triste impresión con el motor desmontado y las piezas esparcidas sobre el banco de trabajo. Entré en el cobertizo para examinar los coches. Estaban relativamente limpios. Unos estaban recién lavados, otros polvorientos. Observé cuidadosamente los neumáticos, buscando hendiduras o algún corte hecho por las piedras. Todo parecía hallarse en buen estado. Era evidente que mi presencia allí no tenía gran importancia. Estaba convencido de que el estado de los coches, la problemática obtención de determinadas piezas, y el buen funcionamiento del servicio de evacuación, dependía de mí. Nuestro trabajo consistía en evacuar a los heridos y los enfermos de los puestos de socorro, transportarlos de las montañas a las estaciones de distribución y desde allí dirigirlos a los hospitales señalados en sus hojas de ruta. Pero ahora, según veía, mi presencia importaba poco.

—¿Habéis tenido dificultades en el suministro de las piezas?

—pregunté al sargento mecánico.

—No, *signor tenente*.

—¿Dónde está el depósito de gasolina?

—En el mismo lugar.

—Bien.

Al regresar a casa tomé otra taza de café en la cantina. El café tenía un color gris pálido y la leche condensada le daba un sabor dulzón. Fuera, la mañana de primavera lucía con todo esplendor. Notaba una sequedad en la nariz indicadora de un día caluroso. Recorrí los puestos de socorro de las montañas, en plan de inspección, y no regresé hasta ya muy entrada la tarde.

Desde que yo faltaba, todo parecía ir mejor. Me enteré de que, nuevamente, la ofensiva iba a empezar. La división a la cual pertenecía debía atacar la parte alta del río y el comandante me

encargó que organizase los puestos para el ataque. Era necesario cruzar el río por encima de la estrecha garganta y desplegar-se, luego, por la ladera de la colina. Los coches tenían la orden de estacionarse lo más cerca posible del río, en las posiciones que estaban protegidas. Naturalmente, la elección pertenecía a la infantería, mientras que nosotros debíamos encargarnos de la ejecución. Era uno de esos casos en que se tiene la falsa convicción de tomar una parte activa en lo que se está preparando.

Quedé sucio y cubierto de polvo y subí a mi habitación para lavarme. Rinaldi estaba sentado en su cama con un ejemplar de la *Gramática inglesa* de Hugo. Se había puesto las botas negras y sus cabellos brillaban.

—Magnífico —dijo al verme—. Vendrás conmigo a ver a *miss Barkley*.

—No.

—Sí, debes hacerlo y causarle buena impresión.

—De acuerdo. Espera un momento, que me cambiaré.

—Lávate y ven tal como estás.

Me lavé, peiné y salimos.

—Un momento —dijo Rinaldi—, ¿bebemos una copa?

Abrió su baúl y sacó una botella.

—*Strega*, no —dije.

—Es *grappa*.

—Muy bien.

Llenó dos vasos y brindamos con el índice levantado. La bebida era fuerte.

—¿Otra?

—Bueno.

Bebimos un segundo vaso. Rinaldi guardó la botella y nos marchamos. Daba calor caminar por la ciudad, pero el sol empezaba a bajar y la temperatura era más agradable. El hospital británico estaba instalado en una gran villa construida por los alemanes antes de la guerra. *Miss Barkley* estaba con otra enfermera en el jardín. A través de los árboles vimos sus uniformes y nos dirigimos hacia ellas. Rinaldi las saludó y yo también lo hice, pero con menos efusión.

—¿Cómo está? —dijo *miss Barkley*—. Usted no es italiano, ¿verdad?

—¡Oh! ¡No!

Rinaldi hablaba con la otra enfermera y reían.

—Es divertido que esté en el ejército italiano.

—No es exactamente en el ejército. Sólo es en una ambulancia.

—De todas maneras es algo divertido. ¿Por qué lo ha hecho usted?

—No lo sé —contesté—, no siempre puede explicarse uno lo que hace.

—¡Oh! ¿De verdad? Yo siempre he creído lo contrario.

—Tanto mejor.

—Dígame, ¿vamos a continuar por mucho tiempo esta conversación?

—No —dije.

—No me disgustaría, ¿y a usted?

—¿Es suyo este bastón?

Miss Barkley era alta. Llevaba lo que para mí podía ser un uniforme de enfermera. Era rubia y tenía la piel dorada y los ojos grises. La encontraba hermosa. En la mano llevaba un bastón muy fino de caña, forrado de cuero, que tenía la apariencia de un pequeño látigo.

—Pertenebió a un hombre que mataron el año pasado.

—Perdóneme.

—Era un gran muchacho. Nos íbamos a casar y lo mataron en el Somme.

—Fue horrible.

—¿Estaba usted allí?

—No.

—He oído hablar de ello. Aquí no ocurre nada parecido. Me mandaron su pequeño bastón. Lo hizo su madre. Ella fue quien lo recibió, juntamente con sus otros objetos.

—¿Hacía mucho tiempo que estaban prometidos?

—Ocho años. Crecimos juntos.

—¿Y por qué no se habían casado?

—No lo sé. Fui una estúpida. Al menos le habría dado eso. Pero pensé que a él no le convenía.

—Comprendo.

—¿Ha amado usted alguna vez?

—No —dije.

Nos sentamos en un banco. La miré.

—Tiene un cabello muy bonito —le dije.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—Cuando él murió me lo quise cortar.

—No.

—Quería hacer alguna cosa por él. Todo me era igual, ¿comprende?, se lo hubiera dado todo. Si dándoselo todo le hubiese podido salvar, lo habría hecho. Incluso casarnos. Hubiese hecho cualquier cosa. Ahora me doy cuenta. Pero él quería ir a la guerra y yo no sabía...

No dije nada.

—Pero entonces no sabía nada. Pensé que no le convenía. Estaba segura de que no podría soportar esta clase de vida. Después, ya lo ve... lo mataron... Y todo terminó.

—Nunca se sabe.

—¡Oh, sí! —contestó la joven—. Todo está completamente acabado.

Miramos a Rinaldi, que continuaba hablando con la otra enfermera.

—¿Cómo se llama?

—Ferguson. Elena Ferguson. Su amigo es médico, ¿verdad?

—Sí. Y muy bueno.

—Tanto mejor. Es difícil encontrar buenos médicos cerca del frente. Porque estamos cerca del frente, ¿verdad?

—Muy cerca.

—Es un frente estúpido —dijo—, pero magnífico. ¿Habrá ofensiva?

—Sí.

—Entonces tendremos trabajo. Ahora no lo tenemos.

—¿Hace mucho tiempo que es enfermera?

—Desde finales del año 1915. Empezamos juntos. Recuerdo... tenía la convicción de que un día lo enviarían a mi hospital, probablemente con una herida de sable... con la cabeza vendada... o con un balazo en el hombro... alguna cosa pintoresca..

—Es este frente el que es pintoresco.

—Sí —dijo—. La gente no puede imaginarse cuál es la situación en Francia. Si lo supieran, esto no podría continuar. Él no recibió ningún golpe de sable. Lo destrozaron.

Quedé silencioso.

—¿Cree que esto durará siempre?

—No.

—¿Qué motivo habrá para que esto termine de una vez?

—Seremos nosotros los que cederemos. Cederán en alguna parte de Francia. No se pueden hacer cosas como la del Somme, sin ceder un día en alguna parte.

—Pero aquí no se cederá —dije.

—¿Lo cree?

—Sí. Las cosas han ido bien este año.

—Sin embargo, podrían ceder —dijo ella—. Todos pueden ceder.

—También los alemanes.

—No —dijo ella—. No lo creo.

Nos dirigimos hacia Rinaldi y *miss* Ferguson.

—¿Le gusta Italia? —le preguntaba Rinaldi a *miss* Ferguson.

—Sí, bastante.

—No lo comprendo —dijo Rinaldi, moviendo la cabeza.

Yo se lo traduje: *Abbastanza bene*. Él volvió a mover la cabeza.

—Esto no está bien. ¿Le gusta Inglaterra?

—No mucho. Soy escocesa. Ahora usted comprenderá.

Rinaldi me miró extrañado.

—Ella es escocesa, y por esto prefiere Escocia a Inglaterra —le dije en italiano.

—Pero Escocia es Inglaterra.

Le traduje esto a *miss* Ferguson.

—*Pas encore!* —dijo ella.

—¿De verdad?

—Nunca. No queremos a los ingleses.

—¿Usted no quiere a los ingleses? ¿Usted no quiere a *miss* Barkley?

—¡Oh, esto es diferente! No hay que tomar las cosas al pie de la letra.

Estuvimos charlando un rato y, finalmente, después de dar las buenas noches, nos despedimos. Por el camino, Rinaldi me dijo:

1. Todavía no. En francés en el original. (N. del T.)

— *Miss Barkley* te prefiere a mí. Esto salta a la vista. Pero la pequeña escocesa es muy agradable.

—Mucho —contesté.

No me había fijado en ella.

—¿La quieres?

—No —dijo Rinaldi.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, por la tarde, fui a visitar nuevamente a *miss* Barkley. No estaba en el jardín y me dirigí a la puerta lateral de la villa, delante de la cual se paraban los automóviles. Encontré a la enfermera jefe, que me informó que *miss* Barkley estaba de servicio.

—Estamos en guerra, ¿sabe?

Le contesté que lo sabía.

—¿Es usted el americano que se ha alistado en el ejército italiano? —me preguntó.

—Sí, señora.

—¿Qué motivo le impulsó a hacerlo? ¿Por qué no se quedó con nosotros?

—No lo sé —dije—. ¿Podría hacerlo ahora?

—Me temo que no. Pero, dígame: ¿por qué se alistó en el ejército italiano?

—Estaba en Italia —le expliqué—, y hablo italiano.

—¡Oh! —exclamó ella—. Yo intento aprenderlo. Es un idioma muy bello.

—Hay quien pretende que se puede aprender en quince días.

—¡Oh, yo no lo aprenderé en quince días! Lo estudio hace meses. Si quiere, puede venir a verla después de las siete. Estará libre. Pero no venga con un montón de italianos.

—¿Ni siquiera por su bello idioma?

—No, ni por sus magníficos uniformes.

—Hasta la vista —le dije.

—*A rivederci, tenente.*

—*A rivederla.*

Saludé y salí. Es imposible saludar a los extranjeros a la manera italiana sin sentirse molesto. Siempre he pensado que el saludo italiano no estaba hecho para la exportación.

El día había sido caluroso. Remonté el río hasta la cabeza de puente de Plava. Aquél era el lugar señalado para empezar la ofensiva. El año pasado no se había podido avanzar sobre el otro lado, pues sólo existía un camino para bajar desde la garganta hasta el desembarcadero, y, en la extensión de casi una milla, estaba expuesto al fuego de las ametralladoras y de la artillería. Tampoco era lo suficientemente ancho para que pudiesen pasar por él todos los elementos necesarios para una ofensiva y los austríacos lo habrían convertido en un matadero. No obstante, los italianos lo habían cruzado y, desplegándose por el otro lado, ocuparon más de una milla y media de la ribera austríaca. Era un mal sitio, y los austríacos no tenían que haber permitido que nos estableciéramos allí. Tenía el convencimiento de que todo ocurría en virtud de una especie de tolerancia mutua, ya que los austríacos todavía conservaban una cabeza de puente en la parte baja del río. Las trincheras austríacas estaban situadas más arriba, a ambos lados del río, y sólo distaban unos metros de las líneas italianas. Anteriormente, en aquel lugar, había existido una pequeña ciudad, pero ahora sólo quedaban los escombros. Aún podían verse los restos de una estación y de un puente medio derrumbado, pero no se podía reparar ni utilizar, ya que estaba expuesto, por todos lados, al fuego del enemigo.

Bajé por el camino hasta el río. Dejé el coche en uno de los puestos de socorro, al pie de la colina. Atravesé el puente que estaba protegido por una vertiente de la montaña, y, siguiendo las trincheras, llegué a la ciudad destruida, alcanzando la parte superior de la colina. Todos estaban en los refugios. Gran cantidad de cohetes, en hileras verticales, esperaban ser utilizados para pedir socorro a la artillería o bien para hacer señales, en el caso de que fueran cortadas las comunicaciones telefónicas. Sólo había silencio, calor y suciedad. Por encima de las alambradas divisé las líneas austríacas. Todo estaba solitario. Bebí una copa con un capitán conocido en uno de los refugios y, atravesando el puente, inicié el regreso.

Se estaba terminando la construcción de una larga carretera, la cual, franqueando la montaña, descendía en zigzag hasta el puente. Se esperaba su terminación para iniciar la ofensiva. Cruzaba la montaña con pronunciados recodos. Se tenía la intención de hacerla servir para el descenso de todos los servicios y utilizar el otro camino para las operaciones de regreso, camiones vacíos, carretas, ambulancias cargadas. El puesto de socorro se encontraba sobre la ribera austríaca, al borde de la colina y los camilleros debían utilizar el puente flotante para el transporte de los heridos. Tendrían que actuar de la misma manera una vez empezada la ofensiva. Me pareció que la nueva carretera, al llegar a terreno llano y a lo largo de un kilómetro aproximadamente, tenía muchas probabilidades de verse bombardeada por los austríacos. Era un lugar desastroso. Pero después de atravesar este inquietante lugar, encontré un recodo en donde los heridos, que serían traídos por el pontón, podían ser atendidos. Me hubiera gustado pasar por la nueva carretera, pero no estaba terminada. Era ancha y bien construida, con suave pendiente, y los recodos hacían un efecto impresionante por entre los árboles del bosque, desde la ladera de la montaña. No había peligro para nuestros coches, provistos de buenos frenos; además, al bajar no irían cargados. Seguí por el camino.

Dós carabineros detuvieron mi coche. Acababa de caer una granada y mientras esperábamos, cayeron otras tres en el camino. Eran del 77. Al caer producían una ráfaga de aire, e inmediatamente un ruido seco, estridente, un relámpago y el camino desaparecía bajo una humareda. Los carabineros nos hicieron señal de adelantar. Al pasar por el lugar en donde había estallado la granada, evité los baches y noté los entremezclados olores de pólvora quemada, y de arcilla, piedras y sílice triturados. Regresé a mi casa de Goritzia, y tal como había quedado, fui a visitar a *miss* Barkley. Cené rápidamente y volví a la villa, en donde los ingleses tenían instalado su hospital. La casa era realmente bonita y espaciosa, y estaba rodeada de frondosos árboles. *Miss* Barkley estaba sentada en un banco del jardín, y *miss* Ferguson la acompañaba. Parecieron contentas de verme, y después de conversar un momento, *miss* Ferguson se excusó y se dispuso a partir.

—Me parece que los voy a dejar. Ustedes se entienden muy bien sin mí.

—No te vayas, Helen —dijo *miss* Barkley.

—Sí, lo prefiero. Tengo que escribir unas cartas.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches, *mister* Henry.

—No escriba nada que pueda molestar a la censura.

—No se preocupe. No hago otra cosa que hablar del maravilloso lugar en que vivimos y de la valentía de los italianos.

—A este paso pronto será condecorada.

—Sería muy agradable. Buenas noches, Catherine.

—Te veré dentro de un momento —dijo *miss* Barkley.

Miss Ferguson se alejó en la oscuridad.

—Es muy agradable —comenté.

—Sí, muy agradable. Es enfermera.

—¿Y usted no lo es?

—¡Oh, no! Yo no soy más que voluntaria. Trabajamos mucho y no tenemos la confianza de nadie.

—Por qué?

—No nos tienen confianza cuando no ocurre nada, pero cuando hay mucho trabajo saben muy bien dónde encontrarnos.

—¿Cuál es la diferencia?

—Una enfermera es como un médico. Se tarda en serlo. Una enfermera voluntaria es una especie de recurso.

—Comprendo.

—Los italianos no quieren mujeres tan cerca del frente. Así es que nos encontramos en una situación muy especial. No salimos nunca.

—Pero yo, ¿puedo venir?

—¡Oh, sí! No estamos enclaustradas.

—¿Y si deiésemos esta conversación sobre la guerra?

—Es difícil. No sé dónde la podemos dejar.

—Intentemos dejarla.

—Con mucho gusto.

Nos miramos en la oscuridad. La encontraba muy hermosa y le cogí la mano. Ella se la dejó tomar y la estreché entre las mías. Después, pasando mi brazo bajo el suyo, la abracé.

—No —dijo ella.

Yo dejé mi brazo donde estaba.

—¿Por qué no?

—No.

—Sí —dije—. Se lo ruego.

Me incliné para besarla. Entonces se produjo un relámpago, agudo, violento. Acababa de abofetearme duramente. Su mano chocó con mi nariz y ojos, y éstos, por reflejo, se me llenaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo ella.

Me di cuenta de que acababa de adquirir cierta ventaja sobre ella.

—Usted ha hecho bien.

—Estoy desolada, pero, créame, no pude soportar el aspecto de «enfermera con permiso para esta noche» y no he podido contenerme. No tenía la intención de hacerle daño. Le he hecho daño, ¿verdad?

Ella me miró en la oscuridad. Estaba furioso y al mismo tiempo tranquilo, pues ya preveía lo que ocurriría, con tanta facilidad como se prevé el movimiento de las piezas en el juego de ajedrez.

—Usted ha tenido toda la razón —dije—. No le guardo rencor.

—¡Pobre muchacho!

—Claro, como todo este tiempo llevo una clase de vida tan extraña. Ni siquiera hablo inglés con nadie. Y además, ¡es usted tan bonita...!

La miré.

—Es inútil que diga tonterías. Ya le he dicho que lo sentía... ¡Nos comprendemos tan bien!

—Sí —dije—, y además hemos dejado de hablar de la guerra.

Ella rió. Era la primera vez que la oía reír. Observé su expresión.

—Es usted encantador —dijo ella.

—No.

—Sí, lo es. Lo que más deseo ahora es que me abrace y me bese, si no tiene inconveniente.

La miré a los ojos. La abracé como antes y la besé. La abracé violentamente, apretándola muy fuerte, e intenté entreabrir sus

cerrados labios. Aún estaba furioso y bajo mi brazo noté que temblaba. La estreché contra mí. Noté cómo latía su corazón. Ella apartó los labios y apoyó su cabeza en mi mano. Después empezó a llorar sobre mi hombro.

—¡Oh, querido! Serás bueno conmigo, ¿verdad?

«¡Que te crees tú eso!», pensé. Le acaricié los cabellos y le golpeé cariñosamente el hombro. Lloraba.

—¿Verdad? —ella levantó los ojos hacia mí—. Ya que vamos a llevar una vida bien extraña.

Momentos después la acompañé hasta la puerta de la villa. Ella entró y yo regresé a casa. Subí inmediatamente a mi habitación. Rinaldi estaba acostado en su cama. Me miró.

—¿Adelanta el asunto con *miss* Barkley?

—Somos buenos amigos.

—Tienes —dijo— el curioso aspecto de un perro en celo.

No comprendí la frase.

—¿Aspecto de qué?

Él me lo explicó.

—Tienes —repitió— ese gracioso aspecto que tienen los perros cuando...

—¡Basta! —exclamé—. Una palabra más y me sentiré ofendido...

Él se echó a reír.

—Buenas noches —le dije.

—Buenas noches, cachorro.

Le derribé la vela de un almohadazo y me acosté a oscuras. Rinaldi recogió la vela, la encendió de nuevo y se puso a leer.

CAPÍTULO VI

Durante dos días permanecí de servicio. Regresé muy tarde y no pude ver a *miss* Barkley hasta el día siguiente por la noche. No estaba en el jardín y la esperé en el despacho del hospital. En la habitación que servía de despacho y a lo largo de la pared, había muchos bustos de mármol sobre columnas de madera pintada. El vestíbulo también estaba repleto de ellos. Tenían la rara propiedad de parecerse todos. Siempre había encontrado la escultura pesada y aburrida, pero al menos los broncees parecen alguna cosa, mientras que los bustos de mármol recuerdan un cementerio. Sin embargo, también existe un magnífico cementerio, el de Pisa. Para ver pésimos mármoles hay que visitar Génova. La villa había pertenecido a un alemán muy rico y los bustos le debían haber costado muy caros. Me pregunté quién los habría hecho y cuál podría ser su precio. Intenté averiguar si eran mármoles de alguna familia o bien otros personajes. Pero todos eran uniformemente clásicos. No inspiraban ninguna reflexión.

Me senté en una silla con mi quepis en la mano. Teníamos permiso para usar los cascos de acero incluso en Goritzia, pero eran incómodos y resultaban grotescamente teatrales en una ciudad cuya población civil todavía no había sido evacuada. Solamente lo usaba, así como también una máscara de gas inglesa, cuando subía a las posiciones. Estas máscaras eran muy completas. Las acabábamos de recibir. A los médicos y otros miembros del Cuerpo de Sanidad también se nos recomendaba llevar una pistola automática. Notaba la mía contra el respaldo

de la silla. Si no se llevaba la pistola a la vista, se corría el riesgo de que lo arrestaran a uno. Rinaldi llevaba la pistolera repleta de papel higiénico. Yo usaba una de verdad, y me creí un gran tirador hasta el día que me vi precisado a utilizarla. Era una «Astra», calibre 7,65. El cañón era muy corto y, cuando se disparaba, el retroceso era tan brusco que no se tenía ninguna probabilidad de alcanzar el objetivo. Me había ejercitado, mirando por encima del punto de mira e intentando evitar la sacudida del pequeño y ridículo cañón, tan bien que acabé tirando a un metro de donde había apuntado. Entonces noté una sensación de ridículo en mi espíritu. Pronto olvidé aquel hecho. La llevaba bailando sobre los riñones, sin otra reacción que la de un vago sentimiento de vergüenza cada vez que me encontraba con personas inglesas. Y yo seguía allí, sentado en una silla, bajo la no muy indiferente mirada de un ordenanza, detrás de una mesa, mientras esperaba a *miss* Barkley, contemplando el suelo de mármol, las columnas con los bustos de mármol y los frescos de la pared. Los frescos no parecían malos. Ninguno lo parece cuando empiezan a desconcharse.

Vi a Catherine Barkley en el corredor. Me levanté. No parecía muy alta cuando se me acercaba, pero estaba realmente encantadora.

—Buenas tardes, *mister* Henry —dijo ella.

—¿Cómo está? —contesté.

El ordenanza escuchaba detrás de su mesa.

—¿Quieres que nos quedemos aquí o prefieres ir al jardín?

—Salgamos. Afuera hace más fresco.

La seguí hasta el jardín. El ordenanza nos observaba. Mientras caminábamos por la avenida enarenada, ella me preguntó:

—¿Dónde has estado?

—En las posiciones.

—¿No me hubieras podido enviar una nota?

—No, no podía. Además, pensaba volver.

—Me lo podías decir, querido.

Nos desviamos del camino y nos dirigimos, paseando, bajo los árboles. Le cogí las manos, nos detuvimos y la besé.

—¿No hay algún sitio donde poder ir?

—No —respondió—. No podemos hacer otra cosa que pasear por aquí. Has estado ausente mucho tiempo.

—Tres días. Pero aquí me tienes otra vez.

Ella me miró.

—¿Es verdad que me quieres?

—Sí.

—Me has dicho que me quieres, ¿verdad?

—Sí. —Mentía—. Te quiero.

Aún no se lo había dicho nunca.

—¿Me llamarás Catherine?

—Catherine.

Anduvimos unos metros y nos paramos bajo un árbol.

—Di: He vuelto a ver a Catherine esta noche.

—He vuelto a ver a Catherine esta noche.

—¡Oh, querido! Así, ¿es verdad que has vuelto?

—Sí.

—Te quiero mucho. Estos tres días han sido horribles. ¿No volverás a irte?

—No. Siempre me quedaré.

—¡Oh, te quiero tanto! Pon tu mano aquí.

—No la he movido.

La atraje hacia mí de manera que pudiera mirar su cara al besarla y vi que sus ojos estaban cerrados. Los besé. Pensaba que estaba un poco loca. Personalmente no encontraba ningún inconveniente. Poco me importaba la aventura a la cual me lanzaba. Esto era mejor que ir a la casa para oficiales, en donde las mujeres se subían a las rodillas y nos ponían el quepis al revés como muestra de cariño, entre los viajes al primer piso con los compañeros de armas. Sabía que no quería a Catherine Barkley y que no tenía ninguna intención de amarla. Era un juego, como el de *bridge*, en el cual se decían palabras en vez de tirar las cartas. Como el *bridge*, era necesario simular que se jugaba por dinero o por algo. Ninguno había dicho la naturaleza de la apuesta. Esto me convenía totalmente.

—Si al menos hubiera algún sitio donde pudiéramos ir —dije.

Empezaba a notar esta dificultad, tan masculina, de permanecer mucho tiempo con una mujer en los brazos.

—No conozco ningún sitio —contestó ella.

Había vuelto en sí de su sueño.

—Sentémonos aquí un momento.

Nos sentamos en un banco de piedra y le cogí la mano. No permitió que la abrazara.

—¿Estás muy cansado? —preguntó.

—No.

Ella miró la hierba.

—El juego que estamos haciendo es muy feo, ¿verdad?

—¿Qué juego?

—No te hagas el inocente.

—Te aseguro que no lo hago intencionadamente.

—Eres un buen muchacho —dijo Catherine— y haces todo lo posible para jugar bien. Pero es un juego peligroso.

—¿Sabes siempre lo que la gente piensa?

—No siempre. Pero por lo que a ti se refiere, sí. Es inútil que digas que me quieres. Todo ha terminado por esta noche. ¿Hay alguna cosa de la cual quieras hablar?

—¡Pero si yo te quiero!

—Te lo ruego. ¿Por qué mentir cuando todo es inútil? Has representado muy bien tu papel. Como puedes ver, no estoy loca. Sólo lo hago ver un poco de vez en cuando.

Le oprimí la mano.

—Querida Catherine...

—Suenas raro Catherine, ahora. No lo dices con la misma entonación... Pero eres muy amable. Eres, de veras, un buen muchacho.

—Es lo que me dice el capellán.

—Sí, eres un buen muchacho... ¿Vendrás a verme?

—Naturalmente.

—Ya no será necesario que me digas que me quieres. De momento, eso terminó.

Se levantó y me tendió la mano.

—Buenas noches.

Quise besarla.

—No —dijo—. Estoy terriblemente cansada.

—Bésame, aunque lo estés —dije.

—Estoy muy cansada, querido.

—¡Bésame!

—¿Tanto lo deseas?

—Sí.

Nos besamos y ella se separó bruscamente.

—No, buenas noches. Te lo suplico.

Nos dirigimos hacia la puerta. Ella entró y contemplé cómo se alejaba por el pasillo. Volví a casa. La noche era cálida y en las montañas se notaba una gran agitación. Veía los destellos sobre el San Gábriele.

Me detuve delante de Villa Rossa. Los postigos estaban cerrados, pero todavía quedaba gente en el interior. Alguien cantaba. Entré en mi alojamiento. Mientras me desnudaba, entró Rinaldi.

—¡Ah, ah! —exclamó—. ¿No marcha bien el asunto? El niño está perplejo.

—¿Dónde has estado?

—En Villa Rossa. Ha sido muy edificante, niño. Hemos cantado todos. Y tú, ¿dónde has estado?

—He ido a visitar a las inglesas.

—Gracias a Dios, yo no me he dejado acaparar por esas inglesas.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, por la tarde, al volver de nuestro primer puesto de montaña, detuve mi coche en el *smistimento*, en donde los heridos y enfermos eran distribuidos a sus respectivos hospitales cuyo nombre estaba escrito en cada una de sus hojas de evacuación. Yo conducía. Me quedé en el coche y el chófer me entregó los papeles. Hacía calor y el cielo era luminoso y azul, y la carretera blanca y polvorienta. Permanecía sentado al volante del *Fiat* sin pensar en nada. Un regimiento apareció en la carretera y contemplé su marcha. Los hombres tenían calor y sudaban. Algunos se cubrían con sus cascos de acero, pero la mayoría los llevaban colgando de sus mochilas. El tamaño de los cascos era demasiado grande y a muchos soldados les caía sobre las orejas. Los oficiales también llevaban cascos, pero a su medida. Pertenecían a la Brigada Basilicata. Los reconocí por las rayas rojas y blancas de sus cuellos. Los rezagados seguían al regimiento, hombres que no podían alcanzar su pelotón. Estaban agotados, cubiertos de sudor y de polvo. Algunos parecían muy enfermos. Un soldado apareció al final de todos. Cojeaba. Se detuvo y se sentó al borde de la carretera. Bajé del coche y me dirigí hacia él.

—¿Qué le ocurre?

Me miró y se incorporó.

—Voy a seguir.

—¿Qué tiene?

—¡Maldita sea la guerra!

—¿Qué tiene en la pierna?

- No es la pierna. Estoy herniado.
—¿Por qué no ha subido a una ambulancia?
—No lo consentirían. El teniente pretende que me he quitado el braguero intencionadamente.
—Voy a examinarlo.
—Está salida.
—¿De qué lado?
—Aquí.
Lo palpé.
—Tosa —ordené.
—Tengo miedo que esto me la haga salir más. La tengo casi el doble que esta mañana.
—Siéntese —dije—. Así que tenga las hojas de estos heridos me lo llevaré y lo pondré en manos de un médico.
—Dirán que lo he hecho adrede.
—No le pueden hacer nada —dije—. No se trata de una herida. Usted tenía esta hernia desde antes de la guerra, ¿verdad?
—Pero he perdido mi braguero.
—Lo mandarán al hospital.
—¿No podría quedarme con usted, teniente?
—No, me falta su documentación.
El chófer llegó con todas las bajas de los heridos de mi coche.
—Cuatro para el 105, dos para el 132 —dijo.
Estos dos hospitales estaban situados al otro lado del río.
—Tome el volante —ordené.
Ayudé a subir al herniado y lo instalé en nuestro asiento.
—¿Habla inglés? —me preguntó.
—Desde luego.
—¿Qué le parece esa condenada guerra?
—Una porquería.
—Ya lo creo que es una porquería. ¡Dios mío, ya lo creo que es una porquería!
—¿Ha estado usted en los Estados Unidos?
—Sí, en Pittsburgh. Ya me imaginaba que era usted americano.
—¿Tan mal hablo el italiano?

—¡Oh! He comprendido muy bien que era americano.

—Otro americano —dijo el conductor en italiano, mientras miraba al herniado.

—Escuche, mi teniente. ¿Es completamente necesario que me lleve al regimiento?

—Sí.

—Es que el capitán sabe que tengo una hernia. Tiré el maldito vendaje para que empeorara. Pensé que así no podrían mandarme al frente.

—Comprendo.

—¿No podría llevarme a otro lugar?

—Si estuviéramos más cerca del frente, lo llevaría a un puesto de socorro. Pero aquí, en la retaguardia, necesitaría un permiso de evacuación.

—Si vuelvo, me operarán, y me mandarán para siempre a primera línea.

Reflexioné.

—Le gustaría que le mandaran a primera línea para siempre, ¿eh? —me preguntó.

—No...

—¡Ah, maldita guerra!

—Escuche —dije—. Baje, tírese a la carretera y procure herirse en la cabeza. Yo lo recogeré al regresar y lo conduciré a un hospital. Aldo, párese.

Nos detuvimos al borde de la carretera. Lo ayudé a bajar.

—Me encontrará usted aquí, teniente —dijo.

—Hasta luego —contesté.

Continuamos y aproximadamente al cabo de un kilómetro rebasamos al regimiento. Luego, después de cruzar el río, que agitado por la nieve que se fundía se deslizaba rápido por entre los estribos del puente, seguimos la carretera a través de la llanura y entregamos los heridos en los dos hospitales. De regreso me puse al volante y aceleré la ambulancia a fin de recoger al hombre de Pittsburgh. En primer lugar nos cruzamos con el regimiento, cada vez más lento y sudoroso; después los rezagados; luego encontramos una ambulancia tirada por caballos parada en la carretera. Dos hombres habían recogido al herniado y lo colocaban en ella. Habían ido a buscarle. Me miró y movió la cabeza. El casco le había caído y su frente sangraba

junto al nacimiento del pelo. Tenía la nariz pelada, la herida ensangrentada y los cabellos cubiertos de polvo.

—Usted dijo una herida, mi teniente —gritó—. Pero no hay nada que hacer. Han vuelto a buscarme.

Eran las cinco cuando llegué a la villa y me dirigí a tomar una ducha en el lugar donde lavaban los coches. Después, en pantalón y camiseta, en mi habitación, me puse a redactar el informe, delante de la ventana abierta. La ofensiva iba a comenzar dentro de dos días y tendría que ir a Plava con las ambulancias. Hacía mucho tiempo que no había escrito a los Estados Unidos y sabía que tenía que hacerlo, pero había tardado tanto que ahora me resultaba muy difícil escribir. Además, no tenía nada que decir.

Mandé dos o tres cartas militares, *Zona di Guerra*, de las que lo taché todo menos «Me encuentro bien». Esto les haría tener paciencia. En América estas cartas tendrían mucho éxito: eran extrañas y misteriosas. También nuestro sector era extraño y misterioso. Pensé que, comparado con otras guerras con Austria, el lugar en que nos encontrábamos era peligroso, aunque bien dirigido. El ejército austríaco se había creado para proporcionar victorias a Napoleón, cualquier Napoleón. Yo deseaba que hubiéramos tenido un Napoleón, pero en su lugar teníamos al general Cardona, gordo y feliz, y a Vittorio Emmanuele, el hombrecillo de cuello largo y barba de chivo. Al otro lado, en el ala derecha del ejército, tenían al duque de Aosta. Quizá era demasiado guapo para ser un buen general, pero de todos modos tenía un aspecto varonil. A muchos les hubiera gustado tenerlo como rey. Pero sólo era tío del rey y mandaba el Tercer Ejército. Nosotros pertenecíamos al Segundo Ejército. El Tercer Ejército tenía algunas baterías inglesas. En Milán me encontré con dos artilleros de dichas baterías. Era simpáticos, y juntos pasamos una agradable velada. Eran altos y tímidos, y muy vengonzosos, y se hacían cargo de las circunstancias. Hubiese preferido estar con los ingleses. Así resultaría más sencillo. Claro que me podían matar. No, no en las ambulancias. O quizá sí, también se moría en las ambulancias. A veces mataban a los conductores de las ambulancias inglesas. ¡Oh, ya sabía que no me matarían! Por lo menos en esta guerra. Personalmente no me interesaba y no me

parecía más peligrosa que una guerra de cine. Dios sabe que deseaba que terminara. Quizá ocurriría este verano. Tal vez los austríacos cedieran. En las anteriores guerras siempre habían cedido. ¿Qué pasaba con esta guerra? Todos decían que los franceses habían llegado a su fin. Rinaldi me dijo que los franceses se habían sublevado y que las tropas habían entrado en París. Le pregunté qué había sucedido y contestó: «¡Oh, los han contenido!» Desearía ir a Austria en tiempo de paz. Ir a la Selva Negra y al macizo de Hartz. Pero, ¿dónde está el macizo de Hartz? Se luchaba en los Cárpatos, pero no deseaba ir. No obstante, quizá no fuera del todo desagradable. Podría ir a España, si no fuese por la guerra. El sol empezaba a descender y refrescaba. Después de cenar iré a ver a Catherine Barkley. Me gustaría tenerla aquí, en este momento. Quisiera estar en Milán con ella. Comer en la Cova, bajar por la vía Manzoni, una tarde calurosa, cruzar la calle, seguir a lo largo del canal y luego dirigirnos al hotel. Tal vez aceptaría. Quizá se imaginaría que yo era su amigo, el que mataron. Entraríamos por la puerta principal. El conserje nos saludaría. Me detendría en la oficina para pedir la llave, y ella, de pie, me esperaría junto al ascensor; subiríamos en él y ascendería suavemente haciendo un pequeño ruido en cada piso. El muchacho abriría la puerta y esperaría; ella sonreiría, saldría y yo la seguiría a lo largo del pasillo, pondría el teléfono y pediría una botella de Capri, blanco, en un cubo de plata lleno de hielo, y se oiría el crujido del hielo contra el cubo, por el pasillo, y el muchacho llamaría y yo le diría: «Póngalo todo delante de la puerta, por favor», porque estaríamos desnudos a causa del calor. Abriríamos la ventana y las golondrinas volarían por encima de los tejados de las casas y de los árboles, y beberíamos el Capri, con la puerta cerrada con llave. Calor, sólo una sábana. Toda la noche. Nos amariamos toda la noche, la noche cálida de Milán. Así deberían suceder las cosas. Tengo que darme prisa para ver a Catherine Barkley.

En la cantina hablaban mucho y bebí vino porque aquella noche, de no haberlo hecho, no hubiese podido experimentar la impresión de que todos éramos hermanos. Hablé con el capellán sobre el arzobispo Ireland, que era, según parece, un noble personaje, del cual hice ver que conocía las injusticias de que había sido objeto, y de las que yo, como americano,

participaba. No había oído hablar nunca de él, pero hubiese sido descortés demostrar que desconocía los hechos, después de haberlos explicado tan bien, y que según parece se debió a un equívoco. Su nombre me era agradable, procediendo de Minnesota resultaba realmente bello. Ireland de Minnesota... Ireland de Wisconsin... Ireland de Michigan. Lo que hacía que este nombre fuese bonito, era su semejanza con Islandia¹. No, no era esto. Había sido algo más. Sí, padre. Es verdad, padre. Tal vez, padre. No, padre. A lo mejor, padre. Sabe usted más que yo del asunto, padre.

El capellán era bueno, pero pesado. Los oficiales no eran buenos, pero pesados. El rey era bueno, pero pesado. El vino era malo, pero no fastidiaba. Hacía saltar el esmalte de los dientes y se pegaba al paladar.

—Y han enjaulado al cura —dijo Rocca— por haberle encontrado encima títulos al 3 por 100. Fue en Francia, evidentemente. En este país no lo hubiesen detenido. Él alegó que no sabía nada de los títulos al 3 por 100. Esto sucedió en Béziers. Entonces yo me encontraba allí, y seguía el asunto a través de los periódicos. Fui a la prisión y pedía que me dejaran ver al cura. Era evidente que había robado los títulos.

—No creo ni una palabra de todo esto —dijo Rinaldi.

—Como quieras —dijo Rocca—, pero lo digo por nuestro capellán. Es muy instructivo. Aunque sea cura, lo sabrá apreciar.

A continuación me sirvieron vino y les conté el cuento del soldado inglés al que obligaron a tomar una ducha. Luego el comandante contó el episodio de los once checoslovacos y el cabo húngaro. Después de algunas copas más, expliqué la historia del jinete que encontró un penique. El comandante dijo que sabía un cuento italiano del mismo estilo, el de la duquesa que no podía dormir de noche. Entonces el capellán se despidió y yo expliqué la historia del viajante que llega a Marsella a las cinco de la madrugada, un día que soplaban el mistral. El comandante dijo que yo tenía fama de ser un gran bebedor. Lo negué. Dijo que era cierto y que por Baco veríamos si lo era o no. Baco no, dije, Baco no. Sí, Baco, replicó. Tenía que

1. En inglés *Iceland*.

competir con Bassi, Fillipo Vicenza, vaso por vaso y copa por copa. Bassi dijo que no, pues no sería una buena demostración, habiendo bebido hasta aquel momento dos veces más que yo. Dije que era una horrible mentira y que, con o sin Baco, Fillipo Vicenza Bassi o Bassi Fillipo Vicenza, no había bebido una gota en toda la noche; y además, en realidad, ¿cómo se llamaba? Él me preguntó si me llamaba Frederico Enrico o Enrico Frederico. Yo le dije: vamos a ver cuál de los dos hará rodar al otro debajo de la mesa. Baco fuera de concurso. El comandante empezó a echarnos vino en los jarros. Cuando llegué a la mitad no quise seguir adelante. Me acordé de dónde tenía que ir.

—Ha ganado, Bassi. Es más fuerte que yo. Tengo que irme.

—Es verdad —dijo Rinaldi—. Tiene una cita. Estoy al corriente.

—Tengo que irme.

—Otra noche —dijo Bassi—. Otra noche, cuando esté más en forma.

Me dio una palmada en el hombro. Había velas sobre la mesa. Todos los oficiales estaban muy alegres.

—Buenas noches, caballeros —dije.

Rinaldi salió conmigo. Nos paramos en la puerta y me recomendó:

—Sería mejor que no fueras, ebrio como estás.

—No estoy borracho, te lo aseguro.

—Tendrías que masticar algunos granos de café.

—¡Bah!

—Voy a buscártelos, bebé. Quédate aquí y pásate.

Volvió con un puñado de café tostado.

—Mástícalo, nene, y vete con Dios.

—Baco —rectifiqué.

—Voy a acompañarte.

—Me encuentro muy bien.

Fuimos juntos a la ciudad. Yo masticaba el café. Cuando estuvimos írente a la reja del hospital británico, junto al camino que conducía a él, Rinaldi se despidió.

—Buenas noches —dije—. ¿Por qué no entras?

Movió la cabeza.

—No —contestó—. Prefiero los placeres más sencillos.

—Gracias por el café.

—De nada, nene, de nada.

Caminé por el sendero. A ambos lados de él, los cipreses elevaban su perfil claro y agudo. Me volví y vi a Rinaldi que me vigilaba. Le saludé con la mano.

Me senté en el vestíbulo mientras esperaba a Catherine. Alguien venía por el corredor. Me levanté, pero no era Catherine. Era *miss* Ferguson.

—Hola —dijo—. Catherine me ha encargado decirle que lo siente mucho, pero que no puede verle esta noche.

—¡Oh, estoy desolado! Espero que no esté enferma.

—No está muy bien.

—¿Quiere decirle cuánto lo siento?

—Sí, naturalmente.

—¿Cree que puedo probar de verla mañana?

—Sí, creo que sí.

—Muchas gracias —dije—. Hasta la vista.

Salí, y de repente me entró una sensación de vacío y soledad. Había tomado la cita con Catherine muy a la ligera. Me había embriagado y casi había olvidado la cita, y ahora no podía verla, y me sentía solo y abandonado.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente nos avisaron de que, río arriba, se produciría un ataque y que debíamos mandar cuatro ambulancias hacia aquel lugar. Nadie sabía nada, y todos hablaban con gran seguridad y con profundo conocimiento estratégico. Yo iba en la primera ambulancia, y al pasar frente al hospital británico ordené al conductor que se detuviera. Las otras ambulancias quedaron alineadas detrás de nosotros. Bajé y dije a los conductores que continuasen y que me esperasen en el cruce de la carretera de Cormons, si todavía no les había alcanzado.

Entré por la avenida y me dirigí a la sala de espera, en donde pregunté por *miss* Barkley.

—Está de servicio.

—¿Podría verla un momento?

Mandaron un ordenanza a preguntar, y regresó con ella.

—He venido a ver si te encontrabas bien. Me han dicho que estabas de servicio y... he pedido que me dejaran verte.

—Me encuentro bien. Creo que fue el calor lo que me sentó mal, anoche.

—Tengo que irme.

—Te acompañaré a la puerta.

—Pero, ¿estás bien? —pregunté una vez fuera.

—Claro que sí, querido. ¿Vendrás esta noche?

—No, salgo inmediatamente para asistir a una función que se va a representar allí, sobre el Plava.

—¿Una función?

—No creo que sea muy serio.

—¿Y volverás?

—Mañana.

Desprendió algo de su cuello y me lo deslizó en la mano.

—Es un San Antonio —dijo—, y ven mañana por la noche.

—¿Acaso eres católica?

—No, pero dicen que un San Antonio es muy útil.

—Lo cuidaré por ti. Adiós.

—No —dijo—. Adiós, no.

—Bueno.

—Cuidate y ten precaución. No, no puedes besarme aquí... imposible.

—Muy bien.

Me volví y la vi de pie en la entrada. Me saludó con la mano. Le mandé un beso con la mía, volvió a saludarme y me alejé. Subí a la ambulancia y partimos. El San Antonio estaba dentro de una cajita de metal blanco. La abrí y lo dejé caer en mi mano.

—¿San Antonio? —preguntó el conductor.

—Sí.

—Yo tengo uno.

Su diestra dejó el volante. Se desabrochó la guerrera y lo sacó de debajo de su camisa.

—¿Ve?

Volví a mi San Antonio a su cajita, arrollé la cadenita y lo deslicé en el bolsillo de mi guerrera.

—¿No se lo pone?

—No.

—Es mejor llevarlo. Para eso es.

—Muy bien —asentí.

Abrí el cierre de la cadena, la puse alrededor de mi cuello y lo volví a cerrar. El santo quedaba sobre mi uniforme. Abrí la guerrera y, desabrochándome el cuello, lo puse debajo de la camisa. Por unos instantes lo sentí sobre mi pecho; en su estuche de metal. Momentos después ya no pensaba en él. Más adelante, después de haber sido herido, no lo pude encontrar. Posiblemente alguien, en los puestos de socorro, se quedó con él.

Franqueamos el puente a toda velocidad y pronto vimos delante de nosotros el polvo que levantaban las otras ambulancias. La carretera tenía un recodo y divisamos las otras tres

ambulancias que parecían muy pequeñas; el polvo que levantaban se arremolinaba entre los árboles. Pronto las pasamos y maniobramos por una carretera que ascendía hacia las colinas. Cuando se va en el primer coche no resulta desagradable ir en convoy. Me instalé cómodamente en mi asiento y contemplé el paisaje. Nos hallábamos en la vertiente más próxima al río: y a medida que ascendíamos, altas montañas, cubiertas de nieve, aparecían ante nuestra vista. Miré hacia atrás y vi las tres ambulancias que trepaban, separadas por una nube de polvo. Alcanzamos una larga hilera de mulos cargados. Los conductores, con gorros rojos, andaban al lado de los mulos. Eran *bersaglieri*. Pasada la comitiva de mulos el camino quedaba libre. Ascendimos a través de las colinas y después de franquear una garganta descendimos a un valle. Los árboles se levantaban a ambos lados de la carretera y, a través de ellos, a su derecha, vi el río, con su agua clara, rápida y poco profunda. El río tenía poco nivel y estaba lleno de bancos de arena y guijarros, por entre los cuales corría un hilo de agua. Algunas veces el agua se extendía formando una masa luminosa sobre el lecho pedregoso. Cerca de la orilla había profundos remansos en donde el agua parecía azul como el cielo. Cruzamos el río por unos puentes de piedra y pasamos frente a unas granjas, también de piedra. Contra sus muros crecían unos perales en forma de candelabros, y en los campos se veían pequeñas paredes muy bajas. La carretera seguía por el valle durante un largo trecho, después giraba remontándose hacia las colinas. El camino era escarpado, en todos sentidos a través del bosque de castaños, llegando por fin a las alturas. Cuando sumía la mirada en los bosques, distinguía en el fondo, brillando al sol, el río, que separaba los dos ejércitos. Continuamos por la nueva y mala carretera militar que seguía por lo alto de la meseta, y al Norte, contemplé las dos cadenas de montañas. Eran, hasta el límite con la nieve, de un color verde oscuro y de una blancura impresionante en las soleadas cimas. Después, a medida que la carretera llegaba a las alturas, divisé una tercera cadena de nevadas montañas más altas que las anteriores. Eran tan blancas como el yeso y muy agrietadas, con raras superficies lisas, y detrás de éstas había otras, pero tan lejos, que dudaba de verlas realmente.

Eran montañas austríacas. En Italia no teníamos nada parecido. Delante de nosotros la carretera hacía curvas pronunciadas y mirando hacia abajo la veía serpentear entre los árboles. En esta carretera había tropa y camiones, y mulos con artillería de campaña; mientras continuábamos descendiendo, alineados a un lado, pude ver el fondo, el río, con la línea de carriles y traviesas que lo bordeaba, el viejo puente del tren y, más lejos, más allá del río, al pie de una colina, las casas derrumbadas del pueblecito que debíamos tomar.

Casi era de noche cuando, al llegar abajo, desembocamos en la carretera que bordeaba el río.

CAPÍTULO IX

La carretera estaba obstruida y a ambos lados había esteras y cortinas, hechas con rastrojos de maíz y con un techo de paja, de tal forma que parecía la entrada de un circo o de un pueblo africano. Lentamente cruzamos este túnel de paja y salimos a un lugar arrasado, en donde, anteriormente, había estado la estación. En este punto el camino estaba más bajo que el nivel del río, y a lo largo de él, la infantería ocupaba unas trincheras abiertas en su declive. El sol se ponía y al levantar los ojos por encima del terraplén, vi al otro lado, sobre la colina, negros bajo el sol, los coches austríacos. Aparcamos las ambulancias bajo un cobertizo de ladrillos. Los hornos y los grandes pozos se habían convertido en puestos de socorro. Conocía a tres de los médicos que había allí. Hablé con el comandante y me enteré de que a partir del principio de la ofensiva, tendríamos que conducir nuestras ambulancias, llenas, por el camino cubierto, hasta la cima, siguiendo la carretera.

En lo alto de la colina encontraríamos un puesto y varias ambulancias para evacuar. Confiaba que el camino no estuviera interceptado. Sólo se disponía de uno para esta operación. El camino había sido cubierto para esta operación, ya que, desde el otro lado del río, estaba bajo el fuego enemigo. Aquí, en la ladrillería, el terraplén del río nos protegía del fuego de las ametralladoras. Un puente casi derrumbado cruzaba el río. Cuando empezó el bombardeo se tenía la intención de construir otro, pero ahora las tropas tenían que pasar los vados, ascendiendo por el recodo del río. El comandante era de corta

estatura y llevaba un gran bigote muy retorcido. Había participado en la guerra de Libia y mostraba dos condecoraciones por sus heridas. Me dijo que, si todo iba bien, procuraría que me condecorasen. Le contesté que esperaba que todo se desarrollase bien, y que era muy amable... Le pregunté si había algún refugio en donde mis conductores pudieran guarecerse y llamó a un soldado para que me acompañase. Le seguí hasta el refugio, que estaba muy bien. Abandoné a los conductores, que se mostraron completamente satisfechos. El comandante me invitó a tomar una copa con él y dos oficiales más.

Bebimos, cordialmente, ron. Fuera, la noche iba cayendo. Quise saber la hora en que empezaría el ataque. Me contestaron que tan pronto como hubiese oscurecido. Volví con mis conductores. Estaban charlando, sentados, en el refugio, y, al llegar yo, se callaron. Les di a cada uno un paquete de cigarrillos —«Macedonia»—, cigarrillos mal liados cuyo tabaco se desprendía y era necesario doblar cuidadosamente los dos extremos antes de fumarlos. Manera encendió su mechero y lo pasó a los demás. El encendedor parecía el radiador de un *Fiat*. Les conté todo aquello de lo que me había enterado.

—¿Cómo puede ser que no hayamos visto el puente al bajar? —preguntó Passini.

—Es que estaba detrás del recodo.

—La carretera será un coladero —dijo Manera.

—Nos agujerearán de arriba a abajo.

—Posiblemente.

—¿Y si comiéramos, mi teniente? Cuando todo haya empezado, no tendremos tiempo de hacerlo.

—Voy a preguntar —dije.

—¿Podemos dar una vuelta o tenemos que quedarnos aquí?

—Es mejor que os quedéis.

Fui a buscar al comandante. Me dijo que los cocineros no tardarían en llegar y que los conductores ya podían venir a buscar su rancho. Si no tenían platos, se los darían. Le contesté que creía que los tenían. Regresé para decir a los conductores que, tan pronto llegase la sopa, los iría a buscar. Manera dijo que esperaba que le sirvieran antes del bombardeo.

Mientras permanecí allí no dijeron nada. Todos eran mecánicos y odiaban la guerra.

Salí para revisar mis ambulancias y ver lo que pasaba; después regresé de nuevo y me senté con mis conductores. Lo hicimos en el suelo, la espalda contra la pared y fumando. Fuera era casi de noche. La tierra del refugio estaba caliente y seca. Apoyé la espalda contra la pared y me deslicé sobre los riñones para descansar.

—¿Quién atacará? —preguntó Gavuzzi.

—Los *bersaglieri*.

—¿Sólo los *bersaglieri*?

—Así lo creo.

—Aquí no hay suficiente tropa para un gran ataque.

—Posiblemente lo hacen para distraer la atención de donde la verdadera ofensiva tendrá lugar.

—¿Lo saben los hombres que van a atacar?

—No lo creo.

—Seguro que no —dijo Manera—. Si lo supieran no lo harían.

—Sí que lo harían —dijo Passini—. Los *bersaglieri* son idiotas.

—Son valientes y disciplinados —contesté.

—Son de amplio pecho y de gran fortaleza, pero esto no les impide el ser idiotas.

—Los granaderos son altos —dijo Manera.

Era una broma. Todos rieron.

—¿Estaba usted allí, teniente, cuando se negaron a atacar y fusilaron a uno de cada diez?

—No.

—No es broma. Los hicieron formar y cogieron a uno de cada diez. Fueron los carabineros quienes los fusilaron.

—¡Los carabineros! —exclamó Passini, y escupió al suelo—. ¡Pero los granaderos! Todos miden más de un metro ochenta. Se negaron a atacar.

—Si nadie atacara, la guerra terminaría —dijo Manera.

—Éste no fue el caso de los granaderos. Tenían miedo. ¡Todos sus oficiales pertenecen a buenas familias!

—Algunos de los oficiales se lanzaron solos al ataque.

—Un sargento mató alevosamente a dos oficiales que no querían salir.

—Pero hubo tropas que salieron.

—A los que salieron no los hicieron formar cuando escogieron a los hombres para fusilar.

—Uno de los fusilados por los carabineros era de mi pueblo. Demasiado alto y guapo para estar con los granaderos. Siempre estaba en Roma. Siempre con mujeres. Siempre con los carabineros. —Se puso a reír—. Ahora hay un centinela permanente frente a su casa, con la bayoneta calada, y nadie puede visitar ni a su padre, ni a su madre, ni a sus hermanas; y su padre ha perdido los derechos de ciudadanía. Ni siquiera puede votar. Le han dejado fuera de la ley. Cualquiera puede apoderarse de sus bienes.

—Si no fuera por las molestias que ocasiona a los familiares, nadie estaría dispuesto a pelear.

—Sí, pelearían los alpinos, los voluntarios y también algunos *bersaglieri*.

—Los *bersaglieri* también se han largado. Ahora procuran que lo olviden.

—No tendría que dejar que hablásemos así, teniente. *Evviva l'Esercito* —exclamó Passini, irónicamente.

—¡Oh, ya conozco vuestra manera de hablar! —dijo—. Pero mientras conduzcáis las ambulancias debidamente y os comportéis...

—Y que procuréis que no os oigan los otros oficiales —acabó Manera.

—Tenemos que aguantar esta guerra hasta el final —dijo—. Si uno de los adversarios cesase de pelear, tampoco se acabaría. Aún sería peor el no hacerlo.

—No podría ser peor —dijo Passini respetuosamente—. No hay nada peor que la guerra.

—La derrota es peor.

—No lo creo —dijo Passini, siempre respetuosamente—. ¿Qué representa la derrota? Poder volver a casa.

—Sí, pero se quedan con vuestras casas y vuestras hermanas...

—No lo creo —dijo Passini—. Eso no lo harán a todos. Que cada uno defienda su casa y proteja a sus hermanas en ella.

—Entonces te ahorcan o te obligan a ser soldado, y esta vez no en las ambulancias, sino en la infantería.

—No pueden ahorcarlos a todos.

—Una nación extranjera no puede obligarte a ser soldado —dijo Manera—. A la primera batalla escaparías.

—Como los checos.

—Se ve en seguida que no sabéis lo que es ser vencidos, y por eso creéis que no es una desgracia.

—*Tenente* —dijo Passini—, comprendemos que nos deje hablar. Escuche. No hay nada peor que la guerra. Nosotros, aquí, en las ambulancias, no nos podemos hacer cargo de lo que es. Cuando uno se da cuenta, le es imposible pararla, porque se vuelve loco.

—Sé perfectamente que es terrible, pero tenemos que aguantar hasta el final.

—No tiene fin. Una guerra no termina nunca.

—Claro que sí. Algún día termina.

Passini movió la cabeza.

—La guerra no se gana con la victoria. ¿Qué ganaríamos si tomásemos el San Gabriel? ¿Qué adelantaríamos tomando Carso, Montefalcone y Trieste? ¡A lo mejor perderíamos una pierna! ¿Habéis visto todas esas montañas, hoy? ¿Creéis que las podríamos tomar todas? Eso sólo sería posible si los austriacos cesaran de luchar. Uno de los adversarios debe parar. ¿Por qué no somos nosotros? Si ellos entraran en Italia, pronto se cansarían y se marcharían. Tienen su patria. Pero no les importa y, en vez de hacer eso, ¡se divierten con la guerra!

—Habla usted como un orador.

—Uno piensa, uno lee. No somos campesinos. Somos mecánicos. Pero ni los campesinos son lo bastante torpes para creer en la guerra. Todos odian esta guerra.

—Al frente de los países hay una gente estúpida que no comprende y no comprenderá nunca nada.

—También se enriquecen con ella.

—No la mayoría —dijo Passini—. Son muy tontos. Lo hacen por nada... por pura estupidez.

—Es mejor callar —dijo Manera—. Hablamos demasiado, incluso para el teniente.

—A él le gusta —dijo Passini—. Lo convertiremos.

—Pero de momento es mejor callar —replicó Manera.

—Bien, ¿es que vamos a comer o no, *tenente*? —preguntó Gavuzzi.

—Voy a verlo —dije.

Gordini se levantó y salió conmigo.

—¿Puedo hacer algo, *tenente*? ¿Puedo serle útil?

Era el más quieto de los cuatro.

—Venga conmigo, si quiere. Ya veremos.

Estaba todo oscuro y las luces de los reflectores recorrían las montañas. En nuestro frente los había de gran tamaño, montados encima de camiones. Algunas veces, por la noche, nos cruzábamos con ellos, junto a las líneas. El camión disminuía la marcha, arrinconándose en la carretera y un oficial dirigía los focos sobre los asustados soldados. Cruzamos nuestro cobertizo y nos dirigimos hacia el puesto principal de socorro. Sobre el portal había un alero de follaje, y, en la oscuridad, la brisa de la noche hacía murmurar las hojas totalmente secas por el sol. En el interior del puesto había luz. El comandante estaba telefoneando sentado sobre una caja. Uno de los médicos me comunicó que el ataque había sido adelantado una hora. Me ofreció una copa de coñac. Sobre los tablones que servían de mesa vi los instrumentos que brillaban bajo la luz, las vasijas, los frascos con tapones de cristal. Gordini estaba detrás de mí. El comandante se levantó.

—La ofensiva va a comenzar. Se ha vuelto a la hora primitiva.

Miré hacia el exterior. Había una gran oscuridad y los proyectores austríacos barrían las montañas. El silencio se mantuvo por unos minutos. Después, todos los cañones instalados detrás nuestro entraron en acción.

—Saboya —dijo el comandante.

—¿Y la comida, comandante? —pregunté.

No me oyó. Repetí la pregunta.

En el ladrillar estalló una enorme granada. Otra detonación, y en medio del estrépito el ruido más bajo de la lluvia de ladrillos y de tierra.

—¿Qué hay para comer?

—Tenemos *pasta asciutta*¹ —dijo el comandante.

—Tomaré lo que puedan darme.

El comandante habló con un soldado, el cual desapareció por

1. En italiano en el original.

el fondo y regresó con una fuente de metal llena de macarrones fríos. Se la pasó a Gordini.

—¿Tienen queso?

El comandante le gruñó a un ordenanza, que desapareció de nuevo y volvió con un cuarto de queso blanco.

—Muchísimas gracias —dije.

—Haría usted bien en no salir.

Dos hombres acababan de dejar algo frente a la entrada. Uno de ellos miró al interior.

—Tráiganlo —dijo el comandante—. ¿Qué les pasa? ¿O es que creen que vamos a salir nosotros a buscarlos?

Los dos camilleros cogieron al hombre por debajo de las axilas y lo entraron al refugio.

—Rásguenle la guerrera —dijo el comandante.

Sostenía un trozo de gasa con sus pinzas. Los dos capitanes se quitaron sus guerreras.

—Salgan —ordenó imperativamente el comandante a los camilleros.

—Venga —dijo a Gordini.

—Harían mejor esperando a que terminara el bombardeo —dijo el comandante por encima de su hombro.

—Tienen hambre —contesté.

—Como quiera.

Una vez fuera cruzamos la ladrillería corriendo. Una granada estalló junto al río. Luego estalló otra casi encima de nosotros, de una forma inopinada, ya que ni la oímos venir. Nos tendimos contra el suelo y, a un tiempo, captamos el destello, el choque de la explosión, el olor, el silbido de los diversos estallidos y la crepitación de la lluvia de ladrillos. Gordini se incorporó y corrió hacia el refugio. Le seguí, llevando en la mano el queso, cuya superficie estaba cubierta de pequeños fragmentos de ladrillo. En el refugio los tres conductores estaban fumando, apoyados contra la pared.

—Tomad, pandilla de patriotas —dije.

—¿Cómo están las ambulancias?

—Perfectamente.

—¿Ha tenido miedo, *tenente*?

—¡Caray! Ya lo creo.

Saqué mi cortaplumas, lo abrí, limpié la hoja y raspé la

superficie sucia del queso. Gavuzzi me ofreció la fuente de macarrones.

—Coma usted primero, *tenente*.

—No —dije—. Pon la fuente en el suelo. Comeremos todos a la vez.

—No tenemos tenedores.

—*What the bell!* —dije en inglés.

Partí el queso y puse los pedazos encima de los macarrones.

—Siéntense y coman.

Todos se sentaron y esperaron. Introduje mis dedos en los macarrones y los retiré. Saqué un buen puñado.

—Levántelos bien alto, *tenente*.

Levanté el brazo cuanto pude y quedaron colgando. Los bajé hacia mi boca, sorbí, di un bocado y empecé a masticarlos. Luego tomé un trozo de queso, lo mordí y bebí un trago de vino. Sabía a hierro oxidado. Pasé la cantimplora a Passini.

—¡Qué porquería! —exclamó—. Ha estado demasiado tiempo en la cantimplora. La tenía en la ambulancia.

Comían, con la barbilla rozando el plato, la cabeza hacia atrás, sorbiendo los macarrones. Comí otro bocado, un poco de queso y otro trago de vino. Fuera cayó algo que hizo sacudir la tierra.

—Un 420 o *minnenwerfer*² —dijo Gavuzzi.

—En las montañas no hay 420 —dije.

—Tienen grandes cañones Skoda. He visto los agujeros.

—Son del 305.

Seguimos comiendo. Entonces se oyó una especie de tos profunda, un ruido parecido al de una locomotora que arranca, y después una explosión que hizo temblar la tierra.

—Este refugio no es profundo —dijo Passini.

—Esto ha sido un gran mortero de trinchera.

—Sí.

Terminé el queso y bebí un sorbo de vino. Entre el ruido volví a distinguir la gran tos, después el arranque, luego un destello, como cuando se abre repentinamente la puerta de un horno, una llama, primero blanca, luego roja, seguido todo de

1. Parecido al «¿Y eso qué diablos importa?» de los españoles.

2. Tipo de cañón.

una violenta corriente de aire. Intenté respirar, pero había perdido el aliento, y me sentí arrancado del lugar y elevado por la corriente. Sentí cómo mi ser huía rápidamente y tenía la sensación de que me estaba muriendo, pero al mismo tiempo no podía creer que uno podía morir sin darse perfecta cuenta; tuve la impresión como de flotar, y, en vez de continuar volando, caí. Respiré, había vuelto en mí. El suelo estaba hundido y frente a mí había una viga hecha astillas. Mi cabeza era un caos. Oí gritar a alguien. Creí que alguien rugía. Intenté moverme, pero no podía. Oía el tableteo de las ametralladoras y el tiroteo a lo largo del otro lado del río. Veía cómo las bombas subían y estallaban, y pequeñas nubes, muy blancas, flotaban en el aire. En unos minutos se lanzaron bombas y cohetes. De pronto, cerca de mí, oí que alguien gritaba. «*Mamma mia! Oh, mamma mia!*» Me estiré, me revolví y acabé por libertar mis piernas. Entonces pude dar la vuelta y tocarlo. Era Passini y, al tocarlo, rugió. Tenía las piernas vueltas hacia mí. Entre las alternativas de sombra y luz vi que las dos estaban destrozadas por debajo de las rodillas. Una estaba seccionada y otra sólo se sostenía por los tendones y un trozo de pantalón; el muñón se crispaba y retorció como si estuviera completamente desprendido. Passini se mordió el brazo gimiendo: «*Oh, mamma mia, mamma mia!*» Luego, «*Dio te salve, Maria. ¡Oh, Jesús, márame! ¡Jesucristo, márame! Mamma mia, mamma mia. ¡Oh, María, mi buena y santa Virgen, márame! Basta, basta, basta. ¡Oh, Jesús, oh, santa María, basta! ¡Oh, oh, oh!*» Y finalmente, con voz ahogada: «*Mamma mia, mamma mia!*» Se quedó inmóvil con el brazo en la boca y el muñón agitándose por reflejo.

—*Porta feriti!* —grité, haciendo embudo con mis dos manos—. *Porta feriti!*

Probé de acercarme a Passini con la esperanza de ponerle un torniquete en las piernas, pero no pude moverme. Hice un nuevo esfuerzo y, esta vez, mis piernas se movieron un poco. Logré deslizarme retrocediendo sobre los brazos y los codos. Passini no se movía. Me senté junto a él, me desabroché la guerrera e intenté rasgar el faldón de mi camisa. No pude lograrlo y probé de cortar el borde con los dientes. Entonces pensé en sus bandas de paño. Yo llevaba medias de lana, pero

Passini llevaba bandas. Todos los conductores llevaban bandas. Pero a Passini sólo le quedaba una pierna. Mientras le desenrollaba la banda, me di cuenta de que era inútil hacerle un torniquete porque había muerto. Me aseguré de que estuviese bien muerto. Lo importante, ahora, era encontrar a los otros tres. Me senté y entonces tuve la impresión de que algo se movía dentro de mi cabeza y me golpeaba por detrás de los ojos, como el contrapeso que tienen los ojos de las muñecas. Notaba mis piernas calientes y húmedas, lo mismo que el interior de mis zapatos. Comprendí que estaba herido. Encontré un vacío. La rodilla se había deslizado hasta la tibia. Me sequé la mano con la camisa. Una luz bajó lentamente. Me miré la pierna y me asusté. «¡Oh, buen Dios, sácame de aquí!» Sin embargo, yo sabía que había otros tres. ¿Eran cuatro los conductores? Passini había muerto. Quedaban tres. Alguien me cogió por debajo de los brazos y otra persona me cogió por las piernas.

—Hay tres más —dije—. Uno está muerto.

—Soy yo, Manera. Hemos buscado una camilla, pero no la hay. ¿Cómo se encuentra, *tenente*?

—¿Dónde están Gordini y Gavuzzi?

—Gordini ha ido al puesto a que lo venden. Gavuzzi es el que le sostiene las piernas. Agárrese a mi cuello, *tenente*. ¿Está malherido?

—En la pierna. ¿Cómo está Gordini?

—Está bien. Ha sido un gran obús de trinchera.

—Passini ha muerto.

—Sí. Ha muerto.

Un obús cayó cerca de nosotros. Los dos se arrojaron al suelo, dejándome caer.

—Discúlpenos, *tenente* —dijo Manera—. Cójase a mi cuello.

—Si vuelvo a caer...

—Es que nos hemos asustado.

—¿No están heridos?

—Sí; los dos tenemos alguna herida.

—¿Le parece que Gordini podrá conducir?

—No lo creo.

Antes de llegar al puesto aún me dejaron caer otra vez.

—¡Hijos de p...! —grité.

—Perdónemos, *tenente* —dijo Manera—. No volveremos a dejarlo caer.

Delante del puesto de socorro, la mayoría yacíamos en el suelo, en la oscuridad. Traían y llevaban heridos. Cada vez que levantaban la cortina para entrar o salir alguien, veía la luz del puesto. Los muertos los colocaban aparte. Los médicos, con las mangas subidas hasta los hombros, estaban rojos como carniceros. Faltaban camillas. Algunos heridos gritaban, pero la mayoría permanecían tranquilos. Encima del portal las hojas del alero temblaban al viento. La noche refrescaba. Llegaban camilleros sin cesar. Dejaban sus camillas en el suelo, las descargaban y volvían a marchar. Tan pronto llegué al puesto de socorro, Manera trajo un sargento de Sanidad que me vendó las piernas. Dijo que gracias a la tierra que taponaba las heridas, la hemorragia había sido insignificante. Se ocuparían de mí lo más pronto posible. Volvió al puesto. Gordini me comunicó que no podría conducir. Tenía roto el hombro y una herida en la cabeza. Al principio no le dolía, pero ahora se le había puesto el hombro rígido. Estaba sentado junto a una de las paredes de ladrillos. Manera y Gavuzzi salieron con un cargamento de heridos cada uno. Podían conducir normalmente. Los ingleses llegaron con tres ambulancias, y en cada una de ellas había dos hombres. Uno de sus conductores se me acercó, acompañado de Gordini, muy pálido y desmejorado. El inglés se inclinó sobre mí.

—¿Está usted muy malherido? —me preguntó.

Era alto y llevaba lentes con aros de metal.

—En las piernas.

—Espero que no sea grave. ¿Quiere un cigarillo?

—Gracias.

—Me han dicho que ha perdido a dos de sus conductores.

—Sí. Uno ha muerto y el otro es el que le ha traído.

—Mala suerte. ¿Quiere que nos ocupemos de sus ambulancias?

—Precisamente esto es lo que quería pedirles.

—Nos haremos cargo de ellas y las conduciremos a la villa. Pertenece usted al 206, ¿verdad?

—Sí.

—Yo soy inglés.

—¡No!

—Ya lo creo, inglés. ¿Creía que era italiano? Hemos tenido italianos en una de nuestras unidades.

—Sería una suerte si usted pudiera hacerse cargo de las ambulancias —dije.

—Las cuidaremos bien.

Se incorporó.

—Este muchacho estaba empeñado en que viniera a verle.

Golpeó el hombro de Gordini. Gordini se estremeció, pero sonrió. El inglés se puso a conversar en italiano con gran soltura.

—Todo está arreglado. He hablado con su teniente. Nos llevaremos las dos ambulancias. No se preocupe. —Añadió—: Hemos de intentar sacarlos de aquí. Voy a ver a los médicos jefes. Los llevaremos con nosotros.

Se dirigió al puesto de socorro, caminando con cuidado entre los heridos. Vi que se levantaba la cortina. Apareció la luz y él entró.

—Se ocupará de usted, *tenente* —dijo Gordini.

—¿Cómo se encuentra usted, Francó?

—Bien.

Se sentó junto a mí. Momentos después la cortina se levantó. Dos camilleros entraron, seguidos por el inglés alto.

—Éste es el teniente americano —les dijo en italiano.

—Prefiero esperar —dije—. Hay otros más graves que yo. Me encuentro muy bien.

—Vamos, vamos —dijo—. No se haga usted el héroe. —Añadió en italiano—: Levántenle las piernas con cuidado. Están muy sensibles. Es el hijo legítimo del presidente Wilson.

Me levantaron y me condujeron al puesto. Estaban operando encima de las mesas. El comandante me miró, furioso.

—*Ça va bien?*

—*Ça va!*

—Yo lo he traído —dijo el inglés alto, en italiano—. Es el hijo único del embajador de los Estados Unidos. Esperará aquí hasta que puedan atenderlo. Luego me lo llevaré en una de mis ambulancias.

1. En francés en el original.

Se inclinó sobre mí.

—Voy a ver al secretario para que ponga sus papeles en regla. Así irá más aprisa.

Tuvo que agacharse para cruzar el umbral y desapareció. El comandante desmontó sus pinzas y las colocó en una cubeta. Mis ojos no perdían ni uno de sus movimientos. Ahora estaba haciendo un vendaje. Después los camilleros sacaron al hombre de encima de la mesa.

—Voy a atender al teniente americano —dijo uno de los capitanes.

Me colocaron sobre la mesa. Era dura y viscosa. Se notaban fuertes olores, olores de productos químicos y el olor dulzón de la sangre. Me quitaron el pantalón y el médico empezó a dictar al sargento mientras trabajaban.

—Múltiples heridas superficiales en ambos muslos, en las dos rodillas y en el pie derecho. Heridas profundas en la rodilla y en el pie derecho. Laceración del cuero cabelludo (tocando: «¿Le duele?» «¡Por Cristo, sí!») con posibilidad de fractura de cráneo. Herida en cumplimiento de su deber. Esto le libraré del consejo de guerra por haberse hecho heridas voluntariamente —dijo—. ¿Quiere una copa de coñac? ¿Qué es lo que pensaba usted hacer? ¿Qué quería usted? ¿Suicidarse? Suero antitetánico, por favor, y marque una cruz en las dos piernas. Gracias. Voy a limpiarlo todo un poco y vendarlo. Su sangre está coagulando admirablemente.

El secretario levantó los ojos del papel.

—¿Qué es lo que le ha producido las heridas?

El médico:

—¿Qué le ha herido?

Yo, con los ojos cerrados:

—Un obús.

El médico (abriendo las heridas y haciendo cosas que me causaban un gran dolor):

—¿Está usted seguro?

Yo (tratando de mantenerme quieto y sintiendo que el estómago se me removía cada vez que cortaban la carne):

—Creo que sí.

El médico (interesado por algo que acababa de descubrir):

—Fragmentos de obús, si quiere, tantearé si encuentro otros,

pero no lo creo necesario. Vamos a embadurnar todo esto. ¿Le pica? Bueno, esto no es nada comparado con lo que va a sentir luego. El dolor aún no ha empezado. Tráiganle una copa de aguardiente. Eso duerme el dolor, le irá bien. Irá bien siempre que no haya infección, pero raramente se produce. ¿Qué tal su cabeza?

—Santo Cristo —dije.

—Entonces no beba coñac. Si hay fractura, debemos evitar la inflamación. Y aquí, ¿le duele?

El sudor se deslizaba por todo mi cuerpo.

—Santo Dios —exclamé.

—Creo que hay fractura. Lo voy a vendar.

Me vendó. Sus manos eran ligeras. Hizo un vendaje ajustado y regular.

—Ya está. Buena suerte, y *Vive la France!*¹.

—Es americano —dijo el otro capitán.

—Oh, yo creía que era francés. Habla francés —dijo el médico—. Ya lo conocía. Siempre creí que era francés.

Se tragó media copa de coñac.

—Traigan un herido grave y suero antitetánico.

El médico hizo una señal con la mano. Me levantaron y al salir la cortina de la entrada me rozó la cara. Una vez fuera, el sargento se arrodilló junto a mí.

—¿Apellido? —preguntó suavemente—. ¿Segundo apellido? ¿Nombre de pila? ¿Grado? ¿Lugar de nacimiento? ¿Clase? ¿Cuerpo?, etc. Lo siento por su cabeza, *tenente*. Deseo que mejore. Le envío a la ambulancia inglesa.

—Me encuentro bien, muchas gracias —dije.

El dolor que me había anunciado el comandante empezó bruscamente y no pude prestar atención a lo que pasaba. La ambulancia inglesa llegó inmediatamente. Me colocaron en una camilla, la levantaron al nivel de la ambulancia y me acomodaron en su interior. A mi lado, en otra camilla, se encontraba un hombre del cual distinguía, entre el vendaje, su amarillenta nariz. Respiraba pesadamente. Colocaron otras camillas encima de nosotros. El conductor inglés, el alto, vino a vernos.

—Conduciré suavemente. Espero que no estén mal del todo.

1. En francés en el original.

Oí que el motor se ponía en marcha, oí al hombre subir a su asiento, oí que soltaba los frenos y embragaba, y arrancamos. Estaba tendido, inmóvil, abandonado al dolor.

A causa de los escombros, la ambulancia subía lentamente. A veces se paraba, otras, en una curva, tenía que retroceder. Por fin pudo acelerar. De repente algo empezó a gotear sobre mí. Al principio lentamente y después, y poco a poco, se convirtió en un chorro. Llamé al conductor. Se detuvo y miró por la ventanilla a sus espaldas.

—¿Qué le ocurre?

—El hombre de la camilla situada sobre la mía tiene una hemorragia.

—Estamos llegando. No podría sacar la camilla yo solo.

Continuó la marcha. El chorro seguía. En la oscuridad no podía distinguir de dónde caía por encima de mi cabeza. Traté de ponerme de lado para evitar que la sangre cayese sobre mí. Tenía la camisa caliente y pegajosa donde había caído la sangre. Tenía frío y la pierna me dolía tanto que temí desvanecerme. Al cabo de un rato el chorro disminuyó, pero volvió a aumentar y oí removerse la tela sobre mí, al intentar el hombre acomodarse en la camilla.

—¿Cómo está? —preguntó el inglés—. Estamos llegando.

Las gotas caían poco a poco, como una estalactita de hielo al anochecer. Hacía frío en la ambulancia, en la oscuridad, subiendo la carretera. En la cumbre, al llegar al puesto, sacaron la camilla y colocaron otra en su lugar.

CAPÍTULO X

En la sala del hospital me anunciaron que, por la tarde, tendría visitas. Hacía mucho calor y había moscas. Mi enfermero cortó unas tiras de papel y las pegó a un bastón, a modo de atrapamoscas. Yo contemplaba cómo se refugiaban en el techo. Cuando el enfermero se durmió y dejó de perseguirlas, se apresuraron a volver. Yo soplabo para alejarlas, y finalmente, tapándome la cara con las manos, me dormí. El calor era inaguantable y al despertarme la pierna me escocía. Desperté al enfermero y me vertió agua mineral sobre el vendaje. La cama quedó húmeda y fresca. Los que no dormían se hablaban a través de la sala. Las tardes siempre eran tranquilas. Por la mañana, tres enfermeros y un doctor visitaban a los heridos. Nos sacaban de la cama y nos trasladaban a la sala de curas, y de esta forma, mientras nos vendaban las heridas, podían hacer las camas. El traslado a la sala de curas no era agradable y todavía me resultó peor cuando me enteré que se podían hacer las camas sin sacar a los enfermos de ellas. Mi enfermero acababa de verter el agua y la cama estaba deliciosamente fresca y le pedí que me rascara las plantas de los pies, que me picaban mucho, cuando uno de los doctores entró con Rinaldi. Corrió hacia mí, se inclinó y me abrazó. Observé que llevaba guantes.

—¿Cómo estás, pequeño? ¿Cómo te encuentras? Mira qué te traigo.

Era una botella de coñac. El enfermero le alargó una silla y se sentó.

—También te traigo buenas noticias. Te van a condecorar.

Quieren darte la *medaglia d'argento*, pero quizá sólo puedan darte la de bronce.

—¿Por que motivo?

—Por estar gravemente herido. Dicen que si puedes mostrar que hiciste un acto de heroísmo, te darán la medalla de plata. Si no lo haces así, sólo te darán la de bronce. Dime exactamente cómo sucedió. ¿Hiciste un acto heroico?

—No —dije—. Me hirieron mientras comía un pedazo de queso.

—No lo tomes a broma. Seguramente te comportaste heroicamente, fuera, antes o después. Procura acordarte.

—No, nada.

—¿No llevaste a alguien a cuestras? Gordini dice que trasladaste a varios hombres; pero el comandante del puesto de socorro dice que es imposible. Él es quien tiene que firmar la propuesta de citación.

—No conduje a nadie. No podía moverme.

—Es igual —dijo Rinaldi.

Se quitó los guantes.

—Creo que podremos obtenerte la medalla de plata. ¿Te negaste a recibir asistencia antes que los demás?

—Sin mucha convicción.

—Eso no importa. Recuerda que estás gravemente herido. Recuerda tu valerosa insistencia al solicitar ir siempre en primera línea. Además, la operación tuvo éxito.

—¡Ah! ¿Cruzaron el río?

—Perfectamente. Capturaron cerca de mil prisioneros. Está en el parte. ¿No lo has leído?

—No.

—Te lo traeré. Fue un éxito la operación.

—¿Cómo va todo?

—Admirablemente. Somos una gente magnífica. Todos estamos orgullosos de ti. Cuéntame exactamente cómo sucedió todo. Estoy convencido de que te darán la medalla de plata. Vamos, habla, aprisa. Cuéntamelo todo. —Se calló y reflexionó—. Quizá también te den una condecoración inglesa. Había un inglés allí. Iré a verle y le pediré que te recomiende. Posiblemente podrá hacer alguna cosa. ¿Sufres mucho? Anda, bebe. Enfermero, tráigame un sacacorchos. Oh, me hubiese

gustado que me vieras cuando extirpé tres metros de intestino delgado. Lo hice mejor que nunca. Se podría publicar en *The Lancet*. Tú me harás la traducción y la enviaré al *Lancet*. Cada día lo hago mejor. ¡Pobrecito niño! ¿Cómo te encuentras? ¿Dónde está este maldito sacacorchos? ¡Mientras tú estás tan valiente y tranquilo yo me olvido de lo que sufres!

Golpeó la cama con sus guantes.

—Aquí está el sacacorchos, *signor tenente* —dijo el enfermero.

—Abra la botella. Traiga un vaso. Bébetelo, niño. ¿Cómo está tu pobre cabeza? He revisado tus papeles. No tienes fractura. El comandante del puesto de socorro no es más que un carnicero. Si te atendiera yo no te haría ningún daño. Nunca hago daño a nadie. Voy progresando. Cada día hago las cosas con mayor ligereza y seguridad. Perdona que te hable tanto, niño, pero me trastorna verte gravemente herido. ¡Anda, bebe esto! Cinco estrellas. Al salir iré a ver a este inglés. Te obtendrá la condecoración inglesa.

—No las dan así como así.

—Eres demasiado modesto. Mandaré nuestro oficial de enlace. Él sabe cómo manejar los ingleses.

—¿Has visto a *miss Barkley*?

—Te la traeré. Voy a buscarla ahora mismo.

—No te vayas —dije—. Háblame de Goritzia. ¿Cómo están las muchachas?

—No hay muchachas. Hace quince días que no las han cambiado. Ya no son chicas, son como viejos compañeros de armas.

—¿No vas nunca por allí?

—Únicamente lo hago para ver si hay algo nuevo. Sólo entro y salgo. Todas me preguntan por ti. Es repugnante que se queden tanto tiempo, ya que acaban por convertirse en amigas.

—Tal vez las muchachas ya no quieran ir al frente.

—Claro que sí. Hay montones de mujeres. La culpa la tiene la mala administración. Las reservan para los caballeros de la retaguardia.

—Mi pobre Rinaldi —dije—, completamente solo en la guerra, sin mujeres nuevas.

Rinaldi llenó otro vaso de coñac.

—Toma, bébetelo, pequeño, no creo que te haga daño.

Bebí el coñac y noté su calor hasta el fondo del estómago. Rinaldi se sirvió otro vaso. Estaba más tranquilo. Levantó el vaso.

—Por tus gloriosas heridas. Por la medalla de plata. Dime, ¿no te molesta el estar tanto tiempo tendido, con este calor?

—A veces.

—No comprendo cómo puedes estar tanto tiempo acostado. Yo me volvería loco.

—Ya lo estás.

—Me gustaría que regresaras. Ya no veo a nadie que vuelva por la noche, después de divertirse. No puedo molestar a nadie. No tengo a quien pedir dinero. Ni a un antiguo amigo, ni a un compañero de habitación. ¿Por qué diablos te dejaste herir?

—Te queda el capellán para gastarle bromas.

—¡El capellán! Yo no le molesto. Es el capitán. A mí no me molesta. Ya que debemos tener uno, mejor que sea éste que otro. Quiere venir a verte. Está haciendo los preparativos.

—Le aprecio.

—Oh, ya me he dado cuenta. A veces me pregunto si tú y él no estáis un poco así... ¿Comprendes?

—No, no debes creerlo.

—Sí, te lo aseguro. Un poco así... como el número del primer regimiento de la Brigada Ancora.

—Anda, vete al diablo.

Se levantó y se puso los guantes.

—Oh, me gusta fastidiarte, niño. A pesar de tu capellán y de tu inglesita, en el fondo, eres igual que yo.

—Ni mucho menos.

—Sí, somos iguales. En realidad, tú eres un italiano. Todo fuego y llama y nada por dentro. Haces bien en parecer americano. Somos hermanos y nos apreciamos.

—Pórtate bien durante mi ausencia —le dije.

—Te mandaré a *miss* Barkley. Te portarás mejor con ella que conmigo. Eres más puro y más amable.

—Oh, vete al diablo.

—Te la mandaré. Tu adorable y fría diosa. Diosa inglesa. Dios Santo, ¿qué otra cosa puede hacer un hombre con una mujer como ésa, sino venerarla? ¿Es que una inglesa sirve para otra cosa?

—No eres más que un *dago*¹ ignorante y mal hablado.

—¿Un qué?

—Un puerco *wop*² ignorante.

—*Wop*. ¿Y tú qué?... Tú eres... tú eres un *wop* de hielo.

—Eres ignorante y estúpido. —Noté que le molestaba y continué—: Sin cultura, sin experiencia. Idiota a fuerza de no tener experiencia.

—¿Tú crees? Pues bien, escucha, voy a decirte algo respecto a tus honradas mujeres, tus diosas. La única diferencia entre poseer una muchacha que siempre ha sido buena y una cualquiera, es que con la muchacha siempre es doloroso. Eso es todo lo que sé.

Golpeó la cama con los guantes.

—Y además, nunca se sabe si a la muchacha le gustará.

—No te enfades.

—No me enfado. Lo que te digo es para tu bien, bebé. Para evitarte disgustos.

—¿Es realmente ésa la diferencia?

—Sí, pero millones de idiotas como tú no lo saben.

—Eres muy amable al decírmelo.

—No nos vamos a pelear, pequeño. Te aprecio demasiado. Pero no hagas el tonto.

—No, seré bueno y formal como tú.

—No te enfades, bebé. Vamos, riéte. Bebe un trago. Tengo que irme de una vez.

—Eres un buen muchacho.

—Claro que sí. En el fondo somos iguales. Somos hermanos de guerra. Abrázame antes de marchar.

—¡Qué pesado eres!

—No, soy cariñoso y nada más.

Noté cómo se aproximaba su aliento.

—Adiós, volveré a verte muy pronto.

Su aliento se alejó.

—No te abrazaré si no te gusta. Te mandaré a tu inglesita. Adiós, bebé. El coñac está debajo de la cama. Apresúrate a ponerte bien.

Y desapareció.

1.-2. Términos despectivos que usan los americanos para designar a los italianos.

CAPÍTULO XI

El capellán llegó al anochecer. Habían traído la sopa y recogido los tazones, y yo miraba por la ventana la copa de los árboles moverse por la brisa de la noche. La brisa entraba por la ventana y con la noche el calor iba cediendo. Las moscas se habían estacionado en el techo y en las bombillas que pendían de los cordones eléctricos. Solamente las encendían cuando, por la noche, traían algún enfermo, o cuando había alguna cosa que hacer. Me animaba ver que la noche seguía al crepúsculo. Me daba la impresión de haberme acostado en seguida después de cenar.

El enfermero se acercó, por entre las camas, y se detuvo. Alguien le acompañaba. Era el capellán. Se encontraba allí, bajito, con su cara morena y aspecto tímido.

—¿Cómo está usted? —me preguntó.

Colocó unos paquetes en el suelo, junto a la cama.

—Muy bien, padre.

Se sentó en la silla que habían traído para Rinaldi, y, con aire embarazado, miró por la ventana. Observé que tenía el aspecto cansado.

—Sólo puedo quedarme un momento —dijo—. Es tarde.

—No, no es tarde. ¿Cómo están en el campamento?

Sonrió.

—Sigo siendo el objeto de sus bromas.

Su voz también parecía cansada.

—Gracias a Dios, todos están bien. Me alegro mucho de que usted mejore —dijo—. Espero que no sufra.

Parecía muy cansado y yo no estaba acostumbrado a verlo así.

—No, ya no me duele.

—Le echo de menos en la cantina.

—Todavía quisiera estar allí. Siempre me gustaron nuestras conversaciones.

—Le he traído algunas cositas —dijo. Cogió los paquetes—. Esto es un mosquitero. Eso una botella de vermut. ¿Le gusta el vermut? Y aquí tiene periódicos ingleses.

—Ábralos, se lo ruego.

Parecía más contento. Abrió los paquetes. Me quedé con el mosquitero en la mano. Levantó la botella de vermut para que la viera y luego la dejó en el suelo, junto a la cama. Cogí un montón de periódicos ingleses. Pude leer los titulares por la media luz de la ventana. Eran *The News of the World*.

—Los otros son ilustrados —dijo.

—Me agraderá muchísimo leerlos. ¿De dónde los ha sacado?

—He mandado a buscarlos a Mestre. Conseguiré más.

—Ha sido muy amable al venir a verme, padre. ¿Quiere un vaso de vermut?

—Gracias. Guárdelo. Es para usted.

—No. Tome usted un vaso.

El enfermero trajo los vasos y descorchó la botella. Rompió el corcho y tuvo que hundir la mitad del sacacorchos en la botella. Comprendí que el capellán estaba decepcionado, pero dijo:

—Es igual. No tiene importancia.

—A su salud, padre.

—Por su pronto restablecimiento.

Después levantó su vaso y nos miramos. A veces, cuando hablábamos, nos sentíamos amigos, pero aquella noche resulta-ba difícil.

—¿Qué le ocurre, padre? Parece cansado.

—Estoy cansado y no tengo derecho a estarlo.

—Es el calor.

—No, es simplemente la primavera. Estoy deprimido.

—Está triste.

—No, pero odio la guerra.

—A mí tampoco me gusta —dije.

Movió la cabeza y miró fuera.

—A usted le afecta porque no la puede ver. Perdóneme, sé muy bien que está herido.

—Es un accidente.

—Y no obstante, incluso estando herido, no la ve. Yo puedo hablarle de ella. Tampoco la veo, pero la siento... un poco.

—Precisamente hablábamos de esto cuando me hirieron. Era Passini el que hablaba.

El capellán dejó el vaso. Pensaba en otra cosa.

—Los conozco porque soy como ellos.

—Sin embargo, usted es diferente.

—Puede que sea así, pero en el fondo soy igual.

—Los oficiales no ven nada.

—Algunos, sí. Los hay muy sensibles y se sienten mucho más desgraciados que cualquiera de nosotros.

—La mayoría son distintos.

—No es una cuestión de educación ni de fortuna. Es otra cosa. Aunque tuvieran educación y fortuna, los hombres como Passini no querrían ser oficiales. Yo tampoco quisiera ser oficial.

—Usted está considerado como oficial, y yo lo soy.

—En el fondo no lo soy. Usted ni siquiera es italiano. Es un extranjero. Pero está más cerca de los oficiales que de los soldados.

—¿Cuál es la diferencia?

—Es difícil de explicar. Hay gente que es partidaria de la guerra. En este país hay muchos. Otros están en contra.

—Pero los primeros obligan a los otros a hacerla.

—Sí.

—Y yo les ayudo.

—Usted es extranjero. Usted es un patriota.

—Y los que están en contra de la guerra, ¿pueden detenerla?

—No lo sé.

Miró nuevamente por la ventana. Observé su rostro.

—¿Han podido detenerla alguna vez?

—No están organizados para detener las cosas, y cuando lo logran, sus jefes los denuncian.

- Entonces, ¿no hay esperanza?
- Siempre hay esperanza. Pero a veces uno no puede esperar.
- Me esfuerzo siempre en esperar, pero casi nunca lo consigo.
- Puede ser que termine la guerra.
- Así lo espero.
- ¿Qué hará entonces?
- Si puedo, volveré a los Abruzos.
- De repente su rostro moreno se iluminó.
- ¿Le gustan los Abruzos?
- Sí, mucho.
- Entonces tendrá que ir allí.
- Sería demasiado feliz. ¡Oh! ¡Poder vivir allí, amar a Dios y servirlo!
- Y ser respetado —dije—. ¿Por qué no?
- Sí, y ser respetado.
- No hay motivo para que no lo sea. Tiene derecho a que lo respeten.
- No importa. Pero allí, en mi país, se admite que uno ame a Dios. No es ninguna broma sucia.
- Comprendo.
- Me miró y sonrió.
- Me comprende, pero no ama a Dios.
- No.
- ¿Nada?
- Algunas veces, por la noche, le temo.
- Debería amarlo.
- No acostumbro amar.
- Sí —dijo—. Lo que usted me contaba algunas veces de sus noches, no es amor. Es sólo pasión y lujuria. Cuando se ama, se intenta, se quiere hacer algo para el que se ama. Sacrificarse, servirlo.
- Yo no amo.
- Usted amará. Sé que amará. Y entonces será feliz.
- Soy feliz. Siempre he sido feliz.
- No es lo mismo. Usted no puede saber lo que es antes de haber sentido.
- Bueno, si algún día me pasa, ya se lo diré.
- Hace mucho rato que estoy aquí y hablo demasiado. Realmente lo creía así.

—No, no se vaya. Y, ¿qué piensa del amor de las mujeres? Si quisiera de verdad a una mujer, ¿sentiría todo eso?

—Esto no lo sé. Nunca he amado a una mujer. Claro, he amado a mi madre.

—¿Siempre ha amado a Dios?

—Sí, desde pequeño.

—¡Oh! —dije. No sabía qué decir—. Continúa siendo un buen chico.

—Soy un niño —dijo—, y usted me llama padre.

—Es por cortesía.

Sonrió.

—Tengo que irme, en serio —dijo—. ¿De verdad que usted no me necesita... para nada? —preguntó con un destello de esperanza.

—No, sólo para hablar.

—Daré recuerdos suyos a los del campamento.

—Gracias por todos sus magníficos regalos.

—De nada.

—Vuelva a verme.

—Sí. Adiós.

Me golpeó la mano.

—Hasta la vista —dije en dialecto.

—*Ciaou* —repitió.

La habitación estaba oscura y el enfermero que estaba sentado al pie de la cama lo acompañó. Lo apreciaba mucho y deseaba que algún día pudiera volver a los Abruzos. Se sentía muy desgraciado en el campamento y ponía a mal tiempo buena cara, pero yo pensaba en la vida que podía llevar en su país. Me había contado que en Caprocotta había truchas en el río, en la parte baja de la ciudad. Por la noche no se podía tocar la flauta. «¿Por qué?», le pregunté. «Porque el son de la flauta, por la noche, es peligroso para las muchachas.» Allí, los campesinos le llaman a uno don y al pasar saludan. Su padre iba cada día a misa y comía en casa de los campesinos. Era un honor para ellos. Un extranjero no podía cazar si no presentaba el certificado de que no había estado nunca en la cárcel. Había osos en el Gran Sasso de Italia, pero estaban muy lejos. Aquila era una hermosa ciudad. En verano las noches eran frescas y la primavera en los Abruzos era la más bella de Italia. Pero lo más agradable era el

otoño, la estación de las cacerías en los castaños. Los pájaros eran todos buenos para comer, ya que solamente se alimentaban de uvas y no era necesario llevarse el almuerzo, porque los campesinos se sentían muy halagados si se iba a su casa y se comía con ellos. Al cabo de unos minutos me dormí.

CAPÍTULO XII

La habitación era muy larga y con ventanas en su parte derecha. Al final había una puerta que daba a la sala de urgencia. La hilera de camas en la que estaba la mía se hallaba situada frente a las ventanas, y otra hilera, bajo las ventanas, miraba la pared. Acostándome sobre el lado izquierdo, veía la puerta de la sala de curas. Al fondo había otra puerta, por la que algunas veces, hacían entrar a los visitantes. Cuando alguno iba a morir rodeaban la cama con un biombo, para que no lo viéramos. Sólo percibíamos, por debajo del biombo, los zapatos y la parte inferior de las batas de los doctores y enfermeras, y alguna vez, en los últimos momentos, se oía cuchichear. Luego el capellán salía de detrás del biombo y los enfermeros iban allí y volvían a salir, llevando el cadáver cubierto por entre las dos hileras de camas. Alguien recogía el biombo y se lo llevaba.

Aquella mañana, el comandante de mi sala me preguntó si creía hallarme en condiciones para viajar al día siguiente. Le contesté que sí. Entonces me dijo que me evacuarían por la mañana, a primera hora. Añadió que era mejor viajar antes de que el calor apretase.

Cuando a uno lo levantaban para transportarlo a la sala de curas, se podía mirar por la ventana. Entonces, las tumbas recién cavadas en el jardín aparecían delante de nosotros. En la puerta del jardín había un soldado sentado. Se cuidaba de hacer las cruces y de pintar en ellas el nombre, grado y regimiento a que pertenecían los hombres que se enterraban allí.

También hacía recados para los de la sala y en sus ratos libres

me hizo un encendedor con una bala austríaca. Los médicos eran muy simpáticos y parecían eficientes. Tenían una gran impaciencia por mandarme a Milán, en donde los servicios radiográficos eran mucho mejores y donde, después de la operación, podría hacer mecanoterapia. Yo también deseaba ir a Milán. Querían mandarnos lo más lejos posible, ya que, una vez empezada la ofensiva, necesitarían todas las camas. La noche anterior a mi marcha, Rinaldi vino a verme, acompañado por el comandante de nuestro campamento. Me comunicaron que iban a hospitalizarme en Milán, en un hospital americano recientemente inaugurado. Mandarían allí ambulancias americanas y ese hospital se haría cargo de ellas, así como de todos los americanos que estuvieran de servicio por Italia. Muchos estaban alistados en la Cruz Roja. Los Estados Unidos habían declarado la guerra a Alemania, pero no a Austria. Los italianos tenían la certeza de que América también declarararía la guerra a Austria y se interesaban por todos los americanos que llegaban, incluso los de la Cruz Roja. Me preguntaron si el presidente Wilson declarararía la guerra a Austria, y les contesté que era cuestión de días. Yo ignoraba los agravios que habíamos recibido de Austria, pero consideraba lógico que se le declarase la guerra como a Alemania. Me preguntaron si declararíamos la guerra a Turquía. Respondí que no estaba muy seguro.

—*Turkey*¹ —dije— es nuestra ave nacional.

Pero el juego de palabras resultaba muy mal, traducido; parecían no comprenderlo y desconfiar, así que dije que sí, que probablemente declararíamos la guerra a Turquía.

—¿Y a Bulgaria?

Habíamos bebido varias copas de aguardiente y respondí que sí, en nombre de Dios, que a Bulgaria y al Japón.

—Pero —dijeron— el Japón es el aliado de Inglaterra. No se puede confiar en estos malditos ingleses.

—Los japoneses codician las islas Hawai —dije.

—¿Dónde están las islas Hawai?

—En el océano Pacífico.

—¿Por qué las quieren los japoneses?

1. *Turkey*, en inglés, significa *Turquía* y *Pavo*.

—No las quieren en absoluto —dijo—. Esto sólo son frases. Los japoneses son unos hombrecillos estupendos y sencillos a los que les gusta la danza y los vinos ligeros.

—Como a los franceses —dijo el comandante—. Les volveremos a tomar Niza y Saboya a los franceses.

—Conquistaremos de nuevo Córcega y toda la costa del Adriático —añadió Rinaldi.

—Italia conocerá nuevamente los esplendores de Roma —dijo el comandante.

—No me gusta Roma —contesté—. Hace mucho calor y hay muchas pulgas.

—¿A usted no le gusta Roma?

—Sí, me gusta Roma. Es la madre de las naciones. Nunca olvidaré a Rómulo amamantándose en el Tíber.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Y si nos fuéramos todos a Roma? ¿Y si marcháramos esta noche y no volviéramos?

—Roma es una hermosa ciudad —dijo, convencido, el comandante.

—El padre y la madre de las naciones —dijo.

—Roma es femenino —dijo Rinaldi—, de manera que no puede ser el padre.

—Entonces, ¿quién es el padre, el Espíritu Santo?

—No blasfemes.

—Estás borracho, pequeño.

—¿Quién te ha emborrachado?

—Yo le he emborrachado —contestó el comandante—. Le he emborrachado porque le quiero y porque América está en guerra.

—Hasta los topes —dijo.

—Mañana te marchas, pequeño —dijo Rinaldi.

—A Roma —dijo.

—No, a Milán.

—A Milán —dijo el comandante—. Al Palacio de Cristal, a la Cova, a casa Campari, a casa Biffi, a la Galería. ¡Vaya suerte!

—A la Scala —dijo Rinaldi—. Irás a la Scala.

—Todas las noches —afirmé.

—No se podrá pagar este lujo todas las noches —dijo el comandante.

—Las localidades son muy caras. Haré un giro a cargo de mi abuelo —dije.

—¿Un qué?

—Un giro a la vista. Tendrá que pagar si no quiere que vaya a la cárcel. El que se encarga de todo esto en el Banco es el señor Cunningham. Yo vivo a costa de giros a la vista. ¿Puede un abuelo permitir que metan a su nieto en la cárcel, un nieto patriota que muere para que Italia viva?

—¡Viva el Garibaldi italiano! —gritó Rinaldi.

—¡Vivan los giros a la vista! —contesté.

—Tenemos que callar —dijo el comandante—. Ya nos han avisado varias veces de que no hiciéramos tanto ruido. Realmente, ¿marchas mañana, Federico?

—Os digo que va al hospital americano —dijo Rinaldi—. A encontrarse con hermosas enfermeras. No con las enfermeras barbudas de las ambulancias del frente.

—Bueno, bueno —dijo el comandante—. Lo sé, va al hospital americano.

—A mí no me importan las barbas —dije—. Que se deje crecer la barba el que quiera. ¿Por qué no se deja crecer la barba, *signor maggiore*.

—Porque no me cabría dentro de la máscara antigás.

—Ya lo creo que sí. En una máscara antigás cabe todo. Incluso un día vomité dentro de la mía.

—¡No grites tanto, pequeño! —exclamó Rinaldi—. Ya saben todos que has estado en el frente. ¡Oh, mi lindo bebé! ¿Qué será de mí cuando te hayas marchado?

—Tenemos que irnos —dijo el mayor—. Empezamos a ponernos sentimentales.

—Escucha, tengo una sorpresa para ti. ¿Sabes, tu inglesita, la inglesita que ibas a ver cada noche al hospital? También se va a Milán. Se va con otra enfermera al hospital americano. Aún no tienen ninguna enfermera norteamericana. Hoy he hablado con el jefe de este *riparto*. En nuestro frente hay demasiadas mujeres. Mandan algunas a la retaguardia. ¿Qué te parece, pequeño? Estupendo, ¿eh? Vas a vivir a una gran ciudad y te harás mimar por tu inglesita. ¿Por qué no me han herido?

—Tal vez lo hagan —contesté.

—Tenemos que irnos —repitió el comandante—. Sólo bebemos y hacemos ruido. Cansamos a Frederico.

—No se vayan.

—Sí, debemos irnos.

—Adiós. Buena suerte.

—Recuerdos.

—*Ciaou, ciaou, ciaou.*

—Vuelve pronto, pequeño.

Rinaldi me abrazó.

—Hueles a lisol. Adiós, pequeño. Adiós. Que te vaya bien.

El comandante me golpeó el hombro. Salieron de puntillas. Entonces me di cuenta de que estaba muy ebrio y me dormí.

Al día siguiente por la mañana salimos para Milán, adonde llegamos cuarenta y ocho horas después. El viaje fue muy penoso. Cerca de Mestre nos tuvieron estacionados mucho rato, y los chicos vinieron a observarnos. Mandé a un chiquillo a comprarme una botella de coñac, pero volvió diciendo que sólo había *grappa*. Le dije que la comprara y, cuando me la trajo, le regalé el cambio. Mi vecino y yo nos emborrachamos, y así pude dormir hasta Vicenza. Me desperté y vomité en el suelo. Esto no tenía ninguna importancia, ya que antes mi vecino lo había hecho varias veces. Después me sentí incapaz de soportar la sed y cuando llegamos a Verona llamé a un soldado que paseaba a lo largo del tren, y me trajo agua. Desperté a Georgetti, el muchacho que también estaba borracho, y le ofrecí agua. Me pidió que se la echara a la cabeza y volvió a dormirse. El soldado rehusó la moneda que quería darle y me trajo una carnosa naranja. La sorbí, escupiendo la pulpa, y observé a un soldado que paseaba delante de un tren de mercancías; momentos después el tren daba una sacudida y arrancaba.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XIII

Llegamos a Milán por la mañana, muy temprano, y nos apearon en la estación de mercancías. Una ambulancia me llevó al hospital americano. Tendido en una camilla, dentro del coche, no podía enterarme por dónde pasábamos, pero cuando bajaron mi camilla vi un mercado y una taberna abierta, en la que una mujer estaba barriendo. Los camilleros pusieron mi camilla delante de la puerta y entraron. El conserje salió con ellos. Llevaba bigotes grises y una gorra de portero. Iba en mangas de camisa. La camilla no cabía en el ascensor y discutieron qué era mejor, si sacarme de la camilla y subirme en el ascensor o dejarme en ella y subirme por las escaleras.

—Despacio —dije—. Tengan cuidado.

En el ascensor cabíamos justos y mis piernas dobladas me dolían mucho.

—Extiéndanme las piernas —pedí.

—No podemos, *signor tenente*. No hay sitio.

El hombre que decía esto me rodeaba la cintura con su brazo y yo me cogía a su cuello. Su aliento, cargado de ajo y de vino tinto, me daba en la cara.

—Ten mucho cuidado —dijo el otro hombre.

—Pero, ¿te crees que soy un marrano?

—Te digo que tengas cuidado —repitió el hombre que me sostenía los pies.

Vi cómo el conserje cerraba las puertas del ascensor, luego la reja. Apretó el botón del cuarto piso. El conserje parecía preocupado. El ascensor subía lentamente.

—¿Peso mucho? —pregunté al hombre que olía a ajo.

—No mucho —contestó.

Tenía la cara cubierta de sudor y gemía. El ascensor subió sin dar sacudidas y se paró. El hombre que me sostenía los pies abrió la puerta y salió. Nos hallábamos en una galería. Había varias puertas que tenían la empuñadura de bronce. El hombre de los pies tocó un botón que hizo sonar un timbre. No vino nadie. Entonces apareció el conserje por la escalera.

—¿No hay nadie aquí? —preguntaron los camilleros.

—No lo sé. Todos duermen abajo.

—Avise a alguien.

El conserje apretó el timbre, después golpeó la puerta, la abrió y entró. Volvió con una mujer ya entrada en años y que usaba lentes. Sus cabellos, mal sujetos, se le caían. Llevaba el uniforme de enfermera.

—No comprendo —dijo—. No comprendo el italiano.

—Yo hablo inglés —dije—. Preguntan dónde me pueden colocar.

—Las habitaciones no están preparadas. No esperábamos heridos.

Se sujetó el cabello y me miró con sus ojos miopes.

—Dígales a qué habitación me pueden llevar.

—No lo sé —dijo—. No esperábamos heridos, por lo tanto no sé dónde ponerle.

—En cualquier sitio me es igual —dije.

Después me dirigí al conserje, en italiano.

—Búsqueme una habitación vacía.

—Están todas vacías —dijo el conserje—. Usted es el primer herido.

Tenía la gorra en la mano y miraba fijamente a la vieja enfermera.

—Por el amor de Dios, llévenme a cualquier sitio.

En mis piernas dobladas el dolor iba aumentando. Los pinchazos me llegaban hasta el hueso. El conserje salió con la mujer del cabello gris; volvió rápidamente.

—Sígueme —dijo.

Me transportaron por un largo corredor hasta una habitación que tenía las persianas cerradas. Tenía una gran cama y un armario con espejo. Me pusieron sobre la cama.

—No puedo poner las sábanas. Están bajo llave.

No le contesté.

—Tengo dinero en el bolsillo —dije al conserje—, en el bolsillo abotonado.

El conserje tomó el dinero. Los dos camilleros permanecían de pie, junto a la cama, con sus gorras en la mano.

—Deles cinco liras a cada uno y quédese usted con otras cinco. Mis papeles están en el otro bolsillo. Entrégueselos a la enfermera.

Los camilleros dieron las gracias y saludaron.

—Adiós —les dije—, y muchas gracias.

Saludaron nuevamente y partieron.

—Estos papeles —dije a la enfermera—, dan todas las indicaciones referentes a mi herida y al tratamiento que me han dado.

La mujer tomó los papeles y los examinó a través de sus lentes. Eran tres hojas dobladas.

—No sé qué hacer. No entiendo italiano. Sin orden del doctor no puedo hacer nada. —Se puso a llorar y guardó los papeles en el bolsillo de su delantal. Sin dejar de llorar, preguntó—: ¿Es usted americano?

—Sí. Le ruego que ponga mis papeles en la mesilla de noche.

La habitación estaba oscura y hacía fresco. Tendido en la cama podía ver el gran espejo que había al otro lado de la habitación, pero no distinguía lo que reflejaba. El conserje permanecía de pie junto a la cama. Era de rostro agradable y muy amable.

—Puede irse —le dije—. Usted también puede retirarse —dije a la enfermera—. ¿Cómo se llama usted?

—Señora Walker.

—Puede irse, señora Walker. Creo que podré dormir.

Me quedé solo en la habitación. Estaba fresca y no olía a hospital. El colchón era fuerte y confortable. Tendido, apenas sin respirar, estaba contento al notar que el dolor iba disminuyendo. Luego tuve ganas de beber un vaso de agua. Encontré el cordón de un timbre junto a la cama. Llamé, pero no vino nadie. Me dormí.

Cuando desperté, miré a mi alrededor. El sol se filtraba a través de las persianas. Vi el gran armario, las paredes desnudas y las dos sillas. Mis piernas, con las vendas sucias,

colgaban fuera de la cama, muy rígidas. Ponía todo el cuidado en no moverlas. Tenía sed. Cogí el timbre y pulsé el botón. Oí como se abría una puerta. Miré. Era una enfermera. Era joven y bonita.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días —contestó, acercándose a la cama—. No hemos podido encontrar al doctor. Ha ido al lago de Como. Nadie sabía que iban a traer heridos tan pronto. A propósito. ¿Qué es lo que tiene?

—Estoy herido. En las piernas y en los pies. Mi cabeza también ha sido alcanzada.

—¿Cómo se llama?

—Henry. Frederic Henry.

—Voy a lavarlo. Pero no podemos tocarle los vendajes hasta que llegue el doctor.

—¿Está aquí *miss* Barkley?

—No, no hay nadie que se llame así.

—¿Quién es esta mujer que se ha puesto a llorar cuando me han traído?

La enfermera se rió.

—Es la señora Walker. Esta noche estaba de guardia y se durmió. No esperaba que llegara nadie.

Mientras hablábamos me iba sacando la ropa, y cuando estuve desnudo, a excepción de las vendas, me lavó suave y delicadamente. Estas abluciones me hicieron mucho bien. Mi cabeza estaba vendada, pero ella la lavó por todas las partes que no cubrían las vendas.

—¿Dónde fue herido?

—En el Isonzo, al norte de Plava.

—¿Dónde está eso?

—Tocando a Goritzia.

Noté que todos estos nombres no le decían nada.

—¿Le duele mucho?

—No, ahora no.

Me puso un termómetro en la boca.

—Los italianos lo ponen debajo del brazo —dije.

—No diga nada.

Sacó el termómetro, lo miró y lo sacudió.

—¿Qué temperatura tengo?

—No está bien que se lo diga.
—De todas maneras, dígamelo.
—Casi la normal.
—Nunca tengo fiebre. Pero mis piernas están llenas de chatarra.

—¿Qué quiere decir?
—Que están llenas de trozos de granada, tornillos viejos, muelles de somier... un montón de hierro viejo.

Movió la cabeza y sonrió.

—Si tuviera cuerpos extraños en las piernas, tendría inflamación y fiebre.

—Bueno, bueno —dije—, ya veremos qué pasa.

Salió de la habitación y regresó con la vieja enfermera. Entre las dos me hicieron la cama sin sacarme de ella. Para mí esto representaba una novedad y lo encontré admirable.

—¿Quién dirige este hospital?

—*Miss Van Campen*.

—¿Cuántas enfermeras hay?

—Solamente dos.

—¿No vendrán más?

—Sí, las esperamos.

—¿Cuándo llegarán?

—No lo sé. Hace usted muchas preguntas para ser un enfermo.

—No estoy enfermo —dije—, estoy herido.

Habían acabado de hacer la cama y me encontraba acostado sobre una sábana limpia y suave, mientras otra me cubría.

La señora Walker sonrió y trajo una chaqueta de pijama. Me la pusieron y me sentí limpio y bien arreglado.

—Se portan ustedes muy bien conmigo —dije.

La enfermera llamada *miss Gage* rió burlonamente.

—¿Podrían darme un vaso de agua? —pregunté.

—Naturalmente, y luego podrá desayunarse.

—No quicrо desayunar. ¿Quieren abrirme los postigos?

Al abrir los postigos, la habitación, que hasta entonces estaba sumida en la penumbra, se llenó de una brillante luz. Miré por la ventana y vi un balcón, y más lejos, chimeneas y los tejados de las casas. Más allá de éstos vi unas nubes blancas y el azul del cielo.

—¿No saben ustedes cuándo llegarán las otras enfermeras?

—¿Por qué? ¿Es que no le cuidamos bien?

—Sí. Son ustedes muy buenas.

—¿Quiere que le pase el orinal?

—Sí, probaré.

Me sostuvieron entre las dos, pero fue en vano. Luego, acostado de nuevo, contemplé el balcón por la ventana abierta.

—¿Cuándo vendrá el doctor?

—Tan pronto como regrese. Hemos tratado de telefonearle al lago Como.

—¿No hay otros doctores?

—Él es el que pertenece al hospital.

Miss Gage trajo una botella de agua y un vaso. Bebí tres vasos, y me dejaron solo, después de mirar un momento por la ventana me dormí. Me desayuné, y, al mediodía, la directora, *miss Van Campen*, vino a verme. No le gusté y ella a mí tampoco. Era bajita, costésmente suspicaz, y se daba más importancia de la que tenía. Me hizo muchas preguntas y pareció que encontraba algo deshonesto el servir en el ejército italiano.

—¿Podré tomar vino en las comidas? —pregunté.

—Sólo si el doctor se lo receta.

—¿No habrá manera de dármelo antes de que llegue?

—Es absolutamente imposible.

—¿Tiene usted la intención de avisarle algún día?

—Le hemos telefoneado al lago de Como.

Se marchó y *miss Gage* regresó.

—¿Por qué ha sido usted tan grosero con *miss Van Campen*?

—me preguntó, después de arreglarme con destreza.

—No tuve la intención de ser grosero. Es ella la que se hace la presuntuosa.

—Me ha dicho que se había portado groseramente y con altanería.

—Nada de eso. Pero, ¿puede uno imaginarse un hospital sin doctor?

—Va a venir. Le han telefoneado al lago de Como.

—¿Qué es lo que hace allí? ¿Nadar?

—No, es el director de una clínica.

—¿Por qué no toman otro doctor?

—Vamos, vamos, sea bueno. Ya vendrá.

Hice avisar al conserje, y cuando llegó lo mandé a la bodega a comprarme una botella de Cinzano, una botella de *chianti* y los periódicos de la tarde. Salió y regresó con las botellas envueltas en un periódico. Desenvolvió el paquete y le pedí que descorchara las botellas y las dejara debajo de la cama. Me dejaron solo y así me quedé, acostado. Leí los periódicos un rato, las noticias del frente y la lista de los oficiales muertos, con sus condecoraciones. Luego busqué la botella de Cinzano, la coloqué sobre mi vientre, sintiendo el frío del vidrio, y bebí a pequeños sorbos, mientras en mi vientre dejaba pequeños círculos cada vez que ponía la botella sobre él, y observé cómo la noche iba cayendo sobre los tejados de la ciudad. Las golondrinas describían círculos y los gavilanes planeaban sobre los tejados mientras yo bebía Cinzano. *Miss Gage* me trajo una pequeña bandeja. Cuando ella entró escondí rápidamente la botella al otro lado de la cama.

—*Miss Van Campen* le ha hecho poner jerez —dijo—. Usted no debe ser grosero con ella. Ya no es joven y este hospital representa una gran responsabilidad para ella. No es ninguna ayuda para ella y además ya es mayor.

—Es una mujer admirable —dije—. Dele usted las gracias.

—Voy a subir su cena inmediatamente.

—Bueno —dije—, no tengo apetito.

Trajo la bandeja y la dejó sobre la cama. Le di las gracias y comí un poco. Había oscurecido completamente y veía que los rayos de los reflectores escrutaban el cielo. Por un momento me divertí mirándolos, y más tarde me dormí. Dormí profundamente; no obstante, me desperté una vez, sobresaltado y cubierto de sudor, pero volví a dormirme, esforzándome para escapar a mi sueño. Me desperté, tranquilo, mucho antes de ser de día. Oí cantar los gallos y permanecí desvelado hasta el alba. Estaba cansado, y cuando fue de día volví a dormirme.

CAPÍTULO XIV

Cuando desperté el sol entraba a raudales en mi habitación. Creí que me encontraba en el frente y me estiré en la cama. Sentí un agudo dolor en las piernas. Las contemplé, con sus vendas sucias y su vista hizo que me acordase dónde estaba. Cogí el cordón del timbre y apreté el botón. El timbre sonó en el pasillo. Oí unas sandalias de goma que se acercaban. Era *miss* Gage. A plena luz parecía mayor y mucho menos bonita.

—Buenos días —dijo—. ¿Ha pasado usted buena noche?

—Sí, muchas gracias —contesté—. ¿Podría hacerme afeitar?

—He venido a verle y le encontré durmiendo con esto a su lado.

Abrió el armario y me enseñó la botella de vermut. Estaba vacía.

—También he encerrado aquí la otra botella que había debajo de la cama —dijo—. ¿Por qué no me pidió usted un vaso?

—Tuve miedo de que me lo negara.

—No, hubiera tomado un poco con usted.

—Es una buena chica.

—No es bueno para usted el beber solo —dijo—. No lo haga más.

—Está bien.

—Su amiga, *miss* Barkley, ha llegado ya —dijo.

—¿De veras?

—Sí. No me gusta.

—Ya le gustará. Es muy simpática.

Movió la cabeza.

—No dudo que lo sea. ¿Puede usted ponerse un momento del otro lado? Así. Voy a lavarlo antes de darle el desayuno.

Ella me lavó con una toalla, jabón y agua caliente.

—Levante la espalda —dijo—. Muy bien.

—¿Podrá hacerme afeitar antes del desayuno?

—Voy a mandar al conserje a buscar al barbero.

Salió y regresó.

—Ya ha salido a buscarlo —dijo, y mojó la toalla en la palangana.

El barbero llegó con el conserje. Podría tener unos cincuenta años y llevaba un bigote retorcido. *Miss Gage* había terminado conmigo y el barbero me enjabonó la cara y me afeitó. Era muy serio y no abrió la boca.

—¿Qué le ocurre? ¿No sabe usted alguna noticia? —pregunté.

—¿Qué noticias?

—Cualquiera. ¿Qué pasa en la ciudad?

—Estamos en guerra —dijo— y los oídos enemigos nos escuchan.

Lo miré.

—Estése quieto —dijo, sin parar de afeitar—. No diré nada.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

—Soy italiano. No puedo tener ningún trato con el enemigo.

No insistí más. Estaba loco y cuanto menos tiempo estuviera bajo su navaja mejor. Intenté mirarle de frente un instante.

—Cuidado —dijo—, la navaja corta mucho.

Cuando terminó le pagué y le di media lira de propina. Me devolvió el dinero.

—No. No estoy en el frente, pero soy italiano.

—Váyase al diablo.

—Con su permiso —respondió, y envolvió su navaja en un periódico. Salió, dejando las cinco monedas de cobre sobre la mesita de noche.

Llamé. *Miss Gage* entró.

—¿Quiere hacer subir al conserje, por favor?

—Ahora mismo.

El conserje entró. Se esforzaba para no reír.

—¿Es que está loco este barbero?

—No, *signorino*. Se ha equivocado. No nos ha comprendido

muy bien y ha entendido que era usted un oficial austríaco.

—¡Ah! —exclamé.

El conserje se rió.

—¡Ja, ja, ja! Me ha dicho que si usted hubiera hecho un movimiento... —se pasó el índice por el cuello—. ¡Ja, ja, ja! —intentaba contener la risa—. Cuando le he dicho que usted no era austríaco... ¡Ah, ah!

—¡Ja, ja, ja! —dije, con amargura—. En efecto, hubiera sido muy gracioso si me hubiera cortado el cuello. ¡Ja, ja, ja!

—No, *signorino*, no, no. ¡Pero tenerle miedo a un austríaco! ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —exclamé—. ¡Váyase al diablo!

Salió y le oí reír por el pasillo. Oí unos pasos, que se acercaban. Volví la vista hacia la puerta. Era Catherine Barkley.

Entró en la habitación y vino hasta mi cama.

—*Hello*, querido —dijo.

Estaba guapa, y joven, y resplandeciente. Me pareció que nunca había visto una mujer tan hermosa.

—*Hello* —contesté.

Cuando la vi comprendí que estaba enamorado de ella. Todo mi ser se trastornó. Ella miró hacia la puerta para asegurarse de que no había nadie. Entonces se sentó al borde de la cama, se inclinó y me besó. La atraje hacia mí, la besé y oí cómo latía su corazón.

—Amor mío —dije—, qué buena has sido al venir.

—No ha sido muy difícil. Quizá lo sea más el quedarme.

—Tienes que quedarte —dije—. ¡Oh! Eres maravillosa.

Estaba trastornado. No podía creer que ella estuviera realmente allí, y la estrechaba entre mis brazos.

—No puede ser —dijo—. No, todavía no estás bien del todo.

—Sí, dime que sí.

—No, aún estás débil.

—No, ya estoy fuerte. ¡Oh, por favor!

—¿Me quieres de verdad?

—Sí, te quiero de verdad. Te quiero con locura. Por favor, dime...

—Escucha el latir de nuestros corazones.

—No me importan nuestros corazones. Te quiero. Estoy loco por ti.

—¿Me amas de verdad?

—No repitas eso. Ven, te lo ruego, te lo ruego, Catherine.

—Bueno, pero sólo un momento.

—Sí —dije—, cierra la puerta.

—No puede... No puede ser.

—Sí, ven... no hables... ¡Oh, te quiero..., ven...!

Catherine estaba sentada en una silla, junto a la cama. La puerta del vestíbulo estaba abierta. Apaciguó mi deseo, que nunca había sido tan fuerte.

Ella me preguntó:

—¿Crees ahora que te amo?

—Eres maravillosa —dije—. Tienes que quedarte. No pueden obligarte a marchar. Te quiero hasta perder la razón.

—Es necesario que seamos prudentes. Es una locura lo que hemos hecho. Es conveniente que te repongas.

—Sí, por la noche.

—Es necesario que seamos prudentes. Debes serlo delante de los otros.

—Te lo prometo.

—Es preciso. Eres amable. Dime, ¿me amas?

—No repitas siempre la misma cosa. No sabes hasta qué punto me duele.

—Ya tendré más cuidado. No quiero causarte ningún daño. Es preciso que me marche rápidamente, querido.

—Vuelve lo más pronto posible.

—Volveré cuando pueda.

—Hasta pronto.

—Adiós, querido.

Salió. Dios sabe que yo no había querido enamorarme de ella. No había querido enamorarme de ninguna. Pero Dios también sabe que, a pesar de todo, yo estaba enamorado aquí en una cama del hospital de Milán, y que toda clase de pensamientos pasaban por mi cabeza, y que me sentía maravillosamente bien, hasta que *miss* Gage entró.

—El doctor va a venir —dijo ella—. Ha telefoneado desde el lago de Como.

—¿Cuándo llegará?

—Estará aquí a media tarde.

CAPÍTULO XV

No sucedió nada hasta la llegada del doctor, a media tarde. El doctor era un hombrecito silencioso que parecía estar muy afectado por la guerra. Con un aire de delicado disgusto, extrajo de mis muslos un gran número de pequeños fragmentos de acero. Empleó un anestésico local cuyo nombre acababa en «nive», el cual helaba el tejido y suprimía el dolor hasta que la sonda, el escalpelo o las pinzas rebasaban la zona insensibilizada. La zona anestesiada podía ser determinada por el paciente, y momentos después la frágil delicadeza del doctor se agotó, y juzgó preferible hacer una radiografía. Los resultados del sondeo eran insuficientes, explicó.

Me hicieron la radiografía en el *Ospedale Maggiore*, y el doctor que se encargó de hacerla era nervioso, activo y ardoroso. Todo estaba instalado de forma tal que el paciente, enderezando las espaldas, podía ver, en el aparato, algunos de los más grandes cuerpos extraños. Las placas nos serían enviadas. El doctor me rogó que escribiese en su carnet mi nombre, mi regimiento y algún pensamiento. Afirmó que los cuerpos extraños eran feos, repugnantes y brutales. Los austríacos eran unos hijos de p... ¿A cuántos había tumbado? Yo no había matado a ninguno, pero tenía que quedar bien y le dije que a muchos. *Miss Gage* estaba conmigo. El doctor la cogió por la cintura y le dijo que era más bella que Cleopatra. ¿Comprendía lo que quería decir? Cleopatra, la reina de Egipto. Sí, ¡pardiez!, era verdad. Regresamos al pequeño hospital en el coche ambulancia y, después de una larga ascensión, me encontré de

nuevo en la cama. Las placas llegaron a media tarde. El doctor había dicho que, ¡pardiez!, claro que sí, que él podía enviarlas aquella tarde, y había cumplido su palabra. Catherine Barkley me las enseñó. Venían en un sobre encarnado cerrado. Ella lo abrió, las sacó y, poniéndolas a contraluz, las miramos.

—Ésta es tu pierna derecha —dijo, y guardó la placa en el sobre—. Ésta, tu pierna izquierda...

—Guárdalas y acércate —le dije.

—Imposible —dijo ella—. He venido sólo un momento para enseñártelas.

Salió y yo me quedé solo, tendido. La tarde era calurosa, y dentro de la cama, me encontraba fatigado. Envié al conserje a buscar los periódicos, todos los periódicos que encontrase.

Antes de su regreso, tres doctores entraron en la habitación. He observado que los médicos sin clientela tienen tendencia a reunirse y a celebrar consultas. Un médico incapaz de hacer una operación de apendicitis nos recomendará un médico que no sabe extraer unas amígdalas. A esta categoría pertenecían estos tres doctores.

—Aquí tenemos al joven —dijo el médico jefe, el de las manos delicadas.

—¿Cómo se encuentra? —dijo el médico alto, que usaba barba.

El tercer doctor, que tenía entre sus manos el sobre con las placas, no dijo nada.

—Sería conveniente que le quitásemos las vendas —sugirió el barbudo doctor.

—Ciertamente. Le ruego que le quite las vendas —dijo el jefe médico a *miss* Gage.

Miss Gage deshizo las vendas. Me miró las piernas. En la ambulancia, en el frente, parecían salchichas de Hamburgo. Ahora la costra se había formado y la rodilla estaba hinchada y lívida, y en la pantorrilla, aunque sin pus, tenía una depresión.

—Muy limpio —dijo el doctor médico—. Muy limpio y con buen aspecto.

—Hum —dijo el doctor de la barba.

El tercer doctor miró por encima del hombro del director jefe.

—Mueva la rodilla, por favor —dijo el doctor barbudo.

—No puedo.

—Podríamos intentar hacerle mover la articulación —propuso el doctor de la barba.

Sobre su manga había un galón además de las tres estrellas. Esto indicaba que tenía el grado de capitán.

—Perfectamente —dijo el director médico.

Entre los dos me cogieron la pierna derecha muy delicadamente y la doblaron.

—Me hacen daño —dije.

—Sí, sí, un poco más, doctor.

—Es suficiente. Eso no puede ir más lejos —dije.

—Articulación parcial —dijo el capitán de segunda clase. Se enderezó—. ¿Puedo volver a ver las radiografías, doctor? —el tercer doctor le dio uno de los clisés—. No, la pierna izquierda, por favor.

—Es la pierna izquierda.

—Tiene razón. Lo miraba desde un ángulo distinto.

Devolvió la placa. Examinó durante un momento el otro clisé.

—¿Ve usted, doctor?

Enseñó uno de los cuerpos extraños que aparecía, a contraluz, redondo y claro. Examinaron el clisé durante algún tiempo.

—Sólo puedo decir una cosa —dijo el médico barbudo—. Es un asunto de tiempo, tres meses, seis meses probablemente.

—Evidentemente, hay que darle tiempo a la sinovia para que se forme de nuevo.

—Ciertamente. Es un asunto de tiempo. Yo no podría, conscientemente, abrir una rodilla como ésta sin que antes el proyectil se haya enquistado.

—Soy de su opinión, doctor.

—¿Seis meses para qué? —pregunté.

—Seis meses para que el proyectil se enquiste y yo pueda operar con toda seguridad.

—No creo nada de eso —dije.

—¿Desea conservar la rodilla, joven?

—No —dije.

—¿Qué?

—Quiero que me la corten —dije—, para poderme poner un gancho.

—¿Qué quiere decir? ¿Un gancho?

—Está bromeando —dijo el director.

Me golpeó la espalda suavemente.

—Desea conservar la rodilla. Es un muchacho muy valiente. Ha sido propuesto para la medalla de plata.

—Lo felicito —dijo el capitán de segunda clase. Me estrechó la mano—. Todo lo que puedo decir es que, si quiere tener todas las posibilidades de éxito, tendrá que esperar seis meses antes de hacerse abrir la rodilla. Ahora bien, está usted en libertad de tener otra opinión.

—Muchas gracias —dije—. Aprecio el valor de su opinión. El director miró su reloj.

—Tenemos que marcharnos —dijo—. Buena suerte.

—Hasta la vista y gracias —dije.

Estreché la mano al tercer doctor. *Capitano Varini... tenente Henry*. El tío se marchó.

—¡Miss Gage! —grité. Ella entró—. Por favor, díglele al director que vuelva, sólo es un minuto.

Él entró de nuevo con su quepis en la mano, y se detuvo junto a la cama.

—¿Desea hablarme?

—Sí. Yo no puedo esperar seis meses para hacerme operar. Por Dios, doctor, ¿ha permanecido usted alguna vez seis meses en la cama?

—No tendrá que quedarse siempre en la cama. Primero le aplicarán la helioterapia, luego podrá andar con muletas.

—Durante seis meses, y ¿luego me operarán?

—Es la manera más segura. Hay que dejar que se enquisten los cuerpos extraños y que la sinovia se vuelva a formar. Solamente entonces se podrá operar con plena seguridad de éxito.

—Pero, realmente, ¿tendré que esperar todo este tiempo?

—Es el medio más seguro.

—¿Quién es este doctor?

—Es un excelente cirujano de Milán.

—Es el capitán médico de segunda clase, ¿verdad?

—Sí, pero es un excelente cirujano.

—No permitiré que me manosee un capitán de segunda clase. Si valiera algo sería capitán de primera. Ya sé lo que es un capitán de segunda clase, doctor.

—Es un excelente cirujano y yo prefiero su opinión a la de todos los cirujanos que conozco.

—¿Podría ver otro cirujano?

—Ciertamente, si usted lo quiere. Pero, en cuanto a mí, seguiría la opinión del doctor Varella.

—¿Podría pedir otro cirujano que viniera a examinarme la pierna?

—Avisaré a Valentini.

—¿Quién es?

—Es el cirujano del *Ospedale Maggiore*.

—Bien. Se lo agradeceré mucho. Usted comprenderá, doctor, que no podría quedarme seis meses en la cama.

—Usted no se quedaría en la cama. Primero le aplicarían la helioterapia y más tarde podría hacer un poco de ejercicio, y cuando el enquistamiento fuese total, le operarían.

—Pero yo no puedo esperar seis meses.

El doctor estiró sus delicados dedos sobre el quepis y sonrió.

—¿Tanta prisa tiene para volver al frente?

—¿Por qué no?

—Está usted muy bien —dijo—. Tiene usted un carácter muy noble.

Se inclinó y me besó delicadamente en la frente.

—Haré avisar a Valentini. No se atormente ni excite. Sea razonable.

—¿Quiere usted tomar una copa? —pregunté.

—No, gracias. Nunca bebo alcohol.

—Sólo una.

Llamé al conserje para me trajera dos vasos.

—No, no, gracias. Me esperan.

—Adiós —dije.

—Adiós.

* * *

Dos horas más tarde el doctor Valentini entraba en la habitación. Tenía mucha prisa y las puntas de su bigote se

erguían muy tiesas. Tenía la graduación de comandante. Su rostro estaba curtido y reía siempre.

—¿Cómo se las ha arreglado para atrapar un asunto tan feo? —me preguntó—. Déjeme ver los clisés. Sí, sí. Esto es. Usted parece encontrarse perfectamente. ¿Quién es esta linda chica? ¿Es su novia? Lo sospechaba. Qué maldita guerra ¿eh? ¿Nota usted algo? Es un buen muchacho. Le dejaré como nuevo. ¿Le duele aquí? ¡Claro que le duele! Cómo les gusta a estos doctores hacerle sufrir, ¿eh? ¿Qué tratamiento le han hecho seguir hasta ahora? ¿Habla italiano esta joven? Tendría que aprenderlo. ¡Qué hermosa muchacha! Yo podría darle lecciones. Me gustaría estar aquí como enfermero. No, pero la atenderé gratis en el parto. ¿Entiende ella esto? Le dará un hermoso pequeño, una rubita como ella. Bien, esto marcha. No, no se la quitaré. Gracias, muchas gracias, señorita. Eso es todo. Es todo lo que quería saber. —Me golpeó el hombro—. No vuelva a ponerse las vendas.

—¿Quiere tomar una copa, doctor Valentini?

—¿Una copa? Ya lo creo. Y diez copas también, si usted lo permite. ¿Dónde están?

—En el armario. *Miss Barkley* irá a buscar la botella.

—A su salud. A su salud, señorita. ¡Qué hermosa muchacha! Le traeré un coñac mejor que éste.

Se secó el bigote.

—Cuándo cree usted que me podrá operar?

—Mañana por la mañana. Antes, no. Ha de tener el estómago vacío. Le tienen que punzar. Voy a ver a la vieja señora de abajo y le dejaré las instrucciones. Hasta la vista. Hasta mañana. Le traeré un coñac mejor que éste. Se está bien aquí. Hasta la vista. Hasta mañana. Estaré aquí temprano.

Saludó con la mano desde el umbral. Sus bigotes se erguían tiesos. Su rostro moreno sonreía. Como era capitán médico de primera clase, llevaba una estrella en un recuadro de la manga.

CAPÍTULO XVI

Aquella noche un murciélago entró en la habitación por el balcón, desde donde podíamos contemplar los tejados de la ciudad. La habitación estaba a oscuras, sólo con el pálido reflejo de la noche en la ciudad; y el murciélago no tenía miedo, y seguía su caza por la habitación, como si estuviera fuera. Estábamos acostados y aunque lo mirábamos, no creo que notara nuestra presencia.

Cuando se marchó vimos el haz luminoso de un reflector que cruzaba el cielo y desaparecía. Nuevamente quedamos a oscuras. Se levantó la brisa nocturna y, en el tejado vecino, se oían las voces de los artilleros de la defensa aérea. Hacía fresco y debían envolverse con sus capotes. Durante la noche tuve miedo de que alguien nos sorprendiese, pero Catherine me dijo que todos dormían. Llegó un momento en que nos dormimos, y cuando me desperté ella ya no estaba, pero oí sus pasos en el pasillo y la puerta se abrió; se acercó a la cama y me dijo que todo iba bien, que había ido abajo y que todos dormían. Había escuchado en la puerta de *miss* Van Campen y la había oído respirar profundamente. Me trajo unas galletas y las comimos acompañadas de vermut. Teníamos hambre, pero ella me dijo que dentro de pocas horas tendría que haberlo eliminado todo. Me dormí al amanecer y cuando desperté vi que se había vuelto a marchar. Volvió fresca y encantadora y se sentó en la cama; salió el sol mientras yo tenía el termómetro en la boca; y nos llegaba el perfume del rocío sobre las casas y el aroma del café que tomaban los artilleros del vecino tejado.

- Cómo me gustaría que pudiésemos ir a pasear —dijo Catherine—. Si tuviésemos un sillón de ruedas te llevaría.
- ¿Cómo podría sentarme en un sillón?
- Oh, ya encontraríamos la manera.
- Podríamos ir hasta el parque y desayunar fuera.
- Miré por la puerta abierta.
- Sí, pero ahora es necesario que te preparemos para la visita del doctor Valentini.
- Lo encontré formidable.
- A mí no me gusta tanto como a ti. Pero supongo que es bueno.
- Ven otra vez, Catherine... Te lo suplico —dije.
- Imposible. ¿No hemos pasado ya una hermosa noche?
- ¿Y aún podrás estar de guardia esta noche?
- Seguramente, pero no tendrás deseos de verme.
- Sí, seguro.
- ¡Oh, no! Nunca te han operado. No sabes cómo te encontrarás.
- Me encontraré bien.
- Estarás con molestias y no me harás ningún caso.
- Entonces, vuelve ahora.
- No —dijo—. Tengo que poner al corriente tu hoja de temperatura y prepararte.
- No me quieres. Si me quisieras de verdad, volverías.
- ¡Qué bruto! —Me besó—. Tu hoja es perfecta. Tu temperatura muy regular y siempre normal. Tu temperatura es hermosa, como todo.
- Y tú, toda tú eres hermosa.
- Oh, no, pero tu temperatura es hermosa como todo. Estoy orgullosa de tu temperatura.
- Quizá nuestros hijos tengan hermosas temperaturas.
- Nuestros hijos tendrán temperaturas detestables.
- ¿Qué vas a hacerme para prepararme para la visita del doctor Valentini?
- No gran cosa, pero es un poco desagradable.
- Quisiera que no tuvieras que hacerlo.
- Pero yo sí. No quiero que te toque nadie. Soy una estúpida, pero me pongo furiosa cuando alguien te toca.
- ¿También la Ferguson?

—Sobre todo la Ferguson, y la Gage, y la otra, ¿cómo se llama?

—Walker.

—Eso es. Hay demasiadas enfermeras aquí, ahora. Si no nos traen más heridos nos despedirán. ¡Ahora somos cuatro enfermeras!

—Ya llegarán. Estas enfermeras se necesitan. El hospital es grande.

—Espero que lleguen. ¿Qué sería de mí si me despedieran? Y seguro que me despiden si no llegan heridos.

—Yo también me marcharía.

—No digas tonterías. Aún no puedes marcharte. Pero ponte bueno rápidamente y nos iremos a alguna parte.

—¿Y después?

—Después, tal vez haya terminado la guerra. No puede durar eternamente.

—Me curaré —dije—. Valentini me arreglará.

—Seguro. ¡Con esos bigotes! Además, escucha, querido, cuando te den el éter, piensa en lo que sea, pero no en nosotros. Porque bajo los efectos de la anestesia la gente se vuelve muy habladora.

—¿En qué debo pensar?

—En cualquier cosa... es igual, menos en nosotros... Piensa en tus padres, o en otra mujer.

—No.

—Entonces reza tus oraciones. Causaría mucha impresión.

—Pero tal vez no hable.

—Es verdad. Muchas veces no hablan.

—Yo no hablaré.

—No te vanaglories, querido. Te lo ruego, no te vanaglories. Eres tan amable que no tienes por qué hacerlo.

—No diré una palabra.

—Veo que todavía estás convencido, querido. Sabes muy bien que no tienes necesidad de hacerlo. Cuando te digan que respire profundamente, empieza a recitar tranquilamente tus oraciones, o versos, o algo. Lo harás muy bien así, y yo estaré orgullosa de ti. De todas formas, ya lo estoy ahora. Tu temperatura es tan hermosa y duermes como un niño, con el

brazo alrededor de la almohada, como si fuera yo... o tal vez otra mujer... una linda italianita.

—No. Eres tú.

—Claro que soy yo. Oh, ¡te quiero tanto! Y Valentini te arreglará la pierna muy bien. Me alegro de no tener que estar presente.

—¿Y estarás de guardia esta noche?

—Sí, pero para ti será igual.

—Ya lo veremos.

—Bien, querido, ya estás. Estás completamente limpio por dentro y por fuera. Dime, ¿a cuántas mujeres has amado?

—A ninguna.

—¿Ni a mí?

—Sí, a ti.

—¿A cuántas más?

—A ninguna.

—¿Con cuántas has... cómo lo dices... has estado?

—Con ninguna.

—Mientes.

—Sí.

—Está bien. Miénteme siempre. Es lo que quiero que hagas. ¿Eran bonitas?

—No he ido con nadie.

—Entendido. ¿Eran atractivas?

—No lo sé.

—Eres sólo mío. Es verdad. Y nunca has pretendido a otra. Además, poco me importa si no es verdad. No les tengo miedo. Pero no me hables de ellas. Cuando un hombre está con una mujer, ¿cuándo le dice lo que vale?

—No lo sé.

—No, claro. ¿Le dice que le ama? Contesta, es muy importante.

—Lo dice si le gusta.

—Pero tú no lo has dicho nunca, ¿verdad?

—No.

—¿De veras? Dime la verdad.

—No.

Mentía.

—Oh, sabía muy bien que no lo habías hecho nunca.

Fuera, el sol, por encima de los tejados, hacía brillar las agujas de la catedral. Estaba tan limpio por el interior como por el exterior. Sólo esperaba al médico.

—Entonces, es así —siguió Catherine—. ¿Ella dice sólo lo que él quiera que diga?

—No siempre.

—Yo sí. Yo sólo diré lo que quieras, y haré todo lo que quieras, y así nunca desearás otra mujer, ¿verdad?

Me miraba y parecía muy feliz.

—Haré todo lo que quieras, diré todo lo que quieras y estoy segura que triunfaré, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué quieres que haga ahora que ya está todo listo?

—Vuelve conmigo.

—Bueno, ya está.

—¡Oh, querida, querida, querida! —dije.

—¿Ves? —dijo—. Hago todo lo que quieres.

—Eres adorable.

—Temo no hacerlo muy bien todavía.

—Eres adorable.

—Quiero lo que tú quieras. Ya no existo... sólo lo que tú quieras.

—¡Amor mío!

—Soy buena. ¿Verdad que soy buena? No deseas otra mujer, ¿verdad?

—No.

—¿Ves? Soy buena. Hago todo lo que quieres.

CAPÍTULO XVII

Cuando desperté después de la operación, comprendí que no había dejado de existir. Nunca se cesa de existir. No hacen más que ahogarle a uno. Eso en nada se parece a la muerte. Es, sencillamente, un modo químico de ahogarle a uno para que no note nada. Y después es igual como si te hubieras emborrachado, con la sola diferencia que cuando se vomita sólo se arroja bilis y esto no te alivia.

Vi unos pesos al pie de la cama. Estaban suspendidos a los tubos que salían del enyesado. Al cabo de un rato vi a Gage y me dijo:

—¿Cómo se encuentra usted ahora?

—Mejor —dije.

—Han hecho un trabajo admirable en su rodilla.

—¿Cuánto tiempo ha durado?

—Dos horas y media.

—¿He dicho tonterías?

—Ni una palabra. No hable. Estése quieto.

Tenía náuseas y Catherine tenía razón. Aquella noche no me fijé en ella.

En el hospital había tres nuevos soldados. Un muchacho de Georgia, que era de la Cruz Roja, estaba muy delgado y sufría de paludismo; un chico muy simpático de Nueva York, igualmente delgado y también con paludismo e ictericia; y otro simpático muchacho que había intentado desatornillar, para guardarlo como recuerdo, el cohete de una granada explosiva. Los austríacos empleaban esta clase de granadas únicamente en

las montañas. Cuando la granada había estallado, salía el cohete y estallaba al primer contacto.

Las otras enfermeras querían mucho a Catherine Barkley, porque siempre estaba dispuesta a hacer el turno de noche. Los que tenían paludismo le daban poco trabajo y el joven que había desatornillado el cohete era amigo nuestro. Por la noche, si no era por necesidad, nunca llamaba. Pasábamos juntos todos los ratos libres. La quería mucho y ella también a mí. Dormía durante el día y cuando estábamos desvelados nos enviábamos cartas. Ferguson se encargaba de transmitírnoslas. Ferguson era una buena chica. No supe nada de ella, sólo que tenía un hermano en la 52.^a División y otro en Mesopotamia. Era muy buena con Catherine Barkley.

—¿Vendrá usted a nuestra boda, Ferguson? —le pregunté un día.

—No se casarán nunca.

—Sí.

—No, nunca.

—¿Por qué?

—Se enfadarán antes de casarse.

—Nunca nos enfadamos.

—Aún no pueden hacerlo.

—No nos enfadaremos.

—Entonces se morirá. O se enfada o se muere. Siempre pasa así. No se casan.

Busqué su mano.

—No me toque —dijo—. No estoy llorando. Tal vez a ustedes les vaya bien. Pero tenga cuidado. Arrégleselas de manera que no la comprometa. Si la pone en una mala situación, le mataré.

—No la pondré en una mala situación.

—En fin, tenga cuidado. Espero que todo vaya bien. ¿Es usted feliz?

—Somos felices.

—Entonces no se peleen ni la deje en una situación crítica.

—No.

—Tenga mucho cuidado. No la quiero ver con un hijo de guerra.

—Es usted una gran chica, Ferguson.

—No, no trate de adularme. ¿Cómo sigue su pierna?

—Muy bien.

—¿Y su cabeza?

Me la tocó con los dedos. Me dio la misma sensación de cuando se tiene hormigueo en los pies.

—Nunca me ha dolido mucho.

—Un golpe como éste le podía volver loco. ¿No nota nunca nada?

—No.

—Tiene suerte. ¿Ha terminado la carta? Bajo.

—Aquí está —dije.

—Tendría que pedirle que no haga guardias nocturnas por algún tiempo. Está muy cansada.

—Está bien. Lo haré.

—Yo ya las haría, pero no quiere, y las otras están encantadas de que las haga. Es necesario que la deje descansar un poco.

—De acuerdo.

—Miss Van Campen ha hecho notar su costumbre de dormir hasta el mediodía.

—¡Naturalmente!

—Sería mejor que le hiciera dejar el servicio de noche durante algunos días.

—No deseo otra cosa.

—No. Pero si usted lo lógra lo respetaré mucho más.

—Lo haré.

—No lo creo.

Tomó mi carta y salió. Llamé y después de un momento entró *miss* Gage.

—¿Qué le ocurre?

—Sólo tengo que decirle dos palabras. ¿No cree que debería dispensar a *miss* Barkley del servicio nocturno durante algún tiempo? Parece estar terriblemente cansada. ¿Por qué está de servicio tanto tiempo seguido?

Miss Gage me miró.

—Soy su amiga —dijo—. No es necesario que me hable así.

—¿Qué quiere decir?

—No se haga el tonto. ¿Eso es todo lo que quería?

—¿Quiere tomar un vermut?

—Con mucho gusto, pero tendré que marcharme rápidamente.

Sacó la botella del armario y trajo un vaso.

—Tome el vaso —dije—. Yo beberé de la botella.

—A su salud —dijo *miss Gage*.

—¿Qué ha dicho la Van Campen a propósito de que duermo hasta tan tarde?

—Nada. Habladurías. Le llama nuestro enfermo privilegiado.

—¡Que se vaya al diablo!

—No es mala —dijo *miss Gage*—. Es ya mayor y se irrita, esto es todo. Nunca le ha gustado usted.

—Lo sé.

—Pues bien, yo es al contrario. Soy su amiga. No lo olvide.

—Es usted terriblemente encantadora.

—No. Ya sé que es a ella a quien encuentra encantadora. Pero soy su amiga. ¿Cómo está su pierna?

—Muy bien.

—Le traeré agua mineral para mojarla. El enyesado le debe producir mucha picazón. Hace mucho calor fuera.

—Es usted demasiado amable.

—¿Le raspa mucho esto?

—No. Va bien.

—Voy a arreglar los pesos.

Se inclinó.

—Soy su amiga.

—Lo sé.

—No, no lo sabe. Pero algún día lo sabrá.

Catherine Barkley dejó las guardias nocturnas durante tres días. Luego volvió. Fue como si nos encontráramos de nuevo después de un largo viaje.

CAPÍTULO XVIII

Fue un verano delicioso. Así que pude salir, empezamos a dar paseos por el parque. Recuerdo el coche, el caballo que andaba lentamente, y, frente a nosotros, la espalda del cochero con su sombrero de copa de charol, y Catherine Barkley sentada a mi lado. Si nuestras manos se tocaban, sólo el borde de mi mano contra la suya, era suficiente para excitarnos. Después, cuando pude andar con muletas, fuimos a cenar a casa Biffi y a la Gran Italia y escogíamos con preferencia las mesas del exterior, bajo la *galleria*. Los mozos se acercaban. La gente iba y venía. Sobre los manteles había pequeñas lámparas con pantallas, y si escogíamos la Gran Italia, Jorge el *maître*, nos reservaba una mesa. Era un muchacho extraordinario y le dejábamos escoger nuestras comidas. Nosotros mirábamos a los transeúntes, y la *galleria*, en el crepúsculo, y nos mirábamos el uno al otro. Bebíamos capri blanco seco, pero también bebíamos otros jugos naturales, fresa y vinos blancos dulces. A causa de la guerra no había jefe de cocina y Jorge sonreía avergonzado cuando le pedíamos vinos como el fresa.

—¡Imagínese un país que fabrica un vino sólo porque sabe a fresas! —nos dijo.

—¿Por qué no? —dijo Catherine—. Debe ser muy bueno.

—Pruébelo, señora, si le gusta —dijo Jorge—, pero permítame traer una botella de buen vino para el *tenente*.

—También quiero probarlo, Jorge.

—Señor, no puedo recomendárselo. No tiene gusto a fresas.

—¡Quién sabe! Sería maravilloso si tuviera sabor a fresas.

—Se lo traeré —dijo Jorge—, y cuando la señora esté satisfecha, lo retiraré.

No era gran cosa. Como había dicho, ni siquiera tenía sabor a fresas. Volvimos al capri. Una noche que andaba con muy poco dinero, Jorge me prestó cien liras.

—No se preocupe, *tenente* —dijo—. Ya sé lo que es eso. Sé lo que ocurre cuando se anda escaso. Si usted o la señora necesitan dinero, yo siempre lo tengo.

Después de cenar nos paseábamos por la galería, frente a otros restaurantes y tiendas con las puertas de hierro cerradas, y nos parábamos en la plazoleta donde vendían emparedados de jamón y lechuga, emparedados de anchoa, hechos con panecillos morenos y secos, no más grandes que un dedo. Eran para comerlos durante la noche, cuando teníamos hambre. Luego tomábamos un coche delante de la *galleria*, frente a la catedral y regresábamos otra vez a la clínica. En la puerta el conserje venía a ayudarme a bajar con las muletas. Pagaba al cochero y subíamos en el ascensor. Catherine se quedaba en el primer piso, en donde las enfermeras tenían sus habitaciones. Yo continuaba y, por el corredor, iba hasta mi habitación apoyado en las muletas. A veces me desnudaba y me acostaba; otras me sentaba en el balcón con la pierna estirada sobre otra silla, y mirando a las golondrinas que volaban sobre los tejados, esperaba a Catherine. Cuando llegaba me parecía que volvía de un largo viaje. La seguía con mis muletas. Yo llevaba las cubetas y esperaba a la puerta o algunas veces entraba con ella. Esto dependía de si eran amigos o no los que nos rodeaban, y cuando ella había terminado lo que tenía que hacer, nos sentábamos en el balcón de mi habitación. Me metía en la cama muy pronto, y cuando todos dormían y ella estaba segura de que ya no la llamarían, venía a mí. Me gustaba desatar su cabellera. Se quedaba sentada en la cama. Sin moverse, salvo cuando se inclinaba para besarme, mientras yo la despeinaba. Le sacaba las horquillas y las dejaba sobre la sábana; los cabellos se aflojaban y yo la contemplaba, sentada al borde de la cama, inmóvil; entonces le sacaba las dos últimas horquillas y el pelo, libre, se deslizaba como una cascada, y ella dejaba su cabeza en mi hombro; y los dos teníamos la sensación, cuando quedába-

mos escondidos, de estar bajo una tienda o detrás de una catarata.

Tenía un cabello magnífico y, muchas veces, la contemplaba cuando se lo retorció, a la luz de la ventana abierta, y, aun en la noche, brillaba como en algunos momentos brilla el agua antes del alba. Tenía el rostro y el cuerpo encantadores, y una piel suave, deliciosa. Acostado a su lado, le acariciaba con la punta de los dedos las mejillas, la frente, y bajo los ojos, la barbilla, el cuello, y yo le decía: «Suaves como las teclas de un piano.» Entonces, con su dedo, ella me tocaba la barba y decía: «Suave como papel de lija y demasiado fuerte para teclas de piano.»

—¿De verdad raspa tanto?

—No, querido, es una broma.

Las noches eran maravillosas y nos bastaba un poco de contacto para ser felices. Además de los momentos de placer, teníamos mil pequeños modos de amarnos; y cuando no estábamos juntos, intentábamos transmitirnos nuestros pensamientos. Lo lográbamos algunas veces, tal vez porque habíamos pensado idéntica cosa al mismo tiempo.

Nos gustaba imaginarnos que nos habíamos casado el día de su llegada, y contábamos los meses a partir del día de nuestra boda. Verdaderamente, yo deseaba casarme, pero Catherine decía que si estuviésemos casados la despedirían, y que el simple hecho de empezar las formalidades haría que la vigilaran, y esto trastornaría nuestras vidas. Tendríamos que casarnos según las leyes italianas, y los trámites resultaban espantosos. Deseaba que estuviésemos ya casados porque, cuando reflexionaba, temía tener un hijo; pero nos imaginábamos estar casados y no nos preocupábamos, y en el fondo estaba satisfecho de no estarlo. Recuerdo que una noche, al hablar de ello, Catherine me dijo:

—Pero me despedirían, querido.

—No es seguro.

—¡Oh, sí! Me mandarían de nuevo a Escocia y estaríamos separados hasta el fin de la guerra.

—Iría con permiso.

—El tiempo de un permiso no te alcanzaría para ir y volver de Escocia. Además, no te dejaré. ¿Qué adelantaríamos casándo-

nos ahora? Realmente estamos casados. No podría estar más casada de lo que estoy.

—Es por ti que lo decía.

—No hay yo. Yo soy tú. No separes yo de ti.

—¡Yo creía que el sueño de todas las muchachas era casarse!

—Sí. Pero yo, querido, estoy casada contigo. ¿No me comporto como una buena mujercita?

—Eres una mujercita adorable.

—Además, querido, comprende que ya he tenido que esperar una vez para casarme.

—No quiero que hables de eso.

—Sabes muy bien que sólo te quiero a ti. ¿Qué importa que alguien me haya amado antes?

—Esto no importa mucho.

—No tienes que estar celoso de un muerto, cuando ahora tú lo tienes todo.

—Es verdad, pero no quiero que me hables.

—¡Pobre querido! Y yo sé que has tenido mujeres a montones y, no obstante, me da lo mismo.

—¿No nos podríamos casar secretamente de una manera o de otra? Así, si a mí me ocurriera alguna cosa o tú tuvieras un hijo...

—No hay otra forma de casarnos que religiosa o civilmente. Estamos casados en secreto. ¿Comprendes querido? Esto tendría mucha importancia para mí si yo tuviera una religión, pero no la tengo.

—Entonces, ¿verdaderamente no te preocupa nada?

—Sólo la posibilidad de que me separen de ti. Eres todo cuanto tengo en el mundo.

—Bueno, pero me casaré contigo el día que quieras.

—No me hables como si tuvieras que convertirme en una mujer muy honesta. Soy una mujer muy honesta. No me avergüenzo de una cosa que nos hace felices y de la cual se está orgulloso. ¿Es que tú no eres feliz?

—Pero, ¿no me abandonarás nunca por otro?

—No, querido, nunca te abandonaré por otro. Supongo que nos pasarán un montón de cosas terribles, pero, por lo que se refiere a dejarte, no debes preocuparte por ello.

—No me preocupo. ¡Pero te quiero tanto! Y tú ya has amado a alguien antes que a mí.

—¿Y qué le pasó?

—Murió.

—Precisamente. Y si no hubiera muerto, no te habría conocido nunca. No soy infiel, querido. Tengo muchos defectos, pero no soy infiel. Pronto estarás hasta la coronilla de nuestra felicidad.

—Tendré que volver pronto al frente.

—No pienses en ello antes de tiempo. ¿Ves? Soy feliz, querido, y llevamos una vida maravillosa. Hacía mucho tiempo que no sabía lo que era felicidad y cuando la encontré tal vez estaba medio loca. Quizás esté loca. Pero ahora somos felices y nos amamos. Somos felices, sencillamente. Tú eres feliz, ¿verdad? ¿Es que hago algo que no te gusta? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Quieres que me desate el pelo?

—¿Quieres que nos divirtamos un poco?

—En seguida. Pero primero tengo que visitar a mis enfermos.

CAPÍTULO XIX

Y así pasó el verano. No recuerdo exactamente nada de los días, aparte de que eran muy calurosos y de que los periódicos no hablaban de otra cosa más que de victorias. Me encontraba muy bien y mis piernas se curaban tan rápidamente, que pronto sustituí las muletas por un bastón. Luego seguí un tratamiento por flexión de las rodillas en el *Ospedale Maggiore*. Mecanoterapia, rayos ultravioleta dentro de una caja de espejos, masajes y baños. Iba al hospital tres veces por semana, por la tarde. A la vuelta me paraba en un café, tomaba una consumición y leía los periódicos. No paseaba por la ciudad. Tan pronto como salía del café, ya tenía ganas de estar en el hospital. Tenía un solo deseo, ver a Catherine. Aparte de eso, no pensaba sino en matar el tiempo. A menudo dormía por la mañana y por la tarde. Algunas veces iba a las carreras y, al atardecer, a la mecanoterapia. De vez en cuando me detenía en el Club Angloamericano. Me instalaba en un gran sillón de cuero, cerca de la ventana y leía las revistas. No nos dejaban salir juntos, desde que había dejado las muletas, pues consideraban que no era natural ver a una enfermera sola con un herido cuyo estado no parecía requerir la presencia de un acompañante. Por las tardes tampoco podíamos vernos nunca. No obstante, algunas veces, teníamos la satisfacción de poder cenar juntos, si *miss* Ferguson nos acompañaba. *Miss* Van Campen admitía el hecho de que éramos muy amigos, ya que sacaba de Catherine un trabajo enorme. Creía que Catherine pertenecía a una buena familia y esto contribuyó a disponerla en su favor. *Miss* Van Campen le

daba gran importancia a las cuestiones de familia. Ella misma era de una buena casa. Además, el hospital estaba en plena actividad y esto le daba mucho trabajo. El verano era muy caluroso y tenía muchos amigos en Milán. Pero a pesar de esto, siempre tenía prisa para volver al hospital tan pronto como caía la tarde. En el frente avanzábamos sobre el Carso. Habíamos tomado Kuk, más allá de Plava, e intentábamos apoderarnos de la meseta de Bainsizza. El frente occidental no marchaba tan bien. Parecía como si la guerra tuviese que prolongarse. América acababa de entrar en guerra, pero yo pensaba que tardaría todavía un año antes de que pudiesen mandar contingentes suficientes y entrenarlos para el combate. El año que se acercaba tanto podía ser un buen año como un mal año. Los italianos empleaban una cantidad de hombres muy considerable. Yo no sabía cómo se podía aguantar. Aun tomando la meseta de Bainsizza y la colina de San Gabriele, les quedaban todavía muchas montañas a los austríacos. Las había visto. Las cumbres más altas estaban detrás. Avanzábamos sobre el Carso, pero abajo, junto al mar, había pantanos y hornagueras. Napoleón barrió a los austríacos en las llanuras. Nunca los había atacado en las montañas. Los hubiese dejado bajar y los habría zurrado cerca de Verona. Pero en el frente occidental no zurraban a nadie. Hoy día era imposible ganar las guerras de tal manera. Tal vez continuaría indefinidamente. Quizá fuera una nueva guerra de los Cien Años. Dejé el periódico en su sitio y salí del Club. Bajé los peldaños con cuidado y subí por la vía Manzoni. Encontré al viejo Meyers y a su mujer, que bajaban de un coche delante del Gran Hotel. Venían de las carreras. La señora Meyers era una mujer de pecho opulento, vestida de satén negro. Él era un viejecito de bigotes grises que se apoyaba en un bastón para andar con sus pies planos.

—Buenos días, buenos días.

Ella me estrechó la mano.

—*Hello* —dijo Meyers.

—¿Y las carreras?

—Soberbias. Realmente magníficas. He acertado tres ganadores.

—¿Y usted? —pregunté a Meyers.

—No me ha ido mal del todo. He acertado un ganador.

—Nunca sé lo que hace —dijo la señora Meyers—. Nunca me dice nada.

—Está bien, está bien —dijo Meyers.

Se sentía cordial. Tendría que venir. Cuando hablaba se tenía la impresión de que no lo miraba a uno o bien de que lo tomaba por otro.

—Me parece bien —dije.

—Iré a verle al hospital —dijo la señora Meyers—. Tengo algunas cosillas para mis muchachos. Todos ustedes son mis hijos, ¿sabe? Sí, de verdad, mis queridos hijos.

—Se alegrarán de verla.

—¡Mis queridos muchachos! Y usted también, ¿sabe?, es uno de mis muchachos.

—Tengo que regresar —dije.

—Salude a los chicos en mi nombre. Tengo montones de cosas para traerles. Tengo buen vino y pasteles.

—Adiós —dije—. Estarán encantados de verla.

—Adiós —dijo Meyers—. Venga a la *galleria*. Ya sabe dónde está mi mesa. Todas las tardes estamos aquí.

Anduve calle arriba. Quería comprar alguna cosa para Catherine en la Cova. Le compré una caja de chokolatines y, mientras la empleada la envolvía, me acerqué al bar. Allí había aviadores ingleses. Bebí un martini solo, pagué, cogí la caja de chokolatines que estaba en el mostrador y me encaminé hacia el hospital. Frente al pequeño bar de la Scala vi a algunos conocidos, un vicecónsul, dos individuos que estudiaban canto, y Ettore Moretti, un italiano de San Francisco que estaba en el ejército italiano. Tomé una copa con ellos. Uno de los cantantes se llamaba Ralph Simmons, y cantaba con el seudónimo de Enrico del Credo. Nunca me enteré de cómo cantaba, pero siempre decía que estaba en vísperas de un gran acontecimiento. Era grueso y tenía las aletas de la nariz y las comisuras de los labios marchitas, como los que padecen de asma. Volvía de Piacenza, en donde cantó *Tosca*, y había estado soberbio.

—Claro que usted no me ha oído cantar nunca —dijo.

—¿Cuándo cantará aquí?

—Actuaré en la Scala este otoño.

—Apuesto que te arrojarán las butacas —dijo Ettore—. ¿No le han contado que en Módena se las arrojaron?

—Esto es una mentira infame.

—Le arrojaron las butacas —dijo Ettore—. Yo mismo le tiré seis.

—Eres un cochino *wop* de Frisco.

—No puede pronunciar el italiano —dijo Ettore—. En todas partes que va le arrojan las butacas.

—Piacenza es uno de los peores teatros del norte de Italia —dijo el otro tenor—. Puede creerme, es un marco asqueroso para un buen cantante.

Este tenor se llamaba Edgar Saunders y cantaba con el seudónimo de Eduardo Giovanni.

—Me gustaría estar allí para ver cómo te arrojan las banquetas —continuó Ettore—. No sabes cantar en italiano.

—Está ofendido —dijo Edgar Saunders—. Arrojar banquetas es lo único que sabe decir.

—Y ellos es todo lo que saben hacer cada vez que uno de vosotros toma la decisión de cantar. Y después de esto regresáis a América y habláis de vuestros éxitos en la Scala. En el Scala ni tan sólo os dejarían terminar la primera nota.

—Cantaré en el Scala —dijo Simmons—. Allí, en octubre cantaré *Tosca*.

—Iremos, ¿verdad, Mac? —dijo Ettore al vicecónsul—. Les hará falta alguien que los proteja.

—Tal vez estará allá el ejército americano para protegerlos —dijo el vicecónsul—. ¿Quiere tomar otra copa, Simmons? ¿Y usted, Saunders?

—Dicen que le van a dar la medalla de plata —me dijo Ettore—: ¿Qué mención cree que le van a hacer?

—No lo sé. Ni tan sólo sé si me la darán.

—Claro que se la darán. Ya verá, compañero, cómo las mujeres de la Cova le encontrarán formidable. Todas creerán que ha matado a más de doscientos austríacos y ha tomado una trinchera usted solo. Le aseguro que mis condecoraciones me han dado mucho trabajo.

—¿Cuántas tiene? —preguntó el vicecónsul.

—Las tiene todas —dijo Simmons—. Por él se hace la guerra.

—Me han dado dos veces la medalla de bronce y tres veces la de plata —dijo Ettore—. Pero sólo tengo el diploma de una.

—¿Y las otras?

—La operación fracasó. Cuando la operación no tiene éxito, retienen las condecoraciones.

—¿Cuántas veces le han herido, Ettore?

—Tres veces y gravemente. ¿Ve? Tengo tres briscas.

Volvió su manga. Las briscas eran galones plateados paralelos sobre un fondo negro, cosidos en la tela de la manga a unas ocho pulgadas del hombro.

—Usted también tiene una —me dijo Ettore—. Es muy elegante. Yo las prefiero a las condecoraciones. Y créame, compañero, tres representan algo. Sólo te dan una por una herida que te retenga tres meses en el hospital.

—¿Dónde le hirieron, Ettore? —preguntó el vicecónsul.

—Aquí. —Enseñó la cicatriz roja, profunda y lisa—. Y aquí, en la pierna. No se la puedo mostrar porque está bajo las bandas, casi en el pie. Tengo una carie en el hueso del pie. Aún hiede. Cada mañana me saco nuevas esquirlas y continúa hediendo.

—¿Qué le hirió? —preguntó Simmons.

—Una granada de mano. Una de estas parecidas a un prensapurés. Se me llevó todo el lado del pie. ¿La conoce usted, verdad, esta prensapurés?

Se volvió hacia mí.

—Ya lo creo.

—Vi al marrano que me la tiró —dijo Ettore—. Me arrojé al suelo y creyó que había muerto, pero estas malditas prensapurés no tienen nada dentro. Le maté de un tiro a ese hijo de perra. Yo siempre llevo un fusil para que no vean que soy un oficial.

—¿Cómo contestó? —preguntó Simmons.

—No tenía más —continuó Ettore—. No sé por qué la arrojó. Creo que tenía ganas de arrojar una. Seguramente aún no debía de haber participado en ninguna batalla de verdad. De todas maneras, lo dejé bien muerto a aquel austriaco, hijo de p...

—¿Qué hizo cuando lo mató?

—¿Qué diablos me importa? —exclamó Ettore—. Le tiré al vientre. Temí errar si le apuntaba a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que es oficial, Ettore? —le pregunté.

—Dos años. Voy a ascender a capitán. ¿Cuánto hace que es teniente?

—Pronto hará tres años.

—Usted no puede ser capitán porque no sabe el italiano lo suficientemente bien —dijo Ettore—. Usted lo habla, pero no puede leerlo ni escribirlo correctamente. Hay que tener cierta educación para ser capitán. ¿Por qué no se va con el ejército americano?

—Tal vez lo haga.

—Dios mío, me gustaría poder ir yo. ¿Cuánto gana un capitán, Mac?

—No lo sé seguro. Creo que alrededor de doscientos cincuenta dólares.

—¡Santo Cristo! ¡Cuántas cosas podría hacer con doscientos cincuenta dólares!

—Tendría que darse prisa a reunirse con el ejército americano, Fred. Tal vez encuentre la manera de introducirme.

—De acuerdo.

—Sé mandar una compañía en italiano. Podría fácilmente aprender a hacerlo en inglés.

—Te ascenderían a general —dijo Simmons.

—No, no sé tanto como para ser general. Un general debe saber un montón de cosas. Sois unos tipos ridículos, vosotros; os creéis que la guerra es una tontería. No tenéis capacidad ni para ser cabos de segunda clase.

—Gracias a Dios no tengo que serlo —dijo Simmons.

—Tal vez tengas que serlo algún día, si te llaman. ¡Dios mío, cómo me gustaría teneros a los dos en mi pelotón! A Mac también. Serías mi ordenanza, Mac.

—Eres un tipo estupendo, Ettore —dijo Mac—, pero temo no ser militarista.

—Quiero ser coronel antes de terminar la guerra.

—Si no te matan.

—No me matarán. —Tocó las estrellas de su cuello con el pulgar y el índice—. ¿Ves lo que he hecho? Cuando se habla de que te maten, siempre tocamos las estrellas.

—Vámonos, Simmons —dijo Saunders, levantándose.

—Como quieras.

—Adiós —dijo—. Tengo que irme, también. —El reloj marcaba las seis menos cuarto—. *Ciaou*, Ettore.

—*Ciaou*, Fred —dijo Ettore—. Estaría muy bien que te dieran la medalla de plata.

—Aún no es seguro.

—Sí, la tendrás, Fred. He oído decir que te la darán sin dificultad.

—En fin, adiós —dije—. Y tú, Ettore, pórtate bien.

—No pases cuidado por mí. No bebo ni voy por ahí. No me gusta ni el alcohol ni las mujeres. Sé lo que me conviene.

—Hasta la vista —dije—. Me alegra saber que vas a ascender a capitán.

—No tendré que esperar mi turno. Me tocará primero por servicios extraordinarios. ¡Imagínate, las tres estrellas con las espadas cruzadas y la corona encima...! ¡Éste soy yo!

—Buena suerte.

—Lo mismo digo. ¿Cuándo vuelves al frente?

—Pronto.

—Entonces, nos veremos allí.

—Adiós.

—Adiós. Cuidado con los golpes.

Regresé al hospital por una calle que atajaba camino. Ettore tenía veintitrés años. Lo había criado un tío suyo de San Francisco y estaba en Turín, visitando a sus padres, al declararse la guerra. Tenía una hermana a la que también habían mandado a América con él para vivir con el tío y que este año ya saldría de la Escuela Normal. Pertenecía a esta clase de héroes que fastidian a todos los que encuentran. Catherine no podía verlo.

—Nosotros también tenemos héroes —dijo—, pero, en general, querido, son más discretos.

—Me es indiferente.

—Me sería indiferente si no fuese tan vanidoso, ni tan pesado, pero, ¡pesado hasta el extremo!

—A mí también me fastidia.

—Eres muy amable al decir esto, querido. Pero no te molestes. Tú te lo puedes imaginar en el frente, donde sabes que es útil, mas para mí, ¡sólo representa al hombre que detesto!

—Lo sé.

—Te agradezco que lo comprendas. Hago los posibles para apreciarlo, pero es un muchacho abominable, verdaderamente abominable.

—Esta tarde nos ha dicho que iban a nombrarlo capitán.

—Mejor —dijo Catherine—. Esto le hará feliz.

—¿No te gustaría que tuviera más graduación?

—No, querido. Lo único que me interesa es que tengas la graduación suficiente para que te admitan en los mejores restaurantes.

—Precisamente, ése es el grado que tengo.

—Es un grado magnífico. No me interesa que tengas una graduación más alta. Te podría subir a la cabeza. ¡Oh, querido! Me alegra mucho que no seas vanidoso. Si lo fueras, también me habría casado contigo; pero es un descanso tener un marido que no es vanidoso.

Hablábamos muy bajo, en el balcón. La luna ya debía haber salido, pero la ciudad estaba cubierta de niebla y no la veíamos. Pronto empezó a lloviznar y entramos. Fuera, la niebla se había convertido en lluvia y no tardó en oírse el aguacero que tamborileaba contra el tejado. Me levanté y me dirigí al balcón para ver si entraba la lluvia. Como no entraba, lo dejé abierto.

—¿A quién más has visto? —preguntó Catherine.

—Al señor y la señora Meyers.

—¡Qué extraños son!

—Dicen que estuvo preso en su país. Lo expatriaron para que muriese.

—Y desde entonces ha vivido feliz en Milán.

—¡Feliz...! No sé hasta qué punto.

—Me imagino que, después de estar en la cárcel, se encontraría más feliz.

—Ella nos traerá varias cosas.

—Siempre trae cosas espléndidas. ¿Te ha llamado su querido muchacho?

—Uno de sus queridos muchachos.

—Todos sois sus queridos muchachos —dijo Catherine—. Tiene debilidad por sus queridos muchachos. Escucha la lluvia.

—Llueve mucho.

—Dime. ¿Me amarás siempre?

—Sí.

—¿Siempre te importará igual que llueva?

—No.

—Mejor, porque la lluvia me da miedo.

—¿Por qué?

—No lo sé, querido. Siempre he tenido miedo de la lluvia.

—A mí me gusta.

—Me gusta pasear cuando llueve. Pero no es buena para el amor.

—A pesar de todo, te quiero.

—Yo te quiero cuando llueve, cuando nieva, cuando graniza, y ¿qué más?

—No lo sé. Me parece que tengo sueño.

—Entonces duermes, querido, y te amaré de cualquier manera.

—¿De verdad tienes miedo a la lluvia?

—Cuando estoy contigo, no.

—¿Por qué tienes miedo?

—No lo sé.

—Dímelo.

—No, no insistas.

—Quiero que me lo digas.

—Ya que tú lo quieres... La lluvia me da miedo porque a veces, cuando llueve, me veo muerta.

—¡No!

—Y otras veces es a ti a quien veo muerto bajo la lluvia.

—Esto es más verosímil.

—No del todo, querido. Porque yo te puedo guardar del peligro. Pero cuando se trata de uno mismo es más difícil.

—Basta, por favor. No quiero que esta noche hables como una escocesa y como una loca. No estaríamos mucho juntos.

—Es verdad, pero es así. Soy escocesa y loca. Pero no lo haré más. Son tonterías.

—Evidentemente, son tonterías.

—Son tonterías, sólo tonterías. No tengo miedo de la lluvia... No tengo miedo de la lluvia... ¡Oh, Dios mío, deseo tanto no tener miedo!

Lloraba. La consolé. Pero fuera, la lluvia seguía cayendo.

CAPÍTULO XX

Una tarde fuimos a las carreras. Ferguson nos acompañó y también Crowell Rodgers, el soldado que había sido herido en los ojos por un obús. Las dos muchachas se vistieron después de comer. Mientras tanto, Crowell y yo, sentados en la cama, en su habitación, leíamos en el diario de las carreras, antiguas hazañas de caballos y los pronósticos. Crowell llevaba la cabeza vendada y las carreras no le interesaban mucho, pero, para pasar el tiempo, leía regularmente los diarios hípicas y estaba al corriente de los caballos. Decía que los caballos no valían nada, pero no teníamos que molestarnos en escogerlos. El viejo Meyers le apreciaba y siempre le daba datos. Meyers ganaba en casi cada carrera, pero no le gustaba dar datos, ya que esto hacía bajar el precio. Las carreras eran muy poco honestas. Hombres que habían sido expulsados de todos los hipódromos venían a correr en Italia. Los datos de Meyers eran buenos, pero me molestaba pedírselos, porque algunas veces no contestaba y daba la sensación de que le molestaba darlos. No obstante, por ciertas razones, él se creía obligado a darnoslos y sobre todo a Crowell es al que lo hacía de más buena gana. Crowell había sido herido en los ojos y Meyers también sufría de la vista. Era por este motivo por lo que apreciaba a Crowell. Meyers nunca decía a su mujer sobre qué caballo apostaba. Ella ganaba o perdía. Casi siempre perdía, pero seguía apostando.

Los cuatro fuimos a San Siro en un coche descubierto. Cruzamos el parque, seguimos la línea del tranvía y después de salir de la ciudad continuamos por la polvorienta carretera.

Había torres con rejas de hierro y grandes y frondosos jardines, y zanjas por donde corría el agua y huertas con las hojas cubiertas de polvo. En el llano se divisaban extensas propiedades y granjas, rodeadas de verde, con sus canales de regadío. Al Norte se elevaban las montañas. Una gran cantidad de coches entraba en el hipódromo, y los empleados, en la reja de entrada, nos dejaron pasar porque íbamos de uniforme. Descendimos del coche y, después de comprar los programas, nos dirigimos al *paddock* a través del césped y de la pista llana y húmeda. En el césped, a lo largo de las barreras, había muchos soldados. El *paddock* estaba muy engalanado. En aquel lugar hacían pasear y dar vueltas a los caballos bajo los árboles, detrás de la tribuna principal. Vimos a muchos conocidos y, después de ir a buscar sillas para Ferguson y Catherine, observamos los caballos.

Daban vueltas uno detrás de otro, con la cabeza baja, conducidos por sus mozos. Uno de los caballos era de color negro violáceo, y Crowell aseguró que estaba teñido. Había salido en el preciso momento en que el reloj daba la señal de montar. Lo buscamos en el programa por el número que el *jockey* llevaba en el brazo. Estaba inscrito como un capón negro y se llamaba *Japalac*. La carrera estaba reservada para caballos que no habían ganado ninguna carrera de más de mil libras. Catherine sostenía que le habían cambiado el color. Ferguson le dijo que ella no lo podía saber. Yo lo encontré sospechoso. Todos estuvimos de acuerdo en que teníamos que apostar sobre él y nos jugamos cien libras. Sobre el tablero de las tarifas era el único por el que daban el 35 por 1. Crowell fue a comprar los boletos, mientras nosotros mirábamos a los *jockeys* ir, después de una vuelta, a través de los árboles hasta la pista y alcanzar con un pequeño galope el recodo donde debían dar la salida.

Subimos a la gran tribuna para ver la salida. En San Siro aún no usaban la cinta. El *starter* hizo alinear los caballos, que parecían muy pequeños, allí lejos, al final de la pista, y dio la señal haciendo restallar su látigo. Pasaron frente a nosotros. El caballo negro iba en cabeza, y en el recodo ya se distanció de los demás. Lo seguí con mis gemelos durante todo el recorrido y vi que el *jockey* se esforzaba en contenerlo, pero fue en vano, y, cuando llegó al poste, adelantaba a los demás por quince

cuerpos. Y continuó galopando hasta el recodo cuando la carrera ya había terminado.

—Es maravilloso —dijo Catherine—. Vamos a ganar más de tres mil liras. Debe de ser un caballo extraordinario.

—Espero que no se desteñirá antes de que nos paguen —dijo Crowell.

—Realmente era un buen caballo —dijo Catherine—. Me gustaría saber si el señor Meyers había apostado por él.

—¿Apostó usted por el ganador? —le grité a Meyers.

Asintió con la cabeza.

—Yo no —dijo la señora Meyers—. Y vosotros, hijos míos, ¿por cuál habéis apostado?

—Por *Japalac*.

—¿De veras? Está cotizado al 35 por 1.

—Nos gustó su color.

—A mí, no. Parecía pelado. Me aconsejaron que no apostara por él.

—No producirá mucho —dijo Meyers.

—Está señalado a 35 por 1 en la cotización.

—No producirá mucho. En el último momento han apostado grandes cantidades sobre él —dijo Meyers.

—¿Quién?

—Kempton y los demás. Ya verán. No darán más del 2 por 1.

—Entonces no ganaremos tres mil liras —dijo Catherine—. No me gustan estas carreras con trucos.

—Nos darán doscientas liras.

—Eso no es nada. Por eso no cambia nuestra situación. Creía que ganaríamos tres mil liras.

—Es una estafa repugnante —dijo Ferguson.

—Es evidente que si nos hubiera parecido sospechoso no habríamos apostado por él. Pero me hubiese gustado ganar las tres mil liras.

—Bajemos a tomar algo y a ver qué nos pagan.

Fuimos al marcador. La campana dio la señal del pago, y el ganador, *Japalac*, fue cotizado a 18,50, lo que significaba que para una apuesta de diez liras no darían el doble.

Nos dirigimos al bar bajo la gran tribuna para tomar un whisky con soda. Encontramos a dos italianos que conocíamos y a McAdams, el vicecónsul. Nos acompañaron al subir

a buscar a las señoras. Los italianos eran muy atentos y McDams se quedó hablando con Catherine cuando volvimos a bajar para apostar. El señor Meyers estaba junto a las apuestas mutuas.

—Pregúntale por qué caballo ha jugado —le dije a Crowell.

—¿Por cuál ha apostado, señor Meyers? —preguntó Crowell.

Meyers sacó su programa y con la punta del lápiz señaló el número cinco.

—¿Le molestaría que apostáramos por el mismo?

—Háganlo, háganlo, pero no le digan a mi mujer que yo se lo he indicado.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. No bebo nunca.

Apostamos por el cinco, cien liras a ganador y cien a premio, y volvimos a tomar otro whisky con soda. Me encontraba muy bien. Hicimos amistad con otros dos italianos. Tomaron una consumición con nosotros y regresamos con las señoras. Los italianos también eran muy educados y se parecían mucho a los que nos acompañaron la primera vez. Por un momento nadie pudo sentarse. Di los boletos a Catherine.

—¿Qué caballo?

—No lo sé. Lo ha escogido el señor Meyers.

—¿No sabéis ni cómo se llama?

—No. Encontrarás su nombre en el programa. Me parece que es el número 5.

—Tienes una confianza asombrosa —dijo.

El 5 ganó, pero no pagó nada. El señor Meyers estaba furioso.

—Hay que depositar doscientas liras para ganar veinte —afirmó—. Doce liras por diez. No vale la pena. Mi mujer ha perdido veinte liras.

—Bajo contigo —dijo Catherine.

Los italianos se levantaron. Bajamos y nos dirigimos al *paddock*.

—¿Te diviertes? —preguntó Catherine.

—Creo que sí.

—Supongo que es muy divertido —dijo—, pero yo, querido, detesto a toda esta gente.

—Nunca vemos a tanta gente.

—Es verdad, pero los Meyers y este tipo del Banco con su mujer y sus hijos...

—Es el que acepta mis letras a la vista —dije.

—Sí, pero otro también lo haría. Los cuatro italianos que han traído son horribles.

—Nos podemos quedar aquí y ver las carreras detrás de la barrera.

—¡Oh, sí! Y además escucha, querido: apostemos por un caballo que no hayamos oído nombrar y por el que no apueste el señor Meyers.

—De acuerdo.

Apostamos por un caballo llamado *Light For me*, que llegó en cuarto lugar de los cinco que salieron. Apoyados en la barrera, miramos cómo pasaban los caballos con un gran ruido de cascos. A lo lejos, y más allá de los campos, se alzaban las montañas, y Milán se extendía por entre los árboles.

—¡Me siento mucho mejor! —dijo Catherine.

Los caballos ya volvían. Cruzaban la reja, chorreando sudor; sus *jockeys* los calmaban y desmontaban bajo los árboles.

—¿No sientes ganas de beber? Podríamos tomar alguna cosa mientras contemplamos los caballos.

—Voy a buscar algo —dije.

—No vayas —dijo Catherine—. Puede servirnos el mozo.

Levantó la mano y el camarero salió del Pagoda bar, al lado de las caballerizas. Nos sentamos en una mesita de hierro.

—¿No eres más feliz cuando nos encontramos solos?

—Sí —contesté.

—¡Me sentía tan desplazada entre toda esta gente!

—Se está bien aquí —dije.

—Sí. Estas carreras son verdaderamente magníficas.

—Sí, es agradable.

—No quiero que pierdas tu diversión, querido. Volveré allá en cuanto quieras.

—No —dije—. Quedémonos tranquilamente aquí a beber. Luego bajaremos hasta el río para ver la carrera de obstáculos.

—¡Qué bueno eres conmigo! —exclamó ella.

Después de estar solos un rato, nos alegramos de encontrar a los demás. Habíamos pasado un buen día.

CAPÍTULO XXI

Al llegar septiembre las noches empezaron a refrescar. Los días también eran frescos y, en el parque, los árboles empezaban a cambiar de color. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que el verano había terminado. En el frente las cosas iban muy mal. No habíamos podido tomar San Gabriele. Los combates habían terminado en la meseta de Bainsizza y, a mediados de mes, también estaban prácticamente acabados los de San Gabriele. No se logró tomarlo. Ettore había vuelto al frente. Los caballos habían sido enviados a Roma y las carreras ya no se daban. Crowell se había ido a Roma antes de que lo mandaran nuevamente a América. En la ciudad hubo dos manifestaciones contra la guerra y, en Turín, un motín considerable. Un comandante inglés me dijo un día, en el club, que los italianos habían perdido ciento cincuenta mil hombres en la meseta de Bainsizza y en San Gabriele. Añadió que, además, ellos habían perdido cuarenta mil en el Corso. Bebimos juntos y empezó a hablar. Me dijo que, en nuestro sector, los combates habían terminado por este año y que los italianos tenían los ojos más grandes que el vientre. Dijo que la ofensiva en Flandes terminaría mal. Si les mataban tantos hombres como al principio de este otoño, los aliados quedarían listos antes del fin del próximo año. Dijo que todos estábamos acabados, pero que esto no tenía importancia mientras uno no se da cuenta de ello. Estábamos todos bien apañados. Lo principal era no admitirlo. La victoria sería del último país que se daría cuenta de que estaba listo. Tomamos otra consumición. ¿Perteneecía yo al

estado mayor? No. Él, sí. Todo esto era trivial. Estábamos solos en el Club, repantigados en grandes divanes de cuero. Llevaba botas de cuero oscuro, muy brillantes, unas botas magníficas. Dijo que todo era una tontería. Sólo pensaban en las divisiones y en el mando. Pasaban el tiempo disputando las divisiones, y cuando lograban una era para hacerla asesinar. Estábamos listos. Los alemanes eran los que se llevaban las victorias. ¡En nombre de Dios! Eran grandes soldados. Los antiguos hunos, ¡aquéllos sí que eran soldados! Pero también estaban listos. Estábamos todos acabados. Le pregunté qué pensaba de Rusia. Dijo que también estaba lista. No tardaría en comprobarlo. Y los austríacos también estaban listos. Si lograban algunas divisiones de hunos, tal vez les fuese bien. ¿Creía que habría un ataque este otoño? Seguramente. Los italianos estaban acabados. Todos sabían que estaban acabados. Los antiguos hunos bajaban por el Trentino. Y cortarían la línea férrea de Vicenza y, entonces, ¿qué harán los italianos? «Lo intentaron el 16», dije. «Pero probablemente no lo harán —dijo—. Es demasiado fácil. Intentarán algo más complicado y se harán zurrar regíamente.» Dije que debía irme. Tenía que volver al hospital. «Adiós», dije. Después, alegremente: «Buena suerte.» Existía un gran contraste entre su pesimista visión del mundo y su jovialidad personal.

Me detuve en la peluquería para que me afeitasen y regresé al hospital. Mi pierna seguía igual. Hasta dentro de bastante tiempo no podría esperar una mejoría. Tres días antes me hice examinar. Aún debía seguir algunos tratamientos antes de despedirme del *Ospedale Maggiore*, y yo caminaba por la acera, esforzándome en no cojear. Bajo un portal un viejo cortaba siluetas. Me detuve a mirarlo. Pasaban dos muchachas y él cortaba sus siluetas a tijeretazos rápidos, mirándolas, con la cabeza ladeada. Las muchachas reían. Me enseñó las siluetas, después las pegó sobre papel blanco y las entregó a las muchachas.

—Han salido muy bien —dijo—. Ahora le toca a usted.

Las dos muchachas se alejaban. Miraban sus siluetas y reían. Eran muy hermosas. Una de ellas trabajaba en una taberna que había frente al hospital.

—Está bien.

—Quítese el quepis.

—No, quiero llevarlo.

—No estará tan bien —dijo el viejo—, pero será más marcial.

Su rostro se animó. Cortó el papel negro y luego, separando los dos gruesos, pegó los perfiles sobre un cartón y me los dio.

—¿Cuánto le debo?

—Nada. —Movi6 la mano—. Se los regalo.

—Por favor.

Le tendí algunas monedas.

—Hágame el favor.

—No. Lo he hecho por gusto. Déselas a su novia.

—Muchas gracias. Hasta otro día.

—Hasta la vista.

Continué mi camino hacia el hospital. Allí encontré algunas cartas, una oficial y dos o tres más. Tendría tres semanas de convalecencia antes de ser enviado nuevamente al frente. Volví a leer la carta atentamente. Sí, sí, era esto. La convalecencia empezaría el cuatro de octubre, tan pronto como hubiese terminado el tratamiento. Tres semanas son veintidós días. Terminaría pues, el veinticinco de octubre. Avisé que no me quedaba y fui a un restaurante, un poco más allá, en la misma calle del hospital, para comer, leer mis cartas y el *Corriere della Sera*. Había una carta de mi abuelo dándome noticias de la familia, estímulos patrióticos, un cheque de doscientos dólares y recortes de periódicos; una carta fastidiosa del capellán del campamento; una carta de un amigo aviador que volaba con los franceses, que sólo hablaba del grupo de holgazanes del que formaba parte; unas líneas de Rinaldi, en las que me preguntaba cuánto tiempo me quedaría aún en Milán y qué novedades había. Me pedía que le llevara unos discos y me adjuntaba la lista. Bebí media botella de *chianti* con la comida. Tomé café y una copa de coñac, terminé de leer el periódico, metí las cartas en el bolsillo, dejé el periódico encima de la mesa con la propina y salí. En mi habitación, en el hospital, me desnudé, me puse el pijama y un batín, bajé las cortinas de la ventana que daba al balcón y, sentado en mi cama, empecé a leer los periódicos de Boston que la señora Meyers había enviado al hospital para sus queridos muchachos. Los *Chicago White Sox* habían ganado el campeonato de la Liga Americana y el equipo de los *New York*

Giants iba en cabeza de la Liga Nacional. Babe Ruth, el *pitcher*, jugaba por el Boston. Los diarios eran pesados. Sólo daban noticias locales ya viejas, y las noticias de la guerra también eran viejas. Las noticias americanas sólo trataban de los campos de instrucción. Lo único que se podía leer eran los resultados del *base-ball* y no me interesaban lo más mínimo. No obstante, casi sin darme cuenta, me entretuve un rato con ellos. Me preguntaba si, en el caso de entrar América en guerra, se suprimirían las grandes asociaciones deportivas. Probablemente no. Todavía había carreras en Milán y la situación no podía ser peor de lo que era. En Francia las carreras habían sido suprimidas. Nuestro caballo *Japalac* venía de allí. Catherine no empezaba el servicio hasta las nueve. La oí andar al entrar de servicio y, una vez, la vi pasar por el corredor. Fue a varias habitaciones y finalmente entró en la mía.

—Vengo con retraso, querido —dijo—. Tenía mucho trabajo pendiente. ¿Cómo te encuentras?

Le hablé de los periódicos y de la licencia.

—¡Qué alegría! —dijo—. ¿Adónde quieres ir?

—A ningún sitio. Quiero quedarme aquí.

—¡Qué tontería! Tienes que escoger algún buen lugar y yo iré contigo.

—¿Cómo lo harás?

—No lo sé, pero encontraré alguna solución.

—Eres extraordinariamente maravillosa.

—No. Pero la vida es muy fácil cuando no se tiene nada que perder.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Sólo pensaba que los obstáculos que antes parecían tan grandes ahora parecen pequeños.

—Me parece que será difícil de conseguir.

—No, querido. Si es necesario presentaré mi dimisión, sencillamente. Pero no creo que llegemos a esto.

—¿Adónde iremos?

—Me es igual. Donde quieras. A un lugar en donde no conozcamos a nadie.

—¿Te da lo mismo, realmente?

—Sí. Me gustará cualquier parte.

Parecía preocupada, nerviosa.

- ¿Qué te ocurre, Catherine?
- Nada. Nada en absoluto.
- Sí, te pasa algo.
- No, nada..., nada, de verdad.
- Sé muy bien que sí. Dímelo, querida, puedes decírmelo, vamos.
- No es nada.
- Dímelo.
- No. No lo quiero. Tengo miedo de que esto te haga desdichado y te atormente.
- No, no me atormentará.
- ¿De veras? A mí no me atormenta, pero tengo miedo de que te ocurra a ti.
- No me atormentará en absoluto.
- No quiero decírtelo.
- Sí, dímelo.
- ¿Es necesario?
- Sí.
- Voy a tener un niño. Ya casi estoy de tres meses. ¿Te molesta, di? Te lo suplico. Esto no debe atormentarte.
- Me es igual.
- ¿De verdad?
- Claro que sí.
- ¿Dices lo que sientes?
- No hay por qué atormentarse.
- No puedo evitarlo, querido. A mí nunca me ha dolido. Tú tampoco debes atormentarte ni entristecerte.
- Yo sólo me preocupo por ti.
- ¿Ves? Eso es precisamente lo que no quiero. Es una cosa corriente tener hijos. Todos tienen hijos.
- Eres realmente maravillosa.
- No. No debes pensar más en ello, querido. Procuraré no causarte molestias, pero hasta ahora, ¿no he sido una amable mujercita? No te habías dado cuenta, ¿verdad?
- No.
- Siempre será lo mismo. Sólo tenemos que hacer una cosa: no inquietarnos. Ya veo que te preocupas. No tienes que hacerlo. ¿Quieres beber algo, querido? Sé que cuando bebes te pones rápidamente alegre.

—No. Estoy alegre, y tú eres extraordinariamente magnífica.

—No. Pero ya me las arreglaré para ir contigo cuando hayas escogido el lugar. Será encantador, en octubre. Ya verás cómo nos divertiremos, querido, y cuando estés en el frente, te escribiré cada día.

—Y tú, ¿dónde estarás?

—Aún no lo sé. Pero en alguna parte, en un buen lugar. Ya me ocuparé de esto.

Por un momento nos quedamos quietos, sin decir nada. Catherine estaba sentada en la cama. Yo la miraba, pero no nos tocábamos. Estábamos separados como personas que se encuentran molestas porque alguien ha entrado en la habitación. Ella alargó su mano y tomó la mía.

—¿Estás enfadado, querido?

—No.

—¿Tienes la sensación como de haber caído en la trampa?

—Tal vez un poco, pero no por ti.

—No quería decir por mí. No digas tonterías. Quiero decir cogido en la trampa en general.

—En el sentido biológico, siempre se siente uno cogido en la trampa.

No dijo nada, no retiró su mano, pero sentí como si se retirase muy lejos.

—Siempre, es una palabra muy desagradable.

—Perdón.

—No importa. Sólo que, ¿ves?, nunca había tenido un hijo ni tampoco había amado hasta ahora... y he hecho todos los posibles para ser tal como tú deseabas, y ahora dices «siempre».

—¿Quieres que me corte la lengua? —propuse.

—¡Oh querido! —Ella volvió de aquellas regiones lejanas donde se había ido—. No hagas caso.

Volvíamos a estar juntos. Había desaparecido aquel malestar.

—En realidad somos una sola y misma persona y no tenemos que insistir en no comprendernos.

—Tienes razón.

—Y no obstante, esto pasa. La gente se quiere, pero insisten en no comprenderse, y se pelean, y entonces, de repente, dejan de ser una sola y misma persona.

—Nosotros no nos pelearemos nunca.

—No, no debemos hacerlo. Porque nosotros estamos solos, los dos, y en el mundo están todos los demás. Si algo se interpusiera entre nosotros, estaríamos perdidos y el mundo nos haría prisioneros nuevamente.

—No, no volveremos a serlo —dije—, porque tú eres muy valiente. A los valientes no les pasa nunca nada.

—Naturalmente, porque se mueren.

—Sí, pero sólo una vez.

—No lo sé. ¿Quién dijo eso?

—El cobarde sufre mil muertes, pero el valiente sólo una.

—Sí. ¿Quién dijo eso?

—No lo sé.

—Seguramente un cobarde —dijo—. Conozco bien a los cobardes, pero no conozco a los valientes. El valiente sufre tal vez dos mil muertes si es inteligente. Pero no habla de ello.

—No lo sé. Es difícil leer en el cerebro de un valiente.

—Sí. Por eso continúan siéndolo.

—Eres una autoridad en la materia.

—Tienes razón, querido. Me lo he ganado.

—Eres valiente.

—No —dijo ella—, pero me gustaría serlo.

—Yo no lo soy —dije—. Me conozco. He vivido lo suficiente para saberlo. Soy como un jugador de *base-ball* que hace un promedio de doscientos treinta y sabe que no puede hacerlo mejor.

—¿Qué quiere decir un jugador de *base-ball* que hace un promedio de doscientos treinta? Es muy emocionante.

—No lo creas. Esto significa que es un jugador muy torpe.

—Pero es un jugador a pesar de todo —esgrimió ella.

—Creo que somos vanidosos —dije—. Pero tú eres valiente.

—No, pero procuraré serlo.

—Los dos somos muy valientes. Yo así que bebo soy muy valiente.

—Somos unos tipos estupendos —dijo Catherine.

Ella fue a abrir el armario y trajo coñac y un vaso.

—Toma un poco de coñac, querido; has estado muy amable.

—No, verdaderamente no siento ninguna necesidad.

—Sólo un poco.

—Si tú lo quieres.

Llené la tercera parte del vaso y lo bebí de un trago.

—Lo has hecho un poco fuerte —dijo—. Ya sé que el coñac es la bebida de los héroes, pero no por eso hay que exagerar.

—¿Dónde viviremos después de la guerra?

—Probablemente en un asilo para ancianos —dije—. Durante tres años he esperado ingenuamente que la guerra terminase por Navidad. Pero ahora ya no espero que acabe antes que nuestro hijo sea teniente de navío.

—Tal vez será general.

—Si es una guerra de cien años, tendría que servir en la Marina y en el Ejército.

—¿No quieres beber?

—No. A ti siempre te pone alegre, querido, pero a mí sólo me sube a la cabeza.

—¿No has bebido nunca coñac?

—No, querido. Soy una mujer a la antigua.

Cogí la botella que había dejado en el suelo y me serví otro vaso.

—Haría bien en ir a ver tus compatriotas —dijo Catherine—. Tal vez quieras leer los periódicos mientras tanto.

—¿Forzosamente tienes que marcharte?

—Si no lo hago ahora tendré que hacerlo más tarde.

—Bueno. Entonces hazlo ahora.

—Volveré en seguida.

—Y yo habré terminado con mis periódicos —dije.

CAPÍTULO XXII

Durante la noche la temperatura descendió y a la mañana siguiente llovía. Cuando regresé del *Ospedale Maggiore* la lluvia era muy fuerte y llegué empapado. La lluvia caía a raudales en el balcón de mi habitación e, impulsada por el viento, azotaba los cristales. Me cambié y bebí un vaso de aguardiente, pero no le encontré buen sabor. Por la noche me sentí mareado y, por la mañana, después del desayuno, me entraron náuseas.

—No hay duda —dijo el director médico—, mire el blanco de los ojos, señorita.

Miss Gage miró. Me hicieron mirarme a un espejo. Tenía el blanco de los ojos amarillo. Era ictericia. Estuve enfermo dos semanas. Y por este motivo no pudimos pasar juntos mi despedida de convalecencia. Habíamos proyectado ir a Pallanza, en el lago Mayor. Es realmente maravilloso en otoño, cuando el color de las hojas empieza a cambiar. Hay buenas excursiones para hacer y, en el lago, se pueden pescar truchas. Hubiera sido mejor que ir a Stresa, porque en Pallanza hay menos gente. El viaje de Milán a Stresa se hace tan fácilmente que siempre se encuentran conocidos. En Pallanza hay un pueblo muy bonito y se pueden hacer excursiones en barca hasta las islas en donde habitan los pescadores, y en la isla más grande hay un restaurante. Pero nos fue imposible ir.

Un día que estaba en la cama, con la ictericia, *miss Van Campen* entró en la habitación, abrió la puerta del armario

y vio las botellas vacías. Había hecho bajar muchas por el conserje y supongo que las había visto pasar, y había subido para ver si todavía quedaban algunas más. En su mayor parte eran botellas de vermut, de *marsala* de *capri*, garrafas de *chianti* y algunas botellas de coñac. El conserje se había llevado las garrafas de paja y había dejado las botellas para el final. Fueron estas botellas de aguardiente y una de *kummel* en forma de oso las que encontró *miss Van Campen*. La botella en forma de oso la puso particularmente furiosa. La mantuvo en el aire. El oso, sentado sobre su trasero, resultaba gracioso. Tenía, en su cabeza de vidrio, un tapón, y algunos cristales viscosos habían quedado pegados en el fondo. Me reí.

—Era *kummel* —dije—. El mejor *kummel* lo envían en esas botellas en forma de oso. Viene de Rusia.

—Todas esas botellas son de aguardiente, ¿no es verdad? —preguntó *miss Van Campen*.

—Es probable que no las pueda ver todas —dije.

—¿Y desde cuándo dura esto?

—Las he comprado y traído yo mismo —dije—. Con frecuencia me visitan oficiales italianos y he procurado tener aguardiente para ofrecerles.

—¿Y usted no ha bebido? —dijo.

—Sí, yo también he bebido.

—¡Aguardiente! —dijo—. ¡Once botellas de aguardiente vacías y este líquido de oso!

—*Kummel*.

—Mandaré a alguien a buscarlas. ¿Son éstas todas las botellas vacías que tiene?

—De momento, sí.

—¡Yo que le compadecía por tener ictericia! ¡Ah, no vale la pena compadecerlo!

—Gracias.

—Supongo que no se le puede censurar por no querer volver al frente, pero me imagino que habría podido encontrar algo más inteligente que provocarse ictericia alcoholizándose.

—¿Haciendo qué?

—Alcoholizándose. Me ha comprendido muy bien.

No le contesté.

—A menos que no encuentre otra cosa, me temo que tendrá

que volver al frente en cuanto se termine la ictericia. No creo que una ictericia provocada voluntariamente le dé ningún derecho a una licencia por convalecencia.

—¿Ah, de veras?

—No, no lo creo.

—¿Ha tenido usted alguna vez ictericia, *miss Van Campen*?

—No, pero he visto muchos casos.

—¿Ha observado el placer que sienten los enfermos?

—Me imagino que será mejor que ir al frente.

—*Miss Van Campen* —dije—, ¿ha visto usted alguna vez a un hombre que ha intentado licenciarse dándose puntapiés en el escroto?

Miss Van Campen hizo como si no lo hubiera oído. Forzosamente tenía que oírlo, o bien salir de la habitación, y ella no quería marcharse aún, pues me detestaba desde hacía mucho tiempo y ahora había llegado su turno.

—He conocido a muchos hombres que han intentado librarse del frente produciéndose heridas voluntarias.

—No es esto lo que le preguntaba. Yo también he visto heridas voluntarias. Le decía si había visto alguna vez a un hombre que tratara de hacerse licenciar dándose patadas en el escroto. Porque ésta es de todas las sensaciones la que más se parece a la ictericia, y es una sensación que, naturalmente, pocas mujeres han experimentado. Es por esto que le preguntaba si había tenido ictericia, *miss Van Campen*, porque...

Miss Van Campen había salido de la habitación. Poco después entró *miss Gage*.

—¿Qué le ha dicho a *miss Van Campen*? Estaba furiosa.

—Hemos comparado las sensaciones. Iba a sugerirle que no había pasado nunca por los dolores del parto.

—Es usted un idiota —dijo *miss Gage*—. Le hará trizas.

—Ya lo ha hecho —dije—. Me ha hecho perder mi licencia de convaleciente. Y podría ser que pruebe de hacerme pasar por un consejo de guerra. Es capaz de eso y de mucho más.

—Nunca le ha querido —dijo *miss Gage*—. Pero, ¿por qué ha adoptado esta postura?

—Pretende que me he provocado la ictericia para no volver al frente.

—¡Bah! —dijo *miss Gage*—. Estoy dispuesta a jurar que

nunca ha cogido un vaso. Todos lo jurarán. Ella ha encontrado las botellas. Le había dicho cien veces que se deshiciera de ellas. ¿Dónde están?

—En el armario.

—¿Tiene una maleta?

—No. Póngalas en mi mochila.

Miss Gage puso las botellas en la mochila.

—Voy a dárselas al conserje —dijo.

Se dirigió a la puerta.

—Un momento —dijo *miss Van Campen*—. Quiero quedármelas yo.

El conserje la acompañaba.

—Llévese todo esto, por favor —dijo—. Las quiero enseñar al doctor cuando le dé mi informe.

Ella se alejó por el corredor. El conserje llevaba el saco. Sabía lo que contenía.

Perdí mi licencia y esto fue todo.

CAPÍTULO XXIII

La noche de mi partida para el frente mandé al conserje para que me guardara un asiento en el tren de Turín. El tren salía a las doce. Se formaba en Turín y llegaba a Milán hacia las diez de la noche. Permanecería en la estación hasta la hora de salida. Había que estar allí a su llegada para asegurarse un asiento. El conserje se hizo acompañar por uno de sus amigos, un soldado de ametralladoras que estaba de permiso y trabajaba en una sastrería. Entre los dos estaban seguros de poderme guardar un asiento. Les di dinero para sus billetes de andén y les hice llevar mi equipaje. Constaba de dos maletas y de una gran mochila.

Me despedí de los del hospital y partí alrededor de las cinco. Mi equipaje estaba en la casilla del portero, y le dije que estaría en la estación un poco antes de medianoche. Su mujer me llamaba *signorino* y lloró. Se secó los ojos, me estrechó la mano y volvió a llorar. Le acaricié el hombro y aún lloró más. Se había cuidado de toda mi ropa. Estaba regordeta, con un rostro alegre y tenía los cabellos blancos. Cuando lloraba, su rostro se descomponía. Caminé hasta la esquina, en donde había una taberna, y allí esperé mirando por la ventana. Fuera reinaba la oscuridad y hacía frío, y había niebla. Pagué mi café y el *grappa*, y miré cómo pasaba la gente a la luz de la ventana. Cuando vi a Catherine golpeé el cristal. Volvió la cabeza, me vio y sonrió; yo salí a su encuentro. Llevaba una capa azul marino y un sombrero de fieltro flexible. Fuimos juntos por la acera frente a las tabernas. Cruzamos el mercado, subimos por la calle y luego, pasando por los pórticos, llegamos a la plaza de la

catedral. A nuestro lado los raíles del tranvía y al fondo la catedral. En la niebla se erguía blanca y mojada. Cruzamos las vías del tranvía. A nuestra izquierda aparecían los grandes almacenes, con sus escaparates iluminados, y el principio de la *galleria*. La niebla cubría la plaza y, cuando llegamos frente a la catedral, nos hizo el efecto de que era inmensa y de que las piedras estaban húmedas.

—¿Quieres entrar?

—No —dijo Catherine.

Continuamos nuestro camino. Un soldado estaba de pie, con su amiga, debajo de uno de los pórticos. Pasamos junto a ellos. Estaban materialmente pegados contra la pared, estrechamente abrazados, y él la había envuelto en su capote.

—Son como nosotros —dije.

—Nadie es como nosotros —contestó Catherine; y una gran tristeza empañaba esta reflexión.

—Si al menos tuvieran un sitio donde ir.

—No por eso serían más felices.

—No lo sé. Todo el mundo debería tener un sitio donde refugiarse.

—Tienen la catedral —dijo Catherine.

Ya la habíamos pasado. Ahora estábamos al otro lado de la plaza y la contemplábamos. En medio de la niebla se levantaba majestuosa. Nos detuvimos frente a una tienda de artículos de cuero. En el escaparate se exponían botas, una mochila, zapatos para esquiar. Cada artículo estaba expuesto separadamente. La mochila en el centro, las botas a un lado y los zapatos de esquiar a otro. El cuero era oscuro y aceitoso, brillante como una silla usada, y la luz eléctrica lo iluminaba con sus destellos.

—Algún día esquiaremos.

—Dentro de dos meses ya esquiarán en Mürren —dijo Catherine.

—¿Y si fuéramos allí?

—De acuerdo —contestó.

Fuimos mirando escaparates y entramos en una calle transversal.

—Nunca había estado aquí.

—Por aquí pasaba cuando iba al hospital —dije.

La calle era estrecha. Íbamos por la derecha. Bajo la niebla pasaban muchas personas. Había muchos almacenes y los escaparates estaban iluminados. Miramos el de un comerciante de quesos. Me detuve frente a la tienda de un armero.

—Entremos en esta tienda un momento. Tengo que comprar un arma.

—¿Qué clase de arma?

—Un revólver.

Entramos. Desabroché mi cinturón y lo dejé, con su pistolera vacía, sobre el mostrador. Detrás de él había dos mujeres. Trajeron varias pistolas.

—Tiene que entrar en este estuche —dije, abriendo la pistolera.

Era una pistolera de cuero gris. La había comprado de ocasión para llevarla a la ciudad.

—¿Son buenas estas pistolas? —preguntó Catherine.

—Son todas parecidas. ¿Puedo probar ésta?

—No tengo lugar para hacer pruebas —dijo—, pero es muy buena. Con una pistola como ésta no se falla nunca.

Apreté el gatillo y quité el seguro. El resorte era más bien duro, pero funcionaba con suavidad.

—Ya está usada —dijo la mujer—. Pertenecía a un oficial que era muy buen tirador.

—¿Se la había vendido usted?

—Sí.

—¿Cómo pudo recuperarla?

—Gracias a su ordenanza.

—Tal vez vuelva a suceder. ¿Cuánto vale?

—Cincuenta liras. Casi nada.

—Está bien. Quisiera dos cargadores de recambio y una caja de balas.

Las sacó de debajo del mostrador.

—¿No necesita un sable? —preguntó—. Tengo sables de ocasión muy baratos.

—Voy al frente —dije.

—Oh, entonces no necesita sable —dijo. Añadió—: La pistola tiene un sacabalas.

—Ya me he dado cuenta.

La mujer quería venderme más cosas.

—¿No necesita un silbato?

—No lo creo.

La mujer nos deseó buenas noches y volvimos a la acera.

Catherine miró por el escaparate. La mujer se volvió hacia nosotros y se inclinó.

—¿Qué son estos espejitos incrustados en estos pedazos de madera?

—Sirven para atraer a los pájaros. Los mueven en los campos, las alondras los ven y se acercan, y los italianos las matan.

—Son ingeniosos —dijo Catherine—. En América no matáis a las alondras, ¿verdad, querido?

—Intencionadamente, no.

Cruzamos la calle y subimos por el otro lado.

—Me encuentro mejor —dijo Catherine—. Cuando salimos no me encontraba muy bien.

—Siempre nos encontraremos bien cuando estemos juntos.

—Siempre estaremos juntos.

—Sí; pero me voy a medianoche.

—No pienses en ello, querido.

Subíamos por la calle. Las luces, a causa de la niebla, parecían amarillas.

—¿No estás cansado? —preguntó Catherine.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien. Es divertido andar.

—Sí, pero no debes andar demasiado.

—No.

Entramos en una calle donde no había luces. Me detuve para besar a Catherine. Mientras la besaba sentía su mano sobre mi hombro. Se había envuelto con mi capote de manera que nos tapaba a los dos. Estábamos de pie, en la calle, apoyados en una gran pared.

—Vámonos a algún sitio —dije.

—Sí, vamos —dijo Catherine.

Continuamos nuestro camino hasta una calle más ancha que iba a lo largo de un canal. Una pared de ladrillos se levantaba al otro lado. Frente a nosotros, al final de la calle, vi un tranvía que cruzaba un puente.

—Podemos coger un coche en la esquina del puente —dijo.

Esperamos el coche en el puente, bajo la niebla. Pasaron

varios tranvías abarrotados de gente que regresaba a sus casas. Llegó un coche, pero no estaba libre. La niebla se estaba transformando en lluvia.

—Podríamos coger un tranvía o ir andando —sugirió Catherine.

—Ya llegará uno. Pasan muchos por aquí.

—Aquí viene uno —dijo.

El cochero paró su caballo y bajó la bandera metálica del taxímetro. La capota estaba levantada y en el traje del cochero había gotas de agua. Su sombrero de charol brillaba bajo la lluvia. Nos acurrucamos en el coche, que estaba muy oscuro con la capota bajada.

—¿Dónde le has dicho que fuera?

—A la estación. Hay un hotel frente a la estación y allí encontraremos una habitación.

—¿Nos admitirán sin equipaje?

—Claro que sí —dije.

—El trayecto hasta la estación fue muy largo, a través de callejuelas y bajo la lluvia.

—¿No cenaremos? —preguntó Catherine—. Creo que no tardaré en tener hambre.

—Comeremos en nuestra habitación.

—No tengo nada que ponerme, ni un camisón.

—Vamos a comprar uno —dije, y avisé al cochero—: Suba por la Vía Manzoni.

Asintió con la cabeza y tomó la primera calle a la izquierda. En la amplia calle, Catherine buscó un almacén.

—Allí hay uno —dijo.

Dije al cochero que parase. Catherine bajó. Cruzó la acera y entró. Me esperé, sentado en el fondo del coche. Llovía y notaba el olor de la calle mojada y el aliento del caballo bajo la lluvia. Catherine volvió con un paquete y subió.

—He hecho una tontería, querido, pero es un camisón muy bonito.

Al llegar al hotel rogué a Catherine que esperara en el coche mientras yo hablaba con el gerente. Tenían muchas habitaciones. Entonces volví al coche, pagué al cochero y entré con Catherine. Un empleado con librea llevaba el paquete. El gerente nos acompañó obsequiosamente hasta el ascensor. Por

todas partes aparecían tapizados rojos y cobres. El gerente subió con nosotros en el ascensor.

—¿El señor y la señora desean cenar en su habitación?

—Sí. Háganos subir la minuta, por favor —dije.

—¿Desean algo especial para la cena, caza o *soufflé*?

El ascensor subió tres pisos, indicado cada uno por un pequeño ruido metálico.

—¿Qué tiene usted de caza?

—Podría darles faisán o gallo silvestre.

—Gallo silvestre —dije.

Seguimos por el corredor. La alfombra estaba muy usada. Había muchas puertas. El gerente se detuvo, puso la llave en la cerradura de una de las puertas y abrió.

—Aquí tienen una habitación magnífica.

El botones colocó el paquete sobre una mesa que había en el centro de la habitación. El gerente se dirigió hacia las cortinas y las corrió.

—Hay niebla fuera —dijo.

La habitación estaba tapizada en terciopelo rojo. Había muchos espejos, dos sillas y una gran cama con una colcha de satén. Una puerta daba al cuarto de baño.

—Voy a ordenar que les suban la minuta —dijo el gerente. Se inclinó y salió.

Fui a la ventana y miré al exterior, después tiré de un cordón para correr las tupidas cortinas de terciopelo. Catherine se había sentado en la cama y miraba la lámpara de cristal tallado. Se había quitado el sombrero y sus cabellos brillaban bajo la luz. Se vio en uno de los espejos y se arregló el peinado. La veía por otros tres espejos. No parecía feliz. Dejó deslizarse su capa sobre la cama.

—¿Qué te pasa, querida?

—Es la primera vez que tengo la sensación de ser una cualquiera —dijo.

Volví a la ventana. Aparté la cortina y miré nuevamente al exterior. No había pensado nunca que se lo pudiera tomar de esta manera.

—Pero tú no eres una cualquiera.

—Lo sé muy bien, querido, pero no resulta agradable tener la sensación de serlo.

Su voz era seca y sin timbre.

—No podíamos ir a un hotel mejor.

Miré por la ventana. Al otro lado de la plaza brillaban las luces de la estación. Por la calle circulaban coches y veía los árboles del parque. Las luces del hotel se reflejaban en el pavimento. «Por Dios —pensé—, ¿es que ahora tendremos que discutir?»

—Ven aquí, ¿quieres? —dijo Catherine. Su voz volvía a ser natural—. Ven aquí te digo. Ahora soy buena.

Volví la vista hacia la cama. Sonreía. Me acerqué y me senté en la cama junto a ella y la besé.

—Tú eres mi buena mujercita.

—Ah, esto es muy cierto, te pertenezco —dijo.

Después de comer nos sentimos más animados y más tarde ya éramos completamente felices, y poco después nos encontramos en esta habitación como en nuestra casa. Mi habitación, en el hospital, también había sido igualmente nuestro hogar.

Durante la cena Catherine conservó mi guerrera sobre sus hombros. Teníamos mucho apetito y la comida era muy buena y bebimos una botella de *capri* y otra de vino blanco. Yo bebí la mayor parte, pero Catherine no se quedó atrás y se puso alegre. Nos sirvieron gallo silvestre con patatas *soufflés* y puré de castañas, una ensalada y *zabaione* de postre.

—Es una buena habitación —dijo Catherine—. Una magnífica habitación. Hubiésemos tenido que vivir aquí durante toda nuestra estancia en Milán.

—Es una habitación extraña, pero resulta agradable.

—Este terciopelo rojo está muy bien. Es lo más apropiado, y los espejos son seductores.

—Eres una mujercita encantadora.

—Me pregunto qué sensación debe producir una habitación como ésta al despertarse; pero es una habitación espléndida.

Me serví otro vaso de vino.

—Quisiera que pudiéramos cometer un verdadero pecado —dijo Catherine—. Todo lo que hacemos juntos me parece tan inocente y tan sencillo... No me es posible creer que hagamos nada malo.

—Eres una chiquilla estupenda.

—Sólo tengo hambre. Tengo un apetito de lobo.

—Eres una mujercita sencilla.

—Sí, soy una mujercita sencilla. Eres el único que lo ha comprendido.

—Un día poco después de conocerte, pasé una tarde imaginando que íbamos juntos al Hotel Cavour... y todo lo que pasó allí.

—¡Qué frescura! ¿No será el Cavour aquí?

—No, no nos hubieran admitido.

—Algún día nos admitirán. Pero, ¿ves?, es en esto que somos distintos, querido. Yo nunca imaginé nada.

—¿Nunca? ¿Nunca?, nada.

—Sólo un poquitín —contestó.

—Eres una chiquilla estupenda.

Me serví otro vaso de vino.

—Soy una mujercita muy sencilla —dijo Catherine.

—Al principio no lo creía así. Pensaba que eras una loca.

—Estaba un poco loca. Pero no estaba loca de una manera complicada. Nunca te desconcerté, ¿eh, querido?

—El vino es una gran cosa —dije—. Te hace olvidar todo lo malo.

—Es muy bueno —dijo Catherine—. Pero a mi padre le ha hecho contraer dolor de gota.

—¿Tienes padre?

—Sí —dijo Catherine—. Tiene gota. No lo conocerás nunca. Y tú, ¿no tienes padre?

—No —dije—. Tengo padrastro.

—¿Crees que lo querré?

—No lo conocerás nunca.

—Somos tan felices —dijo Catherine— que no me interesa nada más. Me hace feliz el estar contigo...

El camarero entró y se llevó las cosas. Al poco rato estábamos tan quietos que oíamos caer la lluvia. Abajo, en la calle, un coche tocaba la bocina. Dije:

*But at my gack I always hear
Time's winget chariot hurrying near¹.*

1. Pero detrás de mí oigo siempre — el carro alado del tiempo que se acerca veloz.

—Conozco estos versos —dijo Catherine—. Son de Marve. Pero es la historia de una muchacha que no quería vivir con un hombre.

Me notaba la cabeza serena y tenía toda mi sangre fría y quería abordar los asuntos concretamente.

—¿Dónde quieres tener el niño?

—No lo sé. En el mejor sitio que encuentre.

—¿Cómo te las arreglarás?

—Lo mejor que pueda. No te preocupes por eso, querido. Tenemos tiempo de tener varios hijos antes de que termine la guerra.

—Pronto tendré que marcharme.

—Lo sé. Podemos irnos en seguida si lo quieres.

—No.

—Entonces no te preocupes, querido. Has estado tranquilo hasta ahora y no debes empezar a preocuparte.

—No. ¿Me escribirás a menudo?

—Cada día. ¿Te leen las cartas?

—Aunque así fuera, no saben suficiente inglés para que resulte peligroso.

—Las haré bien embrolladas.

—No, sólo un poco embrolladas.

—Me temo que ha llegado la hora de partir.

—Muy bien, querido.

—Me duele abandonar nuestro hermoso «hogar».

—A mí también.

—Pero tengo que irme.

—Sí; nunca nos quedamos mucho tiempo en nuestros «hogares».

—Ya llegará el día.

—Cuando regreses tendré un hermoso «hogar».

—Tal vez pueda regresar en seguida.

—Quizá te hieran un poco, sólo un poquito, en el pie.

—O en el lóbulo de la oreja.

—No, quiero tus orejas tal como están.

—¿Y mis pies no?

—Tus pies ya han sido heridos.

—Tenemos que irnos, querida, ahora en serio.

—Bueno. Pasa tú primero.

CAPÍTULO XXIV

Bajamos por la escalera en vez de tomar el ascensor. La alfombra de la escalera estaba usada. Había pagado la cena cuando nos la subieron, y el camarero que la había servido estaba sentado en una silla cerca de la puerta. Se levantó de un salto y se inclinó; y entré con él en el despacho para pagar la habitación. El gerente, tratándome como a un viejo amigo no había querido hacerme pagar por adelantado, pero cuando se marchó no se olvidó de dejar al camarero vigilando la puerta por si acaso me hubiera querido marchar sin pagar. Supongo que esto lo había hecho otras veces, incluso con amigos suyos. Se tienen tantos amigos estando en guerra...

Pedí al mozo que nos buscara un coche. Me cogió de las manos el paquete de Catherine y salió con el paraguas. Por la ventana vimos que atravesaba la calle bajo el aguacero. Nos esperamos, de pie, delante de la ventana.

—¿Cómo te encuentras, Catherine?

—Tengo sueño.

—Yo me noto vacío. Tengo hambre.

—¿Te has llevado algo para comer?

—Sí, lo llevo en el maletín.

Vi llegar el coche. Se paró. El caballo inclinaba la cabeza bajo la lluvia.

El mozo se apeó, abrió su paraguas y se dirigió al hotel. Fuimos hasta la puerta, a su encuentro, protegidos bajo el paraguas, cruzamos la acera mojada hasta el coche. El agua se deslizaba por la calzada.

—Su paquete está allí, sobre la banqueta —dijo el mozo. Esperó, con el paraguas en la mano, hasta que subimos y le di la propina.

—Muchas gracias. Buen viaje —dijo.

El cochero movió las riendas y el caballo arrancó. El mozo dio la vuelta, con el paraguas y volvió al hotel. Bajamos por la calle. Giramos a la izquierda y luego nos paramos a la derecha, frente a la estación. Bajo la luz había dos carabineros, resguardados de la lluvia. La luz brillaba sobre sus sombreros. A la luz de la estación la lluvia aparecía clara y transparente. Un mozo de cuerda salió de la estación. Encorvaba los hombros bajo la lluvia.

—No —dije—, gracias. No lo necesito.

Volvió a refugiarse bajo el portal. Me volví hacia Catherine. Su rostro quedaba en la sombra, bajo la capota.

—Lo mismo da despedirse ahora.

—¿No puedo entrar?

—No. Adiós, Catherine.

—¿Quieres darle la dirección del hospital?

—Sí.

Di la dirección al cochero. Asintió con la cabeza.

—Adiós —dije—. Cuídate mucho y también a la pequeña Catherine.

—Adiós, querido.

Me apeé bajo la lluvia y el cochero se marchó. Catherine se inclinó y vi su rostro a la luz. Sonrió y agitó la mano. El coche subió por la calle. Catherine señaló con el dedo en dirección al portal. Miré. Sólo vi a los carabineros y el portal. Comprendí que me indicaba que fuera a refugiarme. Obedecí y me quedé de pie, con los ojos fijos en el coche, que ahora daba la vuelta a la calle. Entonces atravesé la sala y me dirigí a la vía.

El mozo me buscaba en el andén. Lo seguí hasta el vagón.

Me abrí paso entre la gente, en el pasillo, hasta el departamento en el que el soldado de ametralladoras ocupaba un rincón. Mi mochila y mis maletas estaban en la red, sobre su cabeza. Había muchos hombres de pie en el pasillo, y los del departamento nos miraron cuando entramos.

No había asientos suficientes en el tren y todo el mundo estaba arisco. El soldado de ametralladoras se levantó para

cederme el sitio. Alguien me golpeó el hombro. Miré a mi alrededor. Era un capitán de artillería alto y delgado, con una cicatriz roja en la mandíbula. Desde el pasillo había mirado por el cristal y había entrado.

—¿Qué quiere usted? —le pregunté.

Me había vuelto y lo miraba. Era más alto que yo. Su rostro se desvanecía en la sombra de su visera y la cicatriz se veía reciente y brillante. Todos los del departamento me miraban.

—Usted no tiene derecho a hacer esto —dijo—. Usted no tiene derecho a hacerse guardar un sitio por un soldado.

—Sin embargo lo he hecho.

Tragó saliva y vi cómo su nuez subía y bajaba. El soldado de ametralladoras estaba de pie, frente a su sitio. Otros hombres miraban a través del cristal. En el departamento todos estaban callados.

—Usted no tiene ningún derecho a hacer esto. Yo estaba aquí dos horas antes que usted.

—¿Qué quiere usted?

—Este asiento.

—Yo también.

Observé su rostro. Notaba que todo el departamento estaba en contra mía. No les podía censurar. Él tenía razón. Pero yo también quería el asiento. Sin embargo, nadie decía nada.

«¡Oh, después de todo me importa un comino!», pensé.

—Siéntese, *signor capitano* —dije.

El soldado de ametralladoras se apartó y el capitán se sentó. Me miró. Parecía ofendido, pero tenía el asiento.

—Coja mis cosas —dije al soldado de ametralladoras.

Salimos al pasillo. El tren estaba abarrotado y yo sabía que no tenía ninguna posibilidad de encontrar un asiento. Di diez liras al mozo y lo mismo al soldado de ametralladoras. Atravesaron el pasillo y bajaron al andén, mirando por todas las portezuelas, pero no había ningún asiento.

—Tal vez baje gente en Brescia —dijo el mozo.

—En Brescia subirán más —contestó el soldado de ametralladoras.

Les dije adiós. Me estrecharon la mano y se marcharon. Estaban tristes. En el vagón estábamos todos de pie al arrancar el tren. Miré cómo pasaban las luces de la estación y los

andenes. Seguía lloviendo y momentos después los cristales estuvieron tan mojados que ya no pude divisar nada. Más tarde me dormí acostado en el pasillo. Me había puesto la cartera con mi dinero y mi documentación debajo de mi camisa, en mis calzoncillos, de forma que estaba en la pernera de mi pantalón. Dormí toda la noche. Sólo me desperté en Brescia y en Verona, cuando subieron algunos hombres al vagón, pero volví a dormirme rápidamente. Tenía la cabeza sobre una de mis maletas y los brazos alrededor de la otra y sentía la mochila contra mí, los que no querían pisarme tenían que saltar por encima de mí. El pasillo se encontraba repleto de hombres que dormían. Otros se sostenían en las barras de apoyo de las ventanas o se apoyaban contra las puertas. Este tren estaba siempre abarrotado.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXV

Estábamos en otoño. Los árboles se mostraban desnudos y los caminos fangosos. De Udine me trasladé a Goritzia en un camión. Nos cruzamos con otros camiones por el camino. Yo miraba el paisaje. Habían caído las hojas de las moreras y los campos parecían de un color pardo. Hojas muertas, caídas de las hileras de árboles, ahora ya desnudos, yacían, mojadas, en la carretera, y en ella unos hombres trabajaban para cubrir los baches con piedras de unos montones que había a ambos lados, entre los árboles. Podíamos ver la ciudad, sobre la que se cernía la niebla, que ocultaba las montañas. Cruzamos el río y vi que estaba muy crecido. Había llovido en las montañas. Entramos en la ciudad; primero pasamos por delante de fábricas, después por delante de casas y villas, y observé que había muchas casas derrumbadas. En una calle estrecha nos cruzamos con una ambulancia de la Cruz Roja inglesa. El conductor llevaba un quepis. Su rostro era fino y bronceado. No le conocía. Bajé del camión en la plaza mayor, delante de la alcaldía. El conductor me dio mi mochila. Me la eché a la espalda, y con las dos maletas, una a cada lado, balanceándolas, me encaminé hacia la villa. No tenía la sensación de regresar a mi casa.

Seguí la avenida de arena mojada mirando la villa a través de los árboles. Todas las ventanas estaban cerradas, pero la puerta estaba abierta. Entré. El comandante estaba sentado delante de una mesa, en la habitación vacía con las paredes cubiertas de mapas y de circulares escritas a máquina.

—¡Míralo! —dijo—. ¿Cómo está?

Parecía más viejo y delgado.

—Estoy bien —dije—. ¿Cómo van las cosas?

—Todo ha terminado —dijo—. Suelte todo esto y siéntese.

Puse mis dos maletas en el suelo, así como la mochila, y puse mi quepis sobre ella. Fui a buscar la silla adosada a la pared y me senté junto a la mesa.

—El verano ha sido malo —dijo el comandante—. ¿Está completamente restablecido?

—Sí.

—¿Al final lo condecoraron?

—Sí, perfectamente. Muchas gracias.

—Enséñemelo.

Abrí mi capote para que pudiera ver las dos cintas.

—¿Le han dado los estuches con las medallas?

—No. Solamente los diplomas.

—Los estuches llegarán más tarde. Esto requiere tiempo.

—¿Qué desea que haga?

—Todas las ambulancias han salido. Hay seis al Norte, en Caporetto. ¿Conoce usted Caporetto?

—Sí —dije.

Si no recuerdo mal, era una ciudad blanca con un campanario, en un valle. Era una pequeña ciudad, muy limpia, y con una hermosa fuente en la plaza.

—Es allí donde ahora trabajamos. Hay muchos enfermos. Los combates han terminado.

—¿Dónde están las otras?

—Hay dos en la montaña y cuatro en Bainsizza. La otras dos secciones de ambulancias están en el Carso, con el Tercer Ejército.

—¿Qué quiere que haga?

—Puede encargarse de los cuatro coches de Bainsizza, si quiere. Gino hace demasiado tiempo que está allí. ¿Usted no ha estado allí arriba, verdad?

—No.

—Ha sido muy duro. Hemos perdido tres ambulancias.

—Lo he oído decir.

—Sí, Rinaldi le ha escrito.

—¿Dónde está Rinaldi?

—Está aquí, en el hospital. Recordará este verano y este otoño.

—Lo creo.

—Ha sido terrible —dijo el comandante—. No tiene usted idea de lo que ha sido. A menudo he pensado en que había tenido mucha suerte de que le hiriesen al principio.

—Lo sé perfectamente.

—El año próximo será peor —dijo el comandante—. Tal vez ataquen ahora. Se dice que atacarán, pero no puedo creerlo. Es demasiado tarde. ¿Ha visto usted el río?

—Sí, está muy crecido.

—No creo que ataquen ahora que han empezado las lluvias. Pronto tendremos nieve. Pero hágale de sus compatriotas. ¿Veremos alguna vez otros americanos, además de usted?

—Están dispuestos a preparar un ejército de muchos millares de hombres.

—Espero que nos llegarán algunos. Pero los franceses se lo quedarán todo. Por aquí ni tan siquiera veremos a uno. ¡En fin! Quédese esta noche aquí y mañana cogerá el coche pequeño para ir a relevar a Gino. Le haré acompañar por alguien que conozca el camino. Gino le pondrá al corriente. Los austríacos aún bombardean de vez en cuando, pero en realidad, todo está acabado. Le interesa ver al Bainsizza.

—Ciertamente. Estoy encantado de estar de nuevo a sus órdenes, *signor maggiore*.

Sonrió.

—Es muy amable de decir esto. Yo estoy hasta la coronilla de esta guerra. Si me fuera, creo que no volvería.

—¿Tan mal van las cosas?

—Sí, de mal en peor. Vaya a arreglarse y a saludar a su amigo Rinaldi.

Salí y subí con mis cosas. Rinaldi no estaba en la habitación, pero todas sus cosas estaban allí. Me senté en la cama. Desenrollé mis bandas y me quité el zapato del pie derecho. En seguida me tendí en la cama. Estaba cansado y me dolía el pie derecho. Parecía un poco tonto, acostado en mi cama, con un solo pie descalzo. Me levanté, desaté el otro zapato y lo dejé caer al suelo. Después de lo cual me volví a acostar sobre la

espalda. La habitación olía a cerrado, y la ventana lo estaba, pero me sentía demasiado cansado para ir a abrirla. Vi que todas mis cosas estaban en un rincón de la habitación. Fuera empezaba a oscurecer. Acostado en la cama pensaba en Catherine y aguardaba a Rinaldi. Iba a probar de no pensar en Catherine fuera de la noche, antes de dormirme. Pero ahora estaba cansado y no tenía nada que hacer. Así que podía pensar en ella. Cuando Rinaldi entró estaba pensando en ella. No había cambiado. Tal vez había adelgazado un poco.

—Y bien, pequeño —dijo.

Me senté en la cama. Se acercó, se sentó y me rodeó con su brazo.

—¡Este viejo niño! —Me dio una fuerte palmada en la espalda y le cogí los brazos—. ¡Mi viejo niño! Déjame ver tu rodilla.

—Tengo que quitarme los pantalones.

—Bueno, quítate los pantalones, pequeño. Estás entre amigos. Quiero ver cómo te han dejado esto.

Me levanté y me bajé los pantalones, luego me quité la rodillera. Rinaldi se sentó en el suelo y me hizo doblar la rodilla suavemente, de delante hacia atrás. Pasó su dedo por la cicatriz, puso sus dos pulgares sobre la rótula e hizo girar la rodilla entre sus dedos, delicadamente.

—¿Ésta es toda la articulación que tienes?

—Sí.

—Es un crimen haberte dado de alta. Hubieran tenido que esperar a que tuvieras toda la articulación normal.

—Está muy mejorada. Tenía la rodilla tiesa como un trozo de madera.

Rinaldi acentuó la flexión. Yo observaba sus manos. Tenía unas hermosas manos de cirujano. Las miraba por encima de su cabeza, con sus cabellos brillantes y pien peinados. Me dobló la rodilla demasiado.

—¡Ay! —dije.

—Te hace falta más mecanoterapia —dijo Rinaldi.

—Está muy mejorada.

—Ya lo veo, pequeño. De esto sé más que tú. —Se levantó y se sentó en la cama—. La rodilla en sí es un buen trabajo. —Ya me había dejado la rodilla—. Ahora explícame todo lo que has hecho.

—No hay nada que explicar —dije—. He llevado una vida muy tranquila.

—Tienes el aspecto de un hombre casado —dijo—. ¿Qué te pasa?

—Nada —dije—. ¿Y tú qué?

—¿Yo? Esta guerra me mata. Me deprime mucho.

Cruzó las manos sobre sus rodillas.

—¡Oh! —dije.

—¿Qué? ¿No me está permitido tener impulsos humanos?

—No. Me parece entrever que no te has aburrido. Cuéntame.

—Durante todo el verano y otoño he operado. He trabajado siempre. Hago el trabajo de todos. Dejan para mí los casos graves. Por Dios, pequeño, me estoy haciendo un cirujano estupendo.

—Prefiero que sea así.

—Nunca pienso. Ah, Dios mío, nunca pienso, pero...

—Es perfecto.

—Pero ahora, niño, todo ha terminado. Ya no opero y tengo una tristeza de mil demonios. Es una guerra terrible, pequeño. Puedes creerme cuando te lo digo. Tienes que levantarme la moral. ¿Me has traído discos?

—Sí.

Estaban en mi mochila envueltos en un papel y dentro de una caja de cartón. Me sentía demasiado cansado para sacarlos.

—¿Y tú tampoco te encuentras bien, niño?

—Ah, diablos, no.

—Esta guerra es terrible —dijo Rinaldi—. Vamos, nos emborracharemos los dos para ponernos alegres y después nos iremos a correrla. Ya verás cómo esto nos pondrá bien.

—Acabo de tener la ictericia y no puedo emborracharme.

—Oh, niño, ¿así vuelves a mí, formal y delicado? No te digo, esta guerra no vale nada. Después de todo, ¿por qué la hacemos nosotros?

—Bebamos un poco. No me puedo emborrachar, pero tomaré un vaso.

Rinaldi cruzó la habitación, fue al tocador y trajo los vasos y una botella de coñac.

—Es coñac austríaco. Siete estrellas. Éste es todo el botín que se hizo en San Gabriele.

—¿Estabas allí?

—No. No he estado en ningún sitio. Me he quedado siempre aquí a operar. Mira, pequeño, es tu antiguo vaso para los dientes. Lo he guardado celosamente como recuerdo tuyo.

—Y porque te hacía pensar en lavarte los dientes.

—No. Yo tengo uno. He guardado éste para acordarme de lo que hacías por la mañana. Aún te veo, jurando, tragando aspirinas, echando pestes de las rameras e intentando borrar de tus dientes las huellas de Villa Rossa. Cada vez que veo este vaso pienso en tus esfuerzos para limpiarte la conciencia con tu cepillo de los dientes. —Se acercó a la mesa—. Abrázame y dime que no te has vuelto formal.

—No lo haré nunca. No eres más que un viejo mono.

—Ya lo sé, y tú eres el tipo ideal del anglosajón. Ya sé. Eres el tipo de los remordimientos. Ya lo sé. Estoy esperando el momento en que el anglosajón lave su libertinaje con su cepillo de dientes.

—Echa coñac en este vaso.

Brindamos y bebimos. Rinaldi se burlaba de mí.

—Voy a emborracharme y a sacarte el hígado, y a cambiártelo por un buen hígado italiano, para que te conviertas realmente en un hombre.

Le tendí el vaso para que me pusiera más coñac. Fuera había oscurecido totalmente. Con mi vaso en la mano fui a abrir la ventana. Había parado de llover. Fuera, el fresco se dejaba notar y la niebla cubría los árboles.

—No tires tu coñac por la ventana —dijo Rinaldi—. Si no lo quieres beber, dámelo.

—Ya puedes empezar a correr —dije.

Estaba contento de volver a ver a Rinaldi. Hacía dos años que era objeto de sus bromas y esto siempre me había gustado. Nos apreciábamos mucho.

—¿Estás casado? —me preguntó.

Estaba sobre la cama. Yo estaba apoyado en la pared, junto a la ventana.

—Aún no.

—¿Estás enamorado?

—Sí.

—¿La inglesita?

—Sí.

—¡Mi pobre niño! ¿Es amable contigo, al menos?

—Claro.

—Quiero decir si es amable de una manera práctica.

—Cállate.

—Sí. Hasta te demostraré que soy un hombre de mucho tacto. ¿Es que ella...?

—Rinin —dije—, te suplico que te calles. Si quieres ser mi amigo, cállate.

—No quiero ser tu amigo, pequeño. Soy tu amigo.

—Entonces, cállate.

—Bueno.

Me acerqué a la cama y me senté al lado de Rinaldi. Tenía el vaso en la mano y miraba al suelo.

—¿Comprendes, Rinin?

—¡Oh, sí! Siempre me encuentro frente a temas prohibidos. Pero contigo eran pocos. Supongo que tú también los tendrás.

—Contemplaba el suelo—. ¿Tú los tienes?

—No.

—¿Ni tan sólo uno?

—No.

—¿Podrías explicar todo lo referente a tu madre o tu hermana?

Rinaldi explicó muy rápido «o tu hermana». Y nos pusimos a reír.

—El viejo superhombre —dije.

—Tal vez esté celoso. No quiero decir esta clase de celos... Quiero decir otra cosa. ¿Tienes amigos casados?

—Sí —dije.

—Yo no —dijo Rinaldi—. No, si ellos se aman.

—¿Por qué?

—Porque entonces no me quieren a mí.

—¿Por qué?

—Porque soy la serpiente... soy la serpiente de la razón.

—Lo embrollas todo. Es la manzana que era la razón.

—No, es la serpiente.

Estaba más alegre.

—Eres mucho mejor cuando no piensas tan profundamente —dije.

—Te quiero pequeño —dijo—. Me deshinchas así que me las doy de gran pensador italiano. Pero sé muchas cosas que no puedo decir. Sé mucho más que tú.

—Sí, claro.

—Pero tú serás más feliz... Incluso con tus remordimientos, tú serás más feliz.

—Lo dudo.

—¡Oh, sí! Es verdad. Ahora sólo soy feliz cuando trabajo.

Contempló de nuevo el suelo.

—Ya te recuperarás.

—No. Sólo me gustan dos cosas. Una es mala para mi trabajo, la otra solamente dura media hora, algunas veces menos.

—Algunas veces mucho menos.

—Tal vez haya hecho progresos, niño, tú no lo sabes. Pero no hay nada más que estas dos cosas y el trabajo.

—Encontrarás otras cosas.

—No. No se encuentra nunca nada. Nacemos con todo nuestro haber y no cambiamos. Nunca adquirimos nada nuevo. Estamos completos desde el principio. Quisiera no ser latino.

—No existen los latinos. Quiero decir el pensamiento latino. Estáis tan orgullosos de vuestros defectos.

Rinaldi levantó la vista y se puso a reír.

—Basta, pequeño, me cansa pensar tanto. —Cuando entró ya parecía cansado—. Pronto será la hora de comer. Estoy contento de que hayas vuelto. Eres mi mejor amigo, mi hermano de armas.

—¿Y cuándo comerán los hermanos de armas? —pregunté.

—Inmediatamente, pero aún tomaremos otro vaso para el bien de tu hígado.

—Como San Pablo.

—No es lo mismo. Era vino y se trataba del estómago.

—Lo que queda en la botella —dije—, por el bien de quien quieras.

—¡A la salud de tu amiga! —dijo Rinaldi.

Levantó el vaso.

—Muy bien.

—No diré más groserías cuando me refiera a ella.

—No hagas demasiados esfuerzos.

Acabó su coñac.

—Soy puro —dijo—. Tan puro como tú, pequeño. Voy a buscarme una inglesita, igualmente. Pero, después de todo, la conocí antes que tú, tu inglesita, sólo que para mí era demasiado alta. Una mujer alta va bien como hermana —recitó.

—Tienes un espíritu tan lleno de pureza que eres verdaderamente encantador.

—¿Verdad que sí? Por eso me llaman Rinaldi Purissimo.

—Rinaldi Sporchissimo.

—Ven, pequeño, vamos a comer ahora que mi espíritu todavía es puro.

Me lavé, me peiné y bajamos la escalera. Rinaldi estaba un poco borracho. En el comedor la comida todavía no estaba preparada.

—Voy a buscar la botella —dijo.

Mientras subía nuevamente, me dirigí a la mesa. Volvió y llenó dos vasos de coñac.

—Demasiado —dije.

Levanté mi vaso en dirección a la lámpara de encima de la mesa.

—No es para un estómago vacío. Es maravilloso. Esto te quema el estómago totalmente. No hay nada peor para el estómago.

—Perfecto.

—Autodestrucción día a día —dijo Rinaldi—. Esto deshace el estómago y hace temblar las manos. Completamente indicado para un cirujano.

—¿Me lo recomiendas?

—Con toda confianza. Yo mismo lo hago. Trágate esto, pequeño, y espera a estar enfermo.

Bebí la mitad del vaso. En el pasillo la voz de nuestro camarero de la cantina se dejó oír.

—¡La sopa, la sopa está servida!

El comandante entró, nos saludó con una inclinación de cabeza y se sentó. En la mesa parecía bajito.

—¿No falta nadie? —preguntó.

—No —dijo Rinaldi—. A no ser que venga el capellán. Si supiera que Frederick está aquí, vendría.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Está con la 307 —dijo el mayor. Terminó su sopa y se

enjugó la boca secándose con cuidado su tieso bigote—. Me parece que vendrá. He telefoneado y he mandado que le den la noticia de que está usted aquí.

—Encuentro a faltar el ruido de la cantina —dije.

—Sí, esto está muy quieto —dijo el comandante.

—Voy a hacer ruido —dijo Rinaldi.

—Tome vino, Enrico —dijo el comandante.

Llenó mi vaso. Nos sirvieron *spaghetti*, lo que nos ocupó un rato considerable. Estábamos terminando los *spaghetti* cuando entró el capellán. Continuaba siendo exactamente el mismo, pequeño, moreno, torpe. Me levanté y le estreché la mano. Puso la suya en mi hombro.

—He venido tan pronto... he sabido —dijo.

—Siéntese —dijo el comandante—. Llega tarde.

—Buenas tardes, *priest* —dijo Rinaldi, empleando la palabra inglesa. Era una costumbre iniciada por el médico anticlerical, que sabía algo de inglés.

—Buenas tardes, Rinaldi —respondió el capellán.

El camarero de la cantina le trajo la sopa, pero dijo que empezaría por los *spaghetti*.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó.

—Muy bien —dije—. ¿Y usted?

—Tome vino, *priest* —dijo Rinaldi—. Tome un poco de vino para el bien de su estómago. Ya sabe, según San Pablo.

—Sí, ya lo sé —dijo el capellán cortésmente.

Rinaldi le llenó el vaso.

El comandante sonrió.

—No le moleste —gruñó.

El capellán levantó la vista y sonrió.

—Fíjese en esto, ahora está al lado de los curas —dijo Rinaldi—. ¿Dónde se han metido ahora todos los buenos anticlericales? ¿Dónde está Cavalcanti? ¿Dónde está Brundi? ¿Dónde está Cesare? ¿Es que aquí no hay nadie para ayudarme a combatir al capellán?

—Es un buen cura —dijo el comandante.

—Es un buen cura, pero no deja de ser un cura —dijo Rinaldi. Intentaba resucitar la vieja cantina de antes—. Quiero que Frederick se sienta feliz. ¡Váyase al diablo, cura!

Observé que de la manera que el comandante lo miraba

comprendía que estaba ebrio. Su fino rostro estaba pálido. Un mechón de cabello tapaba el blanco de su frente.

—Bueno, Rinaldi, bueno —dijo el capellán.

—Váyase al demonio —dijo Rinaldi—, usted y todo su negocio.

Se derrumbó de la silla.

—Está agotado y extenuado —me dijo el comandante.

Terminó la carne y rebañó la salsa con un trozo de pan.

—Y a mí qué me importa —dijo Rinaldi—. Al diablo todo el maldito jaleo.

Lanzó una mirada de desafío a toda la mesa, con la vista huraña y el rostro lívido.

—De acuerdo —dije—. Al diablo todo el maldito negocio.

—No, no —dijo Rinaldi—. Es imposible, es imposible. Os digo que es imposible. Se está vacío y desecado. No hay nada más. No hay nada, ni la más pequeña cosa. Me doy cuenta tan pronto como dejo de trabajar.

El capellán bajó la cabeza. El camarero le llevó la fuente de carne.

—¿Por qué come usted carne? —dijo Rinaldi volviéndose hacia el capellán—. ¿Es que no sabe que hoy es viernes?

—Es jueves —dijo el capellán.

—Miente. Es viernes. Lo sé muy bien. Es carne de austríaco. He aquí lo que está a punto de comer.

—Lo blanco es carne de oficial —dijo para terminar la broma clásica.

Rinaldi se rió.

—No hagan caso —dijo—, estoy un poco loco.

—Tendría que tomarse un permiso —dijo el capellán.

—¡Ah! ¿Usted cree que debería tomarme un descanso?

El comandante asintió con la cabeza al capellán. Rinaldi seguía mirándolo.

—Como usted quiera —dijo el capellán—. Si no lo quiere no lo tome.

—Váyase al demonio —dijo Rinaldi—. Miran de deshacerse de mí. Pero yo me defiendo. ¿Y a usted qué le importa si no me lo dan? A todos se lo dan. Todo el mundo tiene un permiso.

El camarero trajo el postre y el café. El postre era una especie de pastel hecho de miga de pan bañada en caramelo. La lámpara

se apagaba. El humo negro subía recto por la pared de vidrio.

—Tráiganos dos velas y llévase esta lámpara —dijo el comandante.

El mozo trajo dos velas encendidas, cada una en un platillo. Apagó la lámpara y se la llevó. Rinaldi se había calmado. Parecía normal. La conversación continuó y, después del café, nos encontramos todos en el pasillo.

—¿Quieres hablar con el capellán? Yo tengo que ir a la ciudad —dijo Rinaldi—. Buenas noches, *priest*.

—Buenas noches, Rinaldi —dijo el capellán.

—Hasta la vista, Fredi —dijo Rinaldi.

—Sí —dije—, no vuelvas muy tarde.

Hizo una mueca y salió. El comandante estaba de pie junto a nosotros.

—Está agotado y extenuado —dijo—. Está convencido de que tiene sífilis. Yo no lo creo, pero de todas formas podría muy bien ser. Se aplica el tratamiento. Buenas noches. ¿Marchará al amanecer, Enrico?

—Sí.

—Entonces, adiós —dijo—. Buena suerte. Peduzzi le despertará y le acompañará.

—Adiós, *signor maggiore*.

—Adiós. Se habla de una ofensiva austríaca, pero yo no lo creo. Espero que no sea cierto. Pero de todas formas, no será en este sector. Gino le pondrá al corriente. El teléfono va bien ahora.

—Telefonaré regularmente.

—Se lo agradeceré. Buenas noches. Haga lo que pueda para que Rinaldi no beba tanto aguardiente.

—Haré todos los posibles.

—Buenas noches, señor capellán.

—Buenas noches, *signor maggiore*.

Se fue a su despacho.

CAPÍTULO XXVI

Me dirigí a la puerta y miré fuera. Ya no llovía pero había niebla.

—¿Subimos? —pregunté al capellán.

—Sólo dispongo de unos minutos.

—Venga.

Subimos la escalera y entramos en mi habitación. Me acosté en la cama de Rinaldi. El capellán se sentó en la mía, acabada de hacer por mi ordenanza. La habitación estaba a oscuras.

—Así —dijo— se encuentra completamente bien, ¿verdad?

—Sí. Pero esta noche estoy cansado.

—Yo también estoy cansado, pero sin razón.

—¿Y la guerra?

—Me parece que va a terminar pronto. No sé por qué, pero tengo esta impresión.

—¿Y por qué?

—¿Usted conoce a su comandante, tan amable? Pues, bien, ahora la mayoría son como él.

—A mí también me pasa lo mismo —dije.

—Hemos tenido un verano terrible —dijo el capellán. Lo decía con más seguridad que el día que me había marchado—. Nunca sabrá lo que esto ha sido. De todas maneras, ya ha estado usted allí, y se lo puede figurar. Mucha gente no se ha dado cuenta de que estaba en guerra hasta este verano. Oficiales a los que creía incapaces de comprender, ahora comprenden.

—¿Qué ocurrirá?

Pasaba la mano por el cubrecama.

—No lo sé, pero no creo que pueda durar mucho.

—¿Y qué pasará?

—Cesará la lucha.

—¿Quién?

—Los dos lados.

—Así lo espero —dije.

—¿No lo cree?

—No creo que los dos lados dejen de luchar al mismo tiempo.

—Tampoco lo creo yo. Sería pedir demasiado. Pero cuando me doy cuenta de todos estos cambios en los hombres, pienso que esto no puede continuar.

—¿Quién ganó este verano?

—Nadie.

—Ganaron los austríacos —dije—. Nos impidieron tomar el San Gabriele. Ellos ganaron. No pararon de luchar.

—Si piensan como nosotros, pararán.

—Usted me desalienta.

—Le digo lo que pienso.

—Entonces, ¿usted cree que esto durará indefinidamente?
¿Nunca pasará nada?

—No lo sé. Todo lo que puedo decir es que no creo que los austríacos se detengan mientras ganen. Es cuando a uno le vencen cuando se vuelve cristiano.

—Los austríacos son cristianos, menos los bosnianos.

—No quiero decir cristianos en un sentido literal, sino como lo diría Nuestro Señor.

Se calló.

—Ahora somos más buenos, porque hemos sido vencidos.
¿Cómo habría sido Nuestro Señor si Pedro lo hubiese salvado en el huerto de los Olivos?

—Sería lo mismo.

—No lo creo así —dije.

—Usted es desalentador —dijo—. Yo creo que algo va a pasar y no paro de rezar para eso. Ya lo he sentido muy cerca de mí.

—Puede ser que pase algo —dije—, pero sólo nos pasará a nosotros. Si ellos pensasen igual que nosotros, sería perfecto. Pero nos han vencido. Ellos piensan en todo de distinta forma que nosotros.

—Muchos soldados han pensado siempre así. Y no era porque hubiesen sido vencidos.

—Estaban vencidos desde el principio. Fueron vencidos el día en que les arrebataron a sus mujeres para alistarlos en el ejército. Es por esto que el campesino tiene buen sentido, porque ha sido vencido desde el principio. Dele poder y ya verá como cambia su buen sentido.

No me contestó... Reflexionaba.

—Mi moral está baja en este momento —dije—. Es porque nunca reflexionó sobre estas cosas. Nunca reflexionó y, no obstante, cuando empiezo a hablar, digo lo que he concebido en mi cerebro sin reflexionar.

—Yo esperaba algo.

—¿La derrota?

—No hay nada más. A menos que sea la victoria, y tal vez sea peor.

—Durante mucho tiempo esperé la victoria.

—Yo también.

—Ahora ya no la espero.

—Tiene que ser una cosa u otra.

—Ya no creo en la victoria.

—Yo tampoco. Pero tampoco creo en la derrota, lo que, no obstante, tal vez fuera mejor.

—¿En quién cree usted?

—En el sueño —dije.

Se levantó.

—Siento haberme quedado tanto tiempo, pero me gusta hablar con usted.

—Me alegro de haber podido hablar otra vez con usted. Al hablar del sueño no lo dije con segunda intención.

—No, con algo más.

Nos levantamos y nos estrechamos la mano en la oscuridad.

—Ahora duermo en el 307.

—Yo voy a los puestos de socorro mañana temprano.

—Daremos un paseo juntos y hablaremos.

Lo acompañé hasta la puerta.

—No baje —dijo—. Me alegro de que haya vuelto, aunque no tenga nada de agradable para usted.

Puso su mano encima de mi hombro.

—¡Oh!, a mí me da lo mismo —dije—. Buenas noches.

—Buenas noches, *Ciaou!*

—*Ciaou!* —contesté.

Me caía de sueño.

CAPÍTULO XXVII

Me desperté cuando Rinaldi volvió, pero no dijo nada y me volví a dormir. Por la mañana, antes de amanecer, ya me había vestido y marchado, y Rinaldi no se despertó cuando salí.

Nunca había visto el Bainsizza y me parecía raro trepar por estas cuevas que habían pertenecido a los austríacos, más allá del sitio en que fui herido, sobre el río. Había una nueva carretera con una cuesta muy rápida y muchos camiones. Más lejos el terreno se allanaba y, en la niebla, percibí bosques y colinas escarpadas. Algunos bosques habían sido tomados muy rápidamente y no los habían destruido. Más lejos, allí donde las colinas ya no la protegían, la carretera se prolongaba por una especie de esteras, colocadas a los dos lados y por encima de la misma. La carretera conducía a un pueblo en ruinas. Las trincheras estaban un poco más arriba. Por los alrededores había mucha artillería. Las casas estaban completamente destruidas, pero todo estaba muy bien organizado y había letreros por todas partes. Encontramos a Gino. Nos dio café. En seguida marchamos juntos. Me presentó varias personas y visité los puestos. Gino me dijo que las ambulancias inglesas prestaban servicio un poco más abajo, en Ravne. Admiraban mucho a los ingleses. Aún bombardeaban un poco, me dijo, pero no había muchos heridos. Pronto habría muchos enfermos a causa de las lluvias. Se creía que los austríacos debían atacar, pero no pensaba que lo hicieran. También se suponía que atacaríamos nosotros, pero no habían llegado nuevas tropas, lo que le hacía pensar que tampoco lo haríamos.

Los alimentos escaseaban y estaría muy contento de poder hacer una verdadera comida en Goritzia. ¿Qué había comido para cenar? Se lo dije y lo encontró maravilloso. Particularmente le impresionó el *dolce*. No le hice una descripción bien detallada. Le dije solamente que era un *dolce*, y creo que se imaginó que era algo más refinado que un simple pastel de miga de pan.

¿Sabía dónde lo iban a mandar? Le contesté que no lo sabía, pero que algunas de nuestras ambulancias estaban en Caporetto. Esperaba que lo mandarían allí. Era un lugar pequeño, muy bonito, y le gustaban las grandes montañas que se elevaban detrás de él. Era un muchacho muy simpático y todos parecían quererle. Me dijo que el San Gabriele había sido un verdadero infierno, igual que el asunto de Lom, que había terminado mal. Dijo que los austríacos tenían mucha artillería en los bosques sobre la cresta de Ternova, más lejos y sobre nosotros, y que, durante la noche, bombardeaban las carreteras violentamente. Había una batería de piezas de marina que lo exasperaba. Conocía los obuses por su baja trayectoria. Se oía la detonación, y el silbido seguía inmediatamente. En general disparaban dos cañones a la vez, uno tras otro, y los cascos eran enormes. Me enseñó uno, un trozo de metal pulido y dentado que tenía más de un pie de largo. Parecía metal antifricción.

—No creo que sean muy eficaces —dijo Gino—, pero me dan miedo. Siempre parece que te caen encima. Primero se oye la detonación y en seguida el silbido y la explosión. ¿Qué importa que no te hieran si te mueres de miedo?

Dijo que había croatas en las trincheras de enfrente y también algunos magiares. Nuestras tropas aún conservaban las posiciones de ataque. Podía decirse que no había alambradas y ningún sitio donde atrincherarse en caso de un ataque austríaco. Había buenas posiciones de defensa a lo largo de las pequeñas montañas que se elevaban en las mesetas, pero no se había hecho nada para organizarlas en vistas a la defensa. Pero, de todos modos, ¿qué es lo que pensaba yo de Bainsizza?

Yo me imaginaba que sería más llano, más parecido a una meseta. No me imaginaba que fuera tan accidentado.

—*Alto piano* —dijo Gino—, pero no *piano*.

Volvimos al sótano de la casa que él habitaba. Le dije que,

a mi entender, debía resultar más fácil y más práctico de defender una cresta llana en la cima, pero con cierta profundidad, que una serie de pequeñas montañas.

—No es más difícil atacar sobre una montaña que en terreno llano —dije.

—Eso depende de las montañas —repuso—. Recuerde el San Gabriele.

—Sí —dije—, pero empezó a ir mal cuando estaban arriba, donde ya era llano. Llegaron a la cima con bastante facilidad.

—No tan fácilmente como eso.

—De acuerdo —dije—, pero era un caso especial, porque era más bien una fortaleza que una montaña. Es decir, poniéndome en un punto de vista táctico, en una guerra de movimiento, una serie de montañas alineadas no valen nada, porque es muy fácil rodearlas. Hace falta poder tener una cierta movilidad y una montaña no es particularmente móvil. Además, siempre se tira demasiado alto cuando se apunta bajo. Cuando se ha envuelto los flancos, los mejores hombres están en las cimas más altas.

Añadí que yo no creía en la guerra de las montañas. Había reflexionado mucho sobre ello. Uno se apodera de una montaña, el enemigo se apodera de otra, pero así que la cosa se pone fea, se apresuran a bajar a la llanura.

—¿Qué hay que hacer cuando se tiene una frontera montañosa? —dijo.

Le contesté que aún no había estudiado este asunto, y nos pusimos a reír.

—Pero antiguamente —dije— siempre zurraban a los austríacos en el cuadrilátero junto a Verona. Los dejaban llegar a la llanura y allí los zurraban.

—Sí —dijo Gino—, pero eran los franceses, y es mucho más fácil resolver los problemas militares cuando se lucha en el país del vecino.

—Es verdad —aprobé—. Cuando se trata de la patria no se pueden solucionar las cosas tan científicamente.

—Los rusos lo hicieron para poder coger en la trampa a Napoleón.

—Sí, pero su país era grande. Si probáis de retroceder para coger en la trampa a Napoleón, os encontraríais en Brindisi.

—Una ciudad abominable —dijo Gino—. ¿Ha estado usted allí alguna vez?

—Sólo de paso.

—Soy un buen patriota —dijo Gino—, pero no me gustan ni Brindisi ni Tarento.

—¿Le gusta el Bainsizza? —le pregunté.

—La tierra está maldita —contestó—. Yo sólo quisiera que crecieran más patatas. ¿Sabe usted que cuando llegamos aquí, nos encontramos que los austríacos habían sembrado plantas en algunos campos?

—¿Verdaderamente ha habido escasez de víveres?

—Yo, personalmente, no he tenido nunca bastante comida. Claro que yo como mucho, pero, no obstante, no me he muerto de hambre. La cantina es como todas las cantinas. En las trincheras, las tropas son bien alimentadas, pero a las tropas de retén no se las atiende bien. Hay algo que cojea por alguna parte. Tendríamos que tener víveres en abundancia.

—Los oficiales de intendencia se los venden por ahí.

—Sí, distribuyen todo lo que pueden a los batallones de primera línea, y los de retaguardia quedan escasos. Se han comido todas las patatas austríacas y las castañas de los bosques. Tendrían que alimentarlos mejor. Somos muy comilones. Estoy seguro de que hay muchos víveres. Es muy malo para los soldados no ir bien alimentados. ¿Ha observado usted alguna vez lo que esto influye en la moral?

—Sí —le contesté—. Esto no puede hacer ganar la guerra, y puede hacerla perder.

—No hablemos de perder. Se habla demasiado. Los sucesos de este verano no han ocurrido porque sí.

Me callé. Siempre me han confundido las palabras: sagrado, glorioso, sacrificio, y la expresión «en vano». Las habíamos oído de pie, a veces, bajo la lluvia, casi más allá del alcance del oído, cuando sólo nos llegaban las palabras gritadas. Las habíamos leído en las proclamas que los que pegaban carteles fijaban desde hacía mucho tiempo sobre otras proclamas. No había visto nada sagrado, y lo que llamaban glorioso no tenía gloria, y los sacrificios recordaban los mataderos de Chicago con la diferencia de que la carne sólo servía para ser enterrada. Había muchas palabras que no se podían tolerar y, a fin de

cuentas, sólo los hombres de las localidades habían conservado cierta dignidad. Pasaba lo mismo con algunos números y algunas fechas. Los nombres de las localidades era lo único que aún parecía tener algún significado. Las palabras abstractas como gloria, honor, valentía o santidad eran indecentes, comparadas con los nombres concretos de los pueblos, con los números de las carreteras, con los nombres de los ríos, con los números de los regimientos, con las fechas. Gino era patriota. Por eso decía cosas que a veces nos distanciaban; pero era un muchacho muy agradable y comprendía su patriotismo. Había nacido patriota. Se marchó con Peduzzi en el coche para ir a Goritzia.

Hizo mal tiempo todo el día. El viento azotaba la lluvia y por todas partes sólo había charcos de agua y lodo. El yeso de las casas derruidas era gris y mojado. Por la tarde cesó la lluvia y, desde el punto número dos, podía ver la campiña de otoño, desnuda y mojada, con las nubes sobre la cima de las montañas y sobre la carretera, y los túneles de paja, mojados y goteando. El sol salió un momento antes de ponerse e iluminó los bosques desnudos más allá de la cresta. En los bosques sobre esta cresta, había muchos cañones austríacos, pero sólo algunos tiraban. Me distraje mirando las volutas de humo de los proyectiles que de repente aparecían en el cielo sobre alguna granja destruida, cerca de la línea de fuego; humaredas blancas con una centella blancoamarilla en el centro. Se veía el relámpago, se oía la detonación, después se veía cómo el penacho se deformaba y desaparecía en el viento. Las piedras de las casas estaban acribilladas por el plomo de los proyectiles. También las había en la carretera, junto a la casa derrumbada donde habían instalado el puesto de socorro; pero aquel día no bombardearon el puesto. Cargamos dos ambulancias y bajamos por la carretera que estaba protegida por las esteras mojadas, y los últimos rayos del sol se filtraban a través de las junturas de las esteras. Aún no habíamos llegado a la carretera descubierta, cuando el sol ya se había puesto. Seguimos por la carretera abierta y, al llegar al sitio donde, en un recodo, volvía a introducirse en la abertura cuadrada de un túnel de paja, se puso a llover de nuevo.

El viento se levantó en la noche y, a las tres de la madrugada, bajo una lluvia torrencial, empezó el bombardeo. Los croatas

adelantaron, a través de los prados y de los bosques, hasta las trincheras de primera línea. Lucharon en la oscuridad, bajo la lluvia, y un contraataque de los hombres de la segunda línea los rebatió. Hubo un gran bombardeo sobre todo el frente y, bajo la lluvia, un gran disparo de cohetes, y un tiroteo violento de ametralladoras y de fusiles. No volvieron y se restableció la calma, y entre ráfagas de viento y de lluvia, podíamos oír, muy lejos, el intenso fragor de un bombardeo hacia el Norte.

Los heridos afluían al puesto. A unos los traían en camillas, otros andaban, otros llegaban cargados a la espalda de soldados que avanzaban a través de los campos. Estaban empapados hasta los huesos y horrorizados. Llenamos dos ambulancias con las camillas que subían del sótano del puesto de socorro, y, al cerrar la puerta de la segunda ambulancia, noté que la lluvia que me cubría el rostro se había convertido en nieve. Los copos caían rápidos y espesos con la lluvia.

Al amanecer aún duraba la tempestad, pero ya no nevaba. Se había fundido a medida que caía en la tierra mojada, y llovía nuevamente. Al amanecer hubo otro ataque, pero fracasó. Esperábamos un ataque al mediodía, pero fue al ponerse el sol. El bombardeo empezó al Sur sobre el bosque de la colina donde los cañones austríacos estaban concentrados. Nosotros también creíamos que nos bombardearían, pero no lo hicieron. La noche caía. Los cañones tiraban en el campo, detrás del pueblo, y los obuses que caían a lo lejos hacían un ruido confortante.

Nos enteramos de que había fracasado el ataque al Sur. Aquella noche los enemigos no atacaron, pero corrió la voz de que habían abierto una brecha al Norte. Durante la noche recibimos la orden de prepararnos para retroceder. Me lo dijo el capitán de segunda clase, en el puesto de socorro. Él se había enterado por el Estado Mayor de la brigada. Un poco más tarde volvió del teléfono diciendo que era falso. La brigada había recibido la orden de conservar la línea de Bainsizza costase lo que costase. Pregunté acerca de la brecha y me respondió que, según el Estado Mayor de la brigada, los austríacos habrían dispersado las tropas del Vigésimo Ejército, cerca de Caporetto. Había habido una gran lucha durante todo el día, al Norte.

—Si estos puercos los dejan pasar, estamos perdidos —dijo.

—Son los alemanes los que atacan —dijo uno de los médicos.

La palabra «alemanes» tenía algo de espantoso. No queríamos tener trato con los alemanes.

—Hay quince divisiones de alemanes —dijo el médico—. Han pasado y nos van a cercar.

—La brigada quiere que conservemos esta línea. Parece que la brecha no es muy seria y que vamos a atrincherarnos sobre la línea partiendo de monte Maggiore, a través de la montaña.

—¿Quién les ha dicho esto?

—El Estado Mayor de la división.

—La orden de replegarnos venía de la división.

—Estamos bajo las órdenes del Cuerpo de Ejército —dije—. Pero estando aquí, yo estoy bajo las órdenes de ustedes. Naturalmente, cuando me digan que parta me iré, pero procuran obtener órdenes precisas.

—La orden es de que nos quedemos aquí. Transporte los heridos al puesto de evacuación.

—Algunas veces nos los hacen transportar desde el puesto de evacuación de las ambulancias del frente —dije—. Dígame: nunca he visto una retirada, pero en caso de haberla, ¿cómo se evacuan todos los heridos?

—No se evacuan todos. Se traen todos los que se puede y el resto se deja.

—¿Qué tengo que llevarme en mi ambulancia?

—Material de hospital.

—Muy bien —dije.

A la noche siguiente empezó la retirada. Nos enteramos de que los alemanes y los austríacos habían penetrado por el Norte y que descendían por la montaña hacia Cividale y Udine. La retirada se hizo de una manera metódica, mojada, lúgubre. Durante la noche, en las carreteras por las que avanzábamos lentamente, nos encontramos con tropas que andaban bajo la lluvia, caballos que tiraban coches, mulas, camiones, y todos se alejaban del frente. No había más desorden que cuando se avanzaba.

Aquella noche ayudamos a la evacuación de las ambulancias que habían sido instaladas en la meseta, en los pueblos menos destruidos. Transportamos a los heridos a Plava, siguiendo el lecho del río. Al día siguiente, bajo la lluvia, pasamos toda la

jornada evacuando los hospitales y el puesto de evacuación de Plava. Llovía sin cesar y el ejército del Bainsizza abandonó la meseta bajo la lluvia de octubre, y cruzó el río, por el lugar donde habían empezado las grandes victorias, en la primavera de este mismo año. Al día siguiente llegamos a Goritzia al mediodía. Había parado de llover y la ciudad estaba casi vacía. En el momento en que pasábamos, subían a un camión las mujeres del burdel de los soldados. Eran siete. Llevaban sombrero y abrigo y unas pequeñas maletas. Dos de ellas lloraban. Otra nos sonrió y sacó la lengua moviéndola de arriba abajo. Tenía los labios gruesos y los ojos negros.

Bajé de mi ambulancia y fui a hablar un momento con la patrona.

Me dijo que las mujeres de la casa para oficiales habían salido por la mañana temprano. ¿Adónde iban? «A Conegriano», me respondió. El camión se puso en marcha. La muchacha de los labios gruesos volvió a mover la lengua. La patrona nos saludó con la mano. Las dos muchachas seguían llorando. Las otras miraban la ciudad muy interesadas. Regresé a la ambulancia.

—Tendríamos que ir con ellas —dijo Bonello—. Sería un viaje agradable.

—¡Oh! Ya será agradable nuestro viaje —dije.

—Será asquerosamente desagradable.

—Esto es lo que quería decir —contesté.

Tomamos el camino de la villa.

—Quisiera estar allí cuando algún fresco pruebe de subir al camión, para divertirse un poco.

—¿Cree usted que pasará esto?

—Es seguro. Todos los del ejército conocen a la patrona. Estábamos cerca de la villa.

—Las mujeres son nuevas, pero a ella todos la conocen. Las debió traer justamente antes de la retirada.

—No se aburrirán.

—Ya comprendo. Me gustaría estar con una, pero gratis. Era muy cara esta casa. El Gobierno nos explota.

—Saquen el coche y háganlo revisar por los mecánicos —ordené—. Pongan aceite, verifiquen el nivel del diferencial, engrásenlo y váyanse a dormir.

—Muy bien, *signor tenente*.

La villa estaba vacía. Rinaldi se había ido con los del hospital. El comandante se había llevado al personal con él. Había una nota para mí, sobre la ventana, recomendándome que llenara las ambulancias con el material amontonado en el vestíbulo y que me dirigiera a Pordenone. Los mecánicos ya se habían ido. Volví al garaje. Las otras dos ambulancias acababan de llegar y los conductores bajaban. Llovía de nuevo.

—Tengo tanto sueño, que me he dormido tres veces desde Plava —dijo Piani—. ¿Qué vamos a hacer, *tenente*?

—Hay que poner aceite, engrasar, poner gasolina hasta el máximo y después conducir las ambulancias frente a la casa para cargar todo lo que hayan dejado.

—Y después, ¿marcharemos?

—No, dormiremos tres horas.

—¡Dios mío! Me irá muy bien poder dormir —exclamó Bonello—. No podía mantenerme despierto en el volante.

—¿Va bien su coche, Aymo? —le pregunté.

—Muy bien.

—Deme un mono, y le ayudaré a poner aceite.

—No, no lo haga, *tenente*. No vale la pena. Vaya a arreglar sus cosas.

—Mis cosas están listas —dije—. Voy a sacar todos los enredos que nos han dejado. Traigan los coches así que estén listos.

Trajeron los coches frente a la casa y cargamos el material que estaba amontonado en el vestíbulo. Una vez terminada la operación, los coches quedaron alineados en el sendero, bajo los árboles y la lluvia.

—Enciendan fuego en la cocina y séquense ustedes —dije.

—Me es igual tener la ropa seca. Lo único que deseo es dormir —dijo Piani.

—Yo dormiré en la cama del comandante. Voy a dormir en el jergón del viejo.

—Me importa un bledo donde sea mientras pueda dormir —dijo Piani.

—Aquí hay dos camas —dije, mientras abría la puerta.

—Siempre me había interesado saber qué es lo que había en la habitación —dijo Bonello.

—Era la habitación del viejo pez —dijo Piani.

—Dormían los dos aquí —dije—. Ya los despertaré.

—Los austríacos se encargarán de despertarnos si usted duerme demasiado, *tenente* —dijo Bonello.

—No dormiré mucho rato —dije—. ¿Dónde está Aymo?

—Ha ido a la cocina.

—Vayan a dormir —dije.

—Ya lo creo que me voy a dormir. Durante todo el día he dormido de pie. Me hacía el efecto que me caía el cráneo sobre los ojos.

—Quítate las botas —dijo Bonello—. Es la cama del viejo pez.

—El viejo pez o nada, me da lo mismo.

Piani se acostó con las botas enlodadas y apoyó la cabeza sobre su brazo. Me fui a la cocina. Aymo había encendido la cocina y había puesto encima un pote con agua.

—He pensado que iría bien preparar un poco de *pasta asciutta* —dijo—. Tendrán hambre cuando despierten.

—¿Y usted no tiene sueño, Bartolomeo?

—No mucho. Tan pronto hierva el agua, lo dejaré. El fuego se terminará por sí solo.

—Haría mejor en irse a dormir —le dije—. Podríamos comer queso con carne en conserva.

—Esto es mejor —contestó—. Algo caliente les sentará mejor a estos anarquistas. Pero usted váyase a dormir, *tenente*.

—Hay una cama en la habitación del comandante.

—Duerma en ella.

—No, voy a subir a mi antigua habitación. ¿Quiere beber un trago, Bartolomeo?

—Cuando marchemos, *tenente*. Ahora no me serviría para nada.

—Si dentro de tres horas se despierta y no me oye andar por ahí, ¿querrá llamarme?

—No tengo reloj, *tenente*.

—Hay uno de pared, en la habitación del comandante.

—Muy bien.

Crucé el comedor, seguí por el vestíbulo y subí por la escalera de mármol hasta la habitación donde había vivido con Rinaldi. Llovía. Me dirigí a la ventana y miré afuera. Caía la noche y vi los tres coches alineados bajo los árboles. Los

árboles goteaban bajo la lluvia. Hacia frío y las gotas estaban suspendidas a las ramas. Volví hacia la cama de Rinaldi. Me tendí en ella y dejé que el sueño me invadiera.

Antes de marchar comimos en la cocina. Aymo había preparado un plato de *spaghetti* que había adornado con un picadillo de cebolla y carne en conserva. Nos sentamos alrededor de la mesa y bebimos dos botellas de vino que habían dejado olvidadas en la bodega de la villa. Fuera estaba oscuro y continuaba lloviendo. Piani se sentó a la mesa medio dormido.

—Prefiero retroceder que avanzar —dijo Bonello—. En la retirada se bebe buen vino.

—Hoy lo bebemos, pero mañana, seguramente, beberemos el agua de la lluvia —dijo Aymo.

—Mañana estaremos en Udine. Beberemos champaña. Es la ciudad de los emboscados. Despiértate, Piani. —Se sirvió un plato de *spaghetti* y carne —. ¿No podrías encontrar salsa de tomate, Barto?

—No había —contestó Aymo.

—En Udine beberemos champaña —dijo Bonello.

Llenó su vaso de *barbera* rojo claro.

—Tal vez bebamos *pis* antes de llegar a Udine —dijo Piani.

—¿Ha comido bastante, *tenente*? —preguntó Aymo.

—He comido de sobra. Deme la botella, Bartolomeo.

—En los coches encontrarán una botella para cada uno —dijo Aymo.

—¿Ha podido dormir?

—No necesito dormir mucho. He descansado un poco.

—Mañana dormiremos en la cama del rey —dijo Bonello.

Se sentía muy animado.

—Mañana quizá dormiremos sobre las defecaciones —dijo Piani.

—Yo dormiré con la reina —dijo Bonello.

Me miró para ver cómo me sentaba la broma.

—Dormirás con la mierda —dijo Piani, medio dormido.

—Esto es traición, *tenente* —dijo Bonello—. ¿Verdad que es traición?

—¡Cállense! —grité—. El vino les hace ir algo demasiado lejos.

Fuera llovía a cántaros. Miré el reloj. Eran las nueve y media.

—Ya es hora de marchar —dije levantándome.

—¿Con quién quiere ir, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Con Aymo. Usted nos seguirá, y Piani irá detrás. Saldremos por la carretera de Cormon.

—Tengo miedo de caerme dormido —dijo Piani.

—Entonces, iré con usted. Bonello nos seguirá y después Aymo.

—Es mejor así —dijo Piani—, porque tengo mucho sueño.

—Yo conduciré y usted podrá dormir un rato.

—No. Yo puedo conducir, mientras esté seguro de que alguien me despertará si me duermo.

—Lo despertaré. Apague las luces, Barto.

—¿Por qué no dejarlas encendidas? —contestó Bonello—. Ya no necesitamos más esta casa.

—Tengo un baúl en mi habitación —dije—. ¿Quiere ayudarme a bajarlo, Piani?

—Ya lo bajaremos —dijo Piani—. Ven, Aldo.

Salió al pasillo con Bonello. Los oímos subir por la escalera.

—Se estaba bien aquí —dijo Bartolomeo Aymo. Puso dos botellas de vino y medio queso en su mochila—. No encontraremos nunca un sitio igual. ¿Hacia dónde nos retiramos, *tenente*?

—Detrás del Tagliamento, según parece. El hospital y el sector deben establecerse en Pordenone.

—Aquí se está mejor que en Pordenone.

—No conozco Pordenone —dije—. Sólo estuve de paso.

CAPÍTULO XXVIII

Cruzamos la ciudad desierta, bajo la lluvia y la oscuridad. Sólo algunos regimientos y cañones desfilaban por la calle mayor. También había muchos camiones y carretas que, por otras calles, convergían en la carretera principal. Cuando, después de pasar frente a las tenerías, nos encontramos en la carretera, las tropas, los camiones, las carretas y los cañones formaban allí una larga columna que se desplazaba lentamente. Nosotros también avanzábamos lenta pero regularmente bajo la lluvia. El radiador de nuestro coche rozaba la parte trasera de un camión cuyo cargamento iba cubierto con un toldo. Toda la columna se paró, se puso en marcha, avanzó un poco más y volvió a pararse. Bajé y me colé entre los camiones y carretas y bajo el cuello mojado de los caballos. Era más arriba, delante de todo, que estaban bloqueados. Dejé la carretera, crucé la zanja sobre una tabla y marché a campo traviesa. Entre los árboles, bajo la lluvia, podíamos ver la columna atascada. Hicimos alrededor de una milla. La columna no se movía; no obstante, por el otro lado más allá de los vehículos bloqueados, podían verse las tropas que avanzaban. Volví hacia nuestras ambulancias. Parecía que todo estaba inmovilizado hasta Udi-ne. Piani dormía sobre el volante. Subí a su lado y también me dormí. Algunas horas después, el camión que nos precedía embragó. Al darme cuenta por el ruido, desperté a Piani y nos pusimos en marcha. A los pocos metros nos paramos de nuevo. Después marchamos otra vez. Seguía lloviendo. La columna aún se paró una vez en la noche y ya no se movió más. Bajé para

ver a Aymo y a Bonello. En la cabina de la ambulancia de Bonello estaban sentados dos sargentos de ingenieros. Al acercarme yo, se levantaron.

—Los habían dejado atrás para hacer algo en un puente —dijo Bonello—. No han podido encontrar su unidad, y los he hecho subir.

—Con su permiso, mi teniente.

—De acuerdo —contesté.

—El teniente es americano —dijo Bonello—. Llevaría a quien fuera.

Uno de los sargentos sonrió. El otro preguntó a Bonello si yo era un italiano de América del Norte o del Sur.

—No es italiano. Es americano inglés, americano del Norte.

Los sargentos, aunque muy atentos, no lo creyeron. Los dejé y fui a ver a Aymo. Dos muchachas estaban junto a él, en la cabina. Se había puesto en un extremo y fumaba.

—Barto, Barto —le llamé.

Se puso a reír.

—Hábleles, *tenente* —dijo—. Yo no las entiendo. ¡Eh!

Puso la mano sobre el muslo de la joven y la pellizcó amistosamente. La muchacha se envolvió con su manteleta y rechazó la mano.

—¡Eh! —exclamó—. Decid vuestro nombre al teniente y lo que hacéis aquí.

La muchacha me dirigió una mirada feliz. La otra se obstinaba en mirar al suelo. La que me miraba dijo algo en un dialecto del que no comprendí una sola palabra. Era morena y rolliza y parecía tener unos dieciséis años.

—*Sorella?* —pregunté señalando a la otra muchacha.

Dijo que sí con la cabeza y sonrió.

—Muy bien —dije, dándole en la rodilla.

Noté que se contraía al tocarla yo. Su hermana no decía nada. Parecía un año más joven. Aymo puso su mano sobre el muslo de la mayor. Ella lo rechazó. Él se burló de ella.

—Buen hombre. —Se señaló él mismo—. Bueno. —Él me señaló—. No tengan miedo.

La joven lo miraba, huraña. Parecían dos pájaros salvajes.

—¿Por qué han venido conmigo si no les gusto? —preguntó Aymo—. Tan pronto como les he hecho una señal, han subido.

—Se volvió hacia la joven—. No os asustéis —dijo—. No hay peligro de que... —Empezó la palabra cruda—. No hay sitio para... —Vi que ella había comprendido la palabra y nada más. Le miró con espanto y se envolvió con su manteleta—. La ambulancia está llena —continuó Aymo—. No hay peligro de que... No hay sitio para...

Cada vez que él pronunciaba la palabra, la muchacha se ponía más rígida. Por fin, sentada muy tiesa, los ojos fijos en él rompió a llorar. Vi cómo temblaban sus labios, y después las lágrimas se deslizaron por sus mejillas regordetas. Su hermana, sin mirarla, le tomó la mano, y así quedaron, sentadas una junto a la otra. La mayor, que parecía tan huraña, empezó a sollozar.

—Me parece que las he asustado —dijo Aymo—. No era ésta mi intención.

Bartolomeo cogió su mochila y cortó dos trozos de queso.

—Tomad —les dijo—. No lloréis más.

La mayor sacudió la cabeza y continuó llorando, pero la menor cogió el queso y lo mordió. Al cabo de un rato, dio a su hermana el segundo trozo y comieron las dos. La mayor aún sollozaba un poco.

—Dentro de un momento ya estará bien —dijo Aymo.

Tuvo una idea.

—¿Virgen? —preguntó a su vecina. Ella dijo que sí con la cabeza—. ¿También virgen? —Señaló a su hermana.

Las dos muchachas movieron afirmativamente la cabeza y la mayor dijo algo en dialecto.

—Perfecto —dijo Bartolomeo—, perfecto.

Las dos muchachas parecían reconfortadas. Las dejé solas con Aymo, sentado en su rincón, y volví a la ambulancia de Piani. La hilera de vehículos no se movía, pero las tropas continuaban desfilando por el lado. Seguía lloviendo muy fuerte y pensé que tal vez el motivo de que las columnas estuviesen paradas era la influencia del agua en los motores. Lo más seguro es que fuera debido por los caballos u hombres que caían dormidos... No obstante, en las ciudades, a veces se para la circulación y todos están bien despiertos. Era la mezcla de caballos y coches. No se ayudaban los unos a los otros. Los campesinos con sus carretas tampoco ayudaban. Eran bonitas

las dos pequeñas que estaban con Barto. Una retirada no es sitio a propósito para dos vírgenes. Verdaderas vírgenes. Seguramente muy piadosas. Si no fuera por la guerra, tal vez estaríamos todos durmiendo. En la cama donde mi cabeza descansa. El albergue y el cobijo. Cubierto como en mi cama y tieso como un garrote. Catherine debía estar en la cama con dos sábanas, una debajo y la otra encima. ¿Dé qué lado estaba acostada? Quizá no dormía. Quizá, tendida, pensaba en mí. Sopla, sopla, viento del Oeste. Sí, en efecto, soplaban y no llovía poco. Agua toda la noche. ¡Y cuánta agua, amigos míos, cuánta agua! ¡Ah! Si al menos estuviese en la cama con mi querida Catherine en los brazos, mi querida... Si mi dulce y querida Catherine pudiera transformarse en lluvia. Sóplala hacia mí. Pues bien, la cosa seguía. Todos teníamos que aguantarlo; y aunque lloviera poco, las cosas no se arreglaban, «Buenas noches, Catherine —dije en voz alta—. Deseo que duermas bien. Si no te encuentras bien, querida, acuéstate del otro lado —dije—. Voy a buscarte agua fría. Pronto se hará de día y te encontrarás mejor. Me preocupa que no te encuentres bien. Prueba de dormir, querida.»

«Dormía —me contestó—. Has hablado durmiendo. ¿No estás enfermo? ¿Estás realmente aquí?»

«Claro que sí, estoy aquí. No tengo ganas de marcharme. Esto no tiene importancia entre nosotros.»

«Eres tan adorable, tan encantadora. No te marcharías durante la noche, ¿verdad?»

«De ninguna manera, vamos, no me marcharía. Siempre estoy aquí. Vengo a ti así que lo deseas...»

—Mierda —dijo Piani—, ya vuelven a marchar.

—Dormitaba —dije.

Miré el reloj. Eran las tres de la madrugada. Cogí la botella de vino que estaba detrás de mí, bajo el asiento.

—Ha soñado en voz alta —dijo Piani.

—Soñaba en inglés —le contesté.

La lluvia disminuía y avanzábamos. Aún no había llegado el alba y ya estábamos parados nuevamente y, al hacerse de día, encontrándonos en lo alto de una cuesta, vi que en la carretera, en lontananza, todo seguía inmovilizado, exceptuando la infantería, que lograba infiltrarse a través del tumulto. De nuevo

emprendimos la marcha, pero en vista de las distancias que habíamos recorrido en todo un día, comprendí que si queríamos llegar a Udine, deberíamos abandonar la carretera principal y seguir a campo traviesa.

Durante la noche muchos campesinos procedentes de diferentes puntos del campo, se habían unido a la columna, y en ella se veían ahora carretas cargadas con utensilios hogareños. Por entre los colchones salían espejos. Pollos y patos iban atados a las carretas. En la que nos precedía había una máquina de coser bajo la lluvia. Habían salvado los objetos más preciados. Mujeres amontonadas sobre las carretas, procuraban resguardarse de la lluvia; otras andaban lo más cerca posible de las mismas. Ahora había perros en la columna. Andaban refugiados bajo los coches. La carretera estaba enfangada. Las zanjas de cada lado estaban llenas de agua, y detrás de los árboles que bordeaban la carretera, los campos aparecían demasiado mojados, demasiado empapados, para intentar pasar por allí. Bajé del coche y me abrí camino con la esperanza de encontrar un lugar desde el cual pudiera encontrar una carretera transversal que nos permitiera atajar por los campos. Sabía que había muchos caminos, pero no quería correr el riesgo de internarnos en un camino sin salida. No me acordaba de ellos, pues sólo los había visto desde la carretera, cuando la recorría en coche, a toda velocidad, y todos se parecían. Y no obstante, yo sabía que si queríamos salir del apuro, tenía que encontrar uno. Nadie sabía dónde estaban los austriacos, ni cómo iban las cosas, pero yo estaba seguro de que, de parar la lluvia, si los aeroplanos volaban sobre nosotros y empezaban a ametrallar la columna, estábamos perdidos. Algunos camiones abandonados o algunos caballos muertos serían suficientes para hacer imposible cualquier movimiento sobre la carretera.

Llovía con menos intensidad y esperaba que aclararía. Avancé por la carretera, y, divisando un camión, que entre dos hileras de árboles se internaba en el campo, hacia el Norte, juzgué que era mejor seguirlo, y me apresuré a volver a mis ambulancias. Le dije a Piani que girara y fui a advertir a Bonello y a Aymo.

—Si no tiene salida, siempre podemos dar media vuelta y alcanzar la columna.

—¿Qué tenemos que hacer con estos tipos? —preguntó Bonello.

Los dos sargentos estaban a su lado en el asiento. Iban mal afeitados, pero a la media luz aún tenían un cierto aspecto militar.

—Nos podrán ayudar a empujar —contesté.

Fui a encontrar a Aymo y le dije que íbamos a atajar a través de los campos.

—¿Qué haré con mis doncellas? —preguntó Aymo.

Las dos jovencitas dormían.

—No le servirán de gran cosa —le contesté—. Haría mejor en admitir a alguien que pudiera empujar en caso necesario

—Las instalaremos en el interior de la ambulancia. Hay sitio.

—Como quiera —dije—. Procure reclutar un tipo bien robusto para empujar.

—Un *bersaglieri* —dijo Aymo, sonriendo—. Son los que tienen la espalda más ancha. Se las miden. ¿Cómo se encuentra usted, *tenente*?

—Muy bien. Y usted, ¿cómo sigue?

—Bien, pero tengo mucha hambre.

—Supongo que algo encontraremos al final de esta carretera. Nos detendremos para comer.

—¿Cómo va su pierna, *tenente*?

—Bien —contesté.

De pie en el estribo, miraba delante de mí. Vi el coche de Piani que giraba y se alejaba por el pequeño camino. El coche aparecía por entre las ramas sin hojas. Bonello también giró y lo siguió. Aymo, a su vez, logró separarse del tumulto y seguimos las dos ambulancias por el camino estrecho entre los setos. El camino conducía a una granja. Encontramos a Piani y Bonello parados en el patio. La casa era baja y ancha. Una parra encuadrada en la puerta. En el patio había un pozo y Piani sacaba agua para llenar el radiador. A fuerza de ir en primera, se había evaporado toda el agua. La granja estaba abandonada. Miré detrás de mí. La granja estaba ligeramente elevada, y con la mirada podíamos abarcar el campo. Podíamos ver el camino, los setos, los campos, la hilera de árboles a lo largo de la carretera principal por donde pasaba el ejército en retirada. Los dos sargentos inspeccionaban la casa. Las dos muchachas se

iban despertando y miraban el patio, el pozo, las dos grandes ambulancias frente a la casa y a los tres conductores alrededor del pozo. Uno de los sargentos llegó trayendo un reloj de pared.

—Vuélvalo a su sitio —dije.

Me miró, se volvió a la casa y regresó sin el reloj.

—¿Dónde está su compañero? —le pregunté.

—Ha ido al retrete.

Subió al asiento de la ambulancia. Tenía miedo de que lo dejáramos.

—¿Y el almuerzo, *tenente*? —preguntó Bonello—. Podríamos comer un bocado. No estaríamos mucho rato.

—Quisiera saber si este camino que desciende por el otro lado, conduce a alguna parte.

—Seguramente.

Piani y Bonello entraron en la casa.

—Vengan —dijo Aymo a las muchachas.

Les tendió la mano para ayudarlas. La mayor sacudió la cabeza. Ella no entraría en la casa abandonada. Nos siguieron con la mirada.

—Son muy desagradables —dijo Aymo.

Entraron juntos en la granja. Era grande y oscura. Impresión de soledad. Bonello y Piani estaban en la cocina.

—No hay gran cosa para comer —dijo Piani—. Se lo han llevado todo.

Bonello cortó un gran queso blanco sobre la maciza mesa de la cocina.

—¿Dónde ha encontrado este queso?

—En la bodega. Piani también ha encontrado vino y manzanas.

—Es perfecto para un desayuno.

Piani sacaba el tapón de una botella y llenaba una cacerola de cobre.

—Huele bien —dijo—. Procure usted encontrar vasos, Barto.

Los dos sargentos entraron.

—Tomen queso, sargentos.

—Tendríamos que marchar —dijo uno de los sargentos mientras comía el queso y bebía un vaso de vino.

—Nos iremos, no pasen cuidado —dijo Bonello.

—Un ejército anda sobre su estómago —dije.

—¿Qué? —preguntó el sargento.

—Hay que comer.

—Sí, pero el tiempo apremia.

—Me parece que estos puercos ya han comido —dijo Piani.

Los sargentos le miraron. Nos odiaban.

—¿Conoce el camino? —me preguntó uno de ellos.

—No —contesté.

Se miraron.

—Sería mejor que nos marcháramos —dijo el primero.

—Vámonos —dije.

Bebí otro vaso de vino. Después del queso y la manzana sabía estupendamente.

—Llévense el queso —dije al salir.

Bonello llegó llevando el garrafón de vino.

—Es demasiado grande —dije.

Lo miró con pena.

—Lo dudo —contestó—. Deme unas cantimploras y las llenaré.

Llenó las cantimploras y un poco de vino corrió sobre las losas del patio. Luego cogió la botella y la colocó detrás de la puerta.

—Los austríacos no tendrían que derribar la puerta para encontrarlo.

—Vamos —dije—. Yo iré delante con Piani.

Los dos sargentos ya estaban en el asiento junto a Bonello. Las muchachas comían queso y manzanas. Aymo fumaba. Seguimos otra vez por el camino. Me volví para ver las dos ambulancias y la granja. Era una magnífica casa de piedra, baja y sólida, los hierros forjados del pozo eran muy bellos. Delante, nuestro camino se prolongaba estrecho y enlodado, y, a cada lado había un gran seto. Detrás nuestro los coches nos seguían de cerca.

CAPÍTULO XXIX

Al mediodía nos atascamos en un camino empapado, a unos diez kilómetros de Udine, según nos parecía. La lluvia había parado por la mañana y por tres veces habíamos oído los aviones. Habían pasado por encima de nosotros y se habían alejado hacia la izquierda, y los habíamos oído bombardear la carretera principal. Nos habíamos apurado a través de una red de atajos. Nos habíamos metido en varios caminos sin salida; habíamos logrado acercarnos a Udine. Pero he ahí que ahora la ambulancia de Aymo, al recular para dejarnos salir de un camino sin salida, se había atascado en la tierra mojada, en el borde del camino, y las ruedas, al patinar, se habían hundido tan profundamente, que el coche se apoyaba sobre el diferencial. Sólo se podía hacer una cosa: cavar delante de las ruedas, extender ramas para que las cadenas pudieran agarrar, y empujar luego para poner el coche sobre el camino. Estábamos todos de pie alrededor del coche. Los dos sargentos lo miraron, examinando las ruedas; luego, sin decir palabra, se alejaron por el camino. Los seguí.

—A trabajar —dije—. Corten ramas.

—Tenemos que irnos —dijo uno de ellos.

El otro no decía nada. Tenían prisa por marcharse. No se atrevían a mirarme.

—Les ordeno que vuelvan junto al coche y que corten ramas —les dije.

Uno de los sargentos se volvió.

—Tenemos que marcharnos. Dentro de poco los cercarán.

Usted no tiene derecho a mandarnos. No es nuestro oficial.

—Les ordeno que corten ramas —repetí.

Me dieron la espalda y se alejaron por el camino.

—¡Alto! —grité.

Continuaron andando por el camino enlodado, entre los dos setos.

—¡Les ordeno que se detengan! —grité.

Aceleraron el paso. Abrí la pistolera, cogí mi revolver, apunté al que había hablado más y tiré. Erré el tiro. Se pusieron a correr. Tiré tres veces y derribé a uno. El otro pasó a través del seto y desapareció. Cuando le vi cruzar el campo tiré a través del seto. El revólver no tenía balas. Le puse otro cargador. Pero el sargento ya estaba fuera de mi alcance. Estaba al extremo del campo y corría con la cabeza agachada. Puse balas en el cargador vacío. Bonello llegó.

—Déjeme rematarlo —me dijo.

Le di mi revólver y se fue al sitio donde el sargento de ingenieros yacía, de cara al suelo. Bonello se inclinó sobre él, apoyó el revólver sobre la cabeza del hombre y apretó el gatillo. La bala no salió.

—Hay que cargarlo —dije.

Lo cargó y tiró dos veces. Entonces cogió al sargento por las piernas y lo arrastró hasta el borde del camino, a lo largo del seto. Volvió y me entregó el revólver.

—El hijo de p... —dijo. Miré en dirección al sargento—. Usted ha visto cómo lo remataba, ¿eh, *tenente*?

—Tenemos que apresurarnos a cortar ramas —dije—. ¿Le parece que he tocado al otro?

—No lo creo —dijo Aymo—. Estaba demasiado lejos para poderlo alcanzar con un revólver.

—El maldito cochino —dijo Piani.

Todos cortábamos ramas. Habíamos vaciado la ambulancia. Bonello cavaba delante de las ruedas. Cuando todo estuvo listo, Aymo puso el coche en marcha y embragó. Las ruedas patinaron lanzando hojas y barro. Bonello y yo empujábamos hasta cruzar los huesos. El coche no se movía.

—Hágalo oscilar de delante hacia atrás, Barto —le dije.

Puso en marcha hacia atrás, después hacia delante. Las ruedas aún se hundieron más. El coche seguía apoyado sobre el

diferencial y las ruedas giraban en el vacío en las rodadas que habían hecho. Me enderecé.

—Probaremos con una cuerda —dije.

—No creo que valga la pena, *tenente*. No podremos tirar en línea recta.

—De todas formas, podemos probar —contesté—. No tenemos otro recurso.

Las ambulancias de Piani y Bonello sólo podían andar en dirección del camino. Atamos las dos ambulancias y tiramos. Las ruedas se esforzaban sobre las rodadas.

—¡Esto no sirve para nada! —grité—. ¡Párense!

Piani y Bonello bajaron de sus ambulancias y volvieron con nosotros. Aymo se apeó. Las muchachas se habían sentado aparte, sobre una pared de piedra, al borde del camino, a unos cuarenta metros de las ambulancias.

—¿Qué hacemos, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Cavemos y probemos otra vez con más ramas —le contesté.

Miré el camino. Yo tenía la culpa. Era yo el que los había conducido allí. El sol parecía que iba a rasgar las nubes y el cuerpo del sargento yacía contra el seto.

—Pongamos la guerrera y el capote del sargento debajo —dije.

Bonello fue a buscarlos. Yo cortaba ramas, y Aymo y Piani cavaron delante y entre las ruedas. Corté el capote; lo partí en dos y lo estiré bajo las ruedas, sobre el fango. Luego amontoné ramas para que las ruedas pudieran agarrar. Estábamos preparados para empezar. Aymo subió al asiento y puso el coche en marcha. Las ruedas giraron y nosotros empujamos hasta más no poder. Pero fue en vano.

—No hay nada a hacer —dije—. ¿Tiene que sacar algo de la ambulancia, Barto?

Aymo se instaló junto a Bonello, con el queso, las dos botellas de vino y su capote. Bonello, al volante, revisaba los bolsillos de la guerrera del sargento.

—Tire esta guerrera —le dije—. ¿Qué haremos con las doncellas de Barto?

—Pueden subir detrás —dijo Piani—. No creo que vayamos muy lejos.

Abrí la puerta trasera de la ambulancia.

—Vamos —les dije—, suban.

Las dos mujeres subieron y se sentaron en un rincón. Parecían no haberse dado cuenta de los tiros. Me volví para mirarlas en el camino. El sargento estaba tendido, sucio, con su camiseta de mangas. Subí junto a Piani y partimos. Íbamos a probar de cruzar el campo, bajé y caminé adelante. Si podíamos cruzar, encontraríamos un camino al otro lado. Pero no pudimos hacerlo. La tierra era demasiado blanda y demasiado enlodada para los coches. Cuando estuvieron definitivamente atascados, con las ruedas hundidas hasta los cubos, los abandonamos en el campo y nos fuimos a pie hacia Udine.

Al llegar al camino que conducía a la carretera, indiqué la dirección a las dos mujeres.

—Vayan por allá —dije—. Encontrarán gente. —Saqué mi cartera y les di un billete de diez liras a cada una—. Vayan por allá —dije, señalándoles la carretera—. Amigos... familia.

No me comprendieron, pero crispaban los dedos sobre los billetes y se marcharon. Se giraron como si tuvieran miedo de que yo volviera a cogerles el dinero. Las miré alejarse. Envueltas en sus manteletas daban miradas desconfiadas detrás de ellas. Los tres conductores se reían.

—¿Cuánto me daría para que me fuera en esa dirección, *tenente*? —preguntó Bonello.

—Si las cogen es mejor que no estén solas —contesté.

—Deme doscientas liras y me voy directo a Austria —dijo Bonello.

—Te las cogerían —dijo Piani.

—Tal vez la guerra ya esté acabada —dijo Aymo.

Andábamos todo lo aprisa que podíamos. El sol se esforzaba en rasgar las nubes. En el borde del camino habían morales. A través de los árboles podían verse las dos grandes ambulancias atascadas en el campo. Piani también miraba hacia atrás.

—Si las quieren sacar se verán obligados a hacer una carretera —dijo.

—¡Por Dios, si al menos tuviéramos bicicletas! —exclamó Bonello.

—¿Usan bicicletas en América? —preguntó Aymo.

—Antes, sí.

—Aquí las usamos mucho —dijo Bonello—. Una bicicleta es una cosa estupenda.

—¡Por Dios, si al menos tuviésemos bicicletas! —exclamó Bonello—. Yo no soy andador.

—¿Es esto un cañón? —pregunté.

Me parecía oír las detonaciones a lo lejos.

—No lo sé —contestó Aymo.

Escuchó.

—Creo que sí —dije.

—Lo primero que veremos será la caballería.

—Buen Dios, espero que no sea así. No me gustaría que uno de esos cochinos caballeros consiguiera ensartarme con su lanza.

—Seguro que no falló al sargento, *tenente* —dijo Piani.

Andábamos aprisa.

—Lo mató —dijo Bonello—. Aún no había matado a nadie desde el principio de la guerra, y siempre había soñado en matar a un sargento.

—Sí, sí, lo has matado —dijo Piani—. No corría mucho cuando lo has matado.

—Esto no tiene importancia. Es una cosa que recordaré siempre. Lo he matado bien y bonitamente al bribón.

—¿Qué le dirás al confesor?

—Le diré: bendígame, padre, porque he matado a un sargento.

Se echaron a reír.

—Es anarquista —dijo Piani—. No va la iglesia.

—Piani también es anarquista —dijo Bonello.

—¿Son realmente anarquistas? —pregunté.

—No, *tenente*. Somos socialistas. Somos de Ímola.

—¿Ha estado alguna vez allí?

—No.

—¡Ah, por Cristo, es un país magnífico, *tenente*! Tendrá que ir después de la guerra. Verá usted algo bueno.

—¿Todos los de allí son socialistas?

—Todos.

—¿Es una ciudad hermosa?

—Estupenda. Nunca ha visto una ciudad igual.

—¿Cómo es esto que sean socialistas?

—Tendrá que ir, *tenente*. De usted también haremos un socialista.

Delante nuestro el camino torcía a la izquierda. Había una pequeña cuesta y, detrás de una pared de piedra, un manzanal. Se callaron mientras el camino ascendía. Andábamos juntos, muy aprisa para ganar tiempo.

CAPÍTULO XXX

Un poco más tarde nos encontramos en una carretera que conducía al río. Había una larga hilera de camiones y de carretas abandonadas en la carretera. Pasaba por sobre un puente. A nuestro alrededor, nadie. El río estaba crecido y habían volado el puente por el centro. El arco de piedra se había desplomado en el río y el agua oscura pasaba por encima. Seguimos el río en busca de un sitio para poder pasar. Más arriba, sabía que había un puente de ferrocarril, y pensé que tal vez pudiéramos utilizarlo. ¡El camino estaba húmedo y enlodado! No se veían tropas, sólo camiones y material abandonado. En el ribazo no había nadie. Sólo se veía maleza mojada y lodo. Seguimos por la ribera y por fin vimos el puente.

—¡Qué puente tan bonito! —dijo Aymo.

Era un gran puente de ferrocarril, muy corriente, que cruzaba lo que generalmente era un lecho seco.

—Haremos bien en apresurarnos y pasar antes de que lo hagan saltar —dije.

—No hay nadie para hacerlo saltar —dijo Piani—. Todos se han ido.

—Seguramente está minado —dijo Bonello—. Usted pasará el primero, *tenente*.

—Escúchame tú, anarquista —dijo Aymo—. Hazle pasar primero.

—Yo pasaré —dije—. No estará tan minado que salte al contacto de un solo hombre.

—¿Lo oyes? —dijo Piani—. Esto es razonar. ¿Es que no tienes cerebro, anarquista?

—Si tuviera cerebro ya no estaría aquí —dijo Bonello.

—Bien contestado, *tenente* —dijo Aymo.

—Sí, está bien contestado —dije.

Estábamos cerca del puente. El cielo estaba de nuevo cubierto y una lluvia ligera empezaba a caer. El puente parecía largo y sólido. Subimos al terraplén.

—No en fila india —dije—. Uno solo.

Y entré en el puente. Vigilaba las traviesas y raíles para ver si había algún hilo o algún indicio de explosivos, pero no vi nada. Bajo mis pies, entre las traviesas, el río corría, enloquecido y rápido. Enfrente, al fondo del campo mojado, podía distinguir Udine a través de la lluvia. Miré al otro lado del puente. Muy cerca, hacia arriba, había otro puente. Mientras lo examinaba, vi llegar un coche de un color amarillo sucio. Los parapetos del puente eran altos y cuando el coche entró, desapareció. Pero podía ver la cabeza del conductor y de su vecino, y las de los hombres sentados detrás. Todos llevaban cascos alemanes. Cuando el coche hubo cruzado el puente lo perdí de vista, detrás de los árboles y los vehículos abandonados en la carretera. Aymo ya estaba sobre el puente. Le hice señal de venir hacia mí, lo mismo que a sus compañeros. Aymo me siguió.

—¿Has visto el coche? —pregunté.

—No. Le mirábamos a usted.

—Un coche del Estado Mayor alemán cruzó ese puente por allí abajo.

—¿Un coche del Estado Mayor?

—¡Virgen Santa María!

Los otros llegaron y nos quedamos agachados, los cuatro, detrás del terraplén, vigilando por encima de los raíles, el puente, la línea de los árboles, la cuneta y la carretera.

—Entonces, ¿usted cree que estamos cercados, *tenente*? ¿No nota sensaciones raras en la cabeza?

—No hagas bromas, Bonello.

—¿Y si bebiéramos un trago? —propuso Piani—. Si estamos cercados es mejor beber un trago.

Descolgó la cantimplora y la destapó.

—Miren, miren —dijo Aymo señalando la carretera.

A lo largo del parapeto del puente avanzaban cascos alemanes. Estaban inclinados hacia delante y se movían lentamente, de una forma casi sobrenatural. Aparecieron a la salida del puente. Eran ciclistas. Vi el rostro de los dos primeros, colorados y llenos de salud. Llevaban los cascos muy metidos sobre la frente y a los dos lados de la cara. Llevaban carabinas colgadas al cuadro de sus bicicletas. De sus cinturas colgaban granadas. Sus cascos y sus uniformes grises estaban mojados.

Rodaban con naturalidad, mirando hacia delante y por los dos lados. Iban dos en cabeza, después una fila de cuatro, después dos, después casi una docena, luego otra docena, y por último uno solo. No hablaban. De todas formas el ruido del río nos habría privado de oírlos. Pronto desaparecieron por la carretera.

—¡Santa Virgen María! —exclamó Aymo.

—Eran alemanes —dijo Piani—. No eran austríacos.

—¿Por qué no hay nadie aquí para detenerlos? —dije—. ¿Por qué no han hecho volar el puente? ¿Por qué no hay ametralladoras a lo largo de este terraplén?

—No es a nosotros a quien tiene que preguntar, *tenente* —indicó Bonello.

Estaba furioso.

—Todo este revuelo es idiota. Más abajo hacen volar un puente pequeño y sin importancia, y dejan uno aquí en la carretera principal. ¿Dónde se han ido, pues? ¿Es que ni tan sólo intentan detenerlos?

—No es a nosotros a quien tiene que preguntar, *tenente* —replicó Bonello.

Me callé. Esto no me concernía, después de todo. Mi trabajo consistía en conducir tres ambulancias a Pordenone. No lo había logrado. Sólo podía hacer una cosa: procurar llegar yo a Pordenone. Ahora bien, parecía que no podría llegar ni a Udine. Pero, ¿por qué no? Lo importante era conservar la sangre fría y no dejarse matar ni capturar. ¿No tenía una cantimplora destapada? —pregunté a Piani.

Me la dio. Bebí un largo trago.

—Haríamos bien en marchar —dije—. No obstante, nada nos apremia. ¿Quieren comer algo?

—No es un sitio para quedarse —dijo Bonello.

—Entonces, vamos.

—¿Tenemos que quedarnos a este lado, a cubierto?

—Es mejor ir hacia arriba. También podrían llegar por este puente y no tengo ganas de que aparezcan por encima de nosotros de improviso.

Seguimos por los raíles. A derecha e izquierda se extendía la llanura mojada. Delante de nosotros, al final de la llanura, se alzaba la colina y el campanario de Udine. Podía distinguirse la torre y el campanario. En los campos había muchos morales. Delante de nosotros vi un lugar donde los raíles habían sido arrancados. Las traviesas también estaban desenterradas, y las habían tirado terraplén abajo.

—Échense, échense —dijo Aymo.

Nos tendimos detrás del terraplén. Otro grupo de ciclistas pasaba por encima del puente. Miré por encima de la pendiente. Los vi alejarse.

—Nos han visto, pero han continuado —dijo Aymo.

—Nos van a matar aquí, *tenente* —dijo Bonello.

—No les importamos —contesté—. Tienen algo más que hacer. Estaríamos más en peligro si nos los encontráramos encima bruscamente.

—Preferiría andar por aquí resguardado —dijo Bonello.

—Como quiera —dije—. Nosotros vamos a seguir los raíles.

—Seguramente. Aún no son muy numerosos. Pasaremos esta noche cuando esté oscuro.

—¿Qué hacía este coche del Estado Mayor?

—¡Qué diablos sé! —grité.

Seguíamos los raíles. Bonello, cansado de andar en el fango del terraplén, subió con nosotros. La vía se dirigía hacia el Sur y se apartaba de la carretera principal, y ya no podíamos ver lo que ocurría en ella. Llegamos a un pequeño puente sobre el canal. Estaba derrumbado, pero pasamos sobre lo que quedaba de la bóveda. Oímos tiros por delante de nosotros.

Al otro lado del canal encontramos de nuevo los raíles. Seguían rectos hacia la ciudad, a través de los campos, de arriba abajo. Enfrente se veía la vía del otro ferrocarril. Al Norte estaba la carretera principal donde habíamos visto a los ciclistas. Al Sur, un camino transversal cortaba los campos entre dos

espesas hileras de árboles. Juzgué preferible cortar hacia el Sur y, después de haber rodeado la ciudad, dirigirnos, a través de los campos, hacia Campo-Formio y la carretera de Tagliamento. Podríamos evitar la columna principal en retirada quedándonos por los caminos lindantes, más allá de Udine. Sabía que la llanura estaba surcada de atajos. Empecé a descender del terraplén.

—Vengan —dije—. Vamos a probar de alcanzar el camino y llegar a la ciudad por el Sur.

Bajamos los cuatro por la pendiente del terraplén. Un tiro salió de la carretera. La bala penetró en el terraplén.

—Media vuelta —grité.

Empecé a trepar por el barro resbaladizo. Los tres conductores me precedían. Trepaba tan aprisa como podía. Dos nuevos tiros salieron de la espesa maleza y Aymo, que cruzaba los raíles, se tambaleó, tropezó y cayó de cara al suelo. Lo deslizamos al otro lado y lo acostamos sobre la espalda.

—Tendrían que ponerle boca arriba —dije.

Piani le dio la vuelta. Estaba acostado en el barro de la pendiente, con los pies hacia abajo. Tenía la respiración irregular y cada vez que respiraba le salía sangre de la nariz. Estábamos inclinados sobre él. Llovía. Lo habían alcanzado bajo la nuca, y la bala había subido y salido bajo el ojo derecho. Murió mientras le taponaba los dos agujeros. Piani le dejó caer la cabeza, le secó la cara con un trozo de venda de socorro, y eso fue todo.

—Los cochinos —dije.

—No eran alemanes —dije—. No puede haber alemanes allí abajo.

—Italianos —dijo Piani empleando la palabra a modo de epíteto—. *Italiani!*

Bonello no decía nada. Sentado junto a Aymo, no lo miraba. Piani recogió el quepis de Aymo, que había rodado por la pendiente y se lo puso sobre la cara. Cogió su cantimplora.

—¿Quieres beber?

Piani se la tendió a Bonello.

—No —le contestó éste.

Se volvió hacia mí.

—Esto también hubiera podido ocurrir en los raíles.

—No —dije—. Es porque no hemos ido por el campo.
Bonello movió la cabeza.

—Aymo ha muerto —dijo—. ¿A quién le tocará ahora, *tenente*? ¿Qué haremos ahora?

—Son italianos los que han tirado —dije—. No son alemanes.

—Me imagino que si fuesen alemanes nos habrían matado a todos —dijo Bonello.

—Los italianos son más peligrosos que los alemanes. La retaguardia tiene miedo de todo. Los alemanes saben lo que quieren.

—Tiene razón, *tenente* —dijo Bonello.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Piani.

—Es mejor que nos escondamos en alguna parte hasta que oscurezca. Si pudiéramos pasar al Sur, sería perfecto.

—Tendrían que matarnos a los tres para comprobar que tenía razón la primera vez —dijo Bonello—. No quiero yo darles la ocasión.

—Intentemos encontrar un sitio donde escondernos, lo más cerca posible de Udine. Ya pasaremos más tarde, cuando esté oscuro.

—Vamos —dijo Bonello.

Seguimos por el lado norte del terraplén. Yo miraba hacia atrás, Aymo yacía en el fango, sobre la pendiente del terraplén. Parecía muy pequeño con los brazos estirados a cada lado del cuerpo, las piernas envueltas con las bandas, sus zapatos enfangados el uno contra el otro, y su quepis que le cubría el rostro. Se veía muy bien que era un cadáver. Llovía. Lo prefería a todos los que había conocido. Tenía su documentación en mi bolsillo. Escribiría a su familia. Delante de nosotros, al otro extremo del campo, había una granja rodeada de árboles, con dependencias contiguas a la casa. A la altura del segundo piso había un balcón sostenido por unas columnas.

—Haríamos bien en quedarnos un poco apartados —dije—. Voy a pasar delante.

Me adelanté hacia la granja. Un sendero cruzaba el campo.

Mientras cruzaba me preguntaba si de detrás de los árboles que rodeaban la granja, o desde la misma granja, no iban a tirar sobre nosotros. Me acercaba y veía la casa muy claramente. El balcón del segundo piso daba al henil, y por entre las columnas

salían haces de heno. El patio estaba enlosado, y la lluvia se escurría de los árboles. Había una gran carreta de dos ruedas, vacía, las varas al aire y parecía muy alta bajo la lluvia. Al llegar al patio, lo crucé y me resguardé bajo el balcón. La puerta de la casa estaba abierta. Entré, Bonello y Piani me siguieron. Dentro estaba oscuro. Fui a la cocina. En la gran chimenea había ceniza. Las marmitas estaban colgadas sobre las cenizas, pero estaban vacías. Busqué por todas partes, pero no encontré nada que comer.

—Subamos a acostarnos en el henil —dije—. ¿Podría encontrar algo de comer, Piani, y traerlo arriba?

—Voy a ver —contestó Piani.

—Yo también voy a verlo —dijo Bonello.

—Muy bien —dije—. Voy a echar una ojeada al henil.

Encontré una escalera de piedra que salía del establo. En medio de tanta lluvia, el establo exhalaba un buen olor a seco. No había ganado. Seguramente se lo habían llevado al huir. El granero estaba lleno de heno por la mitad. Había dos buhardillas en el techo. Una estaba tapada con tablas; la otra, del lado norte, era un pequeño tragaluz. Había una corredera por donde echaban el heno al ganado. Unas vigas cruzaban la corredera bajo la cual las carretas se paraban para que pudieran echar el heno con la horca. Oía la lluvia sobre el techo, y cuando bajé, sentí el sano olor de boñigas secas en el establo. Podríamos desclavar una tabla y mirar al patio por la buhardilla del Sur. La otra daba al Norte, sobre los campos. Podíamos trepar sobre el techo por una de estas aberturas y bajar en seguida, o bien escapar por la corredera en el caso de que la escalera fuera impracticable. El henil era grande y podíamos escondernos entre el heno si oíamos a alguien. El lugar parecía favorable. Estaba seguro de que habríamos podido pasar al Sur si no nos hubiesen tirado encima. Era imposible que hubiera alemanes por aquel lado. Llegaban por el Norte y bajaban por el camino de Cividale. No podían haber pasado por el Sur. Los italianos eran más peligrosos. Tenían miedo y tiraban sobre todo lo que veían. La noche anterior, durante la retirada, oímos decir que había muchos alemanes con uniforme italiano que se habían unido a los fugitivos. No creía nada. Dicen esto en todas las guerras. Es una de estas cosas que siempre hacen los enemigos.

Nunca se oía decir que alguien hubiese ido con uniforme alemán a sembrar la confusión entre ellos. Era posible, pero me parecía difícil. No creía que los alemanes hicieran esto. No veía por qué tenían que hacerlo. No había necesidad de enredar nuestra retirada. Ya se cuidaban de hacerlo la dimensión del ejército y la penuria de las carreteras. Nadie daba órdenes. Que dejaran, pues, a los alemanes tranquilos. Y, no obstante, nos tomaban por alemanes y nos mataban. Habían matado a Aymo. El heno olía bien, y estar acostado en el heno de un granero era suficiente para que se olvidasen todos los años pasados. Cuántas veces nos habíamos acostado en el heno para hablar y matar gorriones con nuestras carabinas de aire comprimido, cuando se paraban en el triángulo abierto, arriba de todo, en la pared de la granja. El granero había desaparecido, y un año habían cortado los abetos y, de lo que era un abetal, sólo habían quedado trozos, cimas de árboles secos, ramas, leña para encender el fuego. Imposible retroceder. Y si no avanzábamos, ¿qué pasaría? Oía el tiroteo al Norte, en dirección a Udine. Reconocía el ruido de las ametralladoras. No bombardeaban. Siempre era algo. Seguramente habían encontrado tropas por el camino. Sumí la mirada en la penumbra del granero, y vi a Piani de pie bajo la corredera. Llevaba un largo salchichón debajo del brazo, un botijo de algo y dos botellas de vino.

—Suba —le dije—. Allí está la escalera.

En seguida, al verlo tan cargado, comprendí que haría bien en ayudarlo, y bajé. Sentía la cabeza un poco tonta por haber estado echado en el heno. Si llego a estar echado un poco más, de seguro que el fuerte aroma me hubiera mareado bastante.

—¿Dónde está Bonello? —pregunté.

—Se lo explicaré —contestó Piani.

Subimos por la escalera. Una vez aposentados en el heno, dejamos las cosas por el suelo. Piani sacó su cuchillo con sacacorchos y destapó una de las botellas de vino.

—Están lacradas —dijo—. Debe ser del bueno.

Sonrió.

—¿Dónde está Bonello? —pregunté.

Piani me miró.

—Se ha ido, *tenente* —dijo—. Quiere rendirse.

No contesté.

—Tenía miedo de que nos matasen.

Cogí la botella sin decir nada.

—¿Sabe usted, *tenente*? Nosotros no creemos en la guerra.

—Pues, ¿por qué no se ha ido usted también?

—No quería abandonarlo.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, *tenente*. Se ha marchado.

—Bueno —dije—. ¿Quiere cortar el salchichón?

Piani me miró a media luz.

—Ya lo he cortado mientras hablábamos —me contestó.

Sentados en el heno comimos el salchichón rociado con vino. Debía ser vino que guardaban para una boda. Era tan viejo que empezaba a pasarse.

—Usted atisbará por esa ventana, Luigi —dije—. Yo vigilaré por ésta.

Habíamos empezado cada uno una botella. Me llevé mi botella y fui a acostarme boca abajo en el heno, y, por el tragaluz, miraba el campo mojado. Yo no sé qué esperaba ver, pero lo que sí es cierto, es que no veía nada más que los campos y los morales sin hojas y la lluvia que caía. Bebí el vino pero sin notar sus efectos. Lo habían guardado demasiado tiempo. Se había oreado y había perdido al mismo tiempo la calidad y el color. Contemplé cómo caía la noche. Se hacía oscuro rápidamente. La noche sería muy lóbrega con esta lluvia. Cuando fue completamente de noche, no habiendo ya motivo para vigilar, me fui con Piani. Dormía. Me quedé un rato sentado junto a él, sin despertarlo. Era un muchachote robusto y dormía profundamente. Después de algunos minutos, lo desperté y nos pusimos en camino.

Fue una noche extraña. No sé qué me había imaginado, tal vez la muerte, tiros en la noche, la huida; pero no pasó nada. Tendidos en el suelo, en la cuneta, al borde de la carretera, dejamos pasar un batallón alemán; después, cuando hubieron desaparecido, cruzamos la carretera y nos dirigimos al Norte. Por dos veces nos encontramos muy cerca de los alemanes, pero bajo la lluvia no nos vieron. Pasamos por la ciudad sin ver a un solo italiano, y poco después alcanzamos una de las principales columnas en retirada. Anduvimos toda la noche en dirección al Tagliamento. No me había hecho cargo de la

enormidad de la retirada. No era sólo el ejército, sino todo el país el que huía. Andamos toda la noche más rápidamente que muchos vehículos. La pierna me dolía y estaba cansado, pero íbamos a buen paso. ¡Parecía tan tonto por parte de Bonello ir a rendirse al enemigo! No había ningún peligro. Habíamos cruzado dos ejércitos sin incidentes. Si no fuera porque habían matado a Aymo, no nos hubiéramos dado cuenta de que había peligro. Nadie nos había molestado cuando anduvimos al descubierto, por entre los raíles. La muerte había llegado bruscamente, sin razón alguna. Me preguntaba a menudo dónde podía estar Bonello.

—¿Cómo vamos, *tenente*? —preguntó Piani.

Íbamos por el borde de una carretera atestada de vehículos y tropas.

—Bien.

—Yo ya tengo bastante de andar.

—No tenemos otra cosa que hacer ahora. No nos atormen-temos.

—Bonello es un idiota.

—Un completo idiota, en efecto.

—¿Qué hará usted con él, *tenente*?

—No lo sé.

—¿No podría comunicar simplemente que desapareció?

—No lo sé.

—Es que si la guerra continúa, esto llevaría malas consecuencias a su familia.

—La guerra no va a continuar —dijo un soldado—. Volvemos a casa. La guerra ha terminado.

—Todos vuelven a casa.

—Nosotros volvemos a casa.

—Venga, *tenente* —dijo Piani.

Quería pasarles delante.

—¿*Tenente*? ¿Quién es *tenente*? *Abasso gli ufficiali!* ¡Abajo los oficiales!

Piani me cogió por el brazo.

—Haría mejor en llamarle por su nombre —dijo—. Podrían causarnos complicaciones. Los hay que han matado a sus oficiales.

Los adelantamos.

—No haré ninguna declaración susceptible de causar molestias a su familia —dijo, reanudando nuestra conversación.

—Si la guerra ha terminado, esto no tiene importancia —dijo Piani—. Pero no la creo terminada. Sería demasiado agradable.

—No tardaremos en saberlo —dijo.

—No creo que haya terminado. Todos creen que se ha acabado, pero yo no lo creo.

—*Viva la pace!* —gritó un soldado—. Volvemos a casa.

—Sería magnífico si todos volviéramos a casa —dijo Piani—. ¿No le gustaría volver a su país?

—Sí.

—Esto no llegará nunca. No creo que haya terminado.

—*Andiamo a casa!* —gritó otro soldado.

—Tiran los fusiles —dijo Piani—. Los descuelgan y los tiran al suelo sin dejar de andar, y después gritan.

—Tendrían que conservar los fusiles.

—Creen que si tiran los fusiles no les podrán forzar a luchar.

En la oscuridad y bajo la lluvia, siguiendo por el borde de la carretera, pude constatar que muchos soldados aún tenían sus fusiles. Se veían salir por encima de los capotes.

—¿A qué brigada pertenece usted? —gritó un oficial.

—*Brigata di pace!* —dijo uno—. ¡La brigada de la paz!

El oficial no contestó.

—¿Qué le ha dicho? ¿Qué ha dicho el oficial?

—¡Abajo el oficial! *Viva la pace!*

—Vamos —dijo Piani.

Pasamos a dos ambulancias inglesas abandonadas en el tropel de vehículos.

—Vienen de Goritzia —dijo Piani—. Reconozco los coches.

—Han ido un poco más lejos que las nuestras.

—Salieron antes.

—Me pregunto dónde están los conductores.

—Hacia delante, seguramente.

—Los alemanes se han detenido frente a Udine —dijo—. Toda esta gente logrará cruzar el río.

—Sí —dijo Piani—. Es por esto por lo que creo que la guerra va a continuar.

—Los alemanes podrían avanzar. Me pregunto por qué no lo hacen.

- No lo sé. Esta guerra no la entiendo en absoluto.
- Supongo que deberán esperar medios de transporte.
- No lo sé —dijo Piani.

Solo era mucho más agradable. Con los demás tenía una forma de hablar muy brutal.

- ¿Está usted casado, Luigi?
- Sabe muy bien que lo estoy.
- ¿Es por esto por lo que no quiere que lo cojan prisionero?
- Es una de las razones. ¿Está usted casado, *tenente*?
- No.
- Bonello tampoco.

—El hecho de estar casado no significa mucho; pero, no obstante, creo que un hombre casado debe tener ganas de volver junto a su esposa —dije.

—Tenía ganas de hablar de mujeres.

—Sí.

—¿Cómo van sus pies?

—Me duelen bastante.

Cuando alcanzamos la ribera de Tagliamento aún no era de día. Seguimos el río desbordado hasta el puente, donde la circulación era más intensa.

—Tendríamos que quedarnos detrás de este río —dijo Piani.

En la oscuridad el agua parecía muy crecida. Se arremolinaba y se extendía sobre una gran anchura. El puente de madera estaba a unos tres cuartos de milla y el río, que generalmente corría a chorrillos sobre un ancho lecho de guijarros, a muy poca altura bajo el puente, ahora casi tocaba las tablas de madera. Seguimos por el río, y después nos colocamos en el tumulto que cruzaba el puente. Avanzaba lentamente bajo la lluvia, a pocos pasos del agua, empujado por la multitud. Me encontraba junto a un cajón de artillería y miraba el río por encima del parapeto. Ahora que no podía andar a mi paso me sentía muy cansado. El paso por el puente se efectuaba sin la menor alegría. Probaba de imaginarme el efecto que produciría, en pleno día, un bombardeo de la aviación.

—Piani —dije.

—Estoy aquí, *tenente*.

Iba un poco adelantado, con la multitud. Nadie hablaba. Todos pensaban sólo en pasar el río lo más rápidamente

posible. Era el único pensamiento. Casi llegábamos al otro lado del río. Al final del puente había oficiales y carabineros, a cada lado, de pie, provistos de lámparas eléctricas. Veía sus siluetas destacarse bajo el cielo. Al acercarnos vi a uno de los oficiales que señalaba con el dedo a un hombre de la columna. Un carabinero fue a buscarlo y lo condujo por el brazo. Lo hizo poner a un lado. Casi estábamos frente a ellos. Los oficiales observaban a cada hombre de la columna. Algunas veces hablaban entre ellos y se adelantaban para proyectar sobre un rostro la luz de la lámpara. Hicieron adelantar a alguien en el preciso momento en que pasábamos. Vi al hombre. Era un teniente coronel. Advertí las estrellas en su manga cuando lo iluminaron. Tenía el cabello gris. Era bajo y grueso. El carabinero lo empujó detrás de la hilera de oficiales. Al pasar nosotros, vi a uno o dos que me miraban. Después, uno de ellos me señaló con el dedo y habló a un carabinero. Vi cómo el carabinero se adelantaba hacia mí. Se abrió paso entre los fugitivos y me sentí cogido por el cuello.

—¿Qué quiere usted? —dije.

Le pegué en la cara. Vi su rostro bajo el sombrero, con los bigotes retorcidos y la sangre que corría por la mejilla. Otro se precipitó hacia nosotros.

—¿Qué es lo que quiere? —dije.

No contestó. Esperaba el momento de cogerme. Me llevé el brazo al dorso para empuñar el revólver.

—¿No sabe que no tiene derecho a tocar a un oficial?

El otro oficial me cogió por detrás y por poco me desarticula el brazo torciéndomelo hacia arriba. Giré con él y el otro me cogió por el cuello. Le di puntapiés en las tibias y, con la rodilla, le golpeé la ingle.

—Mátelo si se resiste —dijo alguien.

—¿Qué significa todo esto?

Probé de gritar, pero mi voz no se oía. Me encontré al borde de la carretera.

—Mátelo si se resiste —dijo un oficial—. Póngalo allá detrás.

—¿Quién es usted?

—Policía del ejército —dijo otro oficial.

—¿Por qué no me piden que venga en vez de hacerme detener por uno de estos bravucones?

No contestaron. No tenían por qué responderme. Formaban parte de la policía del ejército.

—Condúzcalo detrás, con los otros —dijo el primer oficial—. ¿Ve?, habla italiano con acento.

—Tú también, cerdo indecente —dije.

—Condúzcalo detrás, con los demás —dijo el primer oficial.

Me condujeron detrás de la hilera de los oficiales, hacia un grupo que esperaba en un campo, cerca del río. Mientras andábamos tiraron. Vi el relámpago de los fusiles y oí las detonaciones. Nos juntamos con el grupo. Se componía de cuatro oficiales, delante de los cuales había un hombre con un carabinero a cada lado y varios hombres vigilados por carabineros. Otros cuatro carabineros, apoyados en sus fusiles, escoltaban los jueces militares. Eran carabineros con unos sombreros muy grandes. Los dos que me habían detenido me empujaron al grupo que iba a ser interrogado. Miré al hombre al que los oficiales preguntaban. Era el teniente coronel bajo y grueso de los cabellos grises que habían sacado de la columna. Los jueces tenían todo el celo, la flema y la sangre fría de italianos que matan sin correr el riesgo de ser matados.

—¿Su brigada?

Respondió.

—¿Regimiento?

Respondió.

—¿Por qué no está usted con su regimiento?

Respondió.

—¿Es que no sabe que un oficial debe quedarse con sus hombres?

Lo sabía.

Eso fue todo. Otro oficial habló.

—Ha sido usted y sus iguales los que han permitido a los bárbaros poner los pies sobre el sagrado territorio de la patria.

—¿Qué dice usted? —preguntó el teniente coronel.

—Es a consecuencia de traiciones parecidas por lo que hemos perdidos los frutos de la victoria.

—¿Ha tenido usted que retirarse alguna vez? —preguntó de nuevo el teniente coronel.

—No se debería haber obligado a Italia a retirarse.

¡Y nosotros estábamos allí, bajo la lluvia, para escuchar esto!

Estábamos frente a los oficiales, y el prisionero estaba delante de ellos, ligeramente a un lado por deferencia a nosotros.

—Si usted me quiere fusilar —dijo el teniente coronel—, fusíleme en seguida, sin más interrogatorio. El interrogatorio es idiota.

Hizo la señal de la cruz. Los oficiales se consultaron. Uno de ellos escribió algo en una hoja de papel.

—Abandono de tropas. Condenado a ser fusilado —dijo.

Dos carabineros condujeron al teniente coronel a la orilla del río. Se alejó bajo la lluvia, viejo, abatido, con la cabeza descubierta, escoltado por dos carabineros. No vi cómo le fusilaban, pero oí las detonaciones. Ahora preguntaban a otro. Era igualmente un oficial al que habían encontrado separado de sus tropas. Ni siquiera le permitieron explicarse. Se puso a llorar cuando leyeron la sentencia escrita en el memorándum. Cuando lo fusilaron ya estaban interrogando a otro. Fingían estar muy absortos por los interrogatorios mientras fusilaban al que acababan de condenar. Esto hacía imposible ninguna intervención de su parte. Me pregunté si debía esperar mi turno para ser preguntado, o si sería mejor intentar algo en seguida. Evidentemente, me tomaban por un alemán con uniforme italiano. Veía cómo funcionaban sus cerebros, admitiendo que tuviesen cerebros que funcionasen. Eran jóvenes y trabajaban por el bienestar de la patria. Estaban volviendo a formar el Segundo Ejército por detrás del Tagliamento. Ejecutaban a todos los oficiales superiores que habían sido separados de sus tropas. También se ocupaban, someramente, de los agitadores alemanes con uniforme italiano. Llevaban cascos de acero. Algunos carabineros también los llevaban. Los demás carabineros llevaban aquel sombrero grande. Les llamábamos «aviones». Esperábamos bajo la lluvia y, los unos y los otros, éramos interrogados y fusilados. Hasta entonces habían fusilado a todos los interrogados. Los jueces tenían este desapego, esta devoción a la estricta justicia de los hombres que dispensan la muerte sin que ellos se expongan. Estaban a punto de interrogar a un coronel de infantería. Tres oficiales más habían aumentado nuestro grupo. ¿Dónde estaba su regimiento?

Miré a los carabineros. Examinaban a los recién llegados. Los otros miraban al coronel. Me agaché, empujé a dos hombres,

y con la cabeza baja, me lancé hacia el río, choqué contra el ribazo y caí al agua con un gran ¡plaf! El agua estaba muy fría. Aguanté sumergido todo el tiempo que pude. Me di cuenta de que la corriente me hacía dar vueltas y me quedé bajo el agua hasta el momento en que creí que no sería capaz de volver a subir. Así que llegué a la superficie, respiré hondamente, y me sumergí de nuevo. Me resultaba fácil permanecer bajo el agua con mis vestidos y mis botas. Cuando volví a subir por segunda vez vi un trozo de madera delante de mí. Lo cogí y me agarré con una mano. Resguardé la cabeza detrás, sin tan sólo mirar por encima. No tenía ganas de mirar hacia la orilla. Habían tirado cuando huí y también la primera vez que salí a la superficie. Había oído las detonaciones en el momento en que iba a sacar la cabeza fuera del agua. Ahora ya no tiraban. El tablón daba vueltas en la corriente y yo lo así con una mano. Miré a la orilla. Parecía correr mucho. Había muchas maderas en la corriente. El agua estaba muy fría. Rocé las cañas de una isla. Agarrado con las dos manos al tablón, me dejé llevar. La orilla ya no se veía.

CAPÍTULO XXXI

Uno no puede darse cuenta del tiempo que pasa en un río cuando la corriente es muy rápida. El tiempo parece muy largo y tal vez sea muy corto. El agua era fría y muy alta, y arrastraba despojos arrancados a la orilla durante la crecida. Era muy afortunado al tener un gran tablón para sostenerme. Con la barbilla apoyada en la madera, me dejaba llevar por la helada agua, manteniéndome más mal que bien con las manos. Temía sufrir un calambre y deseaba acercarme a la orilla. Bajé por el río haciendo una gran curva. Empezaba a estar bastante claro para ver los matorrales a lo largo del río. Había una isla de verdor frente a nosotros y la corriente se orientaba hacia el ribazo. Me pregunté si no haría mejor en desnudarme y quitarme los zapatos para intentar llegar a la orilla nadando. Rechacé esta solución. Sólo tenía una idea, alcanzar la orilla de una manera o de otra, pero más bien me encontraría molesto si llegaba descalzo. Tenía que llegar hasta Mestre a cualquier precio.

Veía la orilla que se acercaba, se alejaba, se acercaba. Mi movimiento disminuía. Ahora la orilla estaba muy cerca. Podía distinguir las ramas de un sauce. El tablón giró lentamente y la orilla quedó detrás de mí, y comprendí que estaba en un remolino. Giraba lentamente. Cuando volví a ver la orilla, muy cerca, probé, sosteniéndome sólo con una mano, de acercar el tablón a tierra firme, con la ayuda de las piernas y del otro brazo. Fue en vano, tenía miedo de no salir del remolino. Agarrado con una mano, apreté las piernas contra el tablón y lo

empujé con todas mis fuerzas hacia la orilla. Veía los matorrales, pero a pesar de mi esfuerzo y mi vigoroso braceo, la corriente se me llevaba. Entonces creí que iba a ahogarme a causa de las botas, pero luché, me debatí en el agua y, cuando levanté la vista la orilla se me acercaba. El peso de mis piernas me trastornó. Continué luchando y nadando, y por fin alcancé la orilla. Me cogí a la rama de un sauce, y no tuve fuerzas para salir del agua; pero sabía que ya no estaba en peligro de ahogarme. Mientras estaba agarrado al tablón, no había pensado en la posibilidad de ahogarme. Me sentí el estómago vacío. Tenía náuseas y dolores en el pecho a causa de todos mis esfuerzos. Agarrado a las ramas esperé. Cuando me pasó el malestar subí por las ramas del sauce, luego descansé de nuevo, apretando brazadas de hojas, con las manos agarradas a las ramas. En seguida, estirado, me abrí camino a través de los sauces hasta el ribazo. Tendido en la carretera, escuchaba el ruido del río y de la lluvia.

Después de un momento me levanté y anduve a lo largo de la orilla. Sabía que no había ningún puente antes de Latisana. Calculé que debía encontrarme frente a San Vito. No sabía qué decisión tomar. Delante de mí había una zanja que daba al río. Fui a ella. Hasta entonces no había visto a nadie. Me senté al borde de la zanja, detrás de los matorrales. Me quité los zapatos y vacié el agua que había dentro. Me quité la guerrera y saqué la cartera del bolsillo interior. Mis documentos y el dinero que había en ella estaban todos mojados. Retorcí la guerrera. Me quité el pantalón y también lo retorcí. Hice lo mismo con mi camisa y con mi ropa interior. Me di palmadas y me friccioné, luego volví a vestirme. Había perdido el quepis.

Antes de ponerme la guerrera arranqué las estrellas de la ropa de encima de las mangas, y las puse en el bolsillo interior con el dinero. Mi dinero estaba mojado, pero intacto. Lo conté. Tenía tres mil liras y pico. Mis ropas estaban mojadas y viscosas. Sacudía los brazos para conservar la circulación. Mi camiseta y mis calzoncillos eran de lana, y sabía que no corría el peligro de enfriarme mientras no me quedara inmóvil. Me habían cogido el revólver por el camino y me coloqué la pistolera bajo la guerrera. No tenía capote y la lluvia era fría. Subí a lo largo

del canal. Era de día. La campiña estaba mojada, rasa y lúgubre. Los campos estaban desnudos y mojados. Muy lejos, en el horizonte, podía divisar un campanario que se elevaba por encima de la llanura. Llegué a una carretera. Frente a mí vi tropas que avanzaban por la misma. A rastras me coloqué a un lado de la carretera para dejarlas pasar. Parecieron no notar mi presencia. Era un destacamento de ametralladoras que se dirigía hacia el río. Continué mi camino.

Aquel día crucé la llanura veneciana. Es una región baja y, bajo la lluvia, aún parece más llana. Del lado del mar hay lagunas y pocos caminos. Todos los caminos siguen las desembocaduras del río hasta el mar y para cruzar la campiña hay que seguir los caminos a lo largo de los canales. Me dirigía hacia el Sur, y tuve que cruzar dos vías de ferrocarril y varias carreteras. Por fin, al final de un camino, desemboqué a una vía que por aquel sitio costaba un pantano. Era la principal Venecia-Trieste. Consistía en un terraplén elevado y muy sólido con una doble vía. Un poco más lejos había un apeadero. Vi que había centinelas. En la otra dirección había un puente, sobre un pequeño río que desembocaba en la laguna. Vi que en el puente también había un centinela. Mientras cruzaba los campos, al Norte, había visto pasar un tren por esta línea; visible desde lejos en esta llanura sin relieves, pensé que un tren podría venir de Portogruaro. Miré a los centinelas y me acosté sobre la pendiente de manera que pudiera vigilar la vía por los dos lados. El centinela del puente subió un poco hacia mí, a lo largo de la vía, luego dio media vuelta y volvió al puente. Permanecí tendido. Tenía hambre. Esperaba un tren. El que había visto era muy largo y la locomotora avanzaba muy lentamente y estaba seguro que podría subirme a él. En el momento en que iba a abandonar toda esperanza, vi llegar un tren. Al acercarse, la máquina iba haciéndose grande, lentamente. Miré al soldado que vigilaba el puente. Andaba por este lado del puente, pero más acá de los raíles, de manera que no podía verme cuando pasara el tren. Miré cómo se acercaba la máquina. Le costaba. Vi que tenía muchos vagones. Sabía que habría centinelas en el tren e intenté ver dónde estaban, pero, obligado a esconderme, no lo logré. La locomotora casi ya había llegado al sitio donde yo estaba acostado. Cuando estuvo muy cerca de mí, jadeando

y soplando incluso en terreno llano, esperé que el conductor hubiera pasado; después me levanté y me acerqué lo más posible a los vagones. Si los centinelas vigilaban, resultaría menos sospechoso de pie en la vía. Pasaron varios vagones de mercancías cerrados. Luego vi uno de estos vagones bajos y descubiertos que los italianos llaman *gondolas*. Lo cubría una lona. Esperaba para saltar que me hubiese casi adelantado. Agarré entonces la barra de apoyo de detrás y me icé. Me arrastré entre la *gondola* y el sobradillo del gran vagón de mercancías al cual estaba enganchado. Estaba seguro de que nadie me había visto. Agarrado a las barras me agaché, con los pies sobre los topes. Casi llegábamos al puente. Me acordé del centinela. Cuando pasamos me miró. Era un hombre joven. Su casco era demasiado grande para él. Lo miré con desprecio y él volvió la vista. Pensó que formaba parte del convoy.

Habíamos pasado. El centinela miraba pasar los otros vagones con semblante preocupado. Me incliné para ver cómo estaba sujeta la lona. Tenía unas anillas por las que pasaba una cuerda que la sujetaba al borde del vagón. Cogí un cuchillo, corté la cuerda y deslicé mi brazo por debajo. Había masas duras bajo la lona, que la lluvia atiesaba. Miré hasta el principio del tren. Un soldado hacía guardia en el vagón de mercancías, pero miraba por delante de él. Solté las barras y me introduje bajo la lona. Mi frente dio contra algo. El golpe fue terrible y sentí que la sangre me corría por la cara, pero me arrastré y permanecí tendido. Después de un momento me volví y me puse a atar de nuevo la lona.

Estaba escondido bajo la lona, entre cañones. De ellos se desprendía un sano olor a aceite y grasa. Acostado, escuchaba el ruido de la lluvia bajo la lona y el crujir de los vagones sobre los raíles. Se filtraba una luz tenue. Miré los cañones. Estaban cubiertos con sus fundas. Pensé que debían proceder del Tercer Ejército. Tenía un gran chichón en la frente y detuve la hemorragia permaneciendo acostado inmóvil para dejar que la sangre se coagulara. Luego quité la sangre cuajada alrededor del corte. No era nada. No tenía pañuelo, pero a tientas, con el agua de la lluvia que goteaba de la lona, lavé el sitio donde se había cuajado la sangre y me sequé con la manga de la guerrera.

Procuraba no moverme mucho para no llamar la atención. Sabía que tenía que bajar antes de llegar a Mestre, pues allí se ocuparían de los cañones. No se podían permitir el lujo de perder los cañones o de olvidarlos. Tenía un hambre atroz.

CAPÍTULO XXXII

Acostado en el suelo del vagón, al lado de los cañones bajo la lona, estaba empapado, tenía frío y me moría de hambre. Acabé por volverme y acostarme boca abajo, con la cabeza apoyada en el brazo. Mi rodilla estaba tesa, pero se había portado muy bien. Valentini había hecho un buen trabajo. Había hecho la mitad de la retirada a pie y había cruzado una parte del Tagliamento con aquella rodilla. Esta rodilla le pertenecía. La otra era mía. Los médicos llegan a hacer tales cosas que, en realidad, tu cuerpo ya no es tuyo. Mi cabeza era mía, lo mismo que el interior de mi vientre. Estaba hambriento. Lo notaba al contraerme. Mi cabeza era mía, pero no para servirme de ella, para pensar, sólo para recordar, y aún no mucho.

Podía acordarme de Catherine, pero sabía que me volvería loco si pensaba en ella cuando aún no sabía si volvería a verla. Así, pues, debía pensar en ella... sólo un poquitín... solamente en ella, en el vagón que corre lentamente, con ruido de chatarra... y la luz que se filtra a través de la lona... y yo, acostado con Catherine en el suelo del vagón... Tan dura como el suelo del vagón era esta obligación de permanecer acostado sin pensar, contentarse con sensaciones, demasiado tiempo ausente... ropa mojada... este suelo que sólo avanzaba poco a poco, soledad ahí debajo... ¡Qué solo se siente uno con las ropas mojadas y la dureza de una tabla a guisa de mujer!

No se puede querer al suelo de un vagón, ni a los cañones con sus fundas de lona, ni el olor de metal engrasado, ni un toldo que deja atravesar la lluvia. No obstante, se está bien bajo la

lona, y la compañía de los cañones es agradable. Pero amar a alguien que se sabe que no puede estar aquí, darse cuenta muy clara y fríamente —fríamente, pero sobre todo clara e inútilmente—, darse cuenta inútilmente, acostado sobre el vientre, de que habéis asistido a la retirada de un ejército y a la progresión de otro, de que habéis perdido vuestras ambulancias y vuestros hombres, como un empleado de almacén pierde las mercancías de su sección en un incendio. No hay seguro en mi caso. Una vez salido del apuro no se tienen más obligaciones. Si después de un incendio fusilaran a los empleados de un gran almacén porque hablan con el acento que siempre han tenido, no se podría esperar de ninguna manera que ellos volvieran el día que el gran almacén reemprendiera su trabajo. Irían a buscar trabajo a otro sitio, si es que había trabajo en otro sitio y si la policía no los atrapaba antes.

El río se había llevado mi cólera con todas mis obligaciones... Éstas, por otra parte, se habían terminado desde el momento en que los carabineros me habían puesto la mano en el cuello. Me hubiese gustado no llevar ya el uniforme, a pesar de la poca importancia que daba a las insignias exteriores. Había arrancado las estrellas, pero fue por prudencia. No era pundonor. En principio no tenía ninguna objeción. Estaba liberado. Les deseaba buena suerte a todos. Algunos la merecían, los buenos, los valientes, los pacientes, los inteligentes. En cuanto a mí ya no formaba parte de los actores de la comedia, y sólo deseaba una cosa, la llegada de este maldito tren a Mestre, a fin de poder comer y dejar de pensar. No debería pensar, en absoluto.

Piani les diría que me habían fusilado. Registraban los bolsillos de los que habían fusilado y cogían la documentación. Ellos no tenían la mía. Tal vez me declarasen ahogado. Me pregunté qué explicarían a los Estados Unidos. Muerto a consecuencia de las heridas, etc. ¡Dios mío, cuánta hambre tenía! Me pregunté qué había sido del capellán de la cantina y de Rinaldi. Seguramente estaban en Pordenone. A menos que se hubiesen retirado más lejos. Pero no les vería nunca más. Nunca más vería a ninguno de ellos. Se había acabado esta vida. No creía que tuviera sífilis. De todas formas parece que no es una enfermedad grave cuando se trata a tiempo. Pero él se atormentaba.

Yo no estaba hecho para pensar. Estaba hecho para comer. ¡Dios mío, sí! Comer, beber y dormir con Catherine. Quizás esta noche... No, imposible... pero mañana por la noche... y una buena comida... y sábanas... y nada de marchar... nunca... a menos que fuéramos los dos juntos. Posiblemente tendríamos que escapar bárbaramente aprisa. Ella vendría. Sabía que ella vendría... ¿Cuándo marcharíamos? Tendríamos que pensar en esto... Empezaba a oscurecer. Tendido me preguntaba adónde podríamos ir. Los lugares no faltaban.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO XXXIII

Al llegar a Milán salté del tren cuando éste aminoraba la marcha, antes de entrar en la estación. Era muy temprano. El día no había nacido. Atravesé la vía y después de pasar por entre algunos edificios, llegué a la calle. Un bar estaba abierto. Entré para tomar un café. Se respiraba una atmósfera matinal, partículas de polvo de haber barrido, cucharas en los vasos de café, círculos húmedos dejados por el fondo exterior de dos vasos de vino. El dueño se hallaba detrás del mostrador. Dos soldados estaban sentados a una mesa. Me quedé delante del mostrador. Bebí un vaso de café y comí un pedazo de pan. La leche le daba un tono gris al café, y saqué la nata con un trozo de pan.

El dueño me contempló.

—¿Le apetece una copa de *grappa*?

—No, gracias.

—Invito yo —dijo. Llenó una copita y me la ofreció—. ¿Qué es lo que ocurre en el frente?

—No lo sé.

—Están borrachos —dijo, señalando a los dos soldados.

No era difícil creerlo. Parecían estar muy borrachos.

—Pero, dígame, ¿qué pasa en el frente?

—No sé nada del frente —dije.

—Le he visto seguir esta pared. Bajaba del tren.

—Se ha producido una gran retirada.

—He leído los periódicos. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Es que esto es el fin?

—No lo creo.

Volvió a llenar mi vaso con *grappa* de una pequeña botella.

—Si está en peligro —dijo—, yo puedo esconderle.

—No estoy en peligro.

—Si lo está, quédese conmigo.

—¿Dónde?

—En esta casa. Hay muchos que se han quedado. Todos los que están en peligro se han quedado.

—¿Y hay muchos en peligro?

—Depende de la clase de peligro a que usted pueda referirse.

¿Es usted sudamericano?

—No.

—¿Habla español?

—Un poco.

Secó el mostrador.

—Es difícil salir del país, pero no imposible.

—Yo no deseo salir.

—Puede quedarse aquí el tiempo que quiera. Así me irá conociendo.

—Es necesario que me marche mañana, pero me acordaré de esta dirección.

Movió la cabeza.

—Cuando se habla así, nunca se vuelve. Creía que realmente estaba en peligro.

—No estoy en peligro, pero sé apreciar en lo que vale la dirección de un amigo.

Dejó diez liras sobre el mostrador para pagar el café.

—Tome un *grappa* conmigo —dijo.

—No se crea obligado...

—Tómeselo.

Llenó dos vasos.

—Acuérdese —dijo—. Vuelva aquí. No se deje engañar por otros. Aquí estará usted seguro.

—Estoy convencido.

—¿Lo está verdaderamente?

—Sí.

Estaba muy serio.

—Entonces permítame que le diga una cosa: no salga con esta guerrera.

—¿Por qué?

—En las mangas se ve perfectamente el lugar en donde estaban las estrellas. El tejido es de un color diferente.

No dije nada.

—Si le falta algún documento puedo proporcionárselo.

—¿Qué clase de documento?

—Un permiso.

—No lo necesito. Tengo documentación.

—De acuerdo. Si alguna vez lo necesita, acuérdesse de que yo puedo proporcionarle el que más le convenga.

—¿Y cuál es su precio?

—Depende. Mi precio es razonable.

—De momento no me son necesarios.

Se encogió de hombros.

—Los tengo en regla.

Cuando salía me dijo:

—No olvide que soy su amigo.

—Perfectamente.

—¿Le volveré a ver? —me dijo.

—De acuerdo —respondí.

Una vez fuera evité pasar por la estación, que estaba custodiada por la policía militar y tomé un coche al lado de un pequeño parque. Di al cochero la dirección del hospital. Al llegar entré en el alojamiento del conserje. Él me estrechó la mano. Su mujer me abrazó.

—¿Ha regresado sano y salvo?

—Sí.

—¿Ha desayunado?

—Sí.

—¿Cómo está usted, *tenente*? ¿Cómo le ha ido? —preguntó la mujer.

—Muy bien.

—¿Quiere desayunar con nosotros?

—No, gracias. Dígame, ¿está la señorita Barkley ahora en el hospital?

—¿La señorita Barkley?

—La enfermera inglesa.

—Su buena amiga —dijo la mujer.

Me golpeó el brazo y sonrió.

—No —dijo el conserje—. Se ha ido.

Me sentí desfallecer.

—¿Está usted seguro? ¿Sabe a quién me refiero? A la muchacha alta y rubia.

—Lo sé. Se ha ido a Stresa.

—¿Cuándo se marchó?

—Se marchó hace dos días con la otra señorita inglesa.

—Bien —dije—. Desearía que hiciesen algo por mí. No digan a nadie que me han visto. Es extraordinariamente importante.

—No se lo diré a nadie —dijo el conserje.

Le ofrecí un billete de diez liras, pero lo rehusó.

—Le prometo no decir nada. Pero no quiero dinero.

—¿Qué podríamos hacer por usted, *signor tenente*? —preguntó la mujer.

—Solamente eso —dije.

—Seremos mudos —dijo el conserje—. ¿Me avisará cuando pueda servirle en algo?

—Sí —dije—. Adiós. Hasta pronto.

Se quedaron en la puerta hasta que me vieron partir.

Subí al coche y di la dirección de Simmons, uno de los cantantes que conocía.

Simmons habitaba muy lejos, cerca de *Porta Magenta*.

Cuando entré estaba todavía en la cama medio adormecido.

—Te levantas muy temprano, Henry —me dijo.

—He llegado en el primer tren.

—¿Cuál es la historia de la retirada? ¿Has estado en el frente? ¿Quieres un cigarrillo? Encontrarás un paquete encima de la mesa.

La habitación era espaciosa. Había una cama en la pared y al otro lado un piano, una cómoda y una mesa. Me senté en una silla, junto a la cama. Simmons, apoyado en las almohadas, fumaba.

—Simmons, me encuentro en una difícil situación —dije.

—Yo también. Siempre estoy en situaciones difíciles. ¿No fumas?

—No —dije—. ¿Qué sucede cuando se pasa a Suiza?

—¿Tú? Los italianos no te dejarán salir del país.

—Ya lo sé. Pero, ¿qué hacen los suizos?

—Te internarán.

—Sí, ya lo sé. Pero, ¿en qué consiste la cosa?

—Oh, nada. Es muy sencillo. Te dejan en situación de ir por todas partes. Sólo tienes que hacer una cosa, creo: presentarte o algo así. ¿Por qué? ¿Es que huyes de la policía?

—Aún no está definido.

—Oh, si prefieres no decir nada, tú mismo... No obstante, debe ser interesante. Aquí no pasa nada. He dado una vuelta por todo Piacenza.

—Estoy desolado.

—Sí, ha ido muy mal. De todas maneras he cantado muy bien. Aún probaré una vez en el *Lyrice*.

—Me gustaría oírte.

—Eres demasiado amable. Espero que no tengas dificultades graves.

—No lo sé.

—Si prefieres no decir nada, eres libre. ¿Qué pasa que no estás en el frente?

—Me parece que he terminado con este asunto.

—Bravo, siempre pensé que tenías buen sentido. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Estás muy ocupado.

—No del todo, querido Henry, no del todo. Estaré encantado de hacer algo por ti.

—Eres más o menos de mi estatura. ¿Te molestaría ir a comprarme un traje de paisano? Tengo, pero están en Roma.

—¿Has vivido allí, no? Es una ciudad desagradable. ¿Cómo has podido vivir allí?

—Quería ser arquitecto.

—No es un sitio para esto. No compres trajes. Te daré todos los que quieras. Te equiparé admirablemente. ¿Ves este ropero? Hay una alacena. Coge todo lo que quieras, querido amigo. ¡Comprar un traje! Quieres reírte, vamos.

—No obstante, preferiría comprar uno, Simmons.

—Querido, es mucho más fácil para mí darte uno que irtelo a comprar. ¿Tienes un pasaporte? No irás lejos sin pasaporte.

—Sí, aún tengo mi pasaporte.

—Vamos, vístete, querido, y en marcha hacia Helvecia.

—No es tan fácil como eso. Primeramente tengo que ir a Stresa.

—Ideal, querido. Sólo tendrás que cruzar el lago en barco. Si no fuera porque quiero intentar cantar aún una vez, iría con vosotros. Algún día iré.

—Podrías estudiar la tirolesa.

—Ciertamente, querido algún día estudiaré la tirolesa. Sin embargo, puedo cantar, aunque parezca curioso.

—No tengo la menor duda. Apostaría todo lo que quisieran a que sabes cantar.

Fumaba un cigarrillo echado en la cama.

—No apuestes mucho. Sin embargo, sí, sé cantar; es gracioso, pero, sin embargo es así. Y me gusta cantar. Escucha.

Se puso a gritar la *Africaine*, con el cuello hinchado y las venas salientes.

—Sé cantar —dijo—, les guste o no.

Miré por la ventana.

—Voy a bajar para despedir mi coche.

—Vuelve a subir, querido; comeremos juntos.

Saltó de la cama, se estiró, respiró profundamente y empezó a hacer ejercicios de flexibilidad.

CAPÍTULO XXXIV

De paisano me hacía el efecto de que iba disfrazado. Había llevado mucho tiempo el uniforme y encontraba a faltar la sensación de las ropas ajustadas. Mi pantalón me parecía demasiado suelto. En Milán había comprado un billete para Stresa. También había comprado un sombrero. No podía ponerme un sombrero de Simmons, pero sus trajes me iban muy bien. Olían a tabaco. Sentado en el departamento miraba por la portezuela. Mi nuevo sombrero se veía muy nuevo, y mi traje se veía muy viejo. Yo me sentía tan triste como esta llanura húmeda de Lombardía que veía extenderse por la portezuela. En el departamento había unos aviadores que tenían una mala opinión de mí. Evitaban mirarme y desdeñaban profundamente a un paisano de mi edad. No me sentía ofuscado. Antes los habría insultado y me hubiese tirado encima de ellos. Bajaron en Gallarate, y me sentí contento de estar solo. Tenía un periódico pero no leía, pues no quería saber nada más de la guerra. Quería olvidar la guerra. Había hecho una paz aparte. Pero me sentía completamente solo y estuve contento cuando el tren se detuvo en Stresa.

En la estación esperé ver los representantes de los hoteles, pero no había ninguno. La temporada había terminado hacía tiempo y ya no venían a esperar los trenes. Descendí del vagón con mi maleta —la maleta de Simmons, muy ligera de llevar, pues sólo contenía dos camisas— y permanecí bajo el cobertizo hasta que partió el tren. Llovía. Encontré un hombre en la estación y le pregunté el nombre de los hoteles que aún estaban

abiertos. El Gran Hotel y el de Las Islas Borromeas estaban abiertos y algunos otros más pequeños que estaban abiertos todo el año. Con la maleta en la mano, me encaminé bajo la lluvia hacia el de Las Islas Borromeas. Se acercó un coche y le hice señal al cochero. Era mejor llegar en coche. Nos detuvimos delante de la puerta de coches y el conserje salió con un paraguas. Era muy atento. Tomé una buena habitación. Era muy grande y clara y daba al lago. Las nubes, muy bajas, casi tocaban el lago; pero en días de sol, la vista debía ser soberbia. Dije que esperaba a mi esposa. Había una gran cama para dos personas, un *letto matrimoniale*, con un cubrecama de raso. El hotel era muy lujoso. A través de largos corredores de anchas escaleras, a través de muchas salas, me dirigí al bar. Conocía al *barman*. Me senté en uno de los altos taburetes y mordisqueé almendras saladas y patatas fritas. El martini tenía un sabor fresco y puro;

—¿Qué es lo que hace aquí como un *borghese*? —me preguntó el *barman* después de agitar el segundo martini.

—Estoy de permiso... permiso de convalecencia.

—No hay nadie aquí. Me pregunto por qué dejarán el hotel abierto.

—¿Ha ido a pescar?

—He cogido algunas piezas. Se pescan piezas hermosas en esta estación.

—¿Ha recibido el tabaco que le he mandado?

—Sí. ¿No ha recibido mi carta?

Me eché a reír. No había podido procurarme el tabaco. Quería tabaco de pipa americano, pero mi familia había dejado de enviármelo, o tal vez me lo confiscaban. La cuestión es que ya no lo recibía.

—Ya encontraré en alguna parte —dije—. Dígame, ¿ha visto a dos inglesas en la ciudad? Llegaron anteayer.

—No están en el hotel.

—Son enfermeras.

—He visto dos enfermeras. Espere, voy a decirle dónde están.

—Una de ellas es mi esposa —dije—. He venido aquí para encontrarla.

—Y la otra es mi mujer.

—No lo digo en broma.

—Perdone mi broma estúpida —dijo—, no le había comprendido.

Se marchó y quedé solo un momento. Comí aceitunas, almendras saladas, patatas fritas, mirando mis ropas de paisano en el espejo de detrás del bar. El *barman* regresó.

—Están en un pequeño hotel cerca de la estación —dijo.

—¿Podría darme bocadillos?

—Voy a llamar para que traigan. Aquí no hay nada, ¿comprende?, como no hay nadie...

—¿De verdad que no hay nadie?

—Quiero decir muy poca gente.

Los bocadillos llegaron. Comí tres y bebí dos martinis más. Nunca había comido nada tan fresco ni tan pronto. Volví a ser civilizado. Estaba saturado de vino rojo, de pan, de queso, de café malo y de *grappa*. Sentado en el alto taburete, frente a la agradable caoba, al cobre y a los espejos, no pensaba absolutamente en nada.

El *barman* me hizo una pregunta.

—No me hable de la guerra —dije.

La guerra estaba muy lejos. ¿En realidad había guerra? Aquí no la había. Fue sólo entonces cuando me di cuenta de que estaba terminada para mí. Pero no tenía la impresión de que lo estuviese definitivamente. Sentía la sensación de un chico que hace novillos y piensa, a una hora determinada, que entonces debe pasar a la clase.

Catherine y Helen Ferguson iban a comer cuando llegué al hotel. De pie en el corredor, las vi en la mesa. Catherine no miraba hacia donde estaba yo, y miré la línea de sus cabellos, su mejilla, su cuello y sus hermosos hombros. Ferguson hablaba. Se interrumpió cuando entré.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Hola —dije.

—¡Cómo, eres tú! —dijo Catherine.

Su rostro se iluminó. Parecía demasiado feliz para poder creerlo. La besé. Catherine enrojeció y me senté a su mesa.

—Es natural —dijo Ferguson—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Ha comido ya?

—No.

La camarera llegó y le dijeron que me trajera un plato. Catherine no dejaba de mirarme con los ojos iluminados de felicidad.

—¿Qué es lo que hace aquí, de paisano? —me preguntó la Ferguson.

—Formo parte del Ministerio.

—¿Ha hecho alguna tontería?

—Vamos, Fergy, alégrese. Veamos, un poco de animación.

—El verle a usted no me pondrá contenta. Ya sé en qué atolladero ha metido a esta pobre muchacha. No, le aseguro que su presencia no me resulta divertida.

Catherine me sonrió y me tocó con el pie por debajo de la mesa.

—Nadie me ha puesto en un atolladero, Fergy, yo sola he sabido muy bien meterme en él.

—No puedo oír esto —dijo Ferguson—. Ha logrado deshonorarla con su socarronería italiana.

—Los escoceses son gente con demasiada moral puritana —dijo Catherine.

—No es esto lo que quiero decir. Quiero decir su socarronería italiana.

—¿Soy un bellaco, Ferguson?

—Sí, y peor que esto. Es como una serpiente, una serpiente con uniforme italiano, con una esclavina en el cuello.

—En este momento no llevo uniforme italiano.

—Esto es precisamente otro ejemplo de su bellaquería. Ha tenido un lío todo el verano; ha dejado a esta muchacha encinta y ahora parece que quiere esquivarla.

Sonreí a Catherine y ella también lo hizo.

—Nos vamos a esquivar mutuamente —dijo.

—Los dos son de la misma ralea —dijo Ferguson—. Me avergüenzo de usted, Catherine Barkley. No tiene ni pudor ni honor, y es tan bellaca como él.

—Vamos, Fergy —dijo Catherine palmeándole la mano—. No me acuse. Los dos nos queremos.

—No me toque —dijo Ferguson. Tenía el rostro encendido—. Si al menos tuviera un poco de pudor sería otra cosa. Pero está sabe Dios a qué mes de su embarazo y lo encuentra

divertido, y se deshace en sonrisas porque ha vuelto su seductor. No tiene ni pudor ni tacto.

Empezó a llorar. Catherine se le acercó y la abrazó. Mientras que, de pie, ella consolaba a Ferguson, no noté ningún cambio en su figura.

—Me es igual —sollozaba Ferguson—. Lo encuentro horrible.

—Vamos, vamos, Fergy. —Catherine intentaba consolarla—. Yo tendría vergüenza si estuviera en su lugar... No llore más, Fergy. No llore más, mi buena Fergy.

—No lloro —sollozó Ferguson—. No lloro. Si no fuera por la horrible situación en que se encuentra... —Me miró—. Le odio —me dijo—. Ella no puede privarme de odiarle, ¡especie de puerco, bellaco americano-italiano!

Tenía los ojos y la nariz muy encarnados de tanto llorar. Catherine me sonrió.

—No le sonría mientras tenga su brazo alrededor de mi cuello.

—No es usted razonable, Fergy.

—Ya lo sé —sollozó Ferguson—. No hagan caso de mí los dos. Estoy trastornada. No soy razonable, lo sé. Quería que fuesen felices juntos.

—Somos felices —le dijo Catherine—. Es usted muy amable, Fergy.

Ferguson volvió a llorar.

—No quiero que sean felices de esta manera. ¿Por qué no se casan? ¡Espero que no tendrá otra mujer!

—No —dije.

Catherine se echó a reír.

—No hace reír esta situación —dijo Ferguson—. No faltan los que tienen dos mujeres.

—Si esto puede hacerla feliz, nos casaremos, Fergy —dijo Catherine.

—No, no para hacerme contenta. Es usted misma la que debería tener ganas de casarse.

—Hemos estado tan ocupados...

—Sí, sí, ya lo sé. Ocupados en hacer niños.

Creí que iba a ponerse a llorar de nuevo, pero se contentó haciéndonos amargos reproches.

—¿Supongo que se marchará con él esta noche?
—Sí —dijo Catherine—. Si él lo desea.
—¿Y yo, entonces?
—¿Tiene miedo de quedarse sola?
—Sí, tengo miedo.
—Entonces me quedaré con usted.
—No, váyase con él. Váyase con él en seguida. No puedo verlos más, ni al uno ni al otro.
—Sería mejor que termináramos de cenar.
—No. Váyanse en seguida.
—Fergy, sea razonable.
—Les digo que se marchen en seguida. Váyanse los dos.
—Pues bien, vámonos —dije—. Ferguson me exaspera.
—¡Arde en deseos de marcharse! Ya ve que ni tan sólo quiere acompañarme a cenar. ¡Yo que siempre había deseado ver los lagos italianos, y mira en qué condiciones los veo! ¡Oh! ¡Oh!
Rompió a llorar, miró a Catherine, y se atragantó.
—Nos quedaremos hasta después de la cena —dijo Catherine—, no la dejaré sola si usted quiere que me quede. No la dejaré sola, Fergy.
—No, no. Quiero que se marchen. —Se secó los ojos—. Soy poco razonable. Se lo ruego, no me hagan caso.

La muchacha que servía la comida se trastornó mucho con tantas lágrimas. De manera que al traer el plato siguiente pareció tranquilizarse al ver que las cosas se habían arreglado.

* * *

Aquella noche, en el hotel; nuestra habitación, el largo corredor vacío, nuestros zapatos en la puerta, una gruesa alfombra en el suelo de la habitación; fuera, la lluvia contra los cristales y en la habitación, una bonita luz, agradable y dulce. Luego la luz apagada y la voluptuosidad de la finura de las sábanas y de la cama confortable. Sentirse en su casa; no sentirse solo; despertarse en medio de la noche y encontrarla al lado, que no se ha marchado. Todo lo demás parecía irreal. Dormíamos cuando estábamos cansados, y si uno de los dos se despertaba, el otro se despertaba también; así nunca nos sentíamos solos. A menudo un hombre tiene necesidad de estar

solo, y una mujer también tiene esta necesidad; y, si se quieren, están celosos de constatar este sentimiento mutuo; pero puedo decir con toda sinceridad que esto no nos había pasado nunca. Cuando estábamos juntos nos sentíamos solos, pero solos en relación a los demás. Sólo sentí esta impresión una vez. A menudo me había sentido solo estando con otras mujeres, y así es como uno se siente más solo; pero, nosotros dos, nunca nos sentíamos solos, y nunca teníamos miedo estando juntos. Ya sé que la noche no es parecida al día, que las cosas ocurren de otra manera, que las cosas de la noche no pueden explicarse a la luz del día porque entonces ya no existen; y la noche puede ser espantosa para una persona sola tan pronto como se dé cuenta de su soledad; pero, con Catherine, no había, por decirlo así, ninguna diferencia entre el día y la noche, sólo que las noches eran aún mejores que los días. Cuando los individuos se enfrentan con el mundo con tanto valor, el mundo sólo los puede doblegar matándolos. Y, naturalmente, los mata. El mundo quiebra a los individuos, y, en la mayoría, se les forma cal en el lugar de la fractura; pero a los que no quieren dejarse doblegar entonces, a éstos, el mundo los mata. Mata indistintamente a los muy buenos, y a los muy dulces, y a los muy valientes. Si usted no se encuentra entre éstos, también lo matará, pero en este caso tardará más tiempo.

* * *

Recuerdo mi despertar, por la mañana. Catherine dormía y el sol entraba por la ventana. La lluvia había parado. Me levanté y fui a la ventana. Abajo estaban los jardines, sin florecer, pero hermosos en su regularidad, las avenidas enarenadas, los árboles, el muro de piedra a lo largo del lago y el lago bajo el sol, con las montañas a lo lejos. De pie, junto a la ventana, miraba, y cuando me volví vi a Catherine, que se había despertado y me observaba.

—¿Cómo te encuentras, querido? —me dijo—. ¡Qué día tan hermoso!

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Me encuentro muy bien. Hemos pasado una noche adorable.

—¿Quieres desayunar?

Ella quería desayunar, yo también; desayunamos en la cama, la bandeja sobre mis rodillas, con la luz de noviembre que entraba por la ventana.

—¿No tienes ganas de leer el periódico? En el hospital siempre querías el periódico.

—No —le contesté—, ya no quiero el periódico ahora.

—Así, pues, ¿lo has pasado tan mal que no quieres ni tan siquiera leer las noticias?

—No quiero saber nada de ello.

—Hubiera querido estar contigo. Así también lo sabría.

—Ya te lo explicaré, si es que algún día puedo poner un poco de orden en mis ideas.

—Pero, ¿no te arrestarán si te encuentran de paisano?

—Seguramente me fusilarán.

—Entonces no podemos quedarnos aquí. Vámonos del país.

—Ya he pensado en ello.

—Nos marcharemos. Querido, no hay que arriesgar la vida inútilmente. Dime, ¿cómo fuiste de Mestre a Milán?

—En tren. Iba de uniforme.

—¿No estabas en peligro entonces?

—No mucho. Tenía una antigua hoja de ruta. Había cambiado las fechas en Mestre.

—Querido, corres el riesgo de que te arresten de un momento a otro. No quiero que ocurra esto. Es ridículo hacer tales cosas. ¿Qué sería de nosotros si te detuvieran?

—No pensemos en ello. Estoy cansado de tanto pensarlo.

—¿Qué es lo que harías si vinieran a detenerte?

—Los mataría.

—¿Ves como eres un estúpido? No te dejaré salir del hotel antes de partir.

—¿Adónde iremos?

—Te lo ruego, no seas así, querido. Iremos adonde quieras, pero te lo ruego, escoge un lugar donde podamos ir inmediatamente.

—Suiza está al otro extremo del lago. Podríamos ir allí.

—Sería encantador.

El cielo se cubría y el lago se oscurecía.

—Quisiera que tuviésemos que vivir siempre como criminales —dije.

—Querido, no hables así. No has vivido mucho tiempo como un criminal. Y nosotros nunca viviremos como criminales. Vamos a ser muy felices.

—Tengo la impresión de ser un criminal. He desertado.

—Querido, te lo suplico, sé razonable. A esto no se puede llamar desertar. Después de todo, se trata del ejército italiano.

Me eché a reír.

—Eres una buena chica. Acostémonos otra vez. Sólo me encuentro bien en la cama.

Un poco más tarde, Catherine me dijo:

—No tienes la impresión de ser un criminal, ¿verdad?

—No —dije—, por lo menos cuando estoy contigo.

—Eres un bobo —dijo—. Yo te cuidaré. ¿No es magnífico, querido, que no tengo ni tan sólo mareos por la mañana?

—Es maravilloso.

—No sabes apreciar qué buena mujercita tienes. Pero me da lo mismo. Te encontraré un sitio donde no te puedan detener, y seremos muy felices.

—Vamos allí en seguida.

—Sí, querido. Iré donde tú quieras, siempre que te guste.

—No pensemos en nada.

—Bueno.

CAPÍTULO XXXV

Catherine siguió la orilla del lago para ir a ver a Ferguson en el pequeño local. Me fui al bar para leer los periódicos. En el bar había sillones de cuero muy confortables, y me senté en uno de ellos esperando la llegada del *barman*. El ejército no pudo seguir en el Tagliamento. Se retiraba sobre Piave. Me acordaba del Piave. El ferrocarril que iba al frente lo cruzaba cerca de San Dona. En aquel punto era profundo y corría lentamente sobre un lecho estrecho. Más abajo había pantanos llenos de mosquitos y canales. Había algunas bonitas villas. Un día, antes de la guerra, yendo a Cortina d'Ampezzo, lo había bordeado durante varias horas a través de las colinas. Por allí arriba parecía un río de truchas, de corriente rápida, con hoyos sin profundidad y agua dormida bajo la sombra de las rocas. La carretera lo dejaba en Cadore. Me preguntaba cómo lo haría el ejército que estaba en las alturas para descender. El *barman* llegó.

—El conde Greffi acaba de hablarme de usted —dijo.

—¿Quién?

—El conde Greffi. ¿No lo recuerda? Aquel señor de edad que estaba aquí cuando estaba usted.

—¿Está aquí?

—Sí, está aquí con su sobrina. Le he dicho que había usted llegado. Le gustaría jugar al billar.

—¿Dónde está?

—Ha salido a pasear.

—¿Cómo está?

—Más joven que nunca. Ayer, antes de comer, tomó tres *cocktails* de champaña.

—¿Y qué tal juega al billar ahora?

—Bien. Me ha ganado. Cuando ha sabido que estaba usted aquí se ha puesto muy contento. No tiene con quien jugar.

El conde Greffi tenía noventa y cuatro años. Había sido contemporáneo de Metternich. Era un anciano con cabello gris y bigotes blancos, extremadamente bien educado. Había formado parte del cuerpo diplomático en Austria y en Italia, y las fiestas que daba por sus aniversarios eran el mayor acontecimiento mundano en Milán. Tenía madera de vivir cien años, y jugaba al billar con una gran soltura, que contrastaba con su fragilidad de nonagenario. Lo conocí un año que me encontraba en Stresa fuera de la temporada y mientras jugábamos al billar bebíamos champaña. Encontré que era una costumbre estupenda, y él me daba quince puntos de ventaja, y, no obstante, me ganaba.

—¿Por qué no me había dicho que estaba aquí?

—Ló había olvidado.

—¿Quiénes son los demás?

—No los conoce. Entre todos son seis personas.

—¿Tiene usted algo que hacer ahora?

—No.

—Venga a pescar conmigo.

—Puedo disponer de una hora.

—Bien. Vaya a buscar su caña.

El *barman* se puso la americana y salimos. Bajamos hasta la orilla del lago y cogimos una barca. Yo remaba mientras el *barman*, sentado a la parte de atrás, tiraba la caña. Era una caña especial para pescar truchas de lago. Tenía un carrete y al final un plomo muy pesado. Seguíamos la orilla. El *barman* sostenía la caña con la mano y de vez en cuando la sacudía ligeramente. Vista desde el lago, Stresa parecía una ciudad desierta, con sus largas hileras de árboles sin hojas, sus villas y sus grandes hoteles cerrados. Crucé hasta Isola Bella y rocé los muros, allí donde el agua es más profunda y donde se ve la pared pedregosa hundirse en el agua clara. Entonces remé hacia la isla del Pescador. El sol estaba detrás de una nube y el agua estaba oscura, lisa y muy fría. Las truchas no picaban ni una sola vez,

aunque veíamos los círculos que dibujaban los peces cuando subían a la superficie.

Me dirigí frente a la isla del Pescador, en el lugar en que había barcas amarradas a la orilla y hombres que reparaban las redes.

—¿Vamos a tomar algo?

—Encantado.

Conduje la barca hasta el muelle de piedra y el *barman* sacó la caña. La dejó en el fondo de la barca y cogió el carrete a la regala. Desembarqué y amarré la barca. Entramos en un pequeño café. Nos sentamos en un banco de madera tosca y pedimos dos vermut.

—¿Está cansado de remar?

—No.

—A la vuelta remaré yo —dijo.

—Me gusta remar.

—Si usted echa la caña, tal vez cambie la suerte.

—Bueno.

—¿Cómo va la guerra?

—Mal.

—Yo no tengo que ir. Soy demasiado viejo, como el conde Greffi.

—¡Oh! Sin embargo, tal vez llegue el día en que también tendrán que ir.

—Llamarán mi quinta el año que viene, pero no iré.

—¿Qué hará?

—Me iré del país. No quiero ir a la guerra. Ya estuve una vez, en Abisinia. Quedé satisfecho. ¿Por qué va usted?

—No lo sé. Fui un idiota.

—¿Otro vermut?

—Encantado.

El *barman* remó a la vuelta. Pescamos más allá de Stresa, después más abajo, no lejos de la orilla. Tenía la caña tirada y notaba la débil vibración del carrete que rodaba, mientras contemplaba el agua oscura de noviembre y la orilla desierta. El *barman* remaba a grandes brazadas. Una vez noté que el pez picaba. La caña se puso tirante bruscamente y tiró hacia atrás. Estiré y noté el peso vivo de la trucha, después la caña empezó a temblar. Había fallado.

—¿Parecía grande?

—Bastante grande.

—Un día que pescaba solo sostenía la caña con los dientes. Picó una trucha y por poco se me lleva la dentadura.

—Lo mejor es sostener la caña con la pierna —dije—, así se nota muy bien y no se corre el riesgo de perder los dientes.

Introduce la mano en el agua. Estaba muy fría. Estábamos casi enfrente del hotel.

—Ya es hora de que vuelva —dijo el *barman*—. Tengo que estar allí, a las once, *l'heure du cocktail*.¹

—Está bien.

Retiré la caña y enrollé el hilo en un bastón que tenía una muesca en cada extremo. El *barman* condujo la barca hasta una pequeña cala en el muro de piedra y allí la ató a una cadena con candado.

—Siempre que quiera —dijo—, le daré la llave.

—Gracias.

Subimos al hotel y entramos al bar. Como aún no quería beber, por ser demasiado temprano, subí a nuestra habitación. La camarera acababa de terminarla y Catherine aún no había vuelto. Me tendí sobre la cama y me esforcé en no pensar.

Cuando Catherine volvió, me sentí reconfortado. «Ferguson está abajo», me dijo. «Viene a comer con nosotros».

—Sabía que esto no te molestaría —dijo Catherine.

—No —le contesté.

—¿Qué te pasa, querido?

—No lo sé.

—Yo sí que lo sé. No tienes nada que hacer; sólo me tienes a mí y yo te dejo solo.

—Es verdad.

—Lo siento, querido. Comprendo, debe ser una sensación horrible el notar el vacío de repente.

—Había estado siempre tan llena mi vida —dije—. Y ahora cuando tú no estás conmigo, no tengo nada en el mundo.

—Pero yo estaré siempre contigo. Sólo te he dejado dos horas. ¿No podrías encontrar algo que hacer?

—He ido a pescar con el *barman*.

—¿No te has divertido?

1. En francés en el original.

—Sí.

—No pienses en mí cuando estoy ausente.

—Es lo que hacía en el frente. Pero entonces tenía algo que hacer.

—Otelo sin trabajo —dijo, para hacerme rabiar.

—Otelo era un negro —le contesté—. Además, yo no estoy celoso. Sencillamente, estoy enamorado de ti, y todo lo demás ha dejado de existir.

—¿Quieres ser bueno y amable con Ferguson?

—Siempre soy amable con Ferguson menos cuando me insulta.

—Sé amable con ella. Piensa en que nosotros lo tenemos todo y ella no tiene nada.

—No creo que desee lo que tenemos nosotros.

—Por ser un chico tan inteligente, querido, me parece que no lo ves claro.

—Seré muy amable con ella.

—Estaba segura. Eres tan bueno...

—¿No se quedará después, eh?

—No, ya me desharé de ella.

—¿Y entonces volveremos a subir?

—Naturalmente. ¿Qué es lo que crees que tengo que hacer?

Bajamos a comer con Ferguson. Estaba muy impresionada por el hotel y el esplendor del comedor. Nos sirvieron una buena comida con dos botellas de *capri* blanco. El conde Greffi entró en el comedor y nos saludó. Le acompañaba su sobrina, que parecía mi abuela. Hablé de él a Catherine y a Ferguson, y Ferguson se impresionó mucho. El hotel era muy grande, majestuoso y vacío, pero la comida era buena y el vino muy agradable; y al final, el vino nos puso a todos de buen humor. Catherine no lo necesitaba. Era muy feliz. Ferguson casi estaba alegre. Yo mismo me sentía muy animado. Después de comer Ferguson volvió a su hotel. Dijo que iba a descansar un poco después de la comida.

Al final de la tarde alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—El conde Greffi desea saber si podría jugar al billar con usted.

Miré el reloj. Me lo había quitado y estaba debajo de la almohada.

—¿Tienes que ir, querido? —murmuró Catherine.

—Creo que sería mejor.

Mi reloj marcaba las cuatro y cuarto. Dije en voz alta:

—Dígale al conde Greffi que estaré en la sala de billar a las cinco.

A las cinco menos cuarto besé a Catherine y fui a vestirme al cuarto de baño. Mientras me hacía el nudo de la corbata delante del espejo, me encontraba muy raro vestido de paisano. «Tengo que pensar en comprar otras camisas y calcetines.»

—¿Estarás fuera mucho rato? —preguntó Catherine. Estaba encantadora en la cama—. ¿Quieres darme el cepillo?

La contemplé mientras se cepillaba el pelo, con la cabeza inclinada para que el peso de la cabellera cayese a un solo lado. Fuera estaba oscuro, y la luz, en la cabecera de la cama, brillaba sobre sus cabellos, su cuello y sus hombros. Me acerqué a ella y la besé, y le cogí la mano con el cepillo, y dejó caer la cabeza sobre las almohadas. Besé su cuello, sus hombros. Me sentía desfallecer de tanto amor.

—No quiero irme.

—No quiero que te vayas.

—Entonces, no me iré.

—Sí. Ve. Será sólo un rato. Después volverás.

—Cenaremos aquí.

—Vete y vuelve pronto.

Encontré al conde Greffi en el billar. Se estaba entrenando, frágil bajo la luz que inundaba el tapete. Sobre una mesa de juego, un poco en la sombra, había un cubo de plata con hielo. Los cuellos y tapones de dos botellas de champaña salían por encima del hielo. Cuando me acerqué al billar, el conde Greffi se enderezó y vino hacia mí. Me tendió la mano.

—Es un gran placer para mí volverle a ver aquí. Es usted verdaderamente muy amable al aceptar el venir a jugar conmigo.

—Es usted quien ha sido muy amable al pedírmelo.

—¿Se encuentra bien del todo? He oído decir que le hirieron sobre el Isonzo. Deseo que se haya restablecido.

—Me encuentro bien. ¿Y usted?

—Oh, yo siempre me encuentro bien. Pero me hago viejo. Empiezo a notar las señales de la vejez.

—No lo creo.

—Sí. ¿Quiere usted un ejemplo? Ahora me es más fácil hablar italiano. Me resisto, pero compruebo que, cuando estoy cansado, me es mucho más fácil hablar italiano. Es una prueba de que me hago viejo.

—Podemos hablar italiano. Yo también estoy un poco cansado.

—Oh, pero usted es diferente. Cuando está cansado le debe ser más fácil hablar inglés.

—Americano.

—Sí, americano. Se lo ruego, hable americano. Es un idioma delicioso.

—Casi nunca encuentro americanos.

—Lo debe encontrar en falta. Siempre se encuentran a faltar los compatriotas. Sobre todo a las mujeres. Yo sé algo de ello. ¿Jugamos o está demasiado cansado?

—No estoy cansado en absoluto. Era una broma. ¿Cuántos puntos de ventaja me da?

—¿Ha jugado usted mucho?

—Nada.

—Juega muy bien. ¿Diez puntos sobre cien?

—Usted me halaga.

—¿Quince?

—Perfecto, pero de todas formas me ganará.

—¿Jugamos algo? Siempre le gustaba dar interés a la partida.

—Creo que sería mejor.

—Muy bien. Entonces le doy dieciocho puntos, y jugaremos a una lira el punto.

Jugaba muy bien, y a pesar de mi ventaja, sólo tenía cuatro puntos más que él cuando llegué a cincuenta. El conde Greffi tocó un timbre de la pared para llamar al *barman*.

—Descorche una botella, por favor —dijo.

Luego, volviéndose hacia mí:

—Vamos a tomar un ligero estimulante.

El vino era muy seco y muy bueno.

—¿Y si habláramos italiano? ¿No le molestará mucho? Ahora es mi debilidad.

Continuamos jugando, saboreando el vino entre las tiradas. Hablábamos italiano, pero estábamos demasiado absortos por el juego para hablar demasiado. El conde Greffi ganó sus cien puntos, y a pesar de mi ventaja sólo llegué a noventa y cuatro. Sonrió y me golpeó el hombro.

—Ahora vamos a beber la otra botella y me hablará de la guerra.

Esperó a que yo me hubiera sentado para sentarse él.

—De todo menos de esto —dije.

—¿No quiere usted hablar de ello? Como quiera. ¿Qué es lo que ha leído?

—Nada —dije—. Tengo miedo de resultar poco interesante.

—Oh, pero usted debería leer.

—¿Qué es lo que se escribe en tiempo de guerra?

—Hay *Feu*, de un francés, Barbusse. Hay *Mr. Britling sees through it*.¹

—No. No ve nada.

—¿Cómo?

—No ve nada. Estos libros estaban en el hospital.

—Entonces, ¿ha leído?

—Sí. Pero nada bueno.

—Encontré que *Mr. Britling* era un buen estudio del alma del inglés medio.

—No sé nada del alma.

—Pobre muchacho, nadie sabe nada de ella. ¿Es usted creyente?

—Por la noche.

El conde Greffi sonrió e hizo girar el vaso entre sus dedos.

—Yo esperaba volverme más devoto al hacerme viejo, pero no, no he cambiado. Es una lástima.

—¿Le gustaría vivir después de su muerte? —pregunté, y en seguida me di cuenta que había sido idiota al hablar de muerte. Pero la palabra no le dio miedo.

—Depende de qué clase de vida. Esta vida es muy agradable. Me gustaría vivir eternamente —sonrió— y a fe mía, casi lo he conseguido.

1. El título exacto, en inglés, de la obra de H. G. Wells, es: *Mr. Britling sees it through*, cuya traducción al español corresponde, en este caso, a: *Mr. Britling ve claro*. (N. del T.)

Estábamos sentados en los grandes sillones de cuero, con el champaña en el cubo y los vasos sobre la mesa, entre nosotros.

—Si usted llega a vivir tanto tiempo como yo, encontrará cosas muy extrañas en esta vida.

—No parece usted viejo.

—Es el cuerpo el que está viejo. Algunas veces tengo miedo de romperme un dedo como se rompe un trozo de yeso. Pero mi espíritu no es viejo ni tampoco juicioso.

—Oh, estoy seguro de que es usted un sabio.

—No, la sabiduría de los viejos es un gran error. No es que se vuelvan más sabios, sino más prudentes.

—Tal vez en esto consiste la sabiduría.

—Es una sabiduría sin atractivo. ¿Qué es lo que más quiere en la vida?

—Alguien a quien quiero.

—Soy como usted. Esto no es ser sabio. ¿Le da usted valor a la vida?

—Sí.

—Yo también. Porque es todo lo que poseo y mi mayor deseo es poder ir celebrando mis aniversarios. —Se echó a reír—. Seguramente es usted más juicioso que yo. Usted no da fiestas por sus cumpleaños.

Cada uno bebió un poco de vino.

—¿Qué es lo que usted piensa realmente de la guerra? —pregunté.

—La encuentro estúpida.

—¿Quién se llevará la victoria?

—Italia.

—¿Por qué?

—Es una nación más joven.

—¿Es que las naciones jóvenes ganan siempre las guerras?

—Tienen la posibilidad de hacerlo durante un cierto período de tiempo.

—¿Y luego qué pasa?

—Se vuelven naciones viejas.

—¡Y usted me decía que no era un sabio!

—Querido muchacho, no es sabiduría, es cinismo.

—A mí esto me parece muy juicioso.

—Realmente, no. Podría darle ejemplos de lo contrario. Pero no está mal. ¿Hemos terminado el champaña?

—Casi.

—¿Bebemos un poco más? Tendré que irme a vestir en seguida.

—Quizás ya es suficiente.

—¿De verdad no quiere más?

—No, gracias.

Se levantó.

—Le deseo buena suerte y mucha felicidad, y una muy, muy buena salud.

—Gracias. Y yo le deseo que viva eternamente.

—Gracias. Ya lo hago. Y si algún día se vuelve piadoso, rece por mí si ya he muerto. He pedido esto a varios de mis amigos. Esperaba volverme piadoso, pero no ha sido así.

Me pareció notarle una sonrisa triste, pero no estaba seguro, pues era tan viejo, su cara estaba tan sumamente arrugada, que una sonrisa deformaba muchísimo los surcos y los matices se perdían.

—Tal vez me vuelva muy piadoso —dije—. De todas maneras rogaré por usted.

—Siempre había esperado volverme piadoso. Toda mi familia ha muerto muy piadosa. Pero por alguna razón yo no he llegado a serlo.

—Es demasiado pronto.

—Tal vez sea muy tarde. Quizá he sobrepasado la edad de los sentimientos religiosos.

—Yo sólo los tengo de noche.

—Entonces es que está enamorado. No olvide que esto es también un sentimiento religioso.

—¿Lo cree usted?

—Naturalmente. —Se acercó a la mesa—. Ha sido muy amable al venir a jugar conmigo.

—Lo he hecho con mucho gusto.

—Subamos juntos.

CAPÍTULO XXXVI

Aquella noche hubo una tempestad y me desperté oyendo la lluvia que golpeaba los cristales. Entraba por la ventana abierta. Alguien llamó a la puerta. Fui a abrir poco a poco para no despertar a Catherine. Era el *barman*. Llevaba abrigo y tenía el sombrero en la mano.

—¿Puedo decirle una palabra, *tenente*?

—¿Qué pasa?

—Es muy grave.

Miré a mi alrededor. La habitación estaba oscura. Vi agua en el suelo, frente a la ventana.

—Entre —le dije.

Lo conduje del brazo hasta el cuarto de baño. Cerré la puerta y di la luz. Me senté al borde de la bañera.

—¿Qué pasa, Emilio? ¿Corre usted algún peligro?

—No, es usted, *tenente*.

—¿Ah, sí?

—Le van a detener esta mañana.

—¿Ah, sí?

—He venido a avisarle. Estaba en la ciudad y he oído hablar en el café.

—Comprendo.

Estaba allí, de pie, con su abrigo mojado. Tenía el sombrero en la mano, goteando, y no decía nada.

—¿Por qué quieren detenerme?

—Por algo referente a la guerra.

—¿Sabe usted de qué se trata?

—No, pero sé que han notado su presencia aquí de paisano, cuando antes iba de uniforme. Después de la retirada detienen a todo el mundo.

Reflexioné un momento.

—¿A qué hora me tienen que detener?

—Por la mañana. No sé a qué hora.

—¿Qué me aconseja que haga?

Puso el sombrero sobre el lavabo. Estaba muy mojado y goteaba.

—Si está usted en regla, un arresto no es nada, pero siempre es desagradable estar detenido, sobre todo en los tiempos que corren.

—No quiero que me detengan.

—Entonces pase a Suiza.

—¿Cómo?

—En mi barca.

—Hace tempestad —dije.

—La tempestad ha pasado. El lago está agitado, pero puede atravesarse.

—¿Cuándo debo marchar?

—En seguida. Podrían detenerle al amanecer.

—¿Y las maletas?

—Hágalas en seguida. Haga vestir a su señora. Yo me ocuparé de las maletas.

—¿Dónde le encontraré?

—Esperaré aquí. No quiero que me vean por el pasillo.

Abrí la puerta y la cerré de nuevo. Crucé la habitación. Catherine estaba despierta.

—¿Qué pasa, querido?

—No te asustes, Cat —le dije—. ¿Qué dirás si tuvieras que vestirte en seguida y salir hacia Suiza?

—¿Y tú?

—¿Yo? Preferiría volverme a acostar.

—¿Qué pasa?

—El *barman* acaba de avisarme que vendrán a detenerme esta mañana.

—¿Es que está loco el *barman*?

—No.

—Entonces te lo ruego, querido, vístete aprisa para que podamos marchar en seguida.

Se sentó al borde de la cama. Aún tenía sueño.

—¿Aún está en el cuarto de baño el *barman*?

—Sí.

—Entonces no me lavaré. Te lo ruego, mira al otro lado. Estaré lista en un minuto.

Cuando se quitó el camisón, vi la blancura de su espalda; después volví la vista como ella lo deseaba. Empezaba a engordar y no quería que la viese así. Me vestí al son de la lluvia sobre los cristales. No tenía mucho que poner en la maleta.

—Hay mucho sitio en mi maleta, Catherine, si lo necesitas.

—Casi he terminado la mía —contestó—. Querido, vas a pensar que soy una tonta, pero, ¿por qué está el *barman* en el cuarto de baño?

—Chitón. Espera para bajarnos las maletas.

—Es muy amable.

—Es un viejo amigo —dije—. Un día por poco le mando tabaco.

Por la ventana abierta sumí la mirada en la noche oscura. No podía ver el lago; sólo la oscuridad y la lluvia. Pero el viento amainaba.

—Estoy lista, querido —dijo Catherine.

—Muy bien.

Fui hacia la puerta del cuarto de baño.

—Ya están las maletas, Emilio —dije.

El *barman* cogió las dos maletas.

—Es muy bueno en ayudarnos —dijo Catherine.

—Es lo menos que puedo hacer, señora —dijo el *barman*—. Estoy contento de poderles ayudar en tanto que ello no me cree dificultades. Escuche —me dijo—. Bajaré las maletas por la escalera de servicio y las dejaré en la barca. Ustedes salen sencillamente como si fueran de paseo.

—¡Es una hermosa noche para dar un paseo! —exclamó Catherine.

—Realmente, una noche de perros.

—Afortunadamente, tengo un paraguas —dijo Catherine.

Seguimos por el pasillo y bajamos por la gran escalera de la gruesa alfombra. Al pie de la escalera, junto a la puerta, el conserje estaba sentado en su despacho. Pareció sorprendido al vernos.

—¿No irá usted a salir, señor? —dijo.

—Sí —dije—. Queremos ver la tempestad sobre el lago.

—¿No tiene paraguas, señor?

—No —repuse—. Este abrigo es impermeable.

Lo miró escépticamente.

—Voy a buscarle un paraguas —dijo.

Desapareció y volvió con un gran paraguas.

—Es un poco grande, señor —dijo.

Le di un billete de diez liras.

—¡Oh, el señor es demasiado bueno! —dijo—. Muchas gracias.

Sostuve la puerta y avanzamos bajo la lluvia. Sonrió a Catherine y ésta le devolvió la sonrisa.

—No se queden bajo la tempestad —dijo—. *You will get wet, sir and lady.*¹

Era el suplente del conserje. En su inglés se notaba aún la traducción literal.

—Volveremos pronto —dije.

Bajamos por el camino, protegidos por el gigantesco paraguas y, a través de la oscuridad de los mojados jardines, llegamos a la carretera, y luego al camino embarrado que bordeaba el lago. El viento soplaba a ras del suelo. Era un viento de noviembre frío y húmedo, que indicaba que nevaba en las montañas. Pasamos frente a las barcas amarradas a las calas, a lo largo del muelle, y llegamos al sitio donde estaba la barca del *barman*. El agua estaba negra como la pez. El *barman* salió de detrás de la hilera de árboles.

—Las maletas están en la barca —dijo.

—Quiero pagarle la barca —ofrecí.

—¿Cuánto dinero tiene?

—No mucho.

—Ya me lo mandará más adelante. Vamos.

—¿Cuánto?

—Lo que quiera.

—Dígame cuánto.

—Si sale adelante, mándeme quinientas liras. Entonces le dará lo mismo.

1. En español: «El señor y la señora van a hacerse mojar».

—De acuerdo.

—Tenga bocadillos. —Me dio un paquete—. Es todo lo que había en el bar. Todo está aquí. Esto es una botella de aguardiente y esto una botella de vino.

La puse en mi maleta.

—Déjeme pagarle esto, al menos.

—Si usted lo quiere... Deme cincuenta liras.

Se las di.

—El aguardiente es bueno —dijo—. No tenga reparo en darle a la señora. Tendrían que embarcar.

Sujetó la barca, que se elevaba y bajaba a lo largo del muro, y yo ayudé a Catherine a subir. Se sentó atrás y se envolvió en su abrigo.

—¿Sabe usted la dirección?

—Sí, hay que remontar el río.

—¿Sabe hasta dónde?

—Pasado Luino.

—Hasta después de Luino, y Cannero, y Cannobio, y Tranzano. No estarán en Suiza hasta Brissago. Tienen que dejar atrás Monte Tamara.

—¿Qué hora es? —preguntó Catherine.

—Son las once —le contesté.

—Si rema siempre, tendrían que estar allí alrededor de las siete de la mañana.

—¿Está tan lejos?

—Treinta y cinco kilómetros.

—¿Cómo nos guiaremos? Con esta lluvia tendríamos que tener una brújula.

—No. Vayan hasta Isola Bella. Luego, al otro lado de Isola Madre, sigan el viento. El viento les empujará hasta Pallanza. Verán las luces. Luego sólo tienen que seguir el río.

—Tal vez el viento cambie.

—No. Este viento durará tres días. Baja directamente del Mattarone. Aquí hay un cubo para vaciar la barca.

—Déjeme darle algo a cuenta para pagarle la barca.

—No. Prefiero correr el riesgo. Si sale bien, ya me pagará lo que pueda.

—Está bien.

—No creo que se ahoguen.

—Tanto mejor.

—Vayan siempre siguiendo al viento.

—Entendido.

Subí a la barca.

—¿Ha dejado algo para pagar la nota del hotel?

—Sí, en un sobre, en la habitación.

—Muy bien. Buena suerte, *tenente*.

—Buena suerte. Mil gracias.

—No me dará tantas gracias si se ahogan.

—¿Qué dice? —me preguntó Catherine.

—Dice buena suerte.

—Buena suerte —dijo Catherine—. Muchas gracias.

—¿Preparados?

—Sí.

Se agachó y nos empujó adentrándonos en el lago. Hundí los remos en el agua y agité la mano. El *barman* nos despidió con un ademán. Veía la luces del hotel y remé hacia dentro, recto, hasta que hubieron desaparecido. Las olas eran fuertes, pero el viento venía de atrás.

CAPÍTULO XXXVII

Remaba en la oscuridad de manera que el viento me daba siempre en la cara. Había parado de llover. Sólo algunas gotas caían de vez en cuando. Estaba muy oscuro y el viento era frío. Podía ver a Catherine atrás, pero no podía ver el agua donde se hundían los remos. Éstos eran largos y no tenían cuero para impedir que se deslizaran. Bajaba, me levantaba, me inclinaba hacia delante, encontraba el agua, hundía los remos, bajaba; en resumen, remaba aunque mal. No me preocupaba en volver los remos planos, porque el viento nos empujaba. Sabía que se me harían ampollas, y quería retrasar este accidente al máximo. La barca era ligera y la navegación era fácil. Yo los mantenía en el agua oscura. No veía nada, y esperaba que llegaríamos pronto a Pallanza.

No vimos nunca Pallanza. El viento soplaba de través. En la oscuridad doblamos la punta que esconde Pallanza y nunca vimos sus luces. Cuando, por fin, más tarde, vimos luces, junto a la orilla, era Intra. Pero durante mucho tiempo no vimos más luces ni orilla. Llevados por las olas avanzábamos constantemente en la oscuridad. A veces, cuando una ola levantaba la barca, los remos, en la oscuridad golpeaban el vacío. De repente nos encontramos contra la orilla, junto a los arrecifes que se levantaron a nuestro lado. Las olas rompían allí, saltaban muy altas y caían de nuevo. Bajé el remo derecho y empujé el agua con el izquierdo, y volvimos hacia dentro. La punta estaba fuera de vista y remontábamos el río.

—Estamos en el centro del lago —dije a Catherine.

—¿No teníamos que ver Pallanza?

—Hemos ido por otro sitio.

—¿Cómo estás, querido?

—Bien.

—Podría coger los remos un rato.

—No. Voy bien.

—¡Pobre Ferguson! —dijo Catherine—. Por la mañana irá al hotel y nos encontrará fuera.

—Más me preocupa llegar a la zona suiza antes del amanecer, para que los aduaneros no nos vean.

—¿Está lejos?

—A unos treinta kilómetros.

Remé toda la noche. Al fin tenía las manos tan maltrechas que casi no podía sostener los remos. Varias veces estuvimos a punto de estrellarnos contra la orilla. No me separaba mucho del borde porque tenía miedo de extraviarme adentro y perder tiempo. A veces estábamos tan cerca que podíamos distinguir una hilera de árboles, la carretera costera y las montañas detrás. La lluvia paró, el viento ahuyentó las nubes y salió la luna; y, volviéndome vi la punta de Castagnola y el lago que cabrilleaba y, más lejos, la luna sobre las altas montañas nevadas. Luego la luna se escondió de nuevo detrás de las nubes, y las montañas y el lago desaparecieron, pero estaba mucho más claro que antes y podíamos ver la orilla. La veía incluso muy claramente y me alejé para no hacer visible nuestra barca, en el caso de que los aduaneros vigilasen el camino de Pallanza. Cuando la luna reapareció, advertimos las manchas blancas de las villas, en la orilla y en los flancos de las montañas, y la línea blanca de la carretera entre los árboles. No había parado de remar ni un minuto.

El lago se ensanchaba y, en la orilla, al pie de las montañas, al otro lado, vimos luces. Luino, seguramente. Había visto una brecha cuneiforme entre las montañas, en la otra orilla; es lo que me hizo pensar que debía ser Luino. Si era verdad, habíamos ido bien. Levanté los remos y me dejé caer en el banco. Estaba muy cansado de remar. Los brazos, los hombros y los riñones me dolían mucho, y tenía las manos maltrechas.

—Podría abrir el paraguas —dijo Catherine—. Podríamos ir a la vela con este viento.

—¿Eres capaz de dirigir?

—Me parece que sí.

—Entonces coge el remo, manténlo bajo el brazo, contra el borde de la barca, y conduce; yo sostendré el paraguas.

Fui atrás para enseñarle cómo tenía que sujetar el remo. Cogí el gran paraguas que nos había dado el conserje, me senté frente a la proa y lo abrí. Se abrió bruscamente. A caballo sobre el mango, cuyo puño estaba sujeto al banco, lo cogí por los dos lados. Dentro el viento se engolfaba de lleno y noté cómo la barca corría, mientras yo me agarraba lo más fuerte posible a las varillas. El empuje era vigoroso; la barca corría mucho.

—Vamos maravillosamente —dijo Catherine.

Sólo veía las varillas del paraguas. El paraguas se extendía, estiraba, y sentía cómo nos llevaba. Sólidamente apuntalado sobre las piernas, me esforzaba en retenerlo cuando una ráfaga lateral lo giró bruscamente. Sentí que una varilla me cruzaba la frente. Probé de alcanzar la punta que se doblaba bajo el viento, pero se había vuelto completamente y me encontré a caballo de un paraguas hecho jirones, donde un minuto antes había una vela hinchada de viento. Desaté el puño del banco, puse el paraguas a proa y fui a coger el remo a Catherine. Ella se reía. Me cogió la mano sin parar de reír.

—¿Qué es lo que te pasa?

Cogí el remo.

—¡Oh! Estabas tan gracioso con este trasto en las manos...

—Ya lo supongo, en efecto.

—No te enfades, querido. ¡Era tan cómico! Parecías tener veinte pies de ancho y te agarrabas tan afectuosamente a los bordes del paraguas.

Se atragantó.

—Voy a remar.

—Descansa y bebe un poco. Hace buena noche y hemos ido bien.

—Tengo que vigilar la barca para que no se hunda entre las olas.

—Voy a darte de beber. Descansa un poco, querido.

Los remos que tenía en el aire nos servían de velas. Catherine abrió la maleta. Me dio la botella de aguardiente. La destapé con

mi cortaplumas y bebí un gran trago. Era dulce y caliente, y su ardor me invadió, y me sentí animado y contento.

—Es un aguardiente estupendo —dije.

La luna se había ocultado de nuevo, pero podía distinguir las orillas. Me pareció ver otro pico, muy lejos, frente a nosotros.

—¿Estás bastante caliente, Cat?

—Estoy divinamente. Sólo siento un poco de agujetas.

—Entonces vacía el agua y podrás extender las piernas.

Volví a remar mientras escuchaba el ruido de los toletes, la inmersión y el roce del cubo de hojalata bajo el banco de popa.

—¿Podrías darme el cubo? —imploré—. Quisiera beber.

—Está muy sucio.

—Es igual. Ya lo lavaré.

Oí cómo Catherine lo limpiaba por encima de la borda. Luego me lo pasó lleno de agua. El aguardiente me había alterado, y el agua estaba helada, tan fría, que me hizo daño a los dientes. Miré hacia la orilla. Nos habíamos acercado al alto pico. En la bahía había luces.

—Gracias —dije, y le devolví el cubo de hojalata.

—A tu disposición —dijo Catherine—. Aún hay otro si lo quieres.

—¿No notas necesidad de comer algo?

—No. Pero pronto tendré hambre. Tenemos que guardar las provisiones para cuando esto ocurra.

—Muy bien.

Lo que parecía un pico era un gran promontorio alargado. Me adentré para doblarlo. El lago se había estrechado. La luna había vuelto a aparecer y los *guardia di finanza* habrían podido ver muy bien nuestra embarcación si hubiesen vigilado.

—¿Cómo te encuentras, Cat? —le pregunté.

—Bien. ¿Dónde estamos?

—No creo que nos queden por hacer más de ocho millas ahora.

—Aún tendrás que remar mucho rato, mi pobre querido. ¿No te has muerto de cansancio?

—No, estoy bien. Sólo me duelen las manos.

Continuamos nuestro viaje. Había una hendidura entre las montañas, en la orilla derecha. El terreno se allanaba hasta la línea costera muy baja. Pensé que aquello debía ser Cannobio.

Procuraba mantenerme en el centro, pues era el momento en que más peligro teníamos de encontrar a los *guardia*. En la otra orilla, frente a nosotros se elevaba una alta montaña con la cumbre redondeada. Estaba cansado. La distancia que aún teníamos que recorrer no era larga, pero, cuando se está cansado, todo parece muy largo. Sabía que tenía que dejar atrás esta montaña y remontar el río durante al menos cinco millas antes de encontrarme en aguas suizas. La luna iba a ponerse, pero aún no había desaparecido cuando el cielo se cubrió de nuevo, y la oscuridad fue profunda. Continué en el centro. De vez en cuando paraba de remar para descansar y mantenía los remos de manera que el viento les diera de plano.

—Déjame remar un poco —dijo Catherine.

—No creo que esté indicado en tu caso.

—Tú desatinas. Me irá muy bien. Impedirá que me anquiloze.

—Creo que harías mejor absteniéndote, Cat.

—Tú desatinas. El remo, de una manera moderada, lo recomiendan a las mujeres encinta.

—¿De verdad? Entonces rema un poco... de una manera moderada. Voy a sentarme detrás. Tú, ven aquí. Agárrate a los dos lados cuando vengas.

Me levanté el cuello, me instalé detrás y miré cómo Catherine remaba. Lo hacía muy bien, pero los remos eran muy largos y la molestaban. Abrí la maleta y comí dos bocadillos; luego bebí un trago de aguardiente. En seguida vi las cosas bajo un aspecto menos sombrío, y bebí otro trago.

—Avísame así que estés cansada —dije. Luego, un rato después, añadí—: Ve con cuidado de no golpearte el vientre con los remos.

—Si para esto —dijo Catherine entre dos esfuerzos—, tal vez simplificaría mucho la vida.

Bebí un poco de coñac.

—¿Qué tal vas?

—Bien.

—Dímelo cuando quieras dejarlo.

—Sí.

Bebí otro trago de aguardiente. Después, apoyándome en los bordes, me adelanté.

—No, va divinamente.

—Vuelve atrás. Estoy completamente descansado.

Durante un rato, gracias al aguardiente remé con facilidad y sin interrupción. Luego empecé a fallar las olas y, muy pronto, sólo iba sosteniéndome. Tenía un gusto negruzco de bilis en la boca, por haber remado demasiado fuerte después del aguardiente.

—¿Quieres darme agua? —dije.

—Es sencillo —contestó Catherine.

Al amanecer empezó a llover. El viento había parado o tal vez estábamos protegidos por las montañas que rodeaban el lago. Cuando vi que iba a hacerse de día, hice un esfuerzo y volví a remar vigorosamente. No sabía dónde estábamos y quería llegar a la zona suiza. Al apuntar el día estábamos muy cerca de la orilla. Podía ver las rocas y los árboles.

—¿Qué es esto? —dijo Catherine.

Descansé sobre los remos y escuché. Era una canoa automovil que petardeaba en el lago. Me acerqué a la orilla y permanecí quieto. El ruido se acercaba y vimos la canoa, bajo la lluvia, un poco más atrás. Había cuatro *guardia di finanza* en la popa. Llevaban sus sombreros *alpini* bien calados, el cuello de sus capotes levantado y las carabinas en bandolera. Todos parecían medio dormidos, por ser tan temprano. Distinguí el color amarillo de sus capotes. La canoa nos adelantó y desapareció bajo la lluvia.

Volví al centro. Si estábamos tan cerca de la frontera, no quería que nos llamara un centinela de la carretera. Me mantuve a una distancia que nos permitiera justo distinguir la orilla y remé bajo la lluvia durante tres cuartos de hora. Volvimos a oír una canoa automóvil. Me detuve y esperé hasta que el ruido del motor se alejó por el lago.

—Me parece que ya estamos en Suiza, Cat —le dije.

—¿De verdad?

—No lo podremos saber hasta que veamos soldados suizos.

—O la marina suiza.

—Por lo que nos concierne, la marina suiza no es una broma. Seguramente que la segunda canoa que hemos oído pertenecía a la marina suiza.

—Si estamos en Suiza tenemos que hacer un buen desayuno.

Hay unos panecillos maravillosos en Suiza, y mantequilla, y mermelada.

* * *

Era completamente de día y caía una lluvia muy fina. La brisa seguía soplando en el lago y veíamos huir las olas encrespándose hacia el extremo del lago. Estaba seguro de que estábamos en Suiza. Había muchas casas en la espesura por detrás de la orilla, y, más arriba, un pueblo con casas de piedra, villas en la ribera y una iglesia. Había vigilado la carretera costera para ver si había guardianes. No había visto ninguno. La carretera costea el lago por aquel lugar y vi a un soldado que salía de un café. Llevaba un uniforme gris verde y un casco como los alemanes. Su rostro respiraba salud. Llevaba un bigote pequeño que parecía un cepillo de dientes. Nos miró.

—Hazle una seña —dije a Catherine.

Moví la mano y el soldado sonrió, turbado, y contestó también con la mano. Remé más lentamente. Pasábamos frente al pueblo.

—Debe hacer rato que ya hemos pasado la frontera —dije.

—Tenemos que estar muy seguros, querido. No quisiera que nos devolvieran a Italia.

—La frontera está lejos, detrás de nosotros. Me parece que estamos en el pueblo aduanero. Casi estoy seguro de que es Brissago.

—¿No habrá algún italiano aquí? Siempre hay gente de los dos países en las Aduanas.

—No en tiempo de guerra. No creo que dejen pasar la frontera a los italianos.

Era una pequeña ciudad de aspecto agradable. Había muchas barcas de pesca, a lo largo del muelle, y redes tendidas sobre los tablados. Caía una fina lluvia de noviembre, pero, a pesar de la lluvia todo parecía limpio y alegre.

—¿Quieres que abordemos aquí para desayunar?

—Perfectamente.

Forcé el remo izquierdo para acercarme a la orilla y después, cuando estuvimos contra el muelle, enderecé la barca para poder atracar. Después de sujetar los remos, cogí una anilla de

hierro y salté a la piedra húmeda. Estaba en Suiza. Até la barca y tendí la mano a Catherine.

—Ven pronto, Cat. Es una sensación magnífica.

—¿Y las maletas?

—Déjalas en la barca.

Catherine desembarcó. Estábamos juntos en Suiza.

—¡Qué hermoso país! —dijo.

—¿Verdad que es bonito?

—Vamos a desayunar.

—¿No es un país estupendo? Lo noto bajo los pies.

—Estoy tan anquilosada que aún no me doy cuenta de nada.

Pero, verdaderamente, tengo la impresión de que es un lugar magnífico. Querido, ¿te das cuenta de que estamos aquí, en Suiza, lejos de aquel sucio país?

—Sí, me doy cuenta, me doy cuenta completamente. Me parece que hoy es el primer día que me doy verdadera cuenta de algo.

—Mira las casas. ¿No es bonita esta plaza? Mira, un buen sitio para desayunar.

—Y esta lluvia, ¿no es bonita también? En Italia no llueve de esta manera. Aquí es una lluvia alegre.

—Y estamos en Suiza, querido. ¿Te das perfecta cuenta de que estamos en Suiza?

Entramos en el café y nos sentamos a una mesa de madera, muy limpia. Estábamos locos de alegría. Una mujer magnífica con delantal, de aspecto muy limpio, vino a preguntarnos qué queríamos.

—Panecillos, mermelada y café —dijo Catherine.

—Lo siento, pero desde la guerra que no tenemos panecillos.

—Entonces pan corriente.

—Puedo hacerles tostadas.

—También quisiera huevos al plato.

—¿Cuántos huevos para el señor?

—Tres.

—Toma cuatro, querido.

—Cuatro huevos..

La mujer se alejó. Besé a Catherine y cogí su mano muy apretada en la mía. Nos mirábamos y contemplábamos la sala.

—Querido, querido, ¿no es delicioso?

—Es maravilloso —dije.

—Me es igual que no tengan panecillos —dijo Catherine—. Toda la noche he pensado en ellos, pero me da lo mismo.

—Supongo que no tardarán en detenernos.

—No importa, querido. Desayunaremos primero. Después de desayunar no tendrá importancia. Y además no pueden hacernos nada. Somos un ciudadano inglés y otro americano en regla.

—Tienes tu pasaporte, ¿no es verdad?

—Naturalmente. ¡Oh, no hablemos de esto! Seamos felices.

—No podría ser más feliz de lo que soy —dije.

Una gran gata gris, con la cola en penacho, se acercó a nuestra mesa y rozó mi pierna runruneando. Me incliné para acariciarla. Catherine me sonrió feliz.

—Aquí está el café —dijo.

* * *

Nos detuvieron después de desayunar. Hicimos un pequeño paseo por la ciudad y después bajamos al muelle para buscar las maletas. Un soldado hacía guardia junto a la barca.

—¿Es de ustedes esta barca?

—Sí.

—¿De dónde vienen?

—Del extremo del lago.

—Entonces tendré que pedirles que me sigan.

—¿Y las maletas?

—Pueden llevarlas.

Yo llevé las maletas y Catherine andaba a mi lado. El soldado nos siguió hasta la Aduana. En la Aduana un teniente muy delgado y muy militar nos interrogó.

—¿Qué nacionalidad?

—Soy americano y la señora es inglesa.

—Enséñenme los pasaportes.

Le di el mío y Catherine buscó el suyo en el bolso.

Los examinó largo tiempo.

—¿Por qué entran en Suiza de esta forma, en barca?

—Soy un deportista —dije—. El remo es mi deporte favorito. Remo siempre que se me presenta la ocasión.

- ¿Por qué vienen a Suiza?
- Para los deportes de invierno. Viajamos como turistas y queremos practicar deportes de invierno.
- Aquí no es lugar para practicar deportes de invierno.
- Lo sé. Queremos ir donde se pueda hacer deportes de invierno.
- ¿Qué hacían en Italia?
- Estudiaba arquitectura y mi prima estudiaba pintura.
- ¿Por qué se han ido?
- Queríamos practicar deportes de invierno. Con esta guerra no hay manera de estudiar arquitectura.
- Quédense aquí —dijo el teniente.
- Desapareció con nuestros pasaportes.
- Eres estupendo, querido —dijo Catherine—. Continúa así. Quieres practicar deportes de invierno.
- ¿Sabes algo de pintura?
- Rubens —me contestó.
- Alto y gordo —dije.
- Ticiano —dijo Catherine.
- Cabellos rubios... rubio Ticiano. ¿Y Mantegna?
- ¡Oh, no me pongas pegas! —dijo Catherine—. No obstante, a éste también lo conozco. Muy rudo.
- Muy rudo —dije—, seguro. Señales de clavos por todas partes.
- ¿Ves cómo seré una preciosa esposa? —inquirió Catherine—. Podré hablar de pintura con tus clientes.
- Ya están aquí —dije.
- El teniente alto y delgado cruzaba la Aduana con nuestros pasaportes en la mano.
- Me veo obligado a enviarlos a Locarno —dijo—. Pueden coger un coche. Un soldado los acompañará.
- Muy bien —asentí—. ¿Y la barca?
- La barca queda confiscada. ¿Qué llevan en sus maletas? Registró las dos maletas y confiscó la botella de *whisky*.
- ¿Quiere usted que bebamos juntos? —le pregunté.
- No, gracias. —Se enderezó— ¿Cuánto dinero tiene?
- Dos mil quinientas liras.
- Se quedó favorablemente impresionado.
- ¿Cuánto tiene su prima?

Catherine tenía algo más de mil doscientas liras. El teniente se mostró satisfecho. Su actitud se volvió menos altanera.

—Si quieren practicar deportes de invierno —dijo—, Wengen es el único lugar. Mi padre tiene un hotel en Wengen. Está abierto todo el año.

—Perfectamente —dijo—. ¿Podría darme la dirección?

—Voy a escribírsela en una tarjeta.

Me dio la tarjeta atentamente.

—El soldado los conducirá hasta Locarno. Se cuidará de sus pasaportes. Lo siento, pero es necesario. Casi estoy seguro de que en Locarno les darán un visado o un permiso de residencia.

Dio los pasaportes al soldado y, con las maletas en la mano, fuimos al pueblo en busca de un coche.

—¡Eh!

El teniente llamó al soldado. Le dijo algo en dialecto alemán. El soldado se puso el fusil al hombro y cogió las maletas.

—¡Qué país tan estupendo! —dijo a Catherine.

—¡Y tan práctico!

—Muchas gracias —dijo al teniente.

Saludó con la mano.

—*Service* —dijo.

Seguimos a nuestro guardia a través de la ciudad.

Fuimos a Locarno en coche. El soldado subió al asiento junto al cochero. En Locarno todo fue muy bien. Nos interrogaron, pero muy atentamente a causa de nuestros pasaportes y de nuestro dinero. Estoy seguro de que no creyeron una sola palabra de mi historia y yo mismo la encontraba estúpida, pero era algo así como hallarse delante de un tribunal, al que no le preocupara que las cosas fueran razonables o no, en tanto fueran técnicamente perfectas y que pudieran aceptarse legalmente. Teníamos pasaportes y dinero para gastar, así es que nos dieron un visado provisional. En cualquier momento nos podían retirar el visado y donde fuéramos tendríamos que hacer una declaración a la policía.

—¿Somos libres de ir adonde queramos? ¿Adónde queríamos ir?

—¿Adónde quieres ir, Cat?

—A Montreux.

—Es un sitio muy bonito —dijo el empleado—. Creo que les gustará.

—Aquí, en Locarno, también se está muy bien —dijo otro empleado—. Estoy seguro de que les gustará mucho estar aquí, en Locarno. Es una ciudad muy bonita.

—Buscamos una ciudad donde podamos practicar deportes de invierno.

—No se hacen deportes de invierno en Montreux.

—Perdone —dijo el otro empleado—. Soy de Montreux. Se hacen deportes de invierno sobre Montreux-Oberland-Bernois. No puede decirme lo contrario.

—No digo lo contrario. Sólo digo que no se hacen deportes de invierno en Montreux.

—Pongo en duda esta afirmación. Yo mismo he corrido en trineo de patines por las calles de Montreux. No lo he hecho una vez, sino cien veces. El trineo de patines es, en verdad, un deporte de invierno.

El segundo empleado se volvió hacia mí.

—¿Usted cree que el trineo de patines es un deporte de invierno, señor? Créame, estarán muy bien aquí, en Locarno. Verán que el clima es sano y los alrededores preciosos. Se divertirán.

—El señor ha expresado el deseo de ir a Montreux.

—¿Qué es eso del trineo de patines? —pregunté.

—¿Ve? ¡Ni tan siquiera ha oído hablar nunca del trineo de patines!

Esto tuvo una gran importancia para el segundo empleado. Lo dejó muy satisfecho.

—El trineo de patines —dijo el primero— es como el tobogán.

—Perdone. —El otro empleado movió la cabeza—. Me permito contradecirle. El tobogán es muy diferente al trineo de patines. Los toboganes los fabrican en el Canadá con superficies planas; el trineo de patines es un trineo corriente montado sobre patines. Hay que decir lo que sea justo.

—¿Podríamos ir en tobogán allí? —pregunté.

—Claro que sí, naturalmente. Podrían ir en tobogán —dijo el primer empleado—. Podrían ir perfectamente en tobogán. En Montreux venden excelentes toboganes canadienses. Compran todos los toboganes en el extranjero.

El segundo empleado se volvió.

—Para el tobogán —dijo— se necesita una pista especial. No podrán ir en tobogán por las calles de Montreux. ¿Por dónde han venido?

—Aún no lo sé —dije—. Llegamos de Brissago. Nuestro coche está en la puerta.

—Hacen bien en ir a Montreux —dijo el primer empleado—. Encontrarán un buen clima, muy agradable. Y tendrán los deportes de invierno a la puerta.

—Si realmente quieren deportes de invierno, tienen que ir al Engadine o a Murren. Considero que mi deber es protestar contra este consejo de ir a Montreux para los deportes de invierno.

—En los Avants, sobre Montreux, hay excelentes deportes de invierno de todas clases.

El campeón de Montreux fulminó a su colega con la mirada.

—Señores —dije—, me parece que deberíamos retirarnos. Mi prima está muy satisfecha. Iremos provisionalmente a Montreux.

—Los felicito.

El primer empleado me estrechó la mano.

—Me temo que sentirán haber dejado Locarno —dijo el segundo empleado—. De todas formas deben presentarse a la policía de Montreux.

—No tendrán complicaciones con la policía —me aseguró el primer empleado—. Ya verán que todos los habitantes son extremadamente amables y cordiales.

—Les doy muchas gracias a los dos —dije—. Apreciamos muchísimo sus consejos.

—Adiós —saludó Catherine—. Muchas gracias.

Nos acompañaron hasta la puerta, inclinándose, el campeón de Locarno con un poco de frialdad. Bajamos los peldaños y volvimos a subir al coche.

—¡Por todos los dioses! Querido —dijo Catherine—, ¿no podríamos haber salido antes?

Di al cochero la dirección de un hotel que me había recomendado uno de los empleados. Cogió las riendas.

—Te has olvidado del ejército —dijo Catherine.

El soldado estaba de pie, junto al coche. Le di un billete de diez liras.

—Aún no tengo dinero suizo —dije.

Me dio las gracias, saludó y se marchó. El cochero se puso en marcha hacia el hotel.

—¿Cómo se te ha ocurrido escoger Montreux? —pregunté a Catherine—. ¿Es que realmente quieres ir allí?

—Es la primera ciudad que me ha venido a la memoria —me contestó—. No es agradable. Ya encontraremos algún buen sitio en la montaña.

—¿Tienes sueño?

—Ahora, sí.

—Verás qué bien dormiremos. Pobre Catherine, has pasado una noche muy mala.

—De todas maneras ha sido divertido —dijo Catherine—, sobre todo cuando sostenías el paraguas.

—¿Tienes la impresión de que estamos en Suiza?

—No, tengo miedo de despertarme y comprobar que no es verdad.

—Yo también.

—¿Es verdad? Dime, querido. ¿No será que voy a acompañarte a la *stazione* de Milán a ver cómo te vas?

—Espero que no sea así.

—No digas eso. Tengo miedo. Tal vez vamos allí.

—Estoy tan extenuado que ya no sé nada.

—Enséñame las manos.

Las enseñé. Estaban en carne viva.

Me sentía cansadísimo y con la cabeza atontada. Toda la excitación había desaparecido. El coche recorría las calles.

—¡Pobres manos! —exclamó Catherine.

—No me las toques —dije—. ¡Al diablo si sé dónde estamos! ¿Adónde vamos cochero?

El cochero detuvo el caballo.

—Al Hotel Metropole. ¿No es aquí donde deseaban ir ustedes?

—Sí —contesté—. ¿Vas bien, Catherine?

—Muy bien, querido. No te pongas nervioso. Dormiremos bien y mañana ya no estarás cansado.

—Sí, tengo la sensación de estar borracho —dije—. Hemos

pasado un día que parece una ópera cómica. En realidad, quizás es que tengo hambre.

—Sencillamente, es que te encuentras cansado, querido. Ya se te pasará.

El cochero se paró frente al hotel. Alguien salió para recoger las maletas.

—Me encuentro bien —dije.

Estábamos en la acera delante del hotel.

—Estoy segura de que te pasará. Estás cansado, eso es todo. Hace mucho rato que estás de pie.

—En fin, lo que sí es seguro es que hemos llegado.

—Sí, estamos aquí de verdad.

Entramos en el hotel detrás del mozo que traía las maletas.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO XXXVIII

Aquel año la nieve llegó muy tarde. Vivíamos en un chalet de color pardo, en medio de abetos, en la ladera de la montaña. Por las noches helaba, y en los jarros de agua, de encima la cómoda, había cada mañana una fina capa de hielo. Por la mañana, *madame* Cuttingen entraba temprano en la habitación para cerrar las ventanas y encender una gran estufa de piedra. La madera de abeto crujía, lanzaba chispas, luego el fuego crepitaba en la estufa y cuando, por segunda vez, *madame* Cuttingen entraba en la habitación, traía grandes tocones para el fuego y un jarro de agua caliente. Cuando la habitación se había calentado, traía el desayuno. Sentados en la cama, mientras nos desayunábamos, contemplábamos el lago y las montañas del otro lado, de la orilla francesa. Había nieve en las cumbres de las montañas y el lago era de un color acerado gris-azul.

Fuera, frente al chalet, un camino subía hacia la montaña. Las rodadas y los hoyos estaban duros como el hierro a causa de la helada. El camino subía directamente a través del bosque, y, rodeando la montaña, atravesaba las praderas, uniendo granjas y chozas que en ellas había, dirigiéndose luego al lindero de los bosques, por encima del valle. Éste era profundo y, en el fondo, había un arroyo que iba a parar al lago, y cuando el viento soplabla en el valle se oía el ruido del agua sobre las piedras.

Algunas veces dejábamos el camino para seguir un atajo a través de los abetos. El suelo del bosque era suave bajo los pies. La helada no lo endurecía como endurecía el camino. Pero poco nos importaba la dureza del camino, ya que llevábamos

clavos en las suelas y en los tacones de los zapatos, y los clavos se hundían en las rodadas heladas. Con esta clase de calzado era agradable y vivificante andar por los caminos. Pero era todavía más encantador andar por los bosques.

Frente a la casa que habitábamos, la montaña bajaba perpendicularmente hacia una pequeña llanura a la orilla del lago, y nos sentábamos en la galería de la casa, al sol, y veíamos el camino que serpenteaba por los flancos montañosos, y los viñedos en arriates en la vertiente de la menos alta de las montañas, con las vides que el invierno había matado y los muros de piedra que separaban los campos y, por debajo de los viñedos, las casas de la ciudad en la llanura reducida, a la orilla del lago. En éste había una isla con dos árboles, que se parecían mucho a las dos velas de una barca de pesca. Las montañas del otro extremo del lago eran abruptas y escarpadas y, a lo lejos, al extremo del lago, se extendía el valle del Ródano, muy liso entre dos hileras de montañas. Remontando el valle, en la hendidura montañosa, se encontraba el Dent du Midi. Era una alta montaña nevada que dominaba el valle pero estaba tan lejos que no hacía sombra.

Cuando el sol era fuerte, comíamos en la galería, pero si no lo era comíamos arriba, en una pequeña habitación que tenía las paredes de madera natural, y una gran estufa en un rincón. Compramos libros y revistas en la ciudad, y un ejemplar de *Hoyle*, y aprendimos muchos juegos de cartas para dos. La pequeña habitación de la estufa era nuestro salón. Había dos sillas muy cómodas y una mesa para los libros y las revistas; y cuando la habían levantado, jugábamos a cartas en la mesa de comer. El señor y la señora Guttingen ocupaban los bajos, y a veces los oíamos hablar por la noche, y, juntos, también eran muy felices. Él había sido *maitre d'hôtel* y ella camarera en el mismo hotel, y habían hecho economías para poder comprar esta casa. Tenían un hijo que hacía el aprendizaje para ser mayordomo. Estaba en un hotel de Zurich. En los bajos había una sala donde vendían vino y cerveza, y algunas veces al atardecer, oíamos carreteros que se paraban en el camino, y los hombres subían los peldaños para ir a la sala, a beber un vaso de vino.

En el pasillo, junto a la puerta del salón, había una arca para la

leña. Servía para alimentar nuestro fuego. Pero nunca velábamos hasta muy tarde. Nos acostábamos en la oscuridad, en la gran habitación, y una vez desnudo abría las ventanas, contemplaba la noche, las estrellas heladas y los abetos bajo la ventana, y corría muy aprisa a meterme en la cama. Se estaba muy bien en ella, con la noche más allá de la ventana y con un aire tan frío y tan puro. Dormíamos profundamente y, si me despertaba, ya sabía el único motivo; tiraba más arriba el edredón de pluma, con suavidad para no despertar a Catherine, y volvía a dormirme, muy caliente, bajo la novedad de las mantas tan ligeras y suaves. La guerra me parecía tan lejos como los partidos de fútbol de cualquier colegio. Pero sabía por los periódicos que aún luchaban en las montañas porque todavía no nevaba.

* * *

Algunas veces bajábamos a pie hasta Montreux. Había un atajo que venía de la montaña, pero era muy perpendicular y, generalmente, íbamos por la carretera, sobre el camino ancho y duro, y andábamos entre los campos, luego, más abajo, por entre las casas de los pueblos que encontrábamos a nuestro paso. Había tres pueblos: Cherneux, Fontanivent y otro cuyo nombre he olvidado. Siguiendo nuestro camino pasábamos frente a un viejo castillo de piedra. Elevaba su mole cuadrada sobre una especie de plataforma en la ladera de la montaña, con viñedos en arriates, cada cepa atada a un tutor, las viñas secas y pardas, y la tierra preparada para la nieve, y abajo, el lago, liso y gris como el acero. La carretera hacía mucha pendiente, después del castillo, en seguida tiraba a la derecha y por fin entraba en Montreux por una bajada muy pronunciada, llena de puntiagudas piedras.

No conocíamos a nadie en Montreux. Bordeábamos el lago, mirábamos los cisnes y la gran cantidad de gaviotas y golondrinas marinas que huían al acercarnos nosotros y graznaban mirando el agua. En el centro había bandadas de somormujos, pequeños y negros, que al nadar trazaban estelas en el agua. Por la ciudad seguíamos la calle mayor mirando los escaparates de los almacenes. Había muchos grandes hoteles cerrados, pero la

mayoría de los almacenes estaban abiertos y la gente estaba muy contenta de vernos. Había un gran salón de peluquería en el cual un día entró Catherine para hacerse arreglar el pelo. La mujer que lo dirigía era muy jovial y era la única persona que conocíamos en Montreux. Para esperar a Catherine fui a una cervecería donde bebí cerveza negra de Munich mientras leía los periódicos.

Leí el *Corriere della Sera* y los periódicos ingleses y americanos de París. Habían suprimido todos los anuncios, seguramente para impedir comunicarse por este medio con el enemigo. Los periódicos no traían nada bueno. Todo iba muy mal, por todas partes.

Estaba sentado en un rincón de la sala, con un gran jarro de cerveza negra y una bolsa de papel, llena de *bretzels*. Me gustan los *bretzels* por su sabor salado y también por el buen gusto que daban a la cerveza, mientras leía las noticias del desastre. Esperaba la llegada de Catherine que no venía. Volví el periódico a su sitio y subí por la calle para ir a buscar. Era un día frío, triste y brumoso; incluso las piedras de las casas parecían frías. Catherine aún estaba en la peluquería. La mujer le ondulaba el pelo. Me senté en su departamento y miré. Era un espectáculo excitante. Catherine sonreía y me hablaba, y porque estaba excitado, mi voz era ronca. Las tenacillas hacían un ruido agradable y veía a Catherine en tres espejos. En el departamento, se estaba caliente y bien. Luego, la mujer levantó los cabellos a Catherine, y ésta se miró en el espejo e hizo algunos cambios, sacando y poniendo horquillas. Por fin se levantó.

—Siento haber tardado tanto —se excusó.

—El señor estaba muy interesado contemplando la operación ¿no es verdad, señor?

La mujer sonreía.

—Sí —le contesté.

Salimos y subimos por la calle. Hacía frío y había bruma, y el viento soplabá.

—¡Oh, querida, cuánto te quiero! —le dije.

—¿No somos felices? —me contestó ella—. Dime, ¿y si fuéramos a tomar cerveza en vez de té? Va bien para la pequeña Catherine: impide que se desarrolle demasiado.

—¡La pequeña Catherine! —exclamé—. ¡Esta holgazana!

—Es muy buena —dijo Catherine—. Casi no la noto. El doctor dice que la cerveza es buena para mí y a ella no la deja engordar.

—Si no le dejas engordar y es un chico, quizá podamos hacer de él un *jockey*.

—Si este niño llega al mundo —dijo Catherine—, tendremos que acabar casándonos.

Estábamos en la cervecería, en la mesa de un rincón. Fuera empezaba a oscurecer.

Aún era temprano, pero el día estaba oscuro y pronto caería la noche.

—Casémonos en seguida —le dije.

—No —dijo Catherine—. Me da vergüenza ahora. Se ve demasiado. No quiero casarme así.

—Tendríamos que haberlo hecho antes.

—Seguramente habría sido mejor. Pero, ¿cuándo hubiéramos podido, querido?

—No lo sé.

—De todas formas, yo sé una cosa, y es que no me quiero casar con esta presencia tan majestuosa.

—Aún no estás majestuosa.

—¡Oh, sí, querido! La peluquera me ha preguntado si era el primero. He mentido, le he dicho que no; he dicho que ya teníamos dos niños y dos niñas.

—¿Cuándo nos casaremos?

—Así que vuelva a estar delgada. Tenemos que hacer un buen casamiento y que la gente diga: ¡Qué hermosa pareja!

—¿Y no te molestará no estar casada?

—No, querido. ¿Por qué quieres que me moleste? La sola vez que me he sentido molesta fue en Milán, cuando tuve la impresión de ser una cualquiera y sólo duró unos minutos, y aún la culpa la tenía la habitación. ¿Es que no soy una buena mujercita?

—Eres una mujercita encantadora.

—Entonces no des tanta importancia a los principios, querido. Nos casaremos así que vuelva a estar delgada.

—De acuerdo.

—¿Te parece bien si tomo otra cerveza? El doctor me ha

dicho que tengo las caderas un poco estrechas y cuando menos gorda esté la pequeña Catherine, mejor.

—¿Qué más ha dicho? —inquirí. Estaba inquieto.

—Nada. Tengo la presión arterial perfecta, querido. Se ha admirado mucho de mi presión arterial.

—¿Qué es lo que piensa el doctor de la estrechez de las caderas?

—Nada, nada en absoluto. Ha dicho que era mejor que no esquiara.

—Tiene razón.

—Dijo que era demasiado tarde para empezar si no lo había hecho nunca. Dijo que podría esquiarse si estuviera segura de no caer.

—Es muy bromista.

—Fue muy amable, sí. Lo llamaremos para el nacimiento del niño.

—¿Le has preguntado si sería mejor que te casaras?

—No. Le he dicho que hacía cuatro años que estábamos casados. ¿Comprendes, querido? Si me caso contigo, seré americana y entonces poco importa la fecha de la boda; según la ley americana, nuestro hijo será legítimo.

—¿Dónde has leído esto?

—En el *New York World Almanac*, en la biblioteca.

—Eres una mujercita estúpida.

—Me gustará mucho ser americana, y viviremos en América, ¿no es verdad, querido? Quiero ver las cataratas del Niágara.

—Eres una mujercita encantadora.

—Hay otra cosa que quisiera ver, pero no me acuerdo cuál.

—¿Los mataderos de Chicago?

—No. No puedo acordarme.

—¿El edificio Woolworth?

—No.

—¿El Gran Cañón?

—No. Pero esto también me gustaría verlo.

—Bueno, pero, ¿qué es, pues?

—¡Ah, ya sé! El Golden Gate. Esto es lo que quiero ver. ¿Dónde está el Golden Gate?

—En San Francisco.

—Entonces iremos allí.

—De momento, volvamos a la montaña, ¿quieres? ¿Llegamos a tiempo para alcanzar el tren?

—Sale un poco después de las cinco.

—Podemos cogerlo.

—Como quieras, pero aún tomaré otra cerveza.

Cuando salimos para ir a la estación, hacía mucho frío. Un viento helado soplaba del valle del Ródano. Los escaparates de las tiendas estaban iluminados y subimos por las empinadas escaleras de piedra hasta la calle de más arriba, luego por otra escalera y llegamos a la estación. El tren eléctrico esperaba, todo iluminado. Había un cuadrante que señalaba las horas de salida. Las minuterías marcaban las cinco y diez. Miré el reloj de la estación. Eran las cinco y cinco. Al subir al vagón, vi al mecánico y al inspector que salían del bar. Nos sentamos y bajamos el cristal. El tren tenía calefacción eléctrica y la atmósfera era pesada, pero el aire fresco entró por la ventana.

—¿Estás cansada, Cat? —le pregunté.

—No, me encuentro divinamente.

—El trayecto no es muy largo.

—Me gusta este trayecto. No te preocupes por mí, querido. Me encuentro muy bien.

* * *

La nieve no apareció hasta tres días antes de Navidad. Una mañana nos despertamos y nevaba. Nos quedamos en la cama mirando cómo caía la nieve. Fui a la ventana para mirar, pero me fue imposible ver el otro lado del camino. El viento soplaba con violencia y la nieve se arremolinaba. Volví a acostarme y nos pusimos a hablar.

—Me gustaría poder esquiar —dijo Catherine—. Me fastidia no poder esquiar.

—Cogeremos un trineo y bajaremos por la carretera; para ti no será peor que el coche.

—¿No será mucho traqueteo?

—Ya veremos.

—Espero que no sea mucho traqueteo.

—En seguida daremos un paseo por la nieve.

—Antes del desayuno —dijo Catherine—, eso nos abrirá el apetito...

—Siempre tengo hambre.

—Yo también.

Salimos a la nieve, pero se había amontonado de tal manera que no pudimos ir muy lejos. Yo andaba delante y abrí un camino hasta la estación. Una vez llegados allí, no tuvimos ganas de ir más lejos. La nieve caía tan espesa que casi no veíamos y entramos en una pequeña posada que había junto a la estación. Nos limpiamos con una escoba; nos sentamos en un banco y tomamos un vermut.

—Es una gran tempestad —dijo la muchacha que nos sirvió.

—Sí.

—Este año la nieve ha llegado tarde.

—Sí.

—¿Puedo comer una tableta de chocolate? —preguntó Catherine—. ¿O estará demasiado cerca de la comida? Siempre tengo hambre.

—Claro que sí, cómela —le contesté.

—Me gustaría con avellanas —dijo Catherine.

—Es muy bueno —dijo la criada—. Es el que prefiero.

—Yo tomaré otro vermut —dije.

Cuando volvimos a la carretera, nuestro camino estaba colmado de nieve. Casi no se veían los hoyos que yo había hecho. La nieve nos golpeaba de lleno en la cara y casi no podíamos ver nada. Nos sacudimos la nieve y nos sentamos a la mesa. El señor Guttingen servía la comida.

—Mañana se podrá esquiar —dijo—. ¿Es usted esquiador, señor Henry?

—No, pero puedo aprender.

—Aprenderá fácilmente. Mi hijo estará aquí por Navidad. Ya le enseñará.

—¡Ah, muy bien! ¿Cuándo llegará?

—Mañana por la tarde.

Mientras estábamos sentados en la pequeña sala, junto a la estufa, después de comer, ocupados en mirar cómo caía la nieve, Catherine me dijo:

—¿No te gustaría ir de excursión a algún sitio, querido, solo, con hombres y esquís?

- No, ¿por qué?
- A veces pienso que quizá te gustaría ver a otras personas.
- Y tú, ¿tienes ganas de ver a otras personas?
- No.
- Yo tampoco.
- Ya lo sé, pero es diferente. Yo voy a tener un niño, y, por eso mismo, estoy completamente satisfecha de no hacer nada. Ya sé que ahora soy una estúpida con mi charlatanería, y creo que deberías ausentarte un poco para evitar que te canses de mí.
- ¿Quieres que me vaya?
- No, quiero que te quedes.
- Es lo que tengo ganas de hacer.
- Ven aquí —dijo—. Quiero tocarte el chichón de la cabeza. Abulta mucho. —Pasó el dedo por encima—. Dime, querido, ¿no te gustaría dejarte crecer la barba?
- ¿Lo querías?
- Tal vez resultaría un poco raro. Me gustaría verte con barba.
- Está bien, me la dejaré crecer. En seguida comenzaré. Es una buena idea. Así tendré algo que hacer.
- ¿Te aburres sin tener nada que hacer?
- No, me gusta. Llevo una vida estupenda. ¿Y tú no?
- Mi vida es encantadora, pero tenía miedo de molestarte ahora que estoy embarazada.
- ¡Oh, Cat! ¿Es que no sabes lo loco que estoy por ti?
- ¿Incluso estando así?
- Exactamente tal como eres. Soy feliz. ¿No llevamos una buena vida?
- Yo sí; pero tal vez te gustaría un poco de cambio.
- No. Algunas veces pienso en el frente y en las personas que conozco, pero no me preocupa. Además, pienso poco.
- ¿En quién piensas?
- En Rinaldi, en el capellán y en montones de personas que conozco. Pero no pienso mucho en ellos. No quiero pensar en la guerra. Está acabada para mí.
- ¿En qué piensas en este momento?
- En nada. Mira cómo nieva.
- Me gusta más mirarte a ti. Querido, ¿por qué no te dejas crecer el pelo?

—¿Cómo?

—Sí, sólo un poquito.

—Encuentro mis cabellos suficientemente largos.

—No. Déjalos crecer un poco más y yo me cortaré los míos; así iremos iguales, con la diferencia de que yo seré rubia y tú moreno.

—No dejaré que te cortes los tuyos.

—Estaría gracioso. Estoy cansada de ellos. Es muy pesado por la noche, en la cama.

—A mí me gustan.

—¿No te gustaría cortados?

—Tal vez. Pero me gustan así como los llevas.

—Quizás estarían muy bien cortos. Seríamos iguales. ¡Oh, querido! Te deseo tanto que me gustaría ser tú mismo.

—Lo eres. Los dos somos uno.

—Ya lo sé... por la noche.

—Las noches son magníficas.

—Yo quisiera ser completamente el uno del otro. No quiero que te vayas. Era una manera de decirlo. Puedes irte si quieres con la condición de que te des prisa en volver, porque, ya lo sabes, querido, sólo vivo cuando estás conmigo.

—No me iré nunca —dije—. No soy bueno para nada cuando tú no estás. Ahora no tengo vida aparte.

—Quiero que tengas una vida para ti. Quiero que tengas una vida bonita. La tendremos juntos, ¿verdad?

—Y ahora, ¿continúas teniendo ganas de que me deje crecer la barba?

—Sí. Déjate la crecer. Será divertido.

—¿Quieres jugar al ajedrez?

—Preferiría que jugásemos los dos.

—No. Juguemos al ajedrez.

—Y después, ¿jugaremos los dos?

—Sí.

—Bueno.

Cogí el tablero y coloqué las piezas. Seguía nevando.

* * *

Una noche me desperté y sabía que Catherine no dormía. La luna brillaba sobre la ventana y proyectaba la sombra de los travesaños sobre la cama.

—¿Te has despertado, amor mío?

—Sí. ¿No puedes dormir?

—Acabo de despertarme pensando qué loca era cuando te vi por primera vez. ¿Te acuerdas?

—Sí, eras un poco loca, pero muy poco.

—Ahora ya no lo soy. *I'm grand now*¹. Dices *grand* con tanta gracia. Di *grand*.

—*Grand*.

—¡Oh, eres un primor! Ahora ya no soy loca. Soy solamente muy, muy feliz.

—Vamos, duérmete —le dije.

—Sí. Durmámonos exactamente en el mismo momento.

Pero no pasó así. Me quedé desvelado mucho rato pensando en mil cosas y mirando a Catherine durmiendo al claro de luna. Sin embargo, también acabé por dormirme.

1. Ahora estoy completamente bien.

CAPÍTULO XXXIX

A mediados de enero llevaba barba; y el invierno no era más que una continuación de días luminosos y fríos y noches heladas. Podíamos pasear de nuevo por los caminos. La nieve se había pulido y apisonado al paso de los trineos cargados de heno, leña y troncos de árboles que bajaban de la montaña. La nieve cubría los campos casi hasta Montreux. Las montañas, al otro lado del lago, estaban todas blancas y la llanura del valle del Ródano también estaba nevada. Dimos largos paseos por el otro lado de la montaña, en los Bains de l'Alliaz. Catherine llevaba zapatos herrados y una capa, y se ayudaba con un bastón que terminaba en una punta acerada. Con la capa no parecía tan gruesa. No íbamos muy aprisa, y, cuando estaba cansada, nos parábamos y nos sentábamos al borde del camino, sobre los troncos de los árboles.

En los bosques, en los Bains de l'Alliaz, había una posada en la que los leñadores se detenían para beber. A menudo nos sentábamos allí, para calentarnos junto al fuego y bebíamos vino caliente sazonado con especias y limón. Lo llamaban *glühwein* y era excelente para reanimarse o celebrar alguna fiesta. La posada era oscura y ahumada, y, cuando se salía, el aire frío entraba bruscamente en los pulmones y entorpecía las aletas de la nariz a cada respiración. Nos volvíamos para contemplar la posada con la luz que brillaba detrás de la ventana, y los caballos de los leñadores que piafaban y sacudían la cabeza para calentarse. Tenían escarcha sobre los pelos del hocico y, cada vez que respiraban, echaban al aire penachos de

vaho. El camino que tomábamos para volver a casa era lisc y resbaladizo al principio, y, hasta el empalme con la carretera, el hielo, a consecuencia del paso de los caballos, tenía un tinte anaranjado. Luego, la carretera era toda de nieve apisonada. Se introducía a través de los bosques y, por dos veces, volviendo a casa, vimos zorros.

Era un hermoso país y siempre volvíamos encantados de nuestros paseos.

—Tienes una barba magnífica ahora —dijo Catherine—. Es igual a la de los leñadores. ¿Te has fijado en el hombre que llevaba aretes de oro?

—Es un cazador de gamuzas —dije—. Llevan aretes porque dicen que así oyen mejor.

—¿De verdad? No lo creo. Más bien creo que los llevan para indicar que son cazadores de gamuzas. ¿Hay gamuzas por aquí?

—Sí, detrás del Dent de Jaman.

—Ha sido divertido ver aquel zorro.

—Cuando duermen se enrollan con la cola para mantenerse calientes.

—Debe ser una sensación deliciosa.

—El tener una cola así ha sido siempre mi sueño. ¿No encuentras que sería gracioso si tuviéramos cola como los zorros?

—Más bien sería molesto para vestirse.

—Ya tendríamos vestidos adecuados o habitaríamos en un país donde esto no tendría importancia.

—Habitamos en un país donde las cosas no tienen ninguna importancia. ¿No es maravilloso no ver nunca a nadie? No tienes ganas de ver a nadie, ¿verdad, querido?

—No.

—¿Quieres que nos sentemos aquí, sólo un minuto? Estoy un poco cansada.

Nos sentamos el uno junto al otro, en el tronco de un árbol. Frente a nosotros, el camino se perdía en el bosque.

—No se interpondrá entre nosotros la chiquilla, ¿verdad?

—No, no se lo permitiremos.

—¿Cómo estamos de dinero?

—Tenemos para tiempo, han pagado mi última letra.

—¿No probará tu familia de hacerte volver con ellos ahora que saben que estás en Suiza?

—Seguramente. Les escribiré.

—¿Aún no les has escrito?

—No. Sólo les mandé la letra a la vista.

—Gracias a Dios que no formo parte de la familia.

—Les mandaré un cable.

—¿No sientes ningún afecto por ellos?

—Lo sentía, pero nos hemos peleado tan a menudo, que se me ha pasado.

—Me parece que los querría. Seguramente los querría mucho.

—No hablemos más. Sería capaz de preocuparme por ellos. Después de un momento, añadió:

—Vámonos si estás descansada.

—Estoy descansada.

Reemprendimos el camino. Estaba oscuro ahora y la nieve crujía bajo nuestros zapatos. La noche era seca y fría, muy clara.

—Adoro tu barba —dijo Catherine—. Es una victoria. Es tan áspera y tan salvaje... No obstante, es muy dulce y muy agradable.

—¿Te gusto más así que sin barba?

—Me parece que sí. ¿Sabes, querido? No me haré cortar el cabello antes de que nazca Catherine. Ahora estoy demasiado gruesa y demasiado imponente. Pero cuando haya nacido y vuelva a estar delgada, me los haré cortar, y así tendrás la impresión de tener una bonita mujercita distinta. Iremos juntos a que me los corten, o tal vez vaya sola, y volveré a darte una sorpresa.

No le contesté.

—¿No me lo prohibirás? Dime.

—No. Incluso creo que será excitante.

—¡Oh, qué bueno eres! Y tal vez estaré muy bonita así, querido... y luego sólo la idea de estar delgada y excitante. Te enamorarás locamente de mí.

—¡Dios mío! —dije—. ¡Si es que encuentras que lo estoy poco! ¿Qué es lo que quieres, que me muera?

—Sí, quiero que te mueras.

—Muy bien —dije—. Es lo único que deseo.

CAPÍTULO XL

Llevábamos una vida deliciosa. Pasaron enero y febrero. El invierno era muy hermoso y éramos muy felices. Al soplar el aire tibio, había habido algunos deshielos. La nieve se ablandaba y el aire olía a primavera, pero volvió el hermoso frío seco y el invierno continuó. Una noche empezó a llover. Llovió toda la mañana. La nieve se trocó en lodo y las vertientes de la montaña tomaron un tinte lúgubre. Las nubes estaban suspendidas sobre el lago y el valle. Llovía en las cumbres. Catherine se calzó unos chanclos y yo me metí las botas impermeables del señor Guttingen, y resguardados bajo un gran paraguas, bajamos hacia la estación, chapoteando en la nieve derretida y el agua que corría y arrastraba el hielo de los caminos. Nos detuvimos en la posada para beber un vaso antes de comer. Fuera oíamos caer la lluvia.

—¿No te parece que sería mejor bajar a vivir en la ciudad?

—¿A ti qué te parece? —preguntó Catherine.

—Si el invierno ha terminado y la lluvia continúa, no será muy divertido aquí. ¿Cuánto tiempo falta ahora para la llegada de la pequeña Catherine?

—Aproximadamente un mes, tal vez un poco más.

—Podríamos bajar a vivir a Montreux.

—¿Por qué no vamos a Lausana? Allí está el hospital.

—Como quieras, pero pensaba que es una ciudad muy grande.

—También podemos vivir solos en una gran ciudad, y Lausana debe ser muy bonita.

—¿Cuándo nos iremos?

—Me es igual. Cuando quieras, querido. Si no tienes ganas, yo no quiero marchar.

—Esperemos a ver qué tiempo hace.

Llovió durante tres días. Más allá de la estación la nieve había desaparecido completamente. La carretera no era más que un torrente de lodo y nieve derretida. Había mucha humedad y los caminos estaban demasiado sucios para salir. Por la mañana del tercer día nos decidimos a bajar a la ciudad.

—Pueden hacerlo, señor Henry —dijo Guttingen—. No tenían que avisarme por anticipado. Ya imaginaba que no se quedarían ahora que ha empezado el mal tiempo.

—Además, de todas formas teníamos que acercarnos al hospital a causa de la señora —dije.

—Lo comprendo —dijo—. ¿No volverán a pasar algún tiempo aquí con el niño?

—Si tienen habitaciones...

—En primavera, cuando los días son hermosos, podrían aprovechar el buen tiempo. Pondríamos el niño y el ama en la gran habitación que actualmente está cerrada, y usted y la señora podrían tener la misma habitación con la vista sobre el lago.

—Les escribiré cuándo volveremos.

Hicimos las maletas y partimos con el tren de la tarde. El señor y la señora Guttingen nos acompañaron a la estación. El señor Guttingen bajó nuestro equipaje en un trineo por la nieve derretida. Permanecieron junto a la estación, bajo la lluvia, moviendo la mano en señal de adiós.

—¡Eran tan simpáticos! —exclamó Catherine.

—Sí, han sido muy amables.

En Montreux cogimos el tren para Lausana. Miramos por la ventanilla en dirección adonde habitábamos, pero las nubes impedían ver las montañas. El tren se detuvo en Vevey, después arrancó de nuevo, con el lago de un lado y, al otro, los campos pardos y mojados, los bosques desnudos, las casas húmedas. Al llegar a Lausana nos hicimos conducir a un hotel de mediana importancia. No paraba de llover mientras seguíamos por las calles y llegamos a la puerta del hotel. El conserje, que llevaba las llaves de cobre bajo las solapas, el ascensor, las alfombras en

el suelo y los lavabos blancos con los grifos muy bruñidos, la cama de metal y la gran habitación confortable, todo esto nos parecía un gran lujo comparado con el chalet de los Guttingen. Las ventanas de la habitación daban sobre un jardín mojado, circundado por una pared con una reja de hierro por arriba. Al otro lado de la calle, que descendía por una acentuada pendiente había otro hotel, con un muro y jardín parecidos. Contemplé cómo caía la lluvia en el estanque del jardín.

Catherine encendió todas las luces y empezó a abrir sus maletas. Encargué un *whisky* con soda y, tendido en la cama, hojeé los periódicos que había comprado en la estación. Estábamos en marzo de 1918 y la ofensiva alemana había empezado en Francia. Bebía mi *whisky* y leía, mientras Catherine deshacía sus maletas y se movía por la habitación.

—¿No sabes lo que tengo que comprar, querido? —dijo.

—No. ¿Qué?

—La canastilla. No hay muchas mujeres que lleguen al octavo mes sin tener la canastilla.

—No tienes que hacer más que comprarla.

—Lo sé. Es lo que haré a partir de mañana. Ya me informaré de lo que se necesita.

—Deberías saberlo. Has sido enfermera.

—Sí, pero en el hospital no había muchos soldados con niños.

—Yo tenía uno.

Me tiró una almohada y volcó el *whisky* con soda.

—Te voy a hacer subir otro —dijo—. Lo siento.

—No quedaba mucho. Ven a la cama.

—No. He de apresurarme para que esta habitación tenga aspecto de algo.

—¿De qué?

—De nuestra casa.

—Pon las banderas aliadas.

—¡Oh, qué lengua!

—Repítelo.

—¡Qué lengua!

—Lo dices con mucho cuidado —le dije—, como si tuvieras miedo de ofender a alguien.

—No.

—Entonces ven a la cama.

—Bueno. —Vino a sentarse en la cama—. Ya sé que no te distraes conmigo, querido. Parezco un gran saco de harina.

—No lo creas. Eres hermosa y encantadora.

—Te has casado con un objeto sin gracia.

—No lo creas. Cada día eres más hermosa.

—Pero volveré a estar delgada, querido.

—Estás delgada.

—Has bebido demasiado.

—Sólo un *whisky* con soda.

—Te traerán otro —dijo ella—, y luego, ¿haremos subir la comida aquí?

—Es una buena idea.

—Entonces, ¿no saldremos? ¿Nos quedaremos aquí esta tarde?

—Y nos divertiremos —dije.

—Beberé vino —dijo Catherine—. No puede hacerme daño. Tal vez podamos beber nuestro añejo *capri* blanco.

—Seguramente —dije— deben tener vinos de Italia en un hotel de esta categoría.

El camarero llamó a la puerta. Traía el *whisky* en un vaso lleno de hieló y, al lado del vaso, en una bandeja, una botella pequeña de soda.

—Gracias —dije—. Póngalo allí. ¿Quiere hacer el favor de hacernos subir la comida para dos, con dos botellas de *capri* blanco helado?

—¿El señor y la señora quieren sopa para empezar?

—¿Quieres sopa, Cat?

—Sí, por favor.

—Una sopa, entonces.

—Muy bien, señor.

Salió y cerró la puerta. Volví a mis periódicos y a la guerra que contaban, y por encima del hielo mezclé lentamente la soda con el *whisky*. «Tendré que decirle que no ponga el hielo en el *whisky*, que traiga el hielo separado; así uno se da cuenta de la cantidad que hay de *whisky* y no hay peligro de echar de repente demasiada soda. Compraré una botella de *whisky* y les haré traer el hielo y la soda. Éste será el mejor sistema. Un buen *whisky* es muy agradable. Una de las cosas más agradables de la existencia.»

—¿En qué piensas, querido?

—En el *whisky*.

—¿Pero aún?

—Pienso que es muy bueno.

Catherine hizo una mueca.

—Lo acepto.

Permanecimos tres semanas en aquel hotel. No se estaba mal. Generalmente el comedor estaba vacío y, muchas veces, por la noche cenábamos en nuestra habitación. Nos paseábamos por la ciudad y tomábamos el funicular para bajar a Ouchy a pasearnos por la orilla del lago. Durante algún tiempo casi hizo calor. Parecía que estuviéramos en primavera. Nos hubiera gustado estar de nuevo en la montaña, pero esta temperatura primaveral sólo duró algunos días. Después volvió la fría crudeza del invierno.

Catherine compró en la ciudad todo lo que necesitaba para el niño. Con el fin de hacer algún ejercicio, fui a boxear a un gimnasio. Solía ir por la mañana, mientras Catherine se quedaba algún tiempo más en la cama. Durante los días de falsa primavera me daba mucho gusto, después del boxeo y la ducha, andar por las calles que olían a primavera, y sentarme en un café para ver cómo pasaba la gente, mientras hojeaba los periódicos bebiendo un vermut. Luego, la vuelta al hotel y la comida con Catherine. El profesor de boxeo del gimnasio llevaba bigotes. Era muy metódico y nervioso y perdía los estribos cuando lo atacaban en serio. Pero el gimnasio era agradable. Estaba bien ventilado y la luz era buena y yo iba de buena gana. Saltaba a la cuerda, boxeaba frente al espejo, hacía gimnasia abdominal, tendido en el suelo, con un rayo de sol que entraba por la ventana abierta; y, de vez en cuando, asustaba al profesor boxeando con él. Al principio me resultaba difícil boxear frente al espejo alto y estrecho, porque me parecía raro ver boxear a un hombre con barba. Pero acabé por encontrarlo gracioso. Me hubiera gustado quitarme la barba así que empecé a boxear, pero Catherine se opuso.

Alguna vez, con Catherine, nos paseábamos en coche por el campo. Era muy agradable cuando hacía buen tiempo y encontrábamos buenos lugares para comer. Catherine ya no podía andar mucho y a mí me gustaba recorrer con ella los caminos

del campo. Cuando hacía buen tiempo nos sentíamos completamente felices, y, en ningún momento nos sentimos desgraciados. Sabíamos que el momento de la liberación se acercaba y esto nos daba a los dos la sensación de que teníamos que apresurarnos para no perder ni una sola ocasión de estar juntos.

CAPÍTULO XLI

Una noche me desperté a eso de las tres y sentí cómo Catherine se agitaba en la cama.

—¿Te encuentras mal, Cat?

—Tengo algunos dolores.

—¿Regularmente?

—No, no mucho.

—Si los tienes regularmente, debemos ir al hospital.

Tenía mucho sueño y volví a dormirme. Un poco más tarde me desperté de nuevo.

—Tal vez sería mejor que llamaras al doctor —dijo Catherine—. Me parece que ha comenzado.

Fui al teléfono y llamé al doctor.

—¿Con qué frecuencia tienes los dolores, Cat?

—Más o menos me parece que cada cuarto de hora.

—Entonces, debemos ir al hospital, dice el doctor. Voy a vestirme y marchar en seguida.

Colgué el aparato y telefoneé al garaje contiguo a la estación para que mandaran un taxi. Tardaron mucho en contestar, pero por fin me prometieron que mandarían un taxi inmediatamente. Catherine se vestía. La maleta estaba llena de lo que ella necesitaría en el hospital y la canastilla del niño. En el pasillo llamé para que subieran el ascensor. No contestaron. Bajé por la escalera. Abajo no había nadie, excepto el guarda de noche. Hice subir yo mismo el ascensor. Metí dentro la maleta. Catherine entró y bajamos. El guarda de noche nos abrió la puerta, y esperamos el taxi, sentados afuera en las losas de

piedra de la escalinata. La noche era clara y brillaban las estrellas. Catherine estaba muy nerviosa.

—Estoy muy contenta de que haya empezado —dijo—. Dentro de un rato todo habrá terminado.

—Eres una mujercita muy valiente.

—No tengo miedo, pero me gustaría que llegase ese taxi.

Lo oímos subir por la calle y vimos los faros. Dio la vuelta por la avenida, y yo ayudé a Catherine a subir, y el chófer puso la maleta a su lado.

—A la Maternidad —le dije.

Salimos por la avenida y subimos por la cuesta. Entramos en el hospital. Yo llevaba la maleta. En las oficinas una mujer registró el nombre de Catherine, su edad, la dirección, el nombre de su familia y religión, y la mujer trazó una raya en la casilla correspondiente. Declaró llamarse Catherine Henry.

—La acompañaté a su habitación —dijo.

Subimos en el ascensor. La mujer lo paró. Salimos y seguimos por el pasillo. Catherine se agarraba a mi brazo.

—Ésta es su habitación —dijo la mujer—. Haga el favor de desnudarse y acuéstese. Aquí tiene un camisón.

—He traído un camisón —dijo Catherine.

—Es mejor que se ponga éste —le contestó la mujer.

Salí y me senté en una silla del corredor.

—Ya puede usted entrar —me dijo la mujer desde el umbral.

Catherine estaba acostada en una estrecha cama. Llevaba un camisón muy sencillo con escote cuadrado y que parecía de una tela muy gruesa. Me sonrió.

—Ahora tengo dolores fuertes —me dijo.

La mujer le tomaba el pulso y, con un reloj en la mano, cronometraba los dolores.

—Éste ha sido fuerte —dijo Catherine.

Ya se lo había notado en la cara.

—¿Dónde está el doctor? —pregunté a la mujer.

—Duerme abajo. Subirá cuando sea necesario.

—Tengo que hacer algo a la señora —dijo la enfermera—. Haga el favor de salir, se lo ruego.

Salí al corredor. Era un corredor desnudo, con dos ventanas y con puertas cerradas a todo lo largo. Se olía a hospital.

Me senté en una silla con los ojos fijos en el suelo y recé por Catherine.

—Puede entrar —dijo la enfermera.

Entré.

—*Hello*, querido —dijo Catherine.

—¿Cómo va esto?

—Ahora son muy seguidos.

Su rostro se contrajo. Después sonrió.

—Éste sí que ha sido fuerte. ¿Quiere hacer el favor de volver a ponerme la mano en la espalda, enfermera?

—Si esto la alivia... —contestó.

—Vete, querido —dijo Catherine—. Ve a tomar algo. La enfermera dice que esto aún puede durar mucho.

—Generalmente el primero es muy largo —dijo la enfermera.

—Te lo ruego, ve a comer algo —dijo Catherine—. Me encuentro bien, de verdad.

—Me quedará un poco más.

Los dolores se producían regularmente, luego se calmaban. Catherine estaba muy nerviosa. Cuando los dolores eran muy fuertes, decía: «Éste sí que era fuerte». Cuando no llegaban, se desconcertaba y le causaba vergüenza.

—Vete, querido —dijo—. Me parece que me haces contener. —Se le contrajo el rostro—. ¡Ah! Sería mejor. Me gustaría portarme bien y tener un hijo sin hacer tonterías. Te lo ruego, vete a desayunar, querido, y ya volverás después. No me harás falta. La enfermera se porta muy bien conmigo.

—Tiene tiempo de sobra para desayunar —dijo la enfermera.

—Entonces me voy. Adiós, amor mío.

—Hasta luego —dijo Catherine—, y toma un buen desayuno por mí.

—¿Dónde puedo ir a desayunar? —le pregunté a la enfermera.

—Hay un café en la plaza, al final de la calle. Ya debe estar abierto.

Afuera amanecía. Bajé por la calle desierta hasta el café. Había luz en la ventana. Entré y permanecí de pie junto al mostrador de cinc. Un anciano me sirvió un vaso de vino blanco y un bollo. El bollo era del día anterior. Lo mojé en el vino y luego tomé un café.

—¿Qué hace aquí tan temprano? —me preguntó el viejo.

—Mi mujer va de parto en el hospital.

—Oh, le deseo buena suerte.

—Deme otro vaso de vino.

Inclinó la botella y el vino rebosó del vaso y se deslizó sobre el cinc. Después de beber pagué y salí. Afuera, a lo largo de la calle, los cubos de la basura esperaban a ser vaciados. Un perro husmeaba uno de los cubos.

—¿Qué quieres? —dije, y miré dentro del cubo por si veía algo para darle. No había nada por encima, excepto marro de café, polvo y flores marchitas—. No hay nada para ti, mi pobre perro.

El perro cruzó la calle. Subí por la escalera del hospital hasta el piso en que estaba Catherine y avancé por el pasillo hasta su habitación. Llamé a la puerta. La habitación estaba vacía. Sólo había la maleta de Catherine sobre una silla, y su bata colgaba de una percha en la pared. Salí y seguí por el pasillo en busca de alguien. Encontré una enfermera.

—¿Dónde está la señora Henry?

—Acaban de llevar a una señora a la sala de partos.

—¿Dónde está?

—Yo lo acompañaré.

Me condujo al extremo del corredor. La puerta de la sala estaba entreabierta. Vi a Catherine tendida sobre una mesa, cubierta con una sábana. La enfermera estaba al lado de la mesa, y el doctor se encontraba al otro lado junto a unos cilindros altos que sin duda debían contener algún anestésico. El doctor tenía en la mano una máscara de caucho unida a un tubo.

—Le daré una bata y así podrá entrar —dijo la enfermera—. Venga por aquí, por favor.

Me dio una bata y me la cerró al cuello con un imperdible.

—Ahora ya puede entrar —me dijo.

Entré en la habitación.

—*Hello*, querido —dijo Catherine con una voz extenuada.

—Esto no adelanta mucho.

—¿Es usted el señor Henry? —preguntó el doctor.

—Sí. ¿Cómo va, doctor?

—Muy bien —dijo el doctor—. Hemos venido aquí porque es más cómodo para dar el cloroformo en el momento de los dolores.

—Ahora lo quisiera —dijo Catherine.

El doctor le colocó la máscara de caucho sobre la cara y giró una manecilla. Miré a Catherine. Respiraba aprisa y profundamente. En seguida rechazó la máscara. El doctor cerró la manecilla.

—Éste no era muy fuerte. Hace un rato he tenido uno muy fuerte y el doctor lo ha hecho desaparecer, ¿no es verdad, doctor?

Se le notaba una voz rara. Cuando pronunciaba la palabra doctor era más fuerte. El doctor sonrió.

—Quiero otra vez —dijo Catherine.

Jadeante, se apretó la máscara contra la cara. La oí gemir dulcemente. En seguida rechazó la máscara y sonrió.

—Éste ha sido fuerte —dijo—, muy fuerte. No te preocupes, querido. Vete. Ve a tomarte otro desayuno.

—No, me quiero quedar —le contesté.

* * *

Habíamos llegado al hospital a las tres de la mañana. Al mediodía, Catherine aún estaba en la sala de partos. Los dolores se habían espaciado otra vez. Se la veía extenuada, pero aún estaba alegre.

—No lo hago muy bien, querido. Estoy desolada. Yo que pensaba que lo haría tan fácilmente. Oh... vuelve a empezar...

Alargó la mano para coger la máscara y se la puso sobre la cara. El doctor dio vuelta a la manecilla y vigiló. Después de un momento pasó.

—No ha sido gran cosa —dijo Catherine. Sonrió—. Adoro el cloroformo. Es maravilloso.

—Procuraremos tener en casa —dije.

—Esto vuelve a empezar —dijo Catherine precipitadamente.

El doctor abrió la manecilla y miró al reloj.

—¿A qué intervalos son ahora? —pregunté.

—Casi cada minuto.

—¿No quiere usted desayunar?

—Ya tomaré algo dentro de un rato —contestó.

—Tiene que comer, doctor —dijo Catherine—. Siento mucho

que esto sea tan largo. ¿No podría darme el cloroformo mi marido?

—Si usted quiere. Sólo tiene que girar hasta el número 2.

—Está bien —dije.

En el cuadrante había una aguja que se movía con una manecilla.

—Ahora —dijo Catherine.

Apretó la máscara contra su cara. Hice girar la aguja hasta el número 2, y cuando Catherine se quitó la máscara, cerré. El doctor era muy amable de dejarme hacer algo.

—¿Eres tú quien lo has hecho marchar, querido? —me preguntó Catherine.

Me acarició la muñeca.

—Sí.

—¡Qué bueno eres!

El gas la había mareado un poco.

—Comeré en una bandeja, en la sala de al lado —dijo el doctor—. Sólo tienen que llamar.

El tiempo pasaba. Yo lo miraba como comía y luego se tendió y encendió un cigarrillo. Catherine empezaba a agotarse.

—¿Te parece que llegará algún día este niño? —me preguntó.

—Pues claro que sí.

—Hago todo lo que puedo. Empujo, pero no sale. Oh... vuelve a empezar... dame...

A las dos salí para comer. En la taberna había algunos hombres y sobre las mesas tazas de café y vasos de *kirsch* o de *marc*. Me senté a una mesa.

—¿Podría comer algo? —pregunté al mozo.

—Es demasiado tarde para comer.

—¿No sirven ciertas cosas a todas horas?

—Sí, podría darle *choucroute*.

—Deme *choucroute* y cerveza.

—¿Media o un jarro?

—Media de blanca.

El mozo me trajo un plato de *choucroute* con una lonja de jamón encima. Debajo de la col hirviendo saturada de vino había una salchicha. Comí y bebí la cerveza. Tenía mucha hambre. Miré a la gente de las mesas del café. Algunos jugaban a las

cartas en una mesa. Dos hombres, en la mesa de al lado, hablaban y fumaban. El café estaba lleno de humo. Ahora había tres personas detrás del mostrador de cinc en el cual había desayunado por la mañana: el viejo, una mujer bastante gruesa, vestida de negro, que, sentada a la caja, tomaba nota de todo lo que se servía a las mesas, y un muchacho con delantal. Me pregunté cuántos hijos debía tener esta mujer y cómo le había ido.

Cuando terminé la *choucroute* volví al hospital. Ahora la calle estaba muy limpia. En las aceras ya no había los cubos de la basura. El cielo estaba cubierto, pero el sol quería salir. Subí en el ascensor y seguí por el pasillo hasta la habitación de Catherine, donde había dejado la bata. Me la puse y la cerré con un imperdible en el cuello. Me miré al espejo y me hice el efecto de un falso médico con barba. Fui a la sala de partos. La puerta estaba cerrada. Llamé. Nadie contestó. Volví el pomo y entré. El doctor estaba sentado junto a Catherine. La enfermera hacía algo al otro extremo de la habitación.

—Aquí está su marido —dijo el doctor.

—Oh, querido, tengo un doctor maravilloso —dijo Catherine con una voz rara—. Me ha explicado una historia maravillosa, y cuando los dolores eran muy fuertes, los hacía desaparecer en seguida. Es verdaderamente maravilloso. Es usted maravilloso, doctor.

—Estás mareada —dije.

—Ya lo sé —dijo Catherine—, pero no tienes que decirlo.

—Continuó—: Deme... deme más...

Se agarró a la máscara y, oprimida, aspiró rápida y profundamente, haciendo silbar la boquilla. Después dio un gran suspiro y el doctor le retiró la máscara.

—Éste sí que era fuerte —dijo Catherine.

Su voz era muy extraña.

—Ahora ya no estoy en peligro, querido. He pasado el período en el que se muere. ¿Estás contento, dime?

—No vuelvas a ese período.

—No. No obstante, no tengo miedo. ¿No me moriré, verdad, querido?

—Usted no hará esta tontería —dijo el doctor—. ¿No quiere morirse, verdad, y dejar solo a su marido?

—Oh, no. No me moriré. Es tan tonto morir. O... vuelve a empezar... Deme...

Después de un rato, el doctor dijo:

—¿Quiere hacer el favor de salir un momento, señor Henry? Quisiera hacer un examen.

—Quiere ver cómo va —dijo Catherine—. Podrás volver después, querido, ¿verdad, doctor?

—Sí —dijo el doctor—, ya le haré avisar tan pronto como pueda volver.

Abrí la puerta y fui por el corredor a la habitación que debía ocupar Catherine cuando hubiera nacido el niño. Me senté en una silla y miré por la habitación. En el bolsillo tenía el periódico, que había comprado por la mañana al salir a desayunar, y lo leí. Después de un rato dejé de leer. Apagué la luz y contemplé cómo se hacía de noche. Me preguntaba por qué el doctor no mandaba a buscarme. Tal vez fuera mejor que yo no estuviera allí. Seguramente quería que estuviera fuera un rato. Miré el reloj. «Si dentro de diez minutos no ha mandado a buscarme, iré yo solo.»

¡Pobre, pobre Cat! Y éste era el precio que había de pagar por dormir juntos. Esto era el final de la trampa. Esto era todo el beneficio que se sacaba del amor. Gracias a Dios había el cloroformo. ¡Qué debía ser antes del descubrimiento de los anestésicos! Una vez se había empezado te encontrabas en el engranaje. Catherine había tenido un buen embarazo. No había sido pesado. Casi no había estado indispuesta. No se había encontrado molesta hasta los últimos días. Pero al fin la acechaban. No había manera de escapar. ¡Escapar! ¡Qué va! Habría pasado lo mismo si nos hubiéramos casado cincuenta veces. ¿Y si se moría? No, no se moriría. Hoy en día no se muere de parto. Es la opinión de todos los maridos. Sí, pero de todas maneras, ¿y si se muriera?... No, no se moriría. Es un mal rato que hay que pasar, esto es todo. Después, hablaremos de este mal rato y Catherine dirá que después de todo no era tan terrible como eso. Pero, ¿y si se moría?... No puede morirse... Sí, pero no obstante, ¿y si se muriera? No puede morirse, digo que no hay que ser estúpido. Es un mal rato que se tiene que pasar, esto es todo. Es sencillamente la naturaleza que la molesta. El primer parto siempre es laborioso. Sí, pero, ¿y si se

moría?... No puede morirse... ¿Por qué tendría que morirse?... ¿Qué motivos hay para que se muera? Es sencillamente una criatura que quiere nacer, el fruto de las hermosas noches de Milán. Causa molestias, nace, uno se ocupa de él y tal vez termina queriéndola. Pero, ¿y si se muriera?... No se morirá. Está muy bien. Pero, de todas formas, ¿y si se muriera?... No puede morirse... Pero, ¿y si se muriera? ¿Qué es lo que dirías, eh, si se muriera?

El doctor entró en la habitación.

—Y bien, doctor, ¿cómo va esto?

—No va.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente esto. He procedido a un examen. —Me dio detalles del examen—. He esperado para verlo, pero no va.

—¿Qué aconseja usted?

—Hay dos soluciones: usar los fórceps, que siempre tienen el peligro de destrozar la carne y, además, de que también puede herirse a la criatura, o bien de hacer la operación cesárea.

—¿Qué peligros tiene la operación?

—No tiene más peligro que un parto normal.

—¿Lo haría usted?

—Sí. Tal vez necesite una hora para prepararlo todo y buscar los ayudantes que necesito, tal vez menos.

—¿Qué aconseja?

—Soy partidario de la cesárea. Si fuera mi mujer es lo que haría.

—¿Cuáles son las consecuencias?

—Nada, sólo una cicatriz.

—¿No hay peligro de infección?

—Mucho menos que en un parto con fórceps.

—¿Y si esperaríamos sin hacer nada?

—Tenemos que hacer algo. La señora Henry ha perdido ya muchas fuerzas. Será mejor que lo hagamos rápidamente.

—Entonces, opere lo más pronto posible.

—Voy a dar instrucciones.

Fui a la sala. La enfermera estaba con Catherine, que yacía sobre la mesa, gruesa bajo la sábana, muy pálida y fatigada.

—¿Le has dicho que podía hacerlo? —me preguntó.

—Sí.

—Mejor. Dentro de una hora estaré lista. Ya no puedo más, querido. Estoy agotada. Deme, se lo ruego... Ya no me hace nada.

—Respire profundamente.

—Es lo que hago. Oh, ya no me hace nada... no me hace nada.

—Vaya a buscar otra botella —dije a la enfermera.

—Es una nueva.

—Soy estúpida, querido —dijo Catherine—, pero ya no me hace nada.

Se puso a llorar.

—Oh, yo que quería tener este niño sin estorbar a nadie, y ahora se ha acabado, ya no puedo más, y esto no me hace nada. Oh, me sería igual morir si al menos se parara este dolor. Oh, querido, dime, haz que se pare. Oh... Oh... vuelve a empezar. Oh... Oh... Oh...

Respiró sollozando dentro de la máscara.

—Esto ya no me hace nada... esto ya no me hace nada... esto ya no me hace nada... No me hagas caso, querido... Te lo ruego, no llores... No me hagas caso. Ya no puedo más, esto es todo. Pobre amor mío, te quiero tanto... Ya volveré a ser razonable... Esta vez seré razonable... ¿No podrían darme algo? Oh, si al menos pudieran darme algo...

—Lo haré funcionar. Lo abriré todo.

Maniobré la manecilla y mientras ella aspiraba profundamente, su mano se relajó bajo la máscara. Cerré la manecilla y le quité la máscara. Pareció que volvía de muy lejos.

—Era maravilloso, querido. Oh, qué bueno eres conmigo.

—Sé valiente. No puedo hacerlo siempre. Te podría matar.

—Ya no soy valiente, querido. Estoy agotada. Me han agotado, ya lo sé.

—A todas les pasa lo mismo.

—Pero es horrible. Te dejan luchar hasta que estás agotada.

—Dentro de una hora todo habrá terminado.

—Mejor. Querido, ¿no voy a morirme, verdad?

—Claro que no. Te aseguro que no.

—Porque no quiero morirme y dejarte... Pero estoy tan exhausta que siento que voy a morir.

—No digas tonterías. Siempre se tiene esta impresión.

—A veces me parece que voy a morir.

—No, no te morirás. No puedes morir.
—Pero, ¿y si así fuera?
—No te dejaré morir.
—Dame... aprisa... dame... —Después añadió—: No me moriré, no dejaré que me muera.
—Naturalmente.
—¿Te quedarás conmigo?
—Sí, pero no miraré.
—No, sólo porque estés allí, conmigo...
—Sí, estaré siempre a tu lado.
—Eres tan bueno para mí. Aprisa, dame... dame más... ya no me hace nada.

Puse la aguja al 3, después al cuatro. Deseaba que volviera el doctor. Tenía miedo de los números por encima del 2.

* * *

Por fin otro doctor llegó con dos enfermeras, y pusieron a Catherine en una camilla con ruedas y salimos al pasillo. Empujaron rápidamente la camilla por el corredor y la entraron en el ascensor, donde todos tuvimos que apretarnos contra la pared para hacer sitio. Después, la subida, la puerta abierta, la salida del ascensor y, sobre las ruedas de caucho, por el largo corredor, el trayecto hasta la sala de operaciones. No reconocí al doctor con su gorro y la máscara. Había otro doctor y enfermeras.

—Tienen que darme algo —dijo Catherine—. Tienen que darme algo. Oh, se lo ruego, doctor, deme algo que me alivie.

Uno de los médicos le puso una máscara sobre la cara, y desde la puerta vi el pequeño anfiteatro de la sala de operaciones muy iluminado.

—Puede ir a sentarse junto a la otra puerta —me dijo una de las enfermeras.

Había bancos detrás de una balaustrada, desde los cuales se dominaba la mesa resplandeciente de luz. Miré a Catherine. Tenía la mascarilla puesta y estaba muy quieta. Adelantaron la camilla. Di media vuelta y me alejé por el corredor. Dos enfermeras se precipitaron a la entrada de la galería.

—Es una operación cesárea —dijo una de ellas—. Van a hacer una cesárea.

La otra se echó a reír.

—Llegamos a tiempo. ¡Qué suerte!

Traspasaron la puerta que conducía a la galería. Llegó otra enfermera que también se daba prisa.

—Entre por allí. Entre —dijo.

—No. Me quedo fuera.

Desapareció. Hice los cien pasos por el corredor. Tenía miedo de entrar. Miré por la ventana. Estaba oscuro. Por el alféizar mojado de la ventana comprendí que llovía. Entré en una habitación del extremo del pasillo y miré las etiquetas de las botellas de una vitrina. En seguida salí y esperé en el corredor, con los ojos fijos en la puerta de la sala de operaciones.

Uno de los doctores salió seguido de una enfermera. Con las dos manos sostenían algo que parecía un conejo recién desollado. Se alejó rápidamente por el corredor y desapareció por otra puerta. Me adelanté hasta la puerta y en la sala vi que hacía algo a un recién nacido. Levantó los brazos para enseñármelo. Lo sostenía por los pies y le daba cachetes.

—¿Cómo está?

—Es magnífico. Debe pesar cinco kilos.

Me era del todo indiferente. Era un extraño para mí. No notaba ningún sentimiento de paternidad.

—¿No está orgulloso de su hijo? —me preguntó la enfermera.

Lo lavaban y lo envolvían en algo. Vi una carita negra y una manecita negra, pero no lo vi moverse ni le oí gritar. El doctor volvía a hacerle algo. Parecía trastornado.

—No —dije—. De poco mata a su madre.

—Oh, pobre tesoro, él no tiene la culpa. ¿Quería usted un niño?

—No —dije.

El doctor estaba muy ocupado. Lo sostenía por los pies y lo golpeaba. No me quedé a mirarlo. Salí al corredor. Ahora podía ir a enterarme. Traspasé la puerta y llegué a la galería. Las enfermeras que estaban sentadas junto a la balaustrada me hicieron una seña para que bajara con ellas. Meneé la cabeza. Lo veía muy bien desde donde estaba.

Tuve la impresión de que Catherine estaba muerta. Parecía

realmente una muerta. Su rostro estaba lívido, al menos el trozo que yo veía. Más abajo, bajo la lámpara, el doctor suturaba la larga incisión de labios gruesos que las pinzas mantenían abiertos. Otro doctor con mascarilla daba el cloroformo. Dos enfermeras con mascarilla daban los instrumentos. Parecía una escena de la Inquisición. Comprendí, mientras miraba, que hubiera podido asistir a toda la operación, pero me alegró el no haberlo hecho. No creo que hubiera podido mirar cómo cortaban, pero miraba cómo se formaba un gran rodete alrededor de la herida que el doctor, hábil como un zapatero, cosía con grandes puntadas. Me sentía feliz. Cuando la incisión estuvo cosida, salí a hacer los cien pasos por el corredor. Después de un instante llegó el doctor.

—¿Cómo está?

—Está bien. ¿Ha asistido a la operación?

Parecía cansado.

—Le he visto coser. La incisión parece muy larga.

—¿Usted cree?

—Sí. ¿Se reducirá la cicatriz?

—¡Oh, sí!

Después de un rato sacaron la camilla de ruedas y la llevaron rápidamente por el pasillo hasta el ascensor. Anduve a su lado. Catherine gemía. Abajo, en la habitación, la acostaron en la cama. Me senté en una silla, a la cabecera. En la habitación había una enfermera. Me levanté y permanecí de pie junto a la cama. La habitación estaba oscura. Catherine alargó la mano.

—*Hello, querido* —dijo.

Su voz era débil y cansada.

—*Hello, amor mío.*

—El nene... ¿qué es?

—Calle. No hable —dijo la enfermera.

—Un niño. Es alto, gordo y moreno.

—¿Está bien?

—Sí —le contesté—, está muy bien.

Noté que la enfermera me miraba de una manera un tanto rara.

—Estoy terriblemente cansada —dijo Catherine—. ¡Y me duele tanto!... Y tú, querido, ¿estás bien?

—Sí. No hables.

—Has sido tan bueno conmigo. Oh, querido, sufro horrores. ¿Qué parece?

—Parece un conejo desollado, con una arrugada carita de viejo.

—Tiene que salir —dijo la enfermera—. La señora Henry no debe hablar.

—Me quedaré en la puerta.

—Ve a comer algo.

—No, me quedaré en la puerta.

Besé a Catherine. Tenía mala cara y estaba débil y cansada.

—¿Puedo decirle una palabra? —dijo a la enfermera.

Salió conmigo al pasillo. Di algunos pasos.

—¿Qué le pasa al niño? —le pregunté.

—¿No lo sabe?

—No.

—No ha vivido.

—¿Ha nacido muerto?

—No han podido hacerle respirar. Tenía el cordón o algo así alrededor del cuello.

—Entonces, ¿ha muerto?

—Sí. ¡Lástima, un niño tan hermoso! Creía que usted ya lo sabía.

—No —dije—. Vuelva junto a la señora.

* * *

Me senté en una silla delante de una mesa que tenía colgados a un lado los uniformes de las enfermeras. Miré por la ventana. Sólo podía ver la oscuridad y la lluvia que caía por la luz de la ventana. ¡De manera que era esto! El niño había muerto. Era por esto por lo que el doctor parecía tan cansado. ¿Pero por qué se habían portado así en la habitación? Sin duda pensaban que volvería en sí y empezaría a respirar. No tenía religión, pero sabía que deberían haberlo bautizado. No obstante, ¡si no llegó a respirar! Nunca había vivido, solamente en el seno de Catherine. Muchas veces lo había oído como se movía. Pero la última semana no. Tal vez ya estuviera ahogado. ¡Pobre pequeño! ¡Cómo hubiera querido que me ahogaran así! ¡No! Y no obstante, la muerte me evitaría así tener que pasar este

momento doloroso. Ahora moriría Catherine. Siempre ocurre así. Se muere. No se sabe nada. Nunca se llega a tiempo para saber. Te empujan al juego. Te enseñan las reglas y, a la primera falta, te matan. O te matan sin motivo, como a Aymo. O bien atrapas la sífilis, como Rinaldi. Pero siempre acaban matándote. Con esto hay que contar. Un poco de paciencia y te llegará el turno.

Un día, en el campo, tiré al fuego un tronco lleno de hormigas. Cuando empezó a arder, las hormigas se trastornaron y se precipitaron primero hacia dentro, donde había fuego; luego, dando media vuelta corriendo al otro extremo. Cuando estuvieron todas allí, cayeron al fuego. Algunas escaparon, con el cuerpo quemado y chafado, y huyeron sin saber dónde iban. Pero la mayoría corrió hacia el fuego, luego hacia la extremidad fría, donde se amontonaron para caer finalmente al fuego. Me acuerdo que me imaginé que era el fin del mundo y una ocasión única para hacer el papel de Mesías, retirando el tronco del fuego y echándolo a cualquier parte donde las hormigas pudieran huir hacia tierra. Pero me contenté con rociar el tronco con el agua de un vaso, que una vez vacío me serviría para preparar un *whisky* con agua. Me parece que este vaso de agua sobre el tronco sirvió para recalentar a las hormigas.

Y ahora yo estaba en este corredor, esperando noticias de Catherine. Después de un rato, al ver que la enfermera tardaba en venir, fui a la puerta, la abrí suavemente y di una ojeada. Al principio no pude ver nada porque la fuerte luz del corredor contrastaba con la oscuridad de la habitación. No obstante, no tardé en distinguir a la enfermera sentada a la cabecera de la cama y la cabeza de Catherine sobre la almohada y a ella misma, muy lisa bajo la sábana. La enfermera puso su dedo sobre sus labios, después se levantó y vino hacia la puerta.

—¿Cómo está?

—Está bien —dijo la enfermera—. Tendría que ir a cenar. Vuelva en seguida, si quiere.

Seguí por el corredor, bajé la escalera, traspasé el umbral del hospital y, bajo la lluvia, bajé por la calle oscura hasta el café. Había mucha luz y todas las mesas estaban ocupadas. No vi ningún sitio libre y un camarero se me acercó y cogió mi abrigo y mi sombrero mojados y me indicó un sitio en una mesa frente

a un viejo que bebía cerveza leyendo el periódico de la noche. Me senté y le pregunté al camarero cuál era el *plat du jour*¹.

—Ternera guisada, pero se ha terminado.

—¿Qué puede darme?

—Huevos con jamón, huevos con queso o *choucroute*.

—Ya he tomado *choucroute* al mediodía —dije.

—Es verdad —dijo—. Es verdad. Ha tomado *choucroute* al mediodía.

Era un hombre de mediana edad, con un cráneo calvo sobre el que juntaba algunos cabellos. Tenía un rostro compasivo.

—¿Qué quiere? ¿Huevos con jamón o con queso?

—Huevos con jamón —le dije— y cerveza.

—¿Una blanca pequeña? Me acuerdo —dijo—. Al mediodía ha encargado una blanca pequeña.

Comí los huevos con jamón y bebí la cerveza. Los huevos con jamón estaban en una fuente redonda. El jamón estaba debajo y los huevos encima. Estaban muy calientes y al primer bocado tuve que beber un trago de cerveza para refrescarme la boca. Tenía mucha hambre y pedí al camarero que me trajera otra ración. Bebí varios vasos de cerveza. No pensaba. Leía el periódico del hombre que estaba frente a mí. Se trataba de la rotura del frente británico. Cuando se dio cuenta de que leía la vuelta de su periódico lo dobló. Tuve la idea de pedir un periódico al camarero, pero no podía concentrarme. Hacía calor en el café, y la atmósfera era desagradable. Muchos clientes se conocían. Muchos jugaban a las cartas. Los camareros tenían mucho trabajo para llevar la cerveza del mostrador a las mesas. Dos hombres entraron y al no encontrar sitio quedaron de pie frente a mi mesa. Pedí otra cerveza. Aún no tenía ganas de marcharme. Era demasiado temprano para volver al hospital. Me esforzaba en no pensar y estar tranquilo. Los dos hombres aguardaron un momento, pero como nadie se movía, se fueron. Bebí otra cerveza. Encima de la mesa, frente a mí, había un montón de platillos. El hombre que estaba enfrente se quitó los lentes. Los había puesto en el bolsillo y, con su copa de licor en la mano, miraba la sala. De repente, tuve la impresión de que tenía que marcharme. Llamé al

1. En francés en el original.

camarero, pagué mi nota, me puse el abrigo y el sombrero y me lancé a la calle. Subí hasta el hospital bajo la lluvia.

Encontré a la enfermera en el corredor.

—Acabo de telefonar a su hotel. —dijo.

Tuve la impresión de que algo se desgarraba dentro de mí.

—¿Qué pasa?

—La señora Henry ha tenido una hemorragia.

—¿Puedo entrar?

—No, aún no. El doctor está con ella.

—¿Es grave?

—Muy grave.

La enfermera entró en la habitación y cerró la puerta. Me senté en el corredor. Me sentí vacío. No pensaba, no podía pensar. Sabía que iba a morir y recé para que no muriera. «No la dejes morir. Oh, Dios mío, te lo ruego, no la dejes morir. Haré todo lo que quieras si no la dejas morir. Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego, Dios mío, no la dejes morir... Dios mío, no la dejes morir... Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego, no la dejes morir... Dios mío, te lo ruego, no la dejes morir... Haré todo lo que quieras si no la dejas morir... El niño ha muerto, pero a ella no la dejes morir. Tenías razón, pero no la dejes morir... Te lo ruego, te lo ruego, Dios mío, no la dejes morir.»

La enfermera abrió la puerta y, con el dedo, me indicó que entrase. La seguí a la habitación. Catherine no levantó la vista cuando entré. Me acerqué a la cama. El doctor estaba de pie al otro lado. Catherine me miró y sonrió. Me incliné sobre la cama llorando.

—Mi pobre querido —dijo Catherine dulcemente.

Tenía mal aspecto.

—No es nada, Cat —dije—, te curarás.

—Voy a morir —dijo. Se calló y añadió—: Y no quiero morir... no quiero.

Le cogí la mano.

—No me toques —dijo.

Le solté la mano. Sonrió.

—Mi pobre querido... sí, va, tócame tanto como quieras.

—Te curarás, Cat. Sé que te curarás.

—Quería escribirte una carta por si pasaba algo, pero no lo hice.

—¿Quieres que vaya a buscar un sacerdote o a alguien para que te vea?

—No quiero ver a nadie más que a ti. —Luego, después de un silencio—. No tengo miedo, pero la idea de la muerte me causa horror.

—No debe hablar tanto —dijo el doctor.

—Bueno —dijo Catherine.

—¿Puedo hacer algo por ti, Cat? ¿Puedo ir a buscarte algo? Catherine sonrió.

—No. —Un momento después añadió—: Lo que hacíamos juntos, ¿no lo harás con otra mujer, dime? ¿No le dirás las mismas cosas?

—Nunca.

—Sin embargo, quiero que vayas con otras mujeres.

—No me interesan.

—Habla demasiado —dijo el doctor—. Tiene que irse, señor Henry. Puede volver un poco más tarde. No va a morir. No tiene que decir tonterías.

—Bueno —dijo Catherine—. Volveré para hacerte compañía todas las noches.

Le costaba mucho hablar.

—Váyase de la habitación, se lo ruego —dijo el doctor—. No debe hablar.

Catherine, con el rostro grisáceo, me hizo un ligero guiño con el ojo.

—Me quedaré en la puerta —dije.

—No te atormentes, querido —dijo Catherine—. No tengo miedo, es una broma de mal gusto, esto es todo.

—Mi valiente, mi pequeña querida...

Esperé en el corredor. Esperé mucho tiempo. La enfermera abrió la puerta y se acercó.

—La señora Henry está peor —dijo—. Tengo miedo...

—¿Ha muerto?

—No, pero ha perdido el conocimiento.

Parece que las hemorragias se habían repetido. No las habían podido detener con nada. Entré en la habitación y me quedé con Catherine hasta que murió. No le volvió el conocimiento y no tardó mucho en morir.

En el corredor hablé con el doctor.

—¿Puedo hacer algo esta noche?

—No, no hay nada a hacer. ¿Quiere que le acompañe al hotel?

—No, gracias, quiero quedarme aquí un rato.

—Ya sé que no puedo decirle nada... No puedo decirle...

—No —dije—, no hay nada que decir.

—Adiós —dijo—. ¿De verdad no quiere que le lleve al hotel?

—No, gracias.

—Era lo único que podía hacerse. La operación ha comprobado que...

—No quiero que me hablen más —dije.

—Quisiera llevarle al hotel

—No, gracias.

Se alejó por el corredor. Me acerqué a la puerta de la habitación.

—No puede entrar ahora —dijo una de las enfermeras.

—Permítame... —dije.

—Aún no puede entrar.

—Salga —dije—, usted y la otra también.

Pero después que las hice salir, después de cerrar la puerta y apagar la luz, comprendí que todo era inútil. Era como si me despidiera de una estatua. Transcurrió un momento, salí y abandoné el hospital. Y volví al hotel bajo la lluvia.

